Luis González y González

Todo es historia



Lectulandia

Las páginas de *Todo es historia* ofrecen una vista panorámica de dos zonas distintas y complementarias. Por un lado, la historia de México, desde algunos de sus trasuntos coloniales hasta las turbulencias del presente, deteniéndose eficazmente en las fundaciones y tentativas del siglo XIX. Aquí se habla de historia política, de historia de la cultura, de microhistoria, de la historia de la historia y también, un poco, de la muerte de las profecías. La otra zona que se ofrece en panorámica es la del oficio de historiar de Luis González. Aquí están la mayor parte de los temas que van asociados con su nombre: el estudio de las fuentes bibliográficas, el gusto por la historia regional, las generaciones rectoras del siglo pasado, Juárez y Cárdenas, los usos de la historia, el optimismo como un estado de ánimo constructor. Al último se alcanza a apreciar el perfil intelectual del historiador como artesano, pero también como obsesivo, cíclico, descubierto creador de pasados. Los ensayos de este libro prueban también que, en manos de un estilista como Luis González, el oficio de la historia es no sólo una forma de la profundidad sino también de la alegría y el arte claro.

Lectulandia

Luis González y González

Todo es historia

ePub r1.0
IbnKhaldun 19.09.14

Título original: *Todo es historia*
Luis González y González, 1989

Editor digital: IbnKhaldun
ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

El deseo de la historia

El deseo de saber historia es universal en un doble sentido: asalta a los seres humanos en algunos instantes de su vida, máxime en los postreros, y las acciones humanas pretéritas, principalmente las atribuidas a los poderosos, atraen la curiosidad de los vivos. El ansia de conocer toda clase de fechorías de nuestros antepasados suele ser la obsesión mayúscula de quienes profesan la obligación de escribir historias para la gente menuda cautiva en las aulas escolares, para los adultos necesitados de apuntalar su amor a la patria, para las víctimas de ciertas tradiciones, para los simples curiosos y para los científicos sociales. La avidez de sabiduría histórica por parte de alguien que escribe sucedidos desde los veintiún años al través de cuarenta y dos, está en el origen de esta ensalada de historias, extraídas por Antonio Saborit de un caos de artículos. Ninguno es de provecho para infantes y adolescentes; dos o tres quizá sirvan para vigorizar el patriotismo; otros tantos tal vez sean útiles para los filósofos y los humanistas, y ojalá la mayoría guste a los lectores sin adjetivos, a quienes leen desinteresadamente.

Los trece ensayos que engordan el tomo se distinguen por edad, meta, método y vestidura. Aunque son hermanos, el más viejo, “El optimismo inspirador de la independencia” cumple en 1989 cuarenta y un años de haberse impreso por primera vez y el menor, que lleva el rótulo de “Las tradiciones se despiden”, va para los tres años. Once no alcanzan aún la mayoría de edad. Unos aparecieron en las obras colectivas *Historia ¿para qué?; La economía mexicana en la época de Juárez,* y *De historia e historiadores;* otros, en mis libros de retazos anteriores a éste, y los demás en las revistas *Nexos* y *Vuelta.* Ninguno es novedad y algunos se han publicado repetidas veces más que por solicitud de los lectores por la urgencia del autor de surtir pedidos con ensayos éditos a falta de inéditos.

Mientras algunos colegas sabían desde niños lo que iban a ser de grandes y se casaron muy jóvenes con una línea de asuntos históricos, otros no hemos podido sentar cabeza. La presente compilación es un testimonio de la mala costumbre, muy de guerrillero que no de soldado de uniforme, de caer en un punto y salirse de él entre más pronto mejor, de andar a salto de mata y no avecindarse en ningún sitio. Este volumen me delata como guerrillero. Con todo, lo incluido en él cabe agruparlo en dos filas. Una la forman los ensayos sobre el quehacer del historiador y la otra los artículos sobre temas a veces vírgenes y a veces muy manoseados, ya de sabiduría pura, ya celebratorios o críticos, pero siempre de historia de la nación mexicana.

En el principio de la mayoría de estos retazos hubo un empujón. De mis ganas de saber historias sólo nacieron las “Nueve aventuras de la bibliografía mexicana”, “El optimismo inspirador de la independencia”, “Teoría de la microhistoria” y “Municipio en vilo”. Alejandra Moreno Toscano me empuja a escribir sobre “La

múltiple utilización de la historia". En 1972, el entonces secretario de Industria y Comercio me pide que contribuya con una panorámica de "La era de Juárez" a la conmemoración del primer centenario de la muerte del Benemérito de las Américas. "Los treinta y tres padres de la patria" fue una de las obligadas contribuciones anuales para celebrar el alzamiento en piedras y palos del señor cura de Dolores. Don Wigberto Jiménez Moreno, a solicitud de un precandidato a la presidencia de la República, me propuso que hiciéramos la lista razonada de los pelotones generacionales de México, y me asignó como tarea: esbozar las generaciones que se sucedieron en la cúspide del país de la Reforma a la Revolución. El jefe de la campaña electoral para la presidencia de la República de Miguel de la Madrid me invita en 1981 para exponer ante el candidato la trayectoria de nuestra cultura nacional desde los tiempos más remotos hasta nuestros días, en ocho minutos. De tal proeza proviene, después de inflarlo, "El linaje de la cultura mexicana". El último artículo es respuesta a una de las periódicas preguntas que tiene por costumbre hacer el director de *Nexos.*

Hundirse en la erudición hasta llegar al fondo de los manuscritos olvidados y polvorientos y de las piedras que hablan es un deporte difícil que permite el rescate de argumentos novedosos y de fama a los buzos de la historia. Desgraciadamente ninguno de estos ensayos surge de fondos archivísticos. Casi sin excepción provienen del trato con impresos, de andar y oír y de la loca de la casa. La mayoría tuvo, en alguna de sus publicaciones anteriores, una espesa pelambre de referencias bibliográficas. Todos se investigaron a ciencia y conciencia. Nunca dejé de inquirir si mis fuentes habían sufrido alteración, si eran del tiempo y el lugar que decían ser, si sus autores eran competentes y veraces y hasta dónde podía comprenderlas, y por lo mismo, usarlas.

Aunque me gusta más ser narrador que intérprete de las acciones humanas del pasado, procuro, por deformación profesional, explicar los hechos referidos mediante el análisis de sus antecedentes y las intenciones de sus protagonistas. Le dejo al lector la tarea de interpretar los sucesos por leyes y por causas materiales. Aunque procuro disponer la materia histórica en orden cronológico, muchas veces caigo en narraciones de figura dialéctica o axiomática. Nunca me he puesto a diseñar un molde que caracterice este taller donde siempre ha habido un único operario. Mis moldes tratan de adecuarse a los argumentos de mis novelas verídicas.

Estas páginas, obvio es decirlo, son ajenas a la literatura, pese al deseo del autor de escribir para solaz de los lectores. Los literatos vienen al mundo con la torta de cualquier recién nacido y además con la pluma de escribir entre los dedos. Los asistentes a mi debut vital me contaron que sólo traía la torta. Si mi estilo es crudo y sin matices es así por razones naturales, que no por sinceridad y simplificación voluntarias. Pero ahora que me acuerdo, el que diga cómo escojo temas, de qué

manera hurgo entre los papeles y mis hábitos de escribir, no tienen interés alguno para nadie. Es de suponerse que me he puesto a contar tamañas fruslerías con la única mira de construir un prólogo de longitud honorable.

Sobra lo dicho, pero sí es necesaria una nota última para agradecer al viejo amigo Héctor Aguilar Camín el que haya abierto el portón de Cal y Arena, al nuevo amigo Antonio Saborit por haberse echado a cuestas la lata de escoger y corregir este manojo de textos, a mi peluquera literaria Armida y a la mecanizadora de mis manuscritos desde el ayer de la máquina de escribir hasta el presente de la computadora, Aurora del Río de Valdivia.

San José de Gracia, marzo de 1989.

De la múltiple utilización de la historia

Cuando iniciaba la carrera de historia en El Colegio de México parientes y amigos me preguntaban ¿para qué sirve lo que estudias? Como yo no sabía contestar para qué servía una de las profesiones más viejas y hermosas del mundo, pues la había escogido por mera afición al cuento o discurso histórico, sondeaba a mis ilustres profesores sobre la utilidad de estudiar "lo que fue" para la vida comunitaria de hoy. El maestro Ramón Iglesias decía: "No creo que el historiador pueda jugar un papel decisivo en la vida social, pero sí un papel importante. La historia no es puramente un objeto de lujo". Recuerdo vagamente que al doctor Silvio Zavala no le caía bien la pregunta aunque siempre la contestaba con la fórmula de Dilthey: "sólo la historia puede decir lo que el hombre sea". Historia=Antropología. El maestro José Miranda sentenció en uno de sus arranques de escepticismo: "El conocimiento histórico no sirve para resolver los problemas del presente; no nos inmuniza contra las atrocidades del pasado; no enseña nada; no evita nada; desde el punto de vista práctico vale un comino". Para él la historia era un conocimiento legítimo e inútil igual que para don Silvio.

Vino enseguida la lectura de tratados sobre el conocimiento histórico y el encuentro con las proposiciones siguientes: "La historia es maestra de la vida" (Cicerón). "El saber histórico prepara para el gobierno de los estados" (Polibio). "Las historias nos muestran cómo los hombres viciosos acaban mal y a los buenos les va bien" (Eneas Silvio). "Los historiadores refieren con detalle ciertos acontecimientos para que la posteridad pueda aprovecharlos como ejemplos en idénticas circunstancias" (Maquiavelo). "Desde los primeros tiempos se le ha visto una utilidad al saber del pasado: la de predecir e incluso manipular el futuro" (Lewis). "Escribir historia es un modo de deshacerse del pasado" (Goethe). "Si los hombres conocen la historia, la historia no se repetirá" (Brunschvigg). "Quienes no recuerdan su pasado están condenados a repetirlo" (Ortega). "La recordación de algunos acaeceres históricos puede ser fermento revolucionario" (Chesneaux). "El estudio de la historia permitirá al ciudadano sensato deducir el probable desarrollo social en el futuro próximo" (Childe).

Una praxis profesional pobre, pero larga y cambiante me ha metido en la cabeza algunas nociones de Pero Grullo: hay tantos modos de hacer historia como requerimientos de la vida práctica. Sin menoscabo de la verdad, pero con miras a la utilidad, hay varias maneras de enfrentarse al vastísimo ayer. Según la selección que hagamos de los hechos conseguimos utilidades distintas. Con la historia anticuaria se consiguen gozos que está muy lejos de deparar la historia crítica. Con ésta se promueven acciones destructivas muy distantes a las que fomenta la historia reverencial o didáctica. Mientras las historias que se imparten en las escuelas

proponen modelos de vida a seguir, la historia que se autonombre científica asume el papel de explicar el presente y predecir las posibilidades del suceder real. Cada especie del género histórico es útil a su manera. Según la porción de la realidad que se exhume será el provecho que se obtenga. Un mismo historiador, según el servicio que desee proporcionar en cada caso, puede ejercer las distintas modalidades utilitarias del conocimiento histórico. También es posible y deseable hacer historias de acción múltiple que sirvan simultáneamente para un barrido y para un regado, para la emoción y la acción, para volver a vivir el pasado y para resolver problemas del presente y del futuro. Lo difícil es concebir un libro de historia que sea sólo saber y no acicate para la acción y alimento para la emoción. Quizá no exista la historia inútil puramente cognoscitiva que no afecte al corazón o a los órganos motores.

¿Acaso es inservible la historia anticuaria?

En la actualidad la especie cenicienta del género histórico es la historia que admite muchos adjetivos: anecdótica, arqueológica, anticuaria, placera, precientífica, menuda, narrativa y romántica. Es una especie del género histórico que se entretiene en acumular sucedidos de la mudable vida humana, desde los tiempos más remotos. Por regla general escoge los hechos que afectan al corazón, que caen en la categoría de emotivos y poéticos. No le importan las relaciones casuales ni ningún tipo de generalización. Por lo común, se contenta con un orden espacio-temporal de los acontecimientos; reparte las anécdotas en series temporales (años, decenios, siglos y diversas formas de periodos) y en series geográficas (aldeas, ciudades, provincias, países o continentes). Aunque hay demasiadas excepciones, puede afirmarse que historia narrativa es igual a relato con pretensión artística, a expresiones llenas de color, a vecindad de la literatura. Los historiadores académicos de hoy día niegan el apelativo de historiadores a los practicantes de la anticuaria, y por añadidura, los desprecian llamándolos almas pueriles, coleccionadores de nimiedades, espíritus ingenuos, gente chismosa, cerebros pasivos, hormigas acarreadoras de basura y cuenteros. Con todo, este proletariado intelectual, ahora tan mal visto en las altas esferas, es al que con mayor justicia se puede anteponer el tratamiento de historiador, porque sigue las pisadas del universalmente reconocido como padre de la historia y como barnizador del género. Herodoto, el que puso la etiqueta de historia al oficio, fue, por lo que parece, un simple narrador de los “hechos públicos de los hombres”. Después de Herodoto, en las numerosas épocas románticas, la especie más cotizada del género histórico es la narrativa.

Aunque en las cumbres de la intelectualidad contemporánea no rifa lo romántico, emotivo, nocturno, flotante, suelto y yang, que sí lo clásico, yin, diurno y racional, en el subsuelo y los bajos fondos de la cultura cuenta el romanticismo, y por ende, la

historia anticuaria. Muchos proletarios y pequeños burgueses de hoy suscribirían lo dicho por Cicerón hace dos mil años: “Nada hay más agradable y más deleitoso para un lector que las diferencias de los tiempos y las vicisitudes de la fortuna”. Podríamos culpar a los villanos o mercachifles u opresores de la abundancia de historia narrativa en la presente época, pues no se puede negar que los escaparates de las librerías, los puestos de periódicos, las series televisivas, los cines y demás tretas de comercio y comunicación venden historia anticuaria a pasto, en cantidades industriales. Sin lugar a dudas la vieja historia de hechos se mantiene muy vivaz, especialmente en el cine y en la televisión. Estamos frente a un producto de aceptación masiva, a una droga muy gustada, a una manera de dormirse al prójimo sin molestias.

Seguramente es una especie de historia que no sirve para usos revolucionarios. Es fácil aceptar lo dicho por Nietzsche: “La historia anticuaria impide la decisión en favor de lo que es nuevo, paraliza al hombre de acción, que siendo hombre de acción, se rebelaría siempre contra cualquier clase de piedad”. Hoy, en los frentes de izquierda, se afirma frecuentemente que la erudición histórica que deparan los anticuarios “es una defensa de todo un orden de cosas existentes”, es un baluarte del capitalismo, es un arma de la reacción. En los frentes de derecha tampoco faltan los enemigos del cateo de saberes deleitosos del pasado. Estos se preguntan: ¿Para qué nos sirve el simple saber de los hechos en sí? Atiborrar la mente con montones de historias dulces o picantes es disminuir el ritmo de trabajo. Izquierdas y derechas, y en definitiva todos los encopetados y pudientes, lo mismo revolucionarios que reaccionarios, coinciden en ver en los anecdotarios históricos un freno para la acción fecunda y creadora, un adormecedor, una especie de opio.

Si se cree que no todo es destruir o construir, si se acepta el derecho al placer, si se estima que no hay nada negativo en la toma de vacaciones, se pueden encontrar virtudes, un para qué positivo en la escritura y el consumo de textos de historia anticuaria. Para el primer historiador la historia fue una especie de viaje por el tiempo que se hacía, al revés de los viajes por el espacio, con ojos y pies ajenos, pero que procuraba parecido deleite al de viajar. Los que escriben a la manera de Herodoto nos ponen en trance turístico. En palabras de Macauly, “el gusto de la historia se parece grandemente al que recibimos de viajar por el extranjero”. El que viaja hacia el pasado por libros o películas de historia anticuaria, se complace con las maravillas de algunos tiempos idos, se embelesa con la visión de costumbres exóticas, se introduce en mundos maravillosos. La mera búsqueda y narración de hechos no está desprovista de esta función social. Este papel desempeñan los contadores de historias para un público que se acuclilla alrededor del fuego así como los trovadores y cantantes de corridos para los concurrentes a la feria.

Ojalá que la gente importante le perdone la vida al cuento de acaeceres pasados, que no les aplique la última pena a los historiadores que sólo proporcionan solaz a sus

lectores o auditorio. ¿Por qué no permitir la hechura de libros tan gratos como *Ancla en el tiempo* de Alfredo Maillefert? Que no se diga que no están los tiempos para divertirse sino únicamente para hacer penitencia. En toda época es indispensable soñar y dormir. Sin una mente cochambrosa o demasiado desconfiada es posible apreciar el para qué positivo de las historias que distraen de las angustias del tiempo presente, que equivalen a salirse de sí, a una fuga a tiempos mejores o sólo distintos, a un alivio contra el cual protesta airadamente Prieto Arciniega, ese amigo de la historia crítica.

¿Es liberadora la historia crítica?

Otra especie del género histórico "trata de darse cuenta de cuán injusta es la existencia de una cosa, por ejemplo de un privilegio, de una casta, de una dinastía; y entoces se considera, según Nietzsche, el pretérito de esta cosa bajo el ángulo crítico, se atacan sus raíces con el cuchillo, se atropellan despiadadamente todos los respetos". Si la historia anticuaria se asemeja a romances y corridos, la historia crítica parece medio hermana de la novela policial; descubre cadáveres y persigue delincuentes. Quizá su mayor abogado haya sido Voltaire, autor de la tesis; nunca se nos recordarán bastante los crímenes y las desgracias de otras épocas. Diderot le escribía a Voltaire: "Usted refiere los hechos para suscitar en nuestros corazones un odio intenso a la mentira, a la ignorancia, a la hipocresía, a la superstición, a la tiranía, y la cólera permanece incluso después de haberse desvanecido la memoria de los hechos". Se trata pues de una historia, que como la anticuaria, si bien no adicta a sucesos muy remotos, se dirige al corazón aunque únicamente sea para inyectarle rencor o ponerlo en ascuas. No es una historia meramente narrativa de sucesos terribles ni una simple galería de villanos. Este saber histórico para que surta su efecto descubre el origen humano, puramente humano de instituciones y creencias que conviene proscribir pero que se oponen al destierro por creérseles de origen divino o de ley natural.

Si la historia anticuaria suele ser la lectura preferida en periodos posrevolucionarios, la de denuncia florece en etapas prerrevolucionarias, por obra de los revolucionarios. Esto se ha visto con gran claridad en la historiografía mexicana. Los misioneros del siglo XVI recordaron preferentemente los hechos infames del estilo de vida prehispánica para facilitar su ruptura. Los criollos de la insurgencia de principios del siglo XIX le sacaron todos los trapitos al sol a la época colonial, la desacralizaron, le exhibieron sus orígenes codiciosos. Los historiadores de la reforma liberal, al grito de borrón y cuenta nueva, pusieron como lazo de cochino la trayectoria vital de su patria. Los discursos históricos del pasado inmediato se complacían en la exhibición de los aspectos corruptos del porfiriato. Hoy no sólo en

México, sino en todo el mundo occidental, entre investigadores profesionales cunde el gusto por la historia crítica, por descubrir la villanía que se agazapa detrás de las grandes instituciones de la sociedad capitalista.

A este tipo de sabiduría histórica que se complace en lo feo del pasado inmediato se le atribuye una función corrosiva. Se cree con Voltaire que “las grandes faltas que en el tiempo pasado se cometieron” van a servir para despertar el odio y poner la piqueta en manos de quienes se enteren de ellas. Cuando se llega a sentir que el pasado pesa, se procura romper con él, se trata de evitar que sobreviva o que regrese. La recordación de los sucesos de infeliz memoria contribuye a lo dicho por Goethe (“Escribir historia es un modo de deshacerse del pasado”) y por Brunschvigg (“Si los hombres conocen la historia, la historia no se repetirá”). Así como hay una historia que nos ata al pasado hay otra que nos desata de él. Este es el saber histórico disruptivo, revolucionario, liberador, rencoroso. Muchas supervivencias estorbosas, muchos lastres del pasado son susceptibles de expulsión del presente haciendo conciencia de su cara sombría. La detracción histórica que hicieron Wistano Luis Orozco y Andrés Molina Enríquez de la hacienda o latifundio dícese que sirvió para difundir el conocimiento de lo anacrónico, perjudicial e injusto de la caduca institución, para formular leyes condenatorias de la hacienda, y para la conducta agrarista de los regímenes revolucionarios. Detrás de la enérgica redistribución de ranchos ejecutada por el presidente Cárdenas estuvo, quizá, la labor silenciosa de algunos historiadores críticos que minaron la fama de la gran hacienda.

La historia crítica podría llamarse con toda justicia conocimiento activo del pasado, saber que se traduce muy fácilmente en acción destructora. “ Si desde los primeros tiempos —escribe Diderot—, la historiografía hubiese tomado por los cabellos y arrastrado a los tiranos civiles y religiosos, no creo que éstos hubiesen aprendido a ser mejores, pero habrían sido más detestados y sus desdichados súbditos habrían aprendido tal vez a ser menos pacientes”. La historia aguafiestas es un saber de liberación, no de dominio como la de bronce. Denuncia los recursos de opresión de opulentos y gobernantes; en vez de legitimar la autoridad la socava; dibuja tiranos; pinta patronos crueles de empresas capitalistas; refiere movimientos obreros reprimidos por la fuerza pública; estudia intervenciones nefastas de los países imperialistas en naciones frágiles, o destaca los perjuicios de la sobrevivencia de edades cumplidas. Para sacar adelante ideas jóvenes se bebe la historia erigida en tribunal que condena, la crítica que corroe las ideas vetustas. Todos los revolucionarios del siglo XX han echado mano de ella en distintas formas, con diferentes lenguajes, en especial el cinematográfico. Los primeros filmes de Eisenstein, como *La huelga* y *El acorazado Potemkin*, fueron historia crítica para beneficio de la Revolución rusa. Filmes posteriores de Eisenstein pertenecen a otra especie histórica, una historia de signo opuesto que sin embargo no es anticuaria.

es aún más pragmática que la historia crítica, es la historia pragmática por excelencia. Es la especie histórica a la que Cicerón apodó “maestra de la vida”, a la que Nietzsche llama reverencial, otros didáctica, conservadora, moralizante, pragmático-política, pragmático-ética, monumental o de bronce. Sus padres son famosos: Plutarco y Polibio. Sus características son bien conocidas: recoge los acontecimientos que suelen celebrarse en fiestas patrias, en el culto religioso, y en el seno de las instituciones: se ocupa de hombres de estatura extraordinaria (gobernantes, santos, sabios y caudillos); presenta los hechos desligados de causas, como simples monumentos dignos de imitación. “Durante muchos siglos la costumbre fue ésta: aleccionar al hombre con historias”. En la Antigüedad clásica compartió la supremacía con la historia anticuaria, a lo Herodoto. En la Edad Media fue soberana indiscutida. Eneas Silvio le llamó “gran anciana consejera y orientadora”. La moral cristiana la tuvo como su principal vehículo de expresión. Entonces produjo copiosas vidas ejemplares de santos y de señores. En el Renacimiento fue declarada materia fundamental de la educación política. En su modalidad pragmático-política, tuvo un autor de primer orden: Nicolás de Maquiavelo. En el otro lado del mundo, en la América recién conquistada por los españoles, fue una especie histórica practicada por capitanes y sacerdotes. En el siglo XIX, con una burguesía dada al magisterio, se impuso en la educación pública como elemento fundamental en la consolidación de las nacionalidades. En las escuelas fue la fiel y segura acompañante del civismo. Se usó como una especie de predicación moral, y para promover el espíritu patriótico de los mexicanos. Guillermo Prieto asegura que sus *Lecciones de historia patria* fueron escritas para “exaltar el sentimiento de amor a México”. Recordar heroicidades pasadas serviría para fortalecer las defensas del cuerpo nacional.

Nadie puso en duda en el siglo XIX lo provechoso de la historia de bronce. El acuerdo sobre su eficacia para promover la imitación de las buenas obras fue unánime. Una gran dosis de estatuaria podía hacer del peor de los niños un niño héroe como los que murieron en Chapultepec “bajo las balas del invasor”. Quizás el único aguafiestas fue Nietzsche con su afirmación: “La historia monumental engaña por analogías. Por seductoras asimilaciones, lanza al hombre valeroso a empresas temerarias” y lo vuelve temible. Un continuador de Nietzsche, ya de nuestro siglo, Paul Valéry, lanzó la siguiente señal de alarma: la historia que recoge las bondades del pasado propio y las villanías de los vecinos, “hace soñar, embriaga a los pueblos, engendra en ellos falsa memoria, exagera sus reflejos, mantiene viejas llagas, los atormenta en el reposo, los conduce al delirio de grandeza o al de persecución, y vuelve a las naciones amargas, soberbias, insoportables y vanas”.

Pese al grito de Valéry que declaró a la historia que se enseñaba en las escuelas

“el producto más peligroso producido por la química del intelecto humano”; no obstante la tesis de Fustel de Coulanges que le negó a la historia la capacidad de ser luz, ejemplo, norte o guía de conductas públicas o privadas, sigue sosteniendo la historia de bronce su prestigio como fortalecedora de la moral, maestra de pundonor y faro del buen gobierno. Todos nuestros pedagogos creen a pie juntillas que los hombres de otras épocas dejaron gloriosos ejemplos que emular, que la recordación de su buena conducta es el medio más poderoso para la reforma de las costumbres, que como ciudadanos debemos nutrimos de la sangre más noble de todos los tiempos, que las hazañas de Quiroga, de Hidalgo, de Juárez, de los héroes de la Revolución, bien contadas por los historiadores, harán de cada criatura un apóstol, un niño héroe o ciudadano merecedor de la medalla Belisario Domínguez. Gracias a la historia de bronce o reverencial o pragmática o ejemplarizante “mil santos, estadistas, inventores, científicos, poetas, artistas, músicos, enamorados y filósofos, según expresión de los Durant, todavía viven y hablan, todavía enseñan” y no cabe duda que tienen alumnos aplicados y fieles. La historia de bronce llegó para quedarse. En nuestros días la recomiendan con igual entusiasmo los profesionales del patriotismo y de las buenas costumbres en el primero, en el segundo y en el tercer mundo. Es la historia preferida de los gobiernos.

No hay motivos para dudar de la fuerza formativa de la historia de aula. No se justifica la prohibición de este vigorizante de criaturas en crecimiento, aún no torcidas. La exhumación de los valores positivos de otros tiempos, enriquece la actualidad aunque no sepamos decir con exactitud en qué consiste tal enriquecimiento. La historia de bronce no es una especie incapaz de caber en el mismo jarrito donde se acomodan las demás especies historiográficas, incluso la científica. Léase en Burkhardt: “Lo que antes era júbilo o pena tiene que convertirse ahora en conocimiento, como ocurre también en rigor en la vida del individuo. Esto da también a la frase de *historia magistra vitae* un significado superior y a la par más modesto”.

La utilidad de la historia científica

sería indiscutible si lo fuera la cientificidad de la historia. Se trata de una especie del género histórico que tuvo como precursor a Tucídides, pero a la que le ha salido la barba en fechas muy recientes, ante nuestros ojos. Se trata de una historia que busca parecerse a las ciencias sistemáticas del hombre: la economía, la sociología, la ciencia política… Si las otras especies andan tras hechos particulares, ésta procura los acaeceres genéricos. “Sólo por la obstinada miopía ante los hechos —escribe Bagby — algunos historiadores siguen afirmando que los sucesos no llevan consigo ningún tipo de regularidad. Los hechos históricos no son refractarios al estudio científico…

Las generalidades formuladas por la ciencia de la historia probablemente nunca llegarán a ser tan precisas y tan altamente probables como las de las ciencias físicas, pero esto no es ninguna razón para no buscarlas". Por regla general, la nueva Clío recoge principalmente hechos de la vida económica. Como dice Beutin, "para la vida económica se pueden hacer enunciados de valor general porque es un campo de actividad racional. La economía trata con elementos que pueden ser contados, pesados, medidos, cuantificados". La nueva especie histórica suele autollamarse historia cuantitiva. "La historia cuantitiva —según la definición de Marczewski y de Vilar— es un método de historia económica que integra todos los hechos estudiados en un sistema de cuentas interdependientes y que extrae sus conclusiones en forma de agregados cuantitativos determinados íntegra y únicamente por los datos del sistema".

En los círculos académicos de los países industrializados existe la devoción por la historia cuantitativa. Dictámenes como el de Carr ("El culto a la historia cuantitativa lleva la concepción materialista de la historia a extremos absurdos") no han logrado entibiar el fervor de los cuantificadores que en su mayoría son gente de izquierda, alguna muy adicta al materialismo histórico. Gracias a la cuantificación, según notables cuantificadores, la historia ha podido ponerse a la altura de las demás ciencias del hombre. Según Chaunu, la cuantificación ha conseguido que la historia sea fámula de las ciencias del hombre, y por lo mismo la ha vuelto un ente servicial, le ha quitado el carácter de buena para nada. Chaunu sentencia: "La historia cuantitativa busca en los testimonios del pasado respuestas a las interrogaciones mayores de las ciencias sociales; estas interrogaciones que son simplemente demandas de series… La demografía tiene necesidad de un espesor estadístico que la historia demográfica proporciona… La economía tiene necesidad de una historia económica regresiva… Es así como la historia puede ser útil en el sentido más noble y al mismo tiempo el más concreto…" Si tuviéramos aquí a Chaunu y le preguntáramos "la historia ¿para qué?", contestaría "para ser tenida por investigación básica de las ciencias y las técnicas sociales".

Por lo demás, se supone que las ciencias sociales reforzadas por la historia científica van a hacer realidad lo que quería Luis Cabrera de Córdoba en el siglo XVII, una historia que fuera "luz para las cosas futuras". Es ya un hecho lo previsto por Taine en el siglo XIX: "Qué sequedad y qué feo aspecto tiene la historia reducida a una geometría de fuerzas". Pero agregaba: "Poco importa". El conocimiento histórico "no tiene por meta el divertir"; su mira es explicar el presente y advertir el mañana. Los cuantificadores de la historia creen que si Childe viviera no pondría en futuro la siguiente proposición: "El estudio de la historia permitirá al ciudadano sensato establecer la pauta que el proceso ha ido entretejiendo en el pasado, y de allí deducir su probable desarrollo en el futuro próximo". Sólo los menos optimistas

piensan que nos quedaremos en una semiprevisión al través de la historia generalizante; creen con Lacombe: “De la historia, ciencia compleja en el más alto grado… no es necesario esperar una previsión infalible y sobre todo una previsión circunstanciada… A lo más llegaremos a entrever las corrientes que Ilev' t a ciertos puntos”.

Todavía no se puede saber cuáles promesas de la historia científica se cumplirán plenamente. ¿Hasta dónde el estudio científico del pasado, hasta dónde las largas listas de precios, de nacimientos y defunciones de seres humanos, de volúmenes de producción y de otras cosas cuantificables nos permiten encontrar en ellas sentido y orientación para el presente y el porvenir? Profetizar hasta dónde llegará nuestro don de profecía al través de una historia que haya cuantificado todo o la mayor parte de los tiempos idos es muy difícil. La computación de las pocas noticias conservadas en documentos seriables del pasado no puede prometer mucho. Aquí y ahora hay igual número y fuerza de argumentos para los que sostienen la imposibilidad de ver el futuro al través de la ciencia histórica como los que ven en cada historiador numérico un profeta con toda la barba. Pero si la historia cuantitativa no nos cumple todo lo prometido no importa mucho. Sólo a medias quedarán como inservibles libros tan voluminosos como los que suelen expedir rebosantes de cuentas. Mantendrán su valor como recordatorios y como auxiliares en la predicción del futuro. En el ¿para qué? las cuatro maneras de abordar el pasado que hemos visto son un poco ilusorias; las cuatro prometen más de lo que cumplen. La anticuaria no es siempre placentera; la crítica está lejos de poder destruir toda tradición injusta; la didáctica es mucho menos aleccionadora de lo que dicen los pedagogos, y la científica, por lo que parece, no va a ser la lámpara de mano que nos permita caminar en la noche del futuro sin mayores tropiezos. Como quiera,

lo servicial de las historias

está fuera de duda. La que llega a más amplios círculos sociales, la historia fruto de la curiosidad que no de la voluntad de servir, los conocimientos que le disputa el anticuario a la polilla, “los trabajos inútiles” de los eruditos han sido fermento de grandes obras literarias (poemas épicos, novelas y dramas históricos), han distraído a muchos de los pesares presentes, han hecho soñar a otros, han proporcionado a las mayorías viajes maravillosos a distintos y distantes modos de vivir. La historia anticuaria responde a “la insaciable avidez de saber la historia” que condenó el obispo Bossuet y que hoy condenan los jerarcas del mundo académico, los clérigos de la sociedad laica y los moralistas de siempre. La narración histórica es indigesta para la gente de mando.

La historia crítica, la desenterradora de traumas, maltratos, horrores, rudezas,

barbaries, da a los caudillos revolucionarios argumentos para su acción transformadora; busca el ambicioso fin de destruir para luego rehacer; es para cualquier sufriente un fermento liberador. Este tipo de toma de conciencia histórica "realiza una auténtica catarsis"; produce, según Marrou, "una liberación de nuestro inconsciente sociológico un tanto análoga a la que en el plano psicológico trata de conseguir el psicoanálisis". Se trata de un saber disruptivo que libera al hombre del peso de su pasado, que le extirpa acumulaciones molestas o simplemente inútiles. Suele ser un ponche mortífero para autoridades.

Aun la historia de tan grosero utilitarismo, la que se llama a sí misma *historia magistra vitae,* es una maestra útil al poner ante nuestros ojos los frutos mejores del árbol humano: filosofías, literaturas, obras de arte, actos de valor heroico, pensamientos y dichos célebres, amores sublimes, conductas generosas y descubrimientos e inventos que han transformado al mundo. La historia reverencial o de bronce nos permite, en expresión de Séneca, "despegamos de la estrechez de nuestra caduca temporalidad originaria y damos a participar con los mejores espíritus de aquellas cosas que son inmensas y eternales". Si la historia de bronce no se nos impusiera en las aulas, tendría probablemente más repercusión de la que posee hoy en día. Es ésta la búsqueda más cara al humanismo, la que exhibe la cara brillante, bella, gloriosa, digna de ser imitada del ser humano. Es también la disciplina que mejor le sienta a los dominadores.

Por último, a la presuntuosa historia científica, en sus múltiples manifestaciones de historia económica, social, demográfica y de las mentalidades, no es, según la pretensión de la gente de sentido común, por no decir del común de la gente, una mera inutilidad. Es cada vez una mejor sirviente de las ciencias sistemáticas del hombre, de la economía, de la ciencia política, etc. También ayuda a conocer nuestra situación actual y en esta forma orientar su inmediata acción futura, aunque su don de zahori aún está en veremos. Aun sin capacidades adivinativas es servicial. Es muy difícil creer que la seriedad científica no reporte beneficios prácticos. Como ciencia tiene su carácter utilitario que es reconocido por mecenas y poderosos.

Por supuesto que ninguna de las cuatro historias se da en pureza en la vida real, y por lo mismo todas, de algún modo, son fuentes de placer, liberación, imitación y guía práctica. También son posibles y existentes, las historias globales que aspiran a la resurrección total de trozos del pasado, que resucitan al unísono ángulos estéticos, aspectos crueles, logros clásicos y estructuras de una época y un pueblo y que pueden ser de utilidad para nostálgicos, revolucionarios, huérfanos y planificadores. Aunque son imaginables las historias verdaderas totalmente inútiles, no se vislumbra su existencia aquí y ahora.

Para concluir, y en alguna forma justificar lo pedestre de las palabras dichas es provechoso recordar que el poseedor de la chifladura de la investigación histórica no

siempre indaga por el para qué de su chifladura. Quizá como todas las vocaciones auténticas, el gusto por descubrir acciones humanas del pasado se satisface sin conciencia de sus efectos prácticos, sin parar mientes en lo que pueda acarrear de justo o injusto, de aburrimiento o de placer, de oscuridad o de luz. La búsqueda de la histórico ha sido repetidas veces un deporte irresponsable, no una actitud profesional y menos una visión apostólica. Con todo, cada vez pierde más su carácter deportivo. Quizá ya lo perdió del todo en las naciones con gobiernos totalitarios. Quizá la tendencia general de los gobiernos de hoy en día es la de influir en la forma de presentar el pasado con estímulos para las historias que legitimen la autoridad establecida y con malas caras para los saberes históricos placenteros o desestabilizadores o sin segunda intención, sin otro propósito que el de saber y comunicar lo averiguado.

Nueve aventuras de la bibliografía mexicana

Dos acuerdos comerciales de 1576 son acaso las primeras bibliografías mexicanas. Uno, el menos importante, se formuló el 21 de julio para legalizar una promesa de venta. El otro fue un pedido de libros, hecho el 22 de diciembre, por Alonso Losa, que registra el nombre de 248 obras, el precio y la clase de pasta de algunas, y ocasionalmente, el tamaño y el lugar de publicación. Los dos dan abreviados los títulos y no incluyen impresos mexicanos, ni sólo españoles. El segundo cita libros de Lyon, París, Roma y Amberes. Más de la mitad de las obras apuntadas son de carácter religioso. Entre las filosóficas, figuran varias de Aristóteles y el *Cursus actium* de fray Alonso de la Veracruz. No escasean las recopilaciones de leyes y los tratados de derecho. La historia está representada por trabajos de Salustio, Justino, Julio César, Josefo Flavio, Eusebio, Illescas, Zurita y Pedro de Salazar. Los poetas latinos, con Virgilio y Marcial a la cabeza, se citan más a menudo que los españoles Iñigo López de Mendoza y Jorge Manrique, Juan Boscán y Jorge de Montemayor. De las llamadas lecturas amenas, figuran la *Tragicomedia de Calixto y Melibea,* el *Lazarillo de Tormes* y la *Diana.* Marco Tulio Cicerón, el autor menos querido, es el más nombrado en el catálogo de Alonso Losa. Explica esta preferencia y aquella antipatía el hecho siguiente: las obras de Cicerón eran textos escolares.

El pedido de Losa delata la vida espiritual de los novohispanos cultos del último tercio del siglo XVI. No de los indios educados en las escuelas de los frailes, que sólo leían cartillas y catecismos impresos en México a partir de 1539. Tampoco de los conquistadores, afectos a romances y libros de caballerías. La clientela de Losa provenía de la Universidad, las órdenes religiosas y el grupo criollo que disfrutaba de la riqueza y el ocio ganados por sus padres, los conquistadores.

Otro catálogo similar fue una póliza de embarque, hecha en 1600, a nombre de Luis de Padilla. Comprende 678 cédulas bibliográficas. Algunas incluyen, aparte del autor y el título, la lengua en que la obra está escrita, el lugar y la fecha de edición y, a veces, hasta el nombre del editor. Se mencionan libros de todas las épocas y todos lo géneros: devocionarios, sermonarios, biblias, vidas de santos, guías de párrocos, tratados de exegética y panfletos contria la nueva herejía luterana y la terca infidelidad de los judíos; libros de filosofía clásica, escolástica, neoplatónica, ecléctica y, desde luego, cabalística que proponía la felicidad a bajo costo, mediante la concordancia de las pasiones humanas con las leyes del universo; libros de magia médica y adivinatoria, de matemática, astronomía e historia natural, y los inevitables tratados de agricultura, minería y milicia. La historia y las letras se llevan la mejor parte. El catálogo de Luis de Padilla apunta las mejores historias del pasado, desde la remotísima de Herodoto hasta la *General de Indias* de Francisco López de Gomara, y una discutible historia del futuro: “Profecías y revelaciones de Santa Brígida”. En

cuanto a letras, se mencionan 29 obras de autores griegos, 32 de latinos, 27 de españoles y varias de italianos. Abundan las obras en verso y apenas se citan novelas picarescas y de caballerías.

Un propósito policial inspiró la nómina de 1600. Los inquisidores del Castillo de Triana, cerca del Guadalquivir, fueron sus promotores. El doctor Luciano de Negrón, arcediano y canónigo de la catedral de Sevilla, la revisó y puso al pie de ella: “Estos libros no son prohibidos y se pueden llevar a Indias”. Desde 1550, había dispuesto Carlos V hacer inventarios, que los inquisidores debían revisar, de las partidas de libros destinados a América e impedir el embarque de las obras incluidas en el “índice de la Inquisición”, pero se comenzó a cumplir con lo dispuesto bajo el reinado de Felipe II, el fiel cumplidor de los acuerdos tomados en el Concilio de Trento, en el que dominó el grupo español, partidario acérrimo de las restricciones intelectuales. También, desde 1556, estaba mandado revisar los libros que entraban por Veracruz, pero no se hizo antes del establecimiento de la Inquisición en México.

El doctor Pedro Moya de Contreras, experto cazador de herejes, se embarcó en Sevilla a finales de 1570; estuvo a punto de perecer durante la travesía del Atlántico; desembarcó en Veracruz a mediados de 1571, y poco después, ya en México, fundó el tribunal del Santo Oficio de la Inquisición. En seguida mandó a las personas que recibiesen embarques de material impreso, hacer “declaraciones o listas para que la Inquisición practicase un escrutinio”. Al comisario inquisitorial Veracruz le ordenó tomar nota de los libros que trajesen consigo los pasajeros y mandar a México, en paquete sellado con las insignias del Santo Oficio, los de tema religioso, donde los otros funcionarios, tras de revisarlos, entregarían los legibles a sus dueños. Las notas tomadas por los comisarios de Veracruz son bibliografías minúsculas. Una de 1576 consigna tres títulos (*Teatro del mundo, Selva de Aventuras* y *Amadís*), un nombre de autor (“Fray Luis de Granada”), y la denominación de un género literario (“y varias de caballerías”).

Como si no bastara con estas precauciones, la Inquisición, de vez en cuando, obligaba a los libreros y a los dueños de bibliotecas a suministrar inventarios de sus existencias. En el siglo XVII, hicieron memoria escrita de las obras que vendían: Simón Toro (1634), Juan de Rivera (1655, 1660), Agustín de Santiesteban y Francisco Lupercio (1655), Paula de Benavides, la viuda de Bernardo Calderón (1655, 1661) y otros muchos. Son las mejores la de Santiesteban y Lupercio, y las segundas de Juan de Rivera y Paula de Benavides. De los catálogos de bibliotecas sólo quiero mencionar uno.

El albañil Melchor Pérez de Soto fue acusado ante la Inquisición de practicar la astrología judiciaria. La mujer del reo declaró durante el proceso que su marido “todo

su ajuar lo tenía en libros". Los inquisidores hicieron un minucioso inventario del ajuar del albañil, quien guardaba en arcones y baúles "1502 cuerpos de libros de diferentes autores en latín y en romance", los cuales cubrían todas las facultades y ciencias, con notable excepción de la jurisprudencia. El catálogo apunta muchos libros de caballerías, muchísimos de astrología y varios de arquitectura, geografía e historia.

Estos inventarios de librerías y bibliotecas se prestan para deleites eruditos. Por ejemplo, sugieren la siguiente lista de autores *best-sellers* en la Nueva España durante el siglo XVII. En primer término: Marco Tulio Cicerón, fray Luis de Granada y el terrorista Juan Eusebio Nieremberg; en segundo término: Antonio de Nebrija, Lope de Vega, Martín de Azpilcueta, Santo Tomás de Aquino, Aristóteles, Miguel de Cervantes, Virgilio, Luis de Miranda, Francisco de Quevedo, Pedro de Rivadeneira, Ovidio, Manuel Rodríguez, Domingo de Soto, Roberto Belarmino, Cristóbal de Fonseca y Juan de Palafox y Mendoza; en tercer término: San Agustín, Juan de Avila, Juan Duns Escoto, Ambrosio Calepinus, Antonio de Guevara, Baltasar Gracián, Francisco Suárez, Salustio, Plinio, Terencio, Bartolomé de Medina, Juan Pérez de Montalbán y Antonio de León Pinelo.

Este último, "padre de la bibliografía americanista", en la parte "occidental" de su *Epítome de la biblioteca oriental y occidental,* publicada en 1629, menciona, en las tres primeras secciones de esa parte, las historias generales de América; en la cuarta, las "historias de la Nueva España"; en la quinta, las "historias del Nuevo México", y en las doce últimas, libros que interesan a todas las regiones y varios aspectos de la América Hispánica. La obra de León Pinelo revela, en suma, la vasta literatura a que dio pie la invención de América. Con todo, su catálogo es muy deficiente. Andrés González Barcia se propuso completarlo. Entre 1737 y 1738, dio a luz una segunda versión del *Epítome,* con muchos nuevos títulos, noticias bibliográficas y errores.

Nicolás Antonio, encargado de inventariar toda la producción libresca del mundo hispánico, agregó muy poco, en su *Bibliotheca hispana* y en lo tocante a América, a lo dicho por Pinelo. También produjo este juicio sobre el Nuevo Mundo:

> No es sino para hombres que quieren ir a sepultarse en un olvido de todo lo virtuoso y precioso de Europa, teniendo por precioso solamente y por virtuoso el oro que da aquella tierra. [A América le falta] la comunicación de los literatos y el manejo de las obras de entendimiento.

Antonio muere en 1684. La primera parte de su vasto catálogo, la *Bibliotheca hispana vetus,* queda en borrador. Sus herederos entregan el borrador al cardenal José Sáenz de Aguirre. El cardenal ordena a su bibliotecario, el abate Manuel Martí, especialista en antigüedades e inscripciones romanas, arreglar e imprimir el texto de

Antonio. Manuel Martí, además de cumplir con ese encargo, deplora, como Nicolás Antonio, la incultura americana. En su *Epistolario,* libro 7, carta 16, consta este consejo dado al joven Antonio Carrillo, que quería venir a América.

> A dónde volverás los ojos en medio de tan horrenda soledad como la que en punto a letras reina entre los indios? ¿Encontrarás, por ventura, no diré maestros que te instruyan, pero ni siquiera estudiantes? ¿Te será dado tratar con alguien, no ya que sepa alguna cosa, sino que se muestre deseoso de saberla —o para expresarme con mayor claridad—, que no mire con aversión el cultivo de las letras? ¿Qué libros consultarás? ¿Qué bibliotecas tendrás posibilidad de frecuentar? Buscar allá cosas tales, tanto valdría como querer trasquilar un asno u ordeñar un macho cabrío.

A la vindicación de América, injuriada por Antonio y por Martí, consagró don Juan José de Eguiara y Eguren el último tercio de su vida. Antes se había labrado nueve famas. La de piadoso la ganó desde niño. Su confesor, en el colegio de San Ildefonso, celebró la pureza de su alma, "su abstracción de los juegos, aun de los pueriles, su retiro de malos compañeros y su frecuencia de los sacramentos. Desde entonces también se acostumbró a tener los ejercicios espirituales de San Ignacio". Posteriormente dio en "el uso de los silicios de alambre que se ceñía y con que se lastimaba hasta teñirlos en sangre". En el colegio Máximo de San Pedro y San Pablo estudió filosofía, y pasó de allí, con fama de filósofo, a la Real y Pontificia Universidad, donde adquirió las de matemático, canonista y teólogo, juntamente con los grados de licenciado y doctor en teología. La fama de catedrático la adquirió desde 1713, en que comenzó a ser sustituto de retórica, prima de teología y prima de sagrada escritura. En 1723 obtuvo por oposición la cátedra de vísperas de filosofía, y un año más tarde, la de vísperas de teología, que dejó catorce años después al obtener la prima de teología". El prestigio de "elegantísimo historiador" lo obtuvo con su *Vida del padre don Pedro de Arellano y Sosa.* La fama de limosnero pudo conquistarla gracias al caudal que heredó de sus padres y las rentas de sus múltiples empleos, "cuyo importe distribuía en limosnas, manteniendo algunas doncellas en conventos y fuera algunas familias, aparte de lo que diariamente repartía, por mano ajena, a los mendigos".

En 1729, se le llamó "pasmo de los predicadores". "Predicó tanto —escribe el padre Vallarta— que llegaron a ser cosa de cuatrocientos sus sermones morales en las dominicas, y a componer 28 tomos en cuarto de varios que predicó, sin otros, que dijo por apuntamientos. En las plazas, calles, esquinas, hacía pláticas de doctrina cristiana al campo árido de la plebe ignorante". Los sermones que se llamaron *El*

embiado como todos y embiado como ninguno, Los reverendos luminosos de la sombra, La nada contrapuesta en las balanzas de Dios al aparente cargado peso de los hombres. En el camino y en el término: el término de la santidad y la santidad sin término, son algunos de los muchísimos que movieron la curiosidad de un vasto público devoto de las adivinanzas. Para mantener y acrecentar su prestigio de orador sagrado, Eguiara frecuentaba los buenos escritores. En 1736 dio con las epístolas de don Manuel Martí. Al llegar a la decimosexta, hizo el propósito de refutar al autor, y, de paso, a otros que lo habían precedido en el uso de la pluma contra América. El argumento escogido fue una bibliografía. Eguiara lo dice así:

> Mientras… dábamos remate a la carta de Martí, ocurriósenos la idea de consagrar nuestro esfuerzo a la composición de una *Biblioteca Mexicana,* en que nos fuese dado vindicar de injuria tan tremenda y atroz a nuestra patria y a nuestro pueblo, y demostrar que la infamante nota con que se ha pretendido marcarnos, es, para decirlo en términos comedidos y prudentes, hija tan sólo de la ignorancia más supina.

Para la confección de su obra, Eguiara hubo de registrar muchas bibliotecas; establecer "comercio literario" con los doctos, y además, nutrirse en las "Noticias de Escritores de la Nueva España", de Andrés de Arce y Miranda, en el "Catálogo y noticia de los escritores de la orden de San Francisco, de la provincia de Guatemala" y en el "de los escritores angelopolitanos", de Diego Bermúdez de Castro. Del cuidado puesto por Eguira en su catálogo da idea el hecho de haber traído de España, en 1744, una imprenta destinada especialmente a publicarlo.

De la *Biblioteca Mexicana* sólo se imprimió el tomo primero en 1755 y quedaron cuatro inéditos que ahora forman parte de la colección García, en la biblioteca de la Universidad de Texas. Al frente de ella, le puso Eguiara un amplio prólogo, dividido en 20 capítulos, donde denuncia sus propósitos y bosqueja la historia de la cultura mexicana desde los tiempos prehispánicos. Del prólogo se desprenden cuatro tesis: 1) el talento de los mexicanos, incluso el de los indios, es igual al de los europeos; 2) la cultura mexicana es distinta a la española; 3) el genio de México no ha dado aún obras de validez universal, por los obstáculos opuestos a su desarrollo; 4) cuando se remuevan esas trabas, el talento de los mexicanos deslumbrará al mundo.

En el catálogo biobibliográfico se aducen las pruebas de las tesis del prólogo. Se entregan alrededor de mil artículos. Cada artículo comprende la biografía encomiástica de un escritor y el catálogo de sus obras. Los escritores están colocados por orden alfabético de nombres de pila. El tomo impreso alcanza hasta la letra C. Lo inédito abarca desde el nombre de Damianus Delgado hasta el de Joannes Ugarte. Como Eguiara quería enterar a todas las academias de Europa de los logros de la

cultura en América, escogió el latín para darlos a conocer. Todos los títulos de las obras fueron traducidos al latín y muchos se desfiguraron por completo. Por otra parte, renunció a elaborar un catálogo que abarcara toda América por carecer de medios de información. Tuvo que reducirse a "los varones eruditos nacidos en la América Septentrional y a los nacidos en otros lugares que pertenecen a ella por su residencia y estudios". Esto no quiere decir que haya incluido en su *Biblioteca* a los autores de las colonias inglesas del norte. Para Eguiara, Norteamérica era México, cuyos límites extendía, por el sur, hasta Venezuela, inclusive.

Mientras elaboraba la *Biblioteca Mexicana,* Eguiara fue exaltado a la rectoría de la Universidad y propuesto para obispo de Yucatán. Este nombramiento no lo aceptó por causa del trabajo que traía entre manos y su salud achacosa. Con todo, siguió trabajando en mil cosas: compilación de la bibliografía, prólogos para libros de autores noveles, sermones, disertaciones teológicas, etc. Murió el 29 de enero de 1763, a los 67 años de edad. La Universidad celebró unas solemnes exequias en su honor. Su figura física ha quedado perpetuada en dos retratos. En el ejecutado por las monjas capuchinas, sostiene una azucena; en el otro, un libro.

Después del abate Martí, otros sabios, ya no sólo españoles, reinventan la tesis de la inferioridad del Nuevo Mundo. Buffon declara inmaduros a la flora, la fauna y el hombre americanos. Raynal dictamina que América es, al mismo tiempo, inmadura y decrépita. Cornelio de Pauw sentencia: "Es, sin lugar a duda, un espectáculo grandioso y terrible el ver una mitad de este globo [la americana], a tal punto descuidada por la naturaleza, que todo es en ella degenerado y monstruoso".

Después de Eguiara, otros novohispanos dan combate a la sabiduría europea. A esa lucha concurre el padre Márquez con una vindicación de las antigüedades mexicanas y esta sentencia:

> El verdadero filósofo sabe que cualquier pueblo puede llegar a ser tan culto como el que crea serlo en mayor grado. Con respecto a la cultura, la verdadera filosofía no reconoce incapacidad en hombre alguno, o porque haya nacido blanco o negro, o porque haya sido educado en los polos o en la zona tórrida. Dada la conveniente instrucción, en todo clima el hombre es capaz de todo.

El padre Clavijero elabora dos listas de escritores americanos, un arma en varios volúmenes, la *Historia Antigua de México,* escrita, según sus palabras, "para reponer en su esplendor a la verdad ofuscada por una turba increíble de escritores modernos sobre América".

La autodeterminación de México fue el ideal del grupo criollo educado

por Márquez, Clavijero y demás “ilustrados” del siglo XVIII. Esos criollos, que además de sobrestimar el ser y las posibilidades de México, aborrecían y despreciaban a España, no podían ver con buenos ojos que aquél dependiera de ésta. En la lucha por la independencia se siguieron varios caminos: el de las argucias legales, utilizado en 1808, fue obstruido por los gachupines que acaudilló Gabriel de Yermo; el de las armas condujo al martirio de Hidalgo, Morelos y grandes masas de hombres; el que razonó la madurez cultural de México fue el practicado por José Mariano Beristáin y Souza, quien se propuso convencer a la metrópoli, por medio de una bibliografía, que la rama cultural novohispana era ya, por lo menos, igual al tronco de la cultura española y que, en esas condiciones, la supeditación de la Nueva España a la Vieja iba contra el orden natural.

Beristáin nace rico y noble, en Puebla de los Ángeles, en 1756. La fama de niño aplicado le granjea la simpatía de sus maestros. Después de graduarse bachiller en filosofía, el obispo de Puebla, don Francisco Fabián y Fuero, al ser promovido al arzobispado de Valencia, se lo lleva en su séquito. En España concluye sus estudios “con general aplauso”. Siendo profesor de instituciones teológicas en la Universidad de Valladolid, inicia su carrera de adulador sin tasa ni medida. Su primer premio fue la canongía lectoral de la Colegiata de Victoria. En 1788, en busca de otros, predica en las honras fúnebres consagradas a Carlos III y escribe e imprime una obrita para ensalzar a Carlos IV. Al darse cuenta que el verdadero monarca es don Manuel Godoy, el favorito del rey y de la reina, con las palabras mismas de la Biblia, lo colma de elogios. La Inquisición considera que ha abusado de la Sagrada Escritura y lo llama a cuentas. El ministro Godoy lo salva del aprieto, dándole una canongía en la Nueva España.

De vuelta en su patria, Beristáin se hizo notar por sus dotes de predicador. En 1797, le dedicó al virrey un *Sermón de gracias en la colocación de la estatua ecuestre de Carlos IV.* Entonces dijo: prefiero “el concepto de amante y reconocido a mi rey, al ilustre y decoroso de orador”; pero agregó estas palabras equívocas:

> Aquí estás tú, México, con un trono de corazones preparado para tus príncipes. ¡Ah! Tú, que a tan inmensa distancia y por espacio de tres siglos has consagrado tus frutos, tus tesoros, el honor y la vida de tus hijos al culto, al servicio y al obsequio de unos reyes que no has conocido sino por su imagen, ¡qué excesos no harías para recibir en tus puertos, conducir a esta capital y colocar en tu palacio sus personas! Temblad naciones todas del universo, y temed ese día como la época de vuestra humillación y miseria… México tiene no sólo palacio para su príncipe, sino para sus cortesanos; casas, posesiones y riquezas para los doce millones de españoles que entonces vendrían en seguimiento de su príncipe.

Beristáin llegó a consentir en dos sueños: hacer de la Nueva España la metrópoli del imperio español y trasladar la sede pontificia de Roma a Guadalupe. Creía que la grandeza romana fue recibida en herencia por España y que ésta, durante tres siglos, la había ido cediendo a México, quien ya se encontraba, a principios del siglo XIX, en posibilidad de autodeterminarse y determinar la vida de otros países. Muchos novohispanos estaban convencidos de la madurez de su patria, pero los europeos tenían aún la idea "mezquina y confusa de la ilustración de los españoles americanos". "Pasma a la verdad la general ignorancia —escribe Beristáin— que de las cosas de América, y especialmente de su cultura literaria, se ha tenido en Europa". Para convencerla de que México podía ser independiente, planteó, desde su época de Valencia, la redacción de una biobibliografía. Empezó a trabajar desde 1790, cuando obtuvo "una canongía de la metropolitana de México".

> Desde entonces —cuenta Beristáin— mi primer cuidado fue solicitar los manuscritos que Eguiara pudiera haber dejado para continuar su *Biblioteca;* y al cabo de algún tiempo, sólo pude hallar en la librería de la Iglesia de México cuatro cuadernos en borrador, que avanzaban hasta la letra J, de los nombres de los escritores… Desesperanzado, pues, el año 96, de hallar manuscrita la continuación de la *Biblioteca Mexicana,* resolví emprender la formación de ésta mía bajo otro plan y método que la de Eguiara; y registré par ello todas las historias de América, todas las crónicas generales de las órdenes religiosas y las particulares de las provincias, de la Nueva España y distritos de los arzobispados sufragáneos de Santo Domingo, México y Guatemala, porque mis fuerzas no me permitían extenderme a la América Meridional: vi todas las bibliotecas impresas y manuscritas de dichas órdenes y las seculares de don Nicolás Antonio, Antonio León Pinelo, Matamoros y otros. Visité y examiné por mí mismo las librerías todas de México, que pasan de diez y seis, y las de San Angel, San Joaquín, Tezcoco, Tacuba, Churubusco, San Agustín de las Cuevas, Tepozotlán y Querétaro, encargando igual diligencia a algunos amigos de las ciudades de Puebla, Valladolid y Guadalajara. Además, adquirí noticias auténticas de lo que podían encerrar los archivos, aunque éstos no se me franquearon, por afectados misterios y escrupulosidad impertinentes.

En 1809, estaba a punto de concluir su mamotreto y el *Diario de México* comentó:

> ¡Con cuánta admiración no verá la Europa publicar esta exquisita y magnífica obra!… Acaso parecerá increíble a Europa… [pero lo cierto es que pasan] de cuatro mil los escritores que ha tenido esta Nueva España.

Aquel año, Beristáin era todavía bien visto por todos los criollos. El anterior había tomado partido en favor de una intentona de independencia. Fue entonces perseguido. En adelante, sobre todo después de 1810, prefirió la comodidad al prestigio de mártir. En sus *Diálogos patrióticos,* publicados en México y reimpresos en Lima, Guatemala y Cádiz, injurió a los insurgentes. Uno de éstos, en el *Ilustrador Americano,* repuso:

> Si Ud. fuese un hombre infeliz y desgraciado, a quien su oscura suerte le obligara a adular a ese Venegas, vaya, paciencia, prostitución sería; pero prostitución sufrible y tolerable; mas, ¿quién verá sin asco que Ud., sólo a impulso de su genio maligno, escriba contra una causa propia, justa y santísima, y de cuyas razones se halla Ud. últimamente convencido? Sí convencido y convencidísimo hasta la evidencia. ¿Podrá usted olvidarse de la conversación que tuvimos en casa del chocho maestre escuela Gamboa sobre estos asuntos, en la que se atrevió Ud. a decirnos que era innegable la justificación de los insurgentes…?

Entonces Beristáin dio un aparente viraje. En un sermón, predicado en la catedral, colmó de elogios a la constitución liberal de Cádiz. Pero cuando se supo, en 1814, que el rey no la había querido jurar, predicó un sermón enteramente contrario que comenzaba. “No pegó el arbitrio tomado por los liberales para destruir el trono y el altar, dictando la constitución…”, palabras que sirvieron de tema a un versificador para componer la siguiente décima:

> De “no pega” fue el sermón.
> Si sermón puede decirse.
> Hablar hasta prostituirse
> Por la vil adulación.
> Ayer la constitución
> Cual sagrado libro alega
> Y apenas Fernando llega.
> Cuando ese libro sagrado
> Es un código malvado.
> ¡Vaya: que eso si no pega!

El Domingo de Ramos de 1815, en un sermón contra los insurgentes, produjo un magnífico argumento en favor de la insurgencia: sufrió un ataque de apoplejía que lo derribó en el pulpito, de donde le bajaron con medio cuerpo paralizado. Los independentistas vieron un castigo de Dios en el accidente del doctor Beristáin. Este, apenas rehecho, retomó el trabajo de la *Biblioteca.* En 1816 publicó el prólogo, donde se lee:

> Acaben de desengañarse a la vista de esta *Biblioteca* de que sin embargo de la distancia que separa esta parte de América de la Europa culta y a pesar de lo delicioso de estos climas, que según ellos dicen, inclinan al vicio, o a la molicie y a la ociosidad, a pesar en fin de la escasez de las imprentas y de la suma carestía del papel, en la Nueva España se estudia, se escribe y se imprimen obras de todas las ciencias.

Beristáin llevaba impresas 184 páginas del primer tomo de la *Biblioteca* cuando murió, el 23 de marzo de 1817, antes de amanecer. Su sobrino, José Rafael Enríquez Trespalacios Beristáin, prosiguió la impresión de mala gana. Como se publicaba por suscripción, los suscriptores exigieron que no quedara trunca. Con todo, Trespalacios redujo la tirada de los dos últimos tomos y dejó sin imprimir los 485 anónimos y los índices.

La *Biblioteca Hispanoamericana Septentrional* fue, por mucho tiempo, el único diccionario biográfico y bibliográfico con que contó la erudición mexicana. Todavía se aplaude el que haya preferido el idioma español al latín y que pusiera a los escritores según el orden alfabético de los apellidos. No se le perdona, en cambio, que altere, compendie y reconstruya los títulos de las obras. La colección de semblanzas biográficas, la parte más celebrada de la *Biblioteca*, cumple, como las otras, con los propósitos del autor: ensalzar la cultura mexicana mediante el elogio de los escritores mexicanos. Para conseguir esto, se limitó a copiar de las portadas de los libros los títulos, oficios, cargos y autoelogios de los autores.

El romanticismo y la discordia civil, que siguieron a la revolución de independencia, propiciaron inventarios de lágrimas, pero no de libros. Las pocas bibliografías del periodo santánico fueron simples retoques a la *Biblioteca Hispanoamericana.* Exceptúo los catálogos de tres imprentas mexicanas: la de don Ignacio Cumplido, hecho en 1836; la de Rafael y Balart, de 1847, y la de don José María Lara, de 1855. Según Genaro Estrada, “estos tres catálogos forman reunidos una base indispensable para el estudio de la imprenta en México durante el siglo XIX y especialmente del periodo romántico”.

Félix Osores, primer adicionador de Beristáin, fue sucesivamente catedrático de latín, filosofía y teología en el colegio de San Ildefonso; doctor en teología; catedrático de cánones en el colegio de San Ignacio de Puebla; párroco de varios pueblos; diputado a las Cortes de España en 1814 y 1820, al Congreso Mexicano en 1822-1823 y al Congreso Constituyente en 1824. El doctor Osores redactó sus adiciones a la *Biblioteca* de Beristáin en 1827. En el prólogo de su trabajo recomienda clasificar la bibliografía por temas. Ofrece, además, una lista de

impresores mexicanos, “harto incompleta y defectuosa”. Las adiciones apenas llegan a 128. Más importantes que ellas son, sin duda, las *Noticias bio-bibliográficas de alumnos distinguidos del colegio de San Pedro, San Pablo y San Ildefonso de México,* compiladas también por el doctor Osores y dispuestas por orden alfabético de biografiados. La omisión de índices es uno de sus pecados veniales; mortal es su falta de novedad. Casi todas las *Noticias* reconocen como única fuente la *Biblioteca* de Beristáin.

A don Francisco Xavier de la Peña, escritor angelopolitano, a quien llamaban El Cochino Erudito, se debe un estudio biobibliográfico titulado *Breve noticia de la Biblioteca Hispanoamericana Septentrional y apología de su autor el señor doctor D. J. Mariano Beristáin,* publicado en México, en 1842. El mismo año, *El siglo XIX* dio a conocer el prospecto de un reedición de la obra magna de Beristáin que preparaba el padre don Juan Evangelista Guadalajara. En 1849, el periódico *La castalia* emprendió la publicación de un compendio.

Otro retocador de Beristáin fue don Fernando Ramírez (1804-1871). Con el título de *Las adiciones y correcciones que a su fallecimiento dejó manuscritas y son las que cita con el nombre de "Suplemento" o “Adición" en las apostillas que puso a su ejemplar de la Biblioteca Hispano-Americana,* don Victoriano Agüeros y don Nicolás León publicaron la obra bibliográfica más conocida de Ramírez. Se citan en ella algunos libros olvidados por Beristáin, y se describen varios manuscritos coloniales. Ramírez fue también autor de un “Catálogo de libros impresos en México durante el siglo XVI”, de 258 páginas. Ramírez, en la política, recorrió muchos cargos antes de ser ministro de relaciones exteriores; en la milicia, llegó a jefe superior de la nacional; como lector, leyó todos los libros de sus dos bibliotecas; en la arqueología, “estableció los fundamentos de la interpretación jeroglífica de nuestros códices”; como historiador, produjo varios trabajos de mérito, sin haber escrito ninguno fundamental; en la bibliografía, jamás puso entusiasmo. Ni Osores ni Ramírez son comparables a aquellos eruditos románticos de Europa, que llevados por su amor al buen salvaje, se nos metieron en México.

La fiebre americanista del romanticismo europeo produjo, entre otras cosas, la larga estancia entre nosotros de Joseph Marius Alexis Aubin, asiduo coleccionador de códices, mapas y documentos del antiguo México que se llevó con él, y otro mexicanista, el librero Eugène Boban, catalogó en tres tomos en folio; los delitos bibliográficos de Henry Ternaux-Compans, autor de la *Bibliothèque Américaine ou catalogue des ouvrages relatives à l’Amérique qui ont paru dépuis sa découverte jusqu’ à l’an 1700* (París, 1837); el equipaje con el que salió de México Charles Etiénne Brasseur de Bourgourg, catalogado con el título de *Bibliothèque Mexico-*

Guatémalienne y puesto a la venta en París en 1871; la magnífica y lujosa *Bibliotheca americana Vetustissima,* de Henry Harrisse; *The literature of American aboriginal language,* de Hermán Emst Ludewig, y los magníficos enredos y robos del padre Fischer.

Agustín Fischer nació en Ludswigsburg el 14 de junio de 1825. Fue sucesivamente buscador de oro en California, colono, pasante de abogado, pastor protestante, converso al catolicismo, presbítero, limosnero del emperador Maximiliano y traficante de libros. Con malas artes consiguió formar una extraordinaria biblioteca de su propiedad y llevarse la reunida, en cuarenta años, por don José María Andrade, librero, editor y bibliófilo. Maximiliano compró la colección de Andrade en 1865 para formar la Biblioteca Imperial de México, que el padre Fischer, al desplomarse el Segundo Imperio, empacó en más de doscientas cajas, hizo transportar a lomo de mulas a Veracruz, donde fue embarcada para Europa, y allá catalogada y puesta en almoneda pública en Leipzig, en 1869. Los siete mil volúmenes que la constituían produjeron unos 16,652 pesos. “El muy importante catálogo de este remate —escribe Genaro Estrada— comprende 21 divisiones de las cuales era especialmente nutrida y atractiva la parte referente a México”.

Una porción de la biblioteca personal del padre Fischer, anunciada en un catálogo que lleva el nombre de *Bibliotheca Mexicana: catalogue d' une collection de livres rares (principalment sur l’histoire et la linguistique) réuni au Mexique,* fue vendida en París, a partir de 1868. Con el resto hizo otro catálogo; los 2,963 libros mencionados en él, los remató en Londres, desde mayo de 1869, la casa Puttick y Simpson, establecida en el número 47 de Leicester Square.

Da idea del modo como el padre Fischer se hizo de esos libros, y de su eficacia como comerciante, una anécdota relatada por don Nicolás León. Don Basilio Pérez Gallardo, al intervenir, por orden del gobierno, en 1861, las oficinas de la catedral metropolitana, tomó para sí la documentación relativa a los concilios eclesiásticos mexicanos, que luego vendió al padre Fischer en 300 ó 400 pesos, el cual, a su vez, ofreció restituirlos a la Iglesia a cambio de una cantidad varias veces superior a la que él había dado por ellos. Como la Sagrada Mitra se negara a recompensarlo, se quedó con los manuscritos que, años después, compró el historiador Bancroft.

Al amparo de la tolerancia liberal, el padre Fischer regresa a México; reanuda su amistad con los grandes bibliógrafos y bibliófilos mexicanos; induce a Manuel Fernández a poner en venta la biblioteca mexicanista reunida por Alfredo Chavero; consigue el nombramiento de cura de San Antonio de las Huertas; difunde la noticia de estar trabajando asiduamente en la redacción de una bibliografía mexicana del siglo XVII; obtiene a crédito la fama de gran bibliógrafo, y cuando siente la cercanía del fin, llama al padre Vicente de P. Andrade, le saca la promesa de proseguir con la

bibliografía del XVII y muere el 18 de julio de 1887. El librero don José María de Agreda y Sánchez celebró su muerte con estas palabras; Fue “una verdadera calamidad para nuestra historia y nuestra literatura patria”. En abono del padre Fischer puede decirse que pecó en arca abierta.

El liberalismo mexicano les negó positividad a los antecedentes históricos de México. En vez de considerarlos “como base indispensable de cualquier cambio, como sucede en general en todos los pueblos”, trató de “removerlos radicalmente para lanzarse por una vía del todo nueva”. “Queremos romper —decía Julio Zárate— con las tradiciones que nos legara un pasado de inmensos errores y de imperdonables locuras”. La malquerencia del pasado explica la indulgencia con que los liberales en el poder vieron la emigración de los libros mexicanos que lo testimoniaban.

El partido conservador disentía del liberal en muchas cosas. Una de las mayores causas del distanciamiento entre ambos fue la época colonial. Este la deploraba; aquél la ensalzaba. Mientras la defensa conservadora quiso extinguir el odio contra la obra de España en México a fuerza de ditirambos, fracasó. Cuando sustituyó la táctica de los adjetivos por la de la objetividad histórica, obtuvo una victoria definitiva. El aplicador de la nueva táctica fue don Joaquín García Icazbalceta; el arma esgrimida, la *Bibliografía Mexicana del siglo XVI.*

García Icazbalceta nace en la ciudad de México en 1825. El decreto de expulsión de los españoles obliga a su familia a trasladarse a España, en 1829. Allá, el niño Joaquín prefigura al erudito don Joaquín. A los diez años de edad escribe un pequeño libro de viaje, con prólogo, notas y apéndice. Al cumplir los once años, vuelve a México. Su padre quiere convertirlo en un próspero comerciante; él se empeña en ser escritor y políglota. En 1841 edita un pequeño periódico, *El Ruiseñor.* Luego se aplica al estudio del inglés, latín, francés e italiano. Su conocimiento del inglés lo pone a prueba al traducir la *Historia de la Conquista del Perú,* de William Prescott.

En 1850, García Icazbalceta toma decisiones importantes. Se propone ser el impresor de sus propios libros, e instala una imprenta; aspira a tener en su propia casa las fuentes de sus investigaciones y comienza a forma una magnífica biblioteca; elige el camino de la erudición, y se deja de adjetivos e interpretaciones históricas. Le escribe a José Fernando Ramírez:

> Como estoy persuadido que la mayor desgracia que puede sucederle a un hombre es errar su vocación, procuré acertar la mía, y hallé que no era la de escribir nada nuevo, sino compilar materiales para que otros lo hicieran; es decir, allanar el camino para que marche con más rapidez y menos estorbos el ingenio a quien esté reservada la gloria de escribir la historia de nuestro país.

> Humilde como es mi destino de peón me conformo con él, no aspiro a más; quiero sí, desempeñarlo como corresponde, y para ello sólo cuento con tres ventajas; paciencia, perseverancia y juventud.

Antes de darse por entero a la tarea de peón de la historia colonial, escribe un devocionario, 54 biografías breves de hombres de la colonia, un ensayo sobre los historiadores de México y otro sobre la tipografía mexicana. En 1858 empieza a publicar la *Colección de Documentos para la historia de México.* Vienen en seguida las faenas propiamente bibliográficas. *Apuntes para un catálogo de escritores en lenguas indígenas de América,* opúsculo del que se tiraron 60 ejemplares, fue la primera bibliografía hecha por Icazbalceta. Cada cédula comprende el nombre del autor, el título de la obra, el nombre de la persona a quien se dedicó, el lugar y al fecha de impresión. Las cédulas se reparten en tres grupos: libros que se encuentran en la biblioteca del autor, libros que no se hallan en la biblioteca del autor y libros que fueron vistos después de haber expirado el plazo que se había impuesto el autor para componer sus *Apuntes.*

Desde 1556 comienza a reunir materiales para la bibliografía del siglo XVI; la primera parte debía comprender las obras impresas en México en aquel siglo, y la segunda, los trabajos publicados fuera, pero hechos en la Nueva España o relativos a ella. En este plan, Icazbalceta trabaja durante cuatro décadas. La mayor parte del año se levanta a las cinco de la mañana, y después de un desayuno frugal, estudia hasta el mediodía. De las doce a las cuatro atiende el negocio de sus haciendas; luego come, descansa un momento y entra de nuevo a la biblioteca para compartir con sus amigos. El invierno suele pasarlo en alguna de sus haciendas azucareras, Santa Clara o Tenango, en la tierra caliente de Morelos.

> Yo no puedo vivir —escribe— sin sol: un día nublado me abate; el frío me entristece, y con ser el de México intenso, me echa de allí a refugiarme en estas tierras que llaman calientes y que no lo son… El “dulce juego” alimenta a mi familia hace más de siglo y medio, por lo cual hay que verlo con respeto y atención… es mi *modus vivendi*… y el que da para calaveradas literarias.

Don Joaquín era hombre rico, áspero, escrupuloso y conservador. Buena parte de su riqueza la gastó en la compra de los libros que iba a describir en su bibliografía. Su aspereza le acarreó el mote de “El Tigre” y le retiró muchos impertinentes en las horas de estudio. Era escrupuloso en la manera de vestir, en el modo de hablar, en el acopio de fuentes, a la hora de manuscribir y aun de imprimir y encuadernar sus libros. Su credo conservador se vislumbra en el tema de sus trabajos; cuando confesaba “que él no pertenecía a la sociedad presente”; en el adjetivo “terrible” que

antepuso a la Reforma y el efecto desprestigiante que le achacó, y por último, en estas palabras; “Confesemos con noble franqueza nuestra inferioridad respecto de las viejas naciones de Europa”.

Don Fray Juan de Zumárraga, en 1881, y cinco años más tarde, la *Bibliografía mexicana del siglo XVI*, fueron dos combates en favor de la tesis colonialista conservadora, pero tan bien hechos, es decir, documentados, que hicieron retroceder la doctrina liberal anticolonialista. Todavía más: una omisión en el libro sobre Zumárraga le conquistó al autor la sumisión incondicional de los liberales, sin gran menoscabo del apoyo de los conservadores. Icazbalceta dejó de mencionar las apariciones guadalupanas, y aclaró después: “En mi juventud creía, como todos los mexicanos, en la verdad del milagro: no recuerdo de dónde me vinieron las dudas, y para quitármelas acudí a las apologías; éstas convirtieron mis dudas en la certeza de la falsedad del hecho”.

La *Bibliografía mexicana del siglo XVI* conoce desde su publicación los aplausos de ambos bandos. Se ocupa de ciento dieciséis obras impresas en México entre 1539 y 1600. De cada una ofrece una descripción bibliográfica, exacta y minuciosa, comentarios sobre el contenido, apuntes biográficos acerca del autor, transcripciones de textos y el facsímil fotolitográfico y fototipográfico de la portada. Para don Marcelino Menéndez y Pelayo, “en su línea es obra de las más perfectas y excelentes que posee nación alguna”; “un monumento en su clase”, según don José Toribio Medina.

Icazbalceta desistió de hacer la segunda parte de su bibliografía. “El que la emprenda y lleve a cabo —dijo— hará un gran servicio a las letras y a la patria”. El prefirió emprender una *Nueva colección de documentos para la historia de México* que consta de cinco volúmenes publicados entre 1889 y 1892, y proseguir un *Vocabulario de mexicanismos, comprobado con exemplos y comparado con los de otros países hispanoamericanos.*

> Mato ahora el tiempo —escribe al final de su vida— en ordenar materiales para un “vocabulario hispano-mexicano”: es trabajo que puede llamarse mecánico, y como primer ensayo resultará imperfectísimo; pero por algo se ha de empezar… He comenzado a imprimir las letras A-D, unos mil quinientos artículos que están concluidos… Si puedo, seguiré con las demás letras, que lo dudo. Pocas esperanzas tengo de llegar al fin del alfabeto.

Cuatro horas antes de morir, el 26 de noviembre de 1895, recibió las últimas pruebas de imprenta que alcanzaban hasta la letra F.

Don José María de Agreda y Sánchez y don Fortino Hipólito Vera, los otros dos bibliógrafos conservadores, le sobrevivieron. Vera vivió entre 1834 y 1898; ocupó

diversos cargos eclesiásticos y fue autor de un catálogo de *Escritores eclesiásticos de México, o bibliografía histórica eclesiástica mexicana,* impreso en 1880; del *Tesoro guadalupano o Noticia de libros documentos, inscripciones, etc., que tratan, mencionan o aluden a la aparición o devoción de Nuestra Señora de Guadalupe,* en dos volúmenes impresos en 1887 y 1889, respectivamente, y de una reedición, plagada de errores, de la *Biblioteca* de Beristáin.

Agreda y Sánchez fue el último guardián de la Biblioteca Turriana, la que entregó al gobierno en 1857. En adelante satisfizo su bibliofilia con libros propios y a la vez conventuales, con los libros salidos a la calle cuando se desocuparon los conventos por orden de la Reforma. Algunos los compró "a criadas que iban por las calles llevando los libros en cestas"; otros, los adquirió baratísimos en los puestos de Las Cadenas. El propio Agreda hizo el *Catálogo de su biblioteca,* del que imprimió 594 páginas. Fuera de esta obra inconclusa, dejó muy poco escrito, o mejor dicho, "escribió mucho, pero con mano de otros", según Icazbalceta. A él acudían todos los buscadores "de buenas noticias tocantes a libros mexicanos". Fue una bibliografía viviente.

El partido liberal nunca tuvo bibliógrafos de oficio, como el conservador. Sin embargo, algunos de sus hombres, en sus ratos perdidos, condujeron las faenas bibliográficas por caminos poco frecuentados. Melchor Ocampo, ilustre orador, herbolario, político y mártir, compila pequeñas bibliografías analíticas. En una describe 29 obras relativas a los idiomas indios; en otra, ofrece una modesta aportación a los estudios botánicos de nuestro país. Para Ocampo, "la bibliografía es la llave de todas las ciencias… Sin ella muchos hombres estudiosos no sabrán ni lo que deben buscar para guiarse".

Don Alfredo Chavero cultivó "todos los géneros sin descollar en ninguno". Fue sobre todo dramaturgo, arqueólogo, bibliógrafo y "uno de los duendecillos familiares de Palacio entre 1873 y 1874". En el *Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística,* publicó en 1880 unos "Apuntes sobre bibliografía mexicana", pero su obra mayor es, quizá, la que examina algunos códices prehispánicos y los trabajos de los misioneros sobre la vida anterior a la conquista.

Don Ignacio Manuel Altamirano, al contrario de Chavero, frecuentó muchos caminos con buen éxito. Como bibliógrafo hizo un gran servicio a sus lectores con los "Boletines bibliográficos", publicados en 1868 y 1869, en *El Renacimiento.* Allí mismo, don Valentín Uhnik publicó sus "Curiosidades bibliográficas".

Pero el verdadero fundador de la bibliografía circunspectiva en México fue don Pedro Santacilia, hombre culto y alegre, quien recogió la producción literaria mexicana del primer semestre del año 1868 en su opúsculo *Del movimiento literario*

en México, con el que se propuso demostrar dos cosas:

> Primera: que el restablecimiento de la República trajo consigo, como consecuencia natural, el renacimiento de la literatura. Segunda: que basta estudiar con imparcialidad el movimiento literario que observamos entre nosotros, para comprender que ha entrado México en su periodo de reconstrucción, y que cuenta con grandes elementos de progreso para el porvenir.

El régimen liberal propició el inventario de las obras científicas mexicanas, las reseñas bibliográficas de propaganda para los libros y artículos liberales, y también, dentro de sus planes educativos, la formación de catálogos de las bibliotecas públicas. Don Ignacio Manuel Altamirano hace el de los libros de la Sociedad de Geografía y Estadística, en 1887, y dos años después, se imprime el *Catálogo de obras de la biblioteca de la Escuela Nacional Preparatoria.* Ambos inventarios fueron precedidos por el *Catálogo de libros que existen en la Biblioteca Pública del Estado [de Jalisco],* compuesto por don José María Vigil.

Vigil se formó en el seminario eclesiástico y en la Universidad de Guadalajara. Fue como Ocampo, como Chavero y como Altamirano, enciclopedista. Desde 1869 vivió en la capital, desempeñando el puesto de magistrado de la Suprema Corte de Justicia, hasta el triunfo de la revuelta tuxtepecana; como colaborador asiduo de varios periódicos liberales, hasta su muerte. Dirigió la Biblioteca Nacional de México desde 1880. “Al tomar el señor Vigil las riendas de la institución, se encontró con un local en reparación, sin muebles suficientes y más de 800 cajas de libros hacinadas desde 1867 en bodegas húmedas”. Después de remediar estos males, se puso a estudiar los sistemas de clasificación bibliográfica, y escogido el de Namur, se dio a la infinita tarea de hacer los catálogos. Para don Luis González Obregón esta obra

> merece particular elogio por el tiempo dilatado que tuvo que consagrarle, por la escrupulosidad que desplegó a fin de que las portadas de los libros fuesen fielmente extractadas, transcritos con exactitud los nombres de las ciudades, de los tipógrafos y las fechas de las obras consignadas en los catálogos, así como el número preciso de volúmenes de que constaba cada una. Para ello, hubo de hacer confrontas minuciosas entre los títulos y las copias hechas en las boletas; consultar de continuo manuales y tratados especiales de bibliología, con el fin de cerciorarse si las obras estaban concluidas.

Los *Catálogos de la Biblioteca Nacional de México,* en once volúmenes en folio, se publicaron entre 1889 y 1908. Mencionan más de cien mil obras, repartidas en nueve

divisiones y dos suplementos. Las divisiones son: Introducción a los primeros conocimientos humanos, ciencias eclesiásticas, filosofía y pedagogía, jurisprudencia, ciencias matemáticas, físicas y naturales, ciencias médicas, artes y oficios, filología y bellas letras, historia y ciencia auxiliares. Y no es ésta la única obra colosal de don José María Vigil. El tomo V de *México a través de los siglos,* que relata la historia de la Reforma, la Intervención y el Imperio; la "Reseña histórica de la poesía mexicana" que prologa la *Antología de poetas mexicanos,* publicada por la Academia en 1894; las traducciones de varios autores latinos, italianos, alemanes, franceses e ingleses; la inconclusa y gigantesca *Historia de la literatura mexicana*, y el *Boletín de la Biblioteca Nacional de México,* que dirigió hasta su muerte, son otras de sus hazañas.

Una generación ecléctica, de nacidos entre 1842 y 1857, al verse enfrentada la disyuntiva de llamar a los trescientos años de dominación española edad de oro o época de barbarie, se declara incapaz de tomar partido, sin previa investigación científica del periodo a debate. El bibliógrafo de la generación fue don Vicente de Paula Andrade.

Nació en la ciudad de México en 1844. Hizo estudios en colegios eclesiásticos, en León y Pátzcuaro; enseñó humanidades en Jalapa; se ordenó de presbítero en París, donde publicó también su primer estudio: *R.P.D. Antonio Learreta e Ibargüengoitia. Apuntes biográficos.* De vuelta en México, misionó en las tierras calientes y húmedas de Veracruz y Morelos; enseñó en Zacatecas; fue cura en las parroquias capitalinas de San Antonio de las Huertas, San Miguel Arcángel y el Sagrario. Desde 1887 fue canónigo en la basílica de Guadalupe. La canongía le dio el reposo necesario para las faenas eruditas y socavar los cimientos del guadalupanismo. Con las limosnas depositadas por los devotos de la Virgen de Guadalupe, emprendió una campaña, por medio de artículos periodísticos, opúsculos y hojas sueltas, contra la tradición del milagro guadalupano. Otro trabajo famoso del cura Andrade fue el *Ensayo bibliográfico mexicano del siglo XVII.*

Dijimos antes que en el origen de esta investigación "tuvo parte impulsiva [su] finado y buen amigo señor cura de San Antonio de las Huertas, don Agustín Fischer, quien había proyectado seguir las luminosas huellas trazadas en la inmortal *Bibliografía mexicana del siglo XVI,* por el laboriosísimo como tan erudito señor don Joaquín García Icazbalceta… Al efecto, recogió muchas noticias, y cuando se le acercaba la muerte, [le] suplicó [al padre Andrade] acometiera su empresa". Andrade aceptó y don Nicolás León puso en sus manos el material acopiado por el padre Fischer, que por lo visto, no era mucho.

A diez años de la publicación de la obra magna de Icazbalceta, comenzó a aparecer, en el boletín de la sociedad Antonio Alzate, la bibliografía del XVII.

Caminaba con lentitud la impresión, puesto que la revista sólo cada uno o dos años entregaba una parte del trabajo; pero, en 1899, el autor obtuvo del licenciado Baranda, ministro de Justicia e Instrucción Pública, "que el gobierno hiciese a sus expensas la publicación en la tipografía del Museo Nacional". El libro se puso a la venta a fines de 1900.

El *Ensayo bibliográfico mexicano del siglo XVII* consta de un prólogo, 1,228 papeletas bibliográficas catalogadas por riguroso orden cronológico, veinticuatro láminas con los facsímiles de las portadas de algunas obras, un bosquejo del desarrollo tipográfico en el siglo XVII, un epítome de lo impreso en Puebla en esa misma centuria, y dos índices, uno de autores y otro de obras anónimas. Aquí y allá se dan algunas noticias biográficas y se inserta *in integrum* algún documento.

Varias de las compilaciones bibliográficas de Vicente de P. Andrade se publicaron en periódicos. *El Tiempo,* del lánguido don Victoriano Agüeros, acogió la "Bibliografía mexicana de la Inmaculada Concepción en el siglo XIX", la "Bibliografía del Patronato", los "Edictos y pastorales del ilustrísimo y reverendísimo señor Alarcón, arzobispo de México", el "Epítome bibliográfico mexicano del señor San José", la "Bibliografía guadalupana" y una autobibliografía que, por modestia, no firmó con su nombre. Le puso el de José Toribio Medina.

Al padre Andrade se deben también una *Noticia de los periódicos que se publicaron durante el siglo XIX, dentro y fuera de la capital,* impresa en 1901; un intento de bibliografía del Estado de Chiapas, que se halla en el opúsculo *Mi excursión a Chiapas,* publicado en 1914; "Bibliografía de Nuestra Señora de los Remedios", inserta en *El País,* el 18 de mayo de 1907; las "curiosidades bibliográficas" aparecidas en *El Tiempo,* el 9 de mayo de 1905 y varios embustes: anuncio de libros inexistentes, falsos nombres de autores y otras travesuras. El padre Andrade murió en el hospital de Jesús en 1915.

El positivismo, la filosofía oficial del Porfiriato, estimuló las listas de libros. Quienes las hacían fueron agrupados en un Instituto Bibliográfico Mexicano, sostenido por el gobierno. Algunos de los mejores miembros de ese instituto se educaron en la Escuela Nacional Preparatoria, semanario positivista; a todos los sorprendió la caída de don Porfirio y el advenimiento de la Revolución, haciendo minuciosos catálogos de obras mexicanas para el servicio de los hombres de ciencia del mundo entero, de quienes había nacido la iniciativa de hacerlos. The Royal Society of London auspició dos congresos internacionales de bibliografía científica, reunidos en julio de 1896 y en octubre de 1898. Los sabios asistentes a esos congresos suscribieron la recomendación de que cada país, "si lo deseare, recoja los materiales de su bibliografía científica, los clasifique y los mande a la oficina central

de Londres". México fue uno de los países que acogieron la recomendación. El 5 de diciembre de 1898, se instaló una Junta Nacional de Bibliografía Científica y, poco después, una junta local en cada Estado. La primera se transformó en el Instituto Bibliográfico Mexicano, el 29 de mayo de 1899. Fueron sus fundadores: José María de Agreda y Sánchez, Rafael Aguilar y Santillán, Agustín Aragón, Joaquín Baranda, Ángel M. Domínguez, Jesús Galindo y Villa, Luis González Obregón, Porfirio Parra, Francisco del Paso y Troncoso, Jesús Sánchez, José María Vigil y Eugenio Zubieta.

Don Rafael Aguilar y Santillán (1863-1940), fue alumno distinguido de la Escuela Nacional Preparatoria y de la Escuela Nacional de Ingeniería. En 1898 emprende la primera versión de su *Bibliografía geológica y minera de la República Mexicana,* que presenta, por orden alfabético de autores, las obras de mineralogía, minería, geología, metalurgia, legislación y estadística de mineras de México, aparecidas desde 1556 hasta 1896. Una nueva edición, ampliada hasta 1904, aparece en 1908. Diez años después publica la primera edición, que abarca los años 1905-1918, y en 1936, la segunda, con obras aparecidas entre 1919 y 1930. Desde 1890, inserta en las *Memorias de la Sociedad Científica Antonio Alzate,* la "Bibliográfica metereológica mexicana", que adiciona posteriormente. En 1919 publica el índice de los 32 primeros tomos del *Boletín de la Sociedad de Geografía y Estadística,* y en 1934, índices onomástico y de materias de los 52 primeros tomos de las *Memorias* y *Revista de la Sociedad Científica Antonio Alzate.* Fuera de la bibliografía, escribe libros sobre *El ozono y las lluvias en México*.

Don Valentín F. Frías, después de administrar varias haciendas, cuando ya tuvo la suya propia, publicó por entregas, en *El Tiempo Ilustrado,* su "Bibliografía queretana", que le abrió las puertas del Instituto Bibliográfico Mexicano en 1900. En 1904 era ya tal el número de sus escritos sobre agricultura e historia queretana que pudo darse el lujo de imprimir una autobibliografía. El mismo año aparecieron sus *Ensayos bibliográficos.* Nicolás Rangel estudió en el Colegio del Estado de Guanajuato; fue director del *Boletín de la Biblioteca Nacional de México,* y colaboró con Justo Sierra, Luis G. Urbina y Pedro Henríquez Ureña en la confección de la *Antología del Centenario.* Con la *Bibliografía de Juan Ruiz de Alarcón,* que contiene "certeros comentarios sobre las obras descritas" y la "Bibliografía de Luis González Obregón (1885- 1925)", se labró una apreciable fama de bibliógrafo.

Luis González Obregón, también alumno de la Escuela Nacional Preparatoria, fue un hombre de intereses múltiples, pero nunca fue político. Estuvo encargado de las publicaciones del Museo Nacional y de la Junta Reorganizadora del Archivo General y Público de la Nación. Entre sus varias actividades de erudito se cita ésta: reunió una vasta colección de las proclamas y manifiestos políticos con que los revolucionarios tapizaban los muros de la ciudad de México. "Esas hojas —cuenta Genaro Estrada— eran despegadas de los muros por un amigo o un sirviente de don Luis, a veces con

peligro de la vida, porque entonces la operación se realizaba entre las balas de los bandos contendientes que entraban a la ciudad de México o salían de ella". Se inició en la bibliografía con un *Anuario bibliográfico nacional* que recogió lo publicado en México en 1888 y con una *Breve noticia de los novelistas mexicanos,* impresa en 1889. Las más de sus obras son de los géneros biográfico y anecdótico. Todas sus biografías contienen datos bibliográficos, en especial las de *Don José Joaquín Fernández de Lizardi; El capitán Bernal Díaz del Castillo; Don José Fernando Ramírez,* y *El Abate Francisco Javier Clavijero.*

Genaro García, memorable por sus injurias contra los conquistadores españoles, fue un bibliógrafo objetivo. Don Francisco Fernández del Castillo, ilustre cajero del Banco de Londres en México y empleado del Archivo General de la Nación, quiso ser el abogado de los principales conquistadores de México y Guatemala; pero perpetuó su prestigio con *Libros y libreros del siglo XVI,* compilación de listas de libros y otros documentos. Don Primo Feliciano Velázquez, en 1899, presentó a la Junta Local de Bibliografía Científica de San Luis Potosí una *Bibliografía científica potosina,* y no volvió más por estos caminos.

Jesús Galindo y Villa, otro alumno de la Escuela Nacional Preparatoria, fue director de la Academia Nacional de Bellas Artes, del Conservatorio Nacional de Música y Declamación, y del Museo Nacional, y catedrático de historia, arqueología, heráldica, geografía, biblioteconomía y bibliografía. Escribió 125 obras biográficas, 9 de epigrafía, 100 de historia, 12 de arqueología, 7 de critica de arte, 2 de viajes, 16 de geografía, 6 de educación, 54 de asuntos municipales y 12 de bibliografía. Entre estas últimas: 3 autobibliografías y 2 bibliografías: la de García Icazbalceta fue publicada por primera vez en 1889 y reeditada con adiciones en 1903, 1904, 1925 y 1926. La otra, con el nombre de "La obra científica y literaria del señor licenciado don Cecilio A. Robelo", la publicó el *Boletín de la Biblioteca Nacional de México,* en 1916. Galindo y Villa "jamás transigió con la Revolución" y murió pobre en 1937.

Emeterio Valverde Téllez nació en Villa de Carbón, en 1864; estudió y enseñó en el Seminario eclesiástico de San José de México. Su primera obra, *La Verdad,* fue seguida por *Apuntamientos históricos sobra la filosofía en México; Estudio bibliográfico y crítico de las obras de filosofía, escritas o traducidas o publicadas en México desde el siglo XVI hasta nuestros días,* y *Bibliografía filosófica mexicana,* notablemente aumentada en la segunda edición de 1913. En el prólogo a esta obra se lee:

> Queremos presentar un resumen o índice bibliográfico, ordenado y razonado en que se destaquen las principales direcciones del pensamiento filosófico de nuestra nación. Esta obra viene a ser… el complemento de las *Apuntaciones* y de la *Crítica.* Hemos procurado mencionar los trabajos de cada escritor

> aunque no sean de índole filosófica, [lo que] contribuirá a que de cada autor nos formemos idea más completa.

Valverde Téllez compartía con otros miembros de su generación el propósito de inventariar toda la producción libresca de México por materias. “Los trabajos vendrían a ser: las matemáticas en México, la física en México, la química, la historia natural, la geografía, la historia humana y la del país… la jurisprudencia, la medicina, la literatura, la filología, la filosofía, la teología, etcétera.

A partir de 1909 se consagra a varias actividades, y poco a las bibliográficas. Como obispo de León, produce 52 cartas pastorales y varios edictos, muchos sermones y conferencias, un *Epítome de retórica sagrada, El poema del amor divino,* el esplendor del culto en los templos de la diócesis leonesa, un mejor conocimiento de la doctrina cristiana entre sus diocesanos, una magnífica biblioteca de su propiedad, y la *Bibliografía eclesiástica mexicana, 1821-1943* que dejó a medio hacer. Los mejores son los dos primeros volúmenes donde se registran publicaciones de los obispos. El tercero menciona libros de clérigos de menor jerarquía. La edición de la obra estuvo al cuidado y fue prologada por don José Bravo Ugarte.

De la misma camada de Valverde es don Nicolás León. Nació en 1859 en Quiroga, entre el ceno de Zirate y el lago de Pátzcuaro. Tuvo título de médico, pero fue diestro en todas las ciencias en que puso mano: botánica, antropología física, lingüística, religión, historia, bibliografía y biblioteconomía. Enseñó botánica, lengua latina y patología interna en el colegio de San Nicolás. Desde 1886 se le nombró director del Museo Michoacano. Su afición a coleccionar libros viejos data de entonces.

> Cuéntase que el doctor León había ayudado a los agustinos de Michoacán en un pleito que la orden tenía con el gobierno; ganando éste a satisfacción de los agustinos, le pidieron al doctor presentara sus honorarios, a lo que contestó solicitando únicamente una carta del padre provincial autorizándolo para registrar los archivos y las bibliotecas de todos los conventos que tenía la orden en provincia, y con la facultad de llevarse aquellos ejemplares que encontrara duplicados; favor que le fue concedido.

Los *Anales del Museo Michoacano,* fundados por él, y la *Gaceta Oficial del Gobierno del Estado de Michoacán,* acogieron algunos de sus primeros trabajos eruditos. En los *Anales,* a partir de 1887, insertó seis notas sobre impresos mexicanos del siglo XVI. Pero León no quiso ser simple retocador de Icazbalceta. El padre Fischer, cuando trabajaba en la bibliografía del siglo XVI, le preguntó: “¿Por qué no se pone usted a escribir la del siglo XVIII?”. Nicolás León puso manos a la obra. En

1890, en los *Anales,* empezó a publicarla. Años después dijo:

> Caminaba mi trabajo con pasos lentos pero seguros, cuando acaeció la muerte de mi protector y amigo el señor general don Mariano Jiménez, gobernador del Estado de Michoacán. Su sucesor en el poder… suprimió el Museo Michoacano, ejecutando en contra de quien esto escribe una serie de actos hostiles.

De Morelia pasó a Oaxaca como profesor de ciencias naturales en la Escuela Normal de Profesores. En 1894, a los 34 años de edad, vino a ser preparador de química y de fisiología vegetal en la Escuela Nacional de Agricultura, en San Jacinto, a orillas de la capital. Por aprietos económicos, se vio compelido, en 1896, a anunciar en un catálogo la venta de una parte de su biblioteca. Al año siguiente editó otro catálogo con obras más vendibles. Los triunfos económicos fueron precedidos por la publicación, en 1895, de la *Biblioteca botánico-mexicana. Catálogo bibliográfico, biográfico y crítico de autores y escritos referentes a vegetales de México y sus aplicaciones, desde la conquista hasta el presente.*

> Al fundarse el año de 1899 el Instituto Bibliográfico Mexicano —escribe el doctor León—, fui uno de los honrados con el nombramiento de socio de número, y entonces su presidente [don Joaquín Baranda], se dignó recabar [de don Porfirio Díaz] la autorización competente para que mediante una subvención mensual, pudiera continuar escribiendo la bibliografía [del siglo XVIII].

La obra iba a constar de dos partes: una exclusivamente bibliográfica y la otra biográfica e histórica. León se quedó en la primera, donde menciona, y a veces transcribe, 4,086 impresos. Llevaba publicados seis tomos de esta parte, cuando el subsecretario de Instrucción Pública y futuro biógrafo de León, don Ezequiel A. Chávez, le comunicó que no era posible seguir publicándola porque la partida dispuesta para ello debía aplicarse a obras más urgentes.

Se dice que don Nicolás León era intratable, brusco y metódico. Su método no le impidió trabajar al mismo tiempo que en la bibliografía dieciochesca, en otras muchas cosas: etnografía de los indios tarascos, clasificación de las familias lingüísticas de México, vocabulario de la lengua popoloca, una apresurada biografía de don Vasco de Quiroga y las minuciosas de fray Antonio de San Miguel, Alfredo Chavero y don José María de Agreda y Sánchez.

Esta artículo es un testimonio mediocre de la abundancia de bibliografías mexicanas. En 1920 eran ya tantas, que don Nicolás León sintió la necesidad de

catalogarlas en una *Bibliografía bibliográfica mexicana.* Cita en ella no sólo “a los escritos de mexicanos, sino también a los de extranjeros que de asuntos de México se ocupan”. Incluye catálogos de libreros, por ser éstos “bibliografías compendiadas, proporcionando buenas noticias que en vano se buscarán en otras partes”. En la clasificación de las fichas se sigue el orden alfabético de autor.

Desde 1916, don Nicolás fue profesor de la Escuela Nacional de Bibliotecarios y Archiveros. Para uso de sus alumnos redactó: *Abreviaturas más usadas en las descripciones bibliográficas, Biblioteconomía* (con un capítulo sobre el pasado y el presente de las bibliotecas de México), *¿Cuáles libros deben, propiamente, llamarse incunables?, Esquema inicial de la clasificación bibliográfica decimal*, y *Sinopsis de la "ciencia del libro", expuesta en lecciones orales a un grupo de bibliotecarios de la ciudad de México el año de 1925.*

Nicolás León dejó al morir, en 1929, 352 obras originales impresas, 73 inéditas, 9 traducciones al castellano y 104 impresiones de libros ajenos. Nicolás León fue el bibliógrafo de su propia obra. En 1895, 1898, 1901, 1908, 1920 y 1925 publicó noticias “de sus escritos originales impresos e inéditos, los de varios autores por él editados, traducciones de obras impresas e inéditas, sociedades científicas a las cuales pertenece, comisiones y empleos públicos que ha servido, distinciones y recompensas obtenidas”. Don Nicolás fue el mejor bibliógrafo de su generación. Siempre prestó menos interés a las ideas contenidas en una obra que a su número de páginas, su portada y sus grabados. En sus gustos sólo lo superó Medina.

La monstruosa erudición de José Toribio y Medina afectó a todos los países de América Hispánica. Tres mexicanos: García Icazbalceta, Andrade y León fueron poco menos que inutilizados por el chileno. La obra de éste sólo se puede definir con cifras. Escribió, según el más entusiasta de sus biógrafos, 392 obras, esto es, 81,235 páginas, o sea 2 470,710 líneas. Describió 69,682 impresos, 2,394 medallas, 1,301 monedas y 2,141 mapas. Recogió 21,681 documentos interesantes para la historia de América. Los anchos de los lomos de sus libros suman 18 metros. Con razón se le llamó “el primer bibliógrafo de la cristiandad”.

Antes de ser catalogador de libros fue entomólogo. En 1868 hizo la primera recolección de insectos en el fundo de su abuelo; en 1869 efectúo la segunda, en los alrededores de Santiago; hacia 1876, la primera recolección y lista de autores y libros chilenos, en Lima. Conducido por Ricardo Palma, recorrió las librerías y las bibliotecas de Lima y le escribió desde allí, a su padre:

> He modificado mis hábitos, pues me acuesto como los viejos y me levanto muy temprano para leer y después trajinar y recorrer todo lo que me

interesa… En lo único que emplearé el dinero de los sueldos, será en adquirir antigüedades y libros raros que aquí hay en gran abundancia y baratos.

En 1878, dio a las prensas la *Historia de la literatura colonial de Chile*; en 1879, *El capitán de fragata Arturo Prat*; en 1882, *Los aborígenes de Chile*; en 1884, *Indice de los documentos existentes en el Archivo del Ministerio de lo Interior;* en 1887, la *Historia del Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición en Lima;* en 1888, la *Colección de documentos inéditos para la historia de Chile desde el viaje de Magallanes hasta la batalla de Maipo.* Todas estas obras no eran nada al lado de la multivoluminosa *Historia general de Chile*, escrita por su maestro Barros Arana, al que Medina quería superar.

Medina se casó, a los 34 años, con una mujer más ambiciosa que él. Del enorme prestigio chileno de Barros Arana decía que era "fama de campanario de aldea". Su marido debía aspirar a un escenario más vasto. Se resignó a que ese escenario fuera América, y el arma para conquistarlo, la bibliografía. Desde 1887, Medina se consagró a la superación de Antonio de León Pinelo, Nicolás Antonio, Andrés González Barcia, Henry Harrisse y los bibliógrafos locales de Hispanoamérica.

Acomete de inmediato El *Epítome* de la imprenta en Lima y *La imprenta en América Virreinato del Río de la Plata*; luego, la *Bibliografía de la Imprenta en Santiago de Chile desde sus orígenes hasta febrero de 1917.* Sigue con los catálogos de lo impreso en Lima (1584-1824), La Habana (1707-1810), Oaxaca (1720-1820), Bogotá (1739-1821), Quito (1760- 1818), Guadalajara (1739-1821), Veracruz (1794-1821), Caracas (1808- 1821), Cartagena de las Indias (1809-1820) y otras ciudades. De 1898 a 1907 publica los siguientes gruesos volúmenes de la *Biblioteca hispanoamericana (1493-1810).* Esta obra contiene 8,481 títulos de "libros publicados por americanos o españoles que vivieron en América, y que no tratan de una manera directa de las cosas de nuestro continente", de "libros escritos en castellano o latín e impresos en España o fuera de ella por españoles o americanos, o publicados en la Península por individuos de cualquier nación, en alguno de aquellos idiomas" y de "obras referentes a América". Se sigue el orden cronológico, y dentro de éste, el alfabético de los apellidos de los autores.

José Toribio Medina estuvo en México en 1903. Tomó copiosos apuntes sobre publicaciones de la colonia y se llevó todos los libros y documentos que pudo. Este y otros viajes por Europa y América le permitieron acumular una gigantesca colección de libros americanos, "sin par en el mundo entero, que donó a la Biblioteca Nacional de Chile, que la conserva en una sala especial, que lleva el nombre del donante". Entre 1907 y 1912 publicó en ocho volúmenes, *La imprenta en México (1539-1821),* donde describe y comenta detalladamente 12,412 impresos coloniales. Ya antes, en 1893, había descrito, en el *Epítome de la imprenta mexicana,* 3,599 publicaciones, y

en 1904, 42 impresos yucatecos, 128 tapatíos, 27 oaxaqueños y 39 veracruzanos. En 1908 publicó *La imprenta en Puebla de los Angeles (1640-1821),* que registra 1,928 títulos.

En el prólogo al tomo sexto de la *Biblioteca hispano-americana*, Medina hizo una prolija historia de la bibliografía americanista; en la introducción de *La imprenta en México* dejó otra de la bibliografía mexicanista. Lo precedió en esta tarea don Nicolás León, y lo siguieron Genaro Estrada y don Agustín Millares Carlo. De los cuatro, y algunos más, se distrajeron las noticias examinadas en esta primera parte de una breve historia de la vieja costumbre de hacer listas de libros mexicanos.

Un mexicano en Europa

Los estudiosos de Clavijero, de la vida y la obra del más ilustre de los jesuitas mexicanos expulsos a Italia por orden del rey Carlos III, se cuentan por docenas. No se esperó la muerte del abate para convertirlo en objeto de la sangrienta crítica de un gachupín (Ramón Diosdado Caballero) y los elogios de algunos compatriotas. Don Xavier está muy lejos del tema virgen. Con la mole del héroe sabido se han metido muchos. De este clavijero o percha penden muchos análisis, glosas, biografías y ditirambos.

Agustín Castro, en plenas honras fúnebres, produjo el primer *Elogio de Francisco Xavier Clavijero, jesuita americano.* El padre Juan Luis Maneiro, en *De vitis aliquiot mexicanorum,* escribió, poco después de Castro, una semblanza ilustre. Su memoria sale muy bien librada de un siglo tan criticón como el XVIII. La herida causada por Caballero sanó rápidamente. El jesuita entra partiendo plaza, aunque con algún retardo disculpable, en el siglo XIX. En 1816 recibe piropos de José Mariano Beristáin en la *Biblioteca Hispanoamericana;* veinte años más tarde, vítores de Pascual Almazán; en 1853, las sobrias alabanzas del poeta José Joaquín Pesado, y en 1857, las de Marcos Arroniz, en su *Manual de Biografía Mexicana.*

Como es bien sabido, los hombres de la Reforma malmiraron a las sotanas de México, no fueron adictos a curas, jesuitas y frailes, y sí, según el sentir de la mayoría católica, anticlericales. Con todo, un sacerdote precursor de la independencia mexicana como Clavijero no sufre ningún agravio de parte de los comedirás de la época. El medio siglo del periodo liberal, en vez de disminuir la figura, la enaltece. Los hombres de la Reforma lo cubren de epítetos altisonantes: meritísimo, inmortal, ilustre, egregio, benemérito, insigne. El biógrafo de las estatuas del paseo de la Reforma, ese sacristán de la patria que fue el minucioso y diligente don Panchito Sosa, le da cabida en su *Mejicanos distinguidos.* Otros admiradores suyos en la época de la clerofobia exaltada fueron Antonio de la Peña, Antonio García Cubas y Luis González Obregón. Este escribió la más rotunda bibliografía de Clavijero.

Tampoco la Revolución Mexicana hizo mella en el jesuita del dieciocho, no obstante que los revolucionarios no eran simpatizadores de la Compañía de Jesús. En 1931, cuando todavía tronaban los chicharrones del anticlerical Calles, entonces Jefe Máximo de la Revolución, ésta le guiña el ojo al cura Clavijero con motivo del segundo centenario de su natalicio. El coronel Rubén García y el agrónomo Rafael García Granados escriben sendas biobibliografías del personaje en cuestión. El jesuita, que fue el primer mexicano que tuvo la ocurrencia de hacer la historia de la historia mexicana, atrae la atención de todos los historiadores de los historiadores mexicanos: Gabriel Méndez Plancarte, José Miranda, Ernesto de la Torre, Víctor Rico Galán, Miguel León Portilla y Gloria Grajales y de todos los historiadores de la

literatura mexicana.

Quién no sabe que el doctor José Gaos les dio como tarea a siete de sus alumnos el análisis de las ideas de pensadores de la época de las luces. Tres discípulos del doctor español han escrito sesudas semblanzas de Clavijero: Bernabé Navarro, en *Introducción a la filosofía moderna en Nueva España;* Luis Villoro, en *Los grandes momentos del indigenismo;* Rafael Moreno, en sus *Estudios de Historia de la Filosofía en México.* También es notoria la predilección reciente de los padres de la Compañía de Jesús por los jesuitas expulsos a Italia en el siglo XVIII. Clavijero ha sido rememorado por Cuevas, Decorme, Zambrano, Batllori, Guzmán y otros jesuitas. Los apapachadores del poco leído autor de la *Historia antigua de México* se cuentan por docenas. Quizá ningún otro de nuestros historiadores ha tenido tan buena suerte con la crítica, incluso la extranjera, representada en este caso por Charles Edward Ronan, Antonello Gerbi, David Brading, Peggy Korn, John L. Phelan, Germán Cardozo, Francisco Barba, Arthur Anderson, Jacques Lafaye, Julio Le Riverend y Georg Schurhammer.

En 1970, con motivo de la traída de los huesos clavijerianos y su reinhumación en la rotonda de los hombres ilustres, se puso de moda el tema Clavijero entre oradores y estudiosos. De las piezas oratorias dedicadas al jesuita recobrado no fue la más ditirámbica la de don Agustín Yáñez, secretario de Educación Pública. Uno de los estudios más esclarecedores fue el de don Gonzalo Aguirre Beltrán quien ve en el tan traído y llevado personaje, un precursor de los actuales sistemas educativos, un hombre "regido en todos sus actos por el imperio de la razón", un indigenista sin mácula, un partidario del mestizaje biológico y cultural entre españoles e indios y un patriota anhelante de la independencia de México. Aún autores poco entusiastas del jesuita como Jesús Gómez Fregoso, en su *Clavijero*, escrito para "desmitificar al supra hombre Francisco Javier Clavijero", subraya abundantes virtudes del supra reducido a hombre, a un hombre obsesionado en la exaltación de su patria y de su orden religiosa. Elías Trabulse rememora el airado mentís al autor de la *Historia Antigua de México* por el jesuita Caballero, que escribió con el seudónimo de Parripalma tres volúmenes de observaciones rabiosas contra "el ex-jesuita don Francisco Xavier Clavijero" a quien considera detractor de España, pero Trabulse no hace suya la refutación del gachupín ofendido.

No sé de nadie que haya puesto en entredicho la importancia de Xavier Clavijero fuera de la excepción ya dicha. Se le ha considerado, ya sin mentís, como uno de los dioses mayores de la cultura mexicana, como el artífice de la concepción histórica de México mejor recibida. A varias ciudades de la República les gustaría hacerlo suyo, entre otras México, Morelia y Guadalajara. Si la patria de alguien es donde transcurre su

el padre Xavier de este cuento tiene tres patrias chicas: Veracruz, Oaxaca y Puebla. Él vino al mundo sin lugar a vacilaciones en la única puerta que a principios del XVIII tenía la casa de México: el puerto de Veracruz. Nació en la noche del 6 de septiembre de 1731, cuando la Nueva España salía del siglo de las sombras, del oscuro y barroco siglo XVII, y se deslizaba lentamente hacia el siglo de las luces. En la metrópoli había amanecido desde los comienzos de la centuria. Los lunáticos reyes de la casa de Austria habían cedido el trono a los reyes soles de la Casa de Borbón. Al hechizado Carlos II lo sucede Felipe V que le da por el absolutismo, la racionalización del poder, la reforma de los negocios y de los ocios y las filantropías. Eso se reflejó en la Nueva España con el tiro de gracia a la encomienda; la conquista de zonas sólo semiconquistadas como Nueva Toledo o Nayarit, Nueva Santander o Tamaulipas y Nueva Filipinas o Tejas; la reducción a la cultura occidental de tribus indias que se les habían escapado a los apostólicos afanes de los misioneros del siglo XVI, como es el caso de las etnias de Sonora y California, evangelizadas por los padres de la Compañía de Jesús; la puesta en cintura de los bandoleros, por obra del Tribunal de la Acordada, famoso por sus juicios sumarísimos y sus penas capitales, y el envío, para la gobernación de las micronregiones, de alcaldes menos broncos.

El papá de Francisco Xavier Clavijero fue un alcalde mayor de la nueva ola, un funcionario “culto en las más pulidas letras”, que ejerce su autoridad, ya casado con doña María Isabel y ya progenitor de varias criaturas, entre los inidios nahuas de la región de Teziutlán y los mixtecas de Jamiltepec. El leonés don Blas se porta, según decires, como un buen padre con los indios, y como un preceptor benévolo y eficaz, con Xavier y sus diez hermanos.

La numerosa prole Clavijero se crió entre indios hasta bien entrada en años. A eso siguió, para los varones de don Blas, el desfile hacia las aulas de Puebla. Francisco Xavier aprendió latín en el Colegio de San Jerónimo, y filosofía en el Seminario de San Ignacio. Según Juan Luis Maneiro, “demostró clarísima y aguda inteligencia en el estudio de aquella filosofía” contra la que tomará el hacha quince años después. Lo mismo le aconteció con la teología y los aprendizajes optativos.

Además de estudioso e inteligente, fue un estudiante inquieto, aventajado, retraído y curioso. “Dedicábase en sus horas libres a los estudios amenos. Complacíase en la lectura de los escritores españoles más sobresalientes por su cacumen y doctrina, por la prudencia de su juicio y por la perfección de la lengua: Quevedo, Cervantes, Feijóo… y la egregia poetisa mexicana Juana Inés de la Cruz”. A los 16 años de edad ya era bastante diestro en latines, filosofías, teologías y letras clásicas y modernas, y se le calificaba de niño prodigio, y por ende, poco simpático y

a duras penas sociable. También se veía hacia dónde tiraba, hacia las que acabarían por ser las proclividades de la centuria: la razón, la experiencia y el buen gusto. Aunque aún predominaban lo místico y lo barroco, las pelucas y los dorados, ya se veía cómo aquel siglo XVIII de la ilustración o de las luces, iba a ser de muchas mudanzas. Los camiones de mudanzas habían de llevarse costumbres envejecidas y traer otras nuevas y relucientes: saraos, cafés, casas de trucos y billares, fiestas rústicas, fandangos, chuchumbes y otros descoques. Desde los años treinta, los que hablaban desde el púlpito habían decidido retirarse de la costumbre de decir el mínimo de cosas con el máximo de palabras, costumbre puesta en ridículo por el padre Isla en la novela *Fray Gerundio de Campazas.*

Después de algunas luchas consigo mismo, y en un periodo de profunda tristeza, Clavijero pide entrar a la Compañía de Jesús. En 1748, inicia su noviciado en el convento de Tepozotlán, diez leguas al norte de México. Los amigos de lo tenebroso, lo imaginan allí sometido a úcases absurdos, terribles humillaciones, rechinar de dientes y demás malestares ofrecidos por los jesuitas a quienes aspiraban a ser soldados de las milicias celestes. Aquí, nos interesa más que su formación sacromilitar lo que hizo el padre Xavier como

Docente en México, Puebla, Valladolid y Guadalajara

después de repetir los estudios de humanidades; dedicarse por su cuenta al estudio del griego, el hebreo, el náhuatl, el francés, el portugués, el alemán y el inglés; repetir por un año los estudios de filosofía, y hacer otro tanto pon los teológicos. La lectura de los filósofos Feijóo y Tosca lo confirman en la filosofía modernizante. La amistad con Rafael Campoy, el Sócrates de la Compañía para los filósofos afectos al cambio, echa a Clavijero en brazos de Descartes, Leibnitz, Newton y Gasendi.

También inducido por su colega y guía Rafael Campoy, un jesuita muy erudito “en latinidad, historia, crítica y geografía”, Clavijero acude a la biblioteca de San Pedro y San Pablo, en la metrópoli mexicana. Allí lee, con inquieta quietud, la documentación que había reunido don Carlos de Sigüenza, la cual a su muerte fue a los fondos del Colegio de los jesuitas. Allí, en la montaña de libros y papeles del insaciable curioso, enciclopédico, picaro y polemista Sigüenza, se aficiona a las antigüedades de los indios, y principalmente a la interpretación de sus pinturas y al estudio de los historiadores indigenistas de los siglos XVI y XVII. Antes de cumplir treinta años de vida, la segunda vocación de Clavijero ya estaba clara. La primera fue, como lo muestra el tercer año de probación, la de sacerdote jesuita.

Sus superiores deciden hacerlo prefecto de estudios en el Seminario de San Ildefonso, en la capital de la Nueva España. Como prefecto trató de introducir métodos pedagógicos originales. Luego, “viendo cuán arduo y peligroso le sería tratar

de extirpar ciertas costumbres… juzgó más oportuno mantenerse callado". Su superior lo previno: "No es tiempo de hacer novedades". Él propuso: "el mayor beneficio que me pueden hacer es el de enviarme de operario a un rincón quieto en donde no vuelvan a acordarse de mí para nada". Enseguida se le puso como maestro de retórica.

Luchaba contra los oradores y escribas de hojarasca, cuando recibe la orden de ir al colegio de indios de San Gregorio. Aquí confecciona algunos opúsculos, de los cuales pocos aparecen con su nombre, otros sin firma y varios con el rótulo bautismal de sus amigos. De entonces son las *Memorias edificantes del bachiller Manuel Joseph Clavijero,* impresas en 1761. De entonces también es la siguiente carta de su superior: "Son ya tantas las quejas que tengo de su falta de aplicación debida a los ministerios, de su desamor y desafecto a los indios, de su voluntarioso modo de proceder como de quien ha sacudido enteramente el yugo de la obediencia, respondiendo con un no quiero a lo que se le encarga, como ayer sucedió… que a la verdad no sé qué camino tomar para que vuestra reverencia se componga…".

Enviado a Puebla, pronuncia célebre panegírico de San Francisco Xavier. De la Angelópolis de alfañique sigue a la sobria y rosada Valladolid. En la ilustre Valladolid, que todavía no llegaba a los veinte mis habitantes pese a ser la metrópoli de la vasta provincia mayor de Michoacán, sienta la Cátedra desde octubre de 1763 hasta abril de 1766. Si hemos de creerle al mayor de su biógrafos, "no hubo antes que Clavijero ninguno que enseñara aquí filosofía enteramente renovada y perfecta". "Era ésta una síntesis construida con orden admirable, en hermoso latín y enteramente límpida, libre de toda superfluidad en temas y en palabras. En su curso encontrábanse, admirablemente concentrados y dilucidados, los filósofos griegos, así como también todos los útiles conocimientos descubiertos por los sabios de ahora, desde Bacon y Descartes hasta el americano Franklin. Y todos… admiraban al maestro casi como a un genio".

Desde su llegada a Valladolid, en la "oratio latina" con que inaugura su curso en 1763, Clavijero "manifestó con ingenua sinceridad que él no podía infundir aquella filosofía que fatigaba las mentes de los jóvenes con ninguna utilidad… sino aquella que habían enseñado los griegos y que ensalzaban grandemente los sabios modernos, la que la culta Europa aprobaba y enseñaba públicamente en sus escuelas…". Del trato con los jóvenes vallisoletanos salió el *Cursus philosophicus,* perdido en su mayor parte, pues sólo se conoce la última sección: *Physica particularis.* Bernabé Navarro deduce por lo que se conserva del curso y por lo dicho por Maneiro, que Clavijero tenía una clarísima postura ecléctica pero no un sistema propio. Quizá lo novedoso no haya pasado de la forma, el estilo y las referencias a los autores modernos y de moda. Quizás en Valladolid comenzó los diálogos entre Filoteles, un amante de la verdad, y Paleófilo, un amigo de lo viejo.

En 1766 fue enviado a Guadalajara a impartir un curso de filosofía. Allí termina los diálogos entre el conservador y el novelero y dirige la Congregación Mariana no obstante sus “quebrantos de cabeza”, sus desazones y amarguras. En la capital de la Nueva Galicia recibe, como sus correligionarios, la poco atenta orden de salir de los dominios del rey de España, del huesudo Carlos III, un rey con ribetes y flecos de santurrón. Cuatrocientos padres de la Compañía de Jesús partieron de México contra la voluntad manifiesta de muchos mexicanos adictos a los jesuitas y en medio de las palabras del mandamás en la colonia, de don Teodoro de Croix: “De una vez para lo venidero deben saber los súbditos del gran monarca que ocupa el trono de España que nacieron para callar y obedecer, y no para discutir ni opinar en los altos asuntos del gobierno”.

Por fuerza mayor, a Clavijero, el desobediente y díscolo, lo embarca hacia los Estados Pontificios. A su paso por Cuba lo tumba una enfermedad grave, y cuando su embarcación estaba a un paso de la península, estuvo en un tris de hundirse. Como el pontífice Clemente XIII no acepta a los jesuitas en sus Estados Pontificios, Clavijero ancla en Ferrara donde el conde Crispi le concede generosa amistad. Después sustituye la acogida del amigo por una mejor residencia en Bolonia. Allí se juntan varios de los jesuitas expulsos. Allí el reverendo padre sufre golpe tras golpe. Lee en sus amados filósofos modernos la

Calumnia de América

El Papa suprime la orden de los jesuitas y cada uno de éstos se convierte en un cura cualquiera o abate. El abate Clavijero, ya en su libre condición, quiso formar una Academia de Ciencias con sus compañeros de exilio, una especie de club de americanistas desde el cual pelearían, en favor de su distante tierra, Francisco Xavier Alegre, Diego José Abad, Agustín Castro, Julián Parreño, Andrés de Guevara, Raymundo Cerdán, Juan Luis Maneiro y otros. Desde la Nueva España numerosos jóvenes le harían segunda a los desterrados: José Pérez, José Antonio de Alzate, Juan Benito Díaz de Gamarra e Ignacio Bartolache, quienes anidaban en su corazón la idea de que debían producirse cambios, y tuvieron que ver con las novísimas instituciones llamadas Academia de San Carlos, Colegio de Minería, Jardín Botánico, un trío culturalmente innovador que ayudaría a despertar “la conciencia de nuestro ser propio”, a combatir la acromegalia memorística y a ponerle la escalera a nuestros libertadores.

Nunca, como dice Beristáin, Clavijero perdió de vista el estudio de lo americano, “y había hecho un acopio de materiales exquisitos, mas no se determinaba todavía de escribir una obra, hasta que llegaron a su conocimiento las reflexiones de Corneille de Pauw”.

Después de leer a De Pauw, Clavijero decide escogerlo como blanco de sus tiros porque allí, "como en una sentina o albañal, se recogían todas las inmundicias" de los detractores de América. Durante diez años, el abate Clavijero le dedica tiempo exclusivo a la revisión de los paisajes de su mundo y a la historia antigua de México "para liberarse de la fastidiosa y represible ociosidad" y también, según sus propias palabras, "para restituir a su esplendor la verdad ofuscada por una turba increíble de modernos escritores sobre América". En las *Disertaciones* Clavijero se propone ser el abogado de la naturaleza americana tan mal vista por algunos sabios europeos que sin saber "se ponían a escribir sobre la tierra, los animales y los hombres de América" desde Europa. Así De Pauw, para quien la mayor o menor perfección de animales, plantas y hombres de América dependía de sus semejanzas o diferencias de los bellos animales, las coloridas plantas y los lúcidos hombres de Europa. Lo cual, al decir de Clavijero, agraviaba la razón. Lo autóctono de Europa no se podía universalizar. América no debía juzgarse desde Europa si Europa no quería ser juzgada desde América. Ningún continente era modelo de los demás. Cada uno cargaba con sus propios rasgos. "En el cotejo que hago de un continente con el otro —decía don Francisco Xavier— no pretendo hacer a la América superior al mundo".

A través de las *Disertaciones* el continente colombino, tan apaleado, se jala los pelos y se insurge contra una Europa-Arquetipo. El jesuita disertador escribe: los animales de América no "tienen ninguna obligación de conformarse con vuestros animales". Tampoco los hombres de la asoleada América están obligados a tener el mismo color de los de Europa para ser tanto o más valiosos que los sombreados europeos. Ya convertido en abogado declara a los naturales del Nuevo Mundo tan inteligentes como los del Viejo, tan capaces como los desvaídos europeos "de todas las ciencias, aún de las más abstractas". Si se les impartiera una mejor educación, dice, "se verían entre ellos filósofos, matemáticos y teólogos que podrían rivalizar con los más famosos de Europa".

Mientras en Europa se hablaba mal de América, mientras los turcos contendían en una lucha cruel con los rusos, mientras los franceses eran gobernados por el tonto Luis XVI y los habitantes de Rusia por la tirana Catalina II; mientras las colonias inglesas relevaban a los británicos de la obligación de conducirlos; mientras en la Nueva España los admiradores de los jesuitas expulsos (Gamarra, Gama, Velázquez, Alzate y Bartolache) sostenían la enormidad de México; mientras el jesuita Márquez sentenciaba: "Con respecto a la cultura, la verdadera filosofía no reconoce incapacidad en hombre alguno", el abate Clavijero, residente en Bolonia, investigaba en las bibliotecas de esa ciudad, hacía frecuentes visitas a bibliotecas de Roma, Ferrara, Florencia, Milán, Nápoles y otras ciudades; adquiría, por compra, en Madrid y Cádiz, libros y papeles para la elaboración de su libro máximo. "Ni su pobreza —bastante visible hasta en su manera de vestir— ni su calidad de extranjero" le

impidieron hacer una investigación a fondo acerca de los antiguos mexicanos.

Es admirable la cantidad de informes que pudo reunir. Ciertamente no conoció la obra de fray Bernardino de Sahagún, pero sí las cartas de Cortés, la relación de Bernal, las historias de los cronistas oficiales de Indias, noticias acerca de los indios de Olmos, Benavente, Zorita, Acosta, Torquemada e Ixtlixóchitl, y los papeles conservados en las colecciones Vaticana, Mendocina, de Viena y de Sigüenza. La *Historia Antigua de México* se hizo sobre una base documental enorme y dura. Xavier Clavijero siempre tuvo "delante de los ojos aquellas santas leyes de la historia: no atreverse a decir mentira ni temer decir la verdad". Por lo mismo, sometió los testimonios a una vigorosa crítica, costumbre poco común entonces. El abate se anticipa a muchos en la concepción crítica de la historia. No sólo es único por haber sido el primero que en forma sistemática e integral dio a conocer a los europeos la historia antigua de nuestra patria, sino por el sentido crítico con que está escrita. No se contuvo ante ninguna autoridad salvo la Biblia. Del venerable Torquemada, de quien tomó más que de ningún otro cronista, escribe: "El autor residió en México desde su juventud… supo muy bien la lengua mexicana, trató a los mexicanos…, recogió un gran número de pinturas antiguas… y trabajó en su obra más de veinte años. Pese a su diligencia y tales ventajas, se muestra muchas veces falto de memoria, de crítica y de buen gusto… Sin embargo, habiendo en ella cosas muy apreciables que en vano se buscarían en otros autores, me vi precisado a hacer de esta historia lo que Virgilio con la de Ennio, buscar las piedras preciosas entre el estiércol".

Por lo que mira el espacio de su historia, Clavijero aclara: "No hago aquí mención de… las antigüedades de Michoacán, de Yucatán, de Guatemala y del Nuevo México, porque… no pertenecían al Imperio Mexicano cuya historia escribo. Hago mención… del reino de Colhuacán y de la República de Tlaxcala, porque sus acontecimientos tienen por lo común conexión con los de los mexicanos". Se ocupa del problema de cómo y cuándo llegaron al Nuevo Mundo sus primeros pobladores, pero el lapso temporal de su historia no abarca realmente más de tres siglos, comprende apenas los pocos siglos del imperio mexica. La historia concluye con el relato de la rendición de Cuauhtémoc y con "la ruina de aquel imperio" en 1521. Los sujetos de la obra xaveriana son seres humanos individuales, y con mucha frecuencia heroicos. "El humanismo en la historia, que ya vimos anunciado desde Hernán Cortés, alcanza aquí su más plena expresión".

Se repite con frecuencia que Clavijero es el primer historiador científico de estas latitudes. Seguramente la *Historia antigua de México* deja, desde sus páginas iniciales, el pálpito de que toda dimensión sobrenatural se ha desvanecido. Pero no es una historia que prescinda de la explicación providencialista. La mano de la Providencia aparece en muchos de los sucesos referidos. Las intromisiones de lo sobrenatural no impiden, en la mayoría de los casos, la acción de las causas naturales.

A Clavijero le gusta entrar en explicaciones, en su mayoría irreligiosas, que no herejes. También le obsesiona la nitidez. Su método es justo; su estilo, claro.

No deja lugar a dudas lo patriótico de Clavijero y su nacionalismo de índole indigenista. En Aguirre Beltrán se lee: "Como Sigüenza, Alzate y algunos otros más, exalta al mexicano antiguo, no al indio contemporáneo que componía la plebe; mas, de cualquier modo, parece que su historia no es, en realidad, sino una emocionada argumentación destinada a fundar en el indio la nacionalidad mexicana". Con Clavijero, las culturas prehispánicas dejan de ser trucos del diablo para convertirse en obras del hombre dignas de imitación como las culturas clásicas del antiguo continente. El melancólico jesuita se transforma en

Abogado del México indígena

aparte de defensor de América en su conjunto. Así parece demostrarlo la *Historia y las Disertaciones*, que aparecieron publicadas en italiano en Cesena, en 1780. Según Gonzalo Aguirre Beltrán, Clavijero, fiel creyente en la unidad del género humano y en la racionalidad del hombre, reivindica al indio "a torrentes en todas las páginas de la *Historia Antigua.* Las comparaciones constantes, reiterativas, con la antigüedad greco-romana le asignan a ese pasado indio naturaleza clásica. La defensa que hace del idioma náhua y la demostración de su capacidad para expresar las ideas más abstractas del pensamiento reflexivo eleva a los idiomas americanos a status de igualdad con los europeos; la cariñosa descripción de la cultura mexicana, del gobierno, de la policía, de la educación, las artes y la economía, es tan calurosa y tan bien conseguida que las formas de vida vernácula quedan como ejemplo a seguir. Clavijero proporciona así, al mexicano actual, una raíz clásica".

Además de la abogadesca *Historia antigua,* el abate Clavijero, devoto como muchos mexicanos del siglo de las luces de la virgen de Guadalupe que estaba a punto de convertirse en símbolo de una nación, publicó, dos años después de su obra máxima, un libro corto sobre la imagen del Tepeyac, un *Breve ragguaglio della prodigiosa e rinomata immagene della Madona de Guadalupe del Messico,* impreso por Biasini en Cesena en 1782. También preparó otros muchos estudios en su afortunada soledad y doloroso destierro. En aquella plenitud de apartamiento y ocio pudo hacer varias obras. Aquí, para no incurrir en la pesadez plúmbea o en la longitud sin fin o en el cuento de nunca acabar, ya sólo comentaremos el libro del ex-jesuita en defensa de sus correligionarios.

En su destierro de Italia, Clavijero conoció a varios apóstoles que habían servido a los indios de California y a media docena de estudiosos sobre la región. Enteróse de las *Noticias de la California,* de Andrés Marcos Burriel pero no de las *Noticias de la península americana de California,* de un jesuita anónimo. Sí supo de los

manuscritos de Miguel del Barco y Lucas Ventura. Por otra parte su obra, una vez escrita, fue revisada por dos de sus compañeros con experiencia en aquel rumbo. *La Historia de California* se divide en cuatro libros. El primero describe la naturaleza californiana y los estilos de vida de sus antiguos pobladores; el segundo trata de las "tentativas hechas por el conquistador Cortés y por otros muchos para descubrir California", de la entrada de los jesuitas en aquel sacurrón y la hechura de misiones hasta la muerte del padre Kino en 1711. El libro tercero narra el origen de otras misiones, las vidas ejemplares de algunos catecúmenos y neófitos, la conjura de los pericúes y otras peripecias. El libro cuarto incluye el elogio de algunos hombres beneméritos de la California y el estado de aquella cristiandad en vísperas de la expulsión de los jesuitas.

Los cuatro libros constituyen la segunda obra clásica de Clavijero. La descripción de la naturaleza de California se hace muy seriamente con la mira puesta en su aprovechamiento. El análisis de los estilos de barbarie de pericúes, guaicuras y cochimíes les merece todo respeto a los actuales etnohistoriadores. La exposición de las distintas conductas de los misioneros en California, de misioneros de muy diferentes naciones y de varios equipos generacionales, es muy digna de lectura atenta no sólo para el historiador, también para todo jaez de científico. Es una obra hecha para pervivir, para mantener su encanto por mucho tiempo, para inmortalizar a Clavijero, para su conservación después del último achaque y la muerte física.

En 1783 asomó la enfermedad. A la pobreza se sumaron los dolores. Aunque, según Maneiro, "vivía feliz… con recursos apenas suficientes a las necesidades de la vida", no parece haber recibido con igual felicidad que si con fortaleza, las punzaduras en la vesícula que habían de causarle la muerte. Con las famas de "varón sólidamente cristiano", jamás movido por el deseo del lucro, siempre probo, "sincero y veraz por naturaleza y fidelísimo en la amistad", murió el 2 de abril de 1787. Se le hicieron vistosos funerales. Las obras no impresas en vida del autor quedaron semiolvidadas. Sólo salió al público, dos años después de su muerte, la *Historia de California,* pero no la gramática y diccionario del idioma náhuatl recién editado con el nombre de *Reglas de la lengua mexicana con un vocabulario,* introducción y notas de Arthur Anderson y prefacio de Miguel León Portilla. Casi todos los manuscritos de Clavijero (cursos, cartas, estudios terminados y a medio hacer, apuntes) fueron a parar a la Biblioteca del Archigimnasio de Bolonia.

No estaba la atmósfera para ocuparse de erudiciones y pruebas de imprenta. Generalmente los escritores de nota cuando mueren pasan a un purgatorio de olvido de veinte o treinta años si bien va. Cuando todo va mal, ese purgatorio se prolonga. Clavijero murió en vísperas de grandes diluvios que lo borraron momentáneamente del recuerdo de los hombres. A raíz de su olvido se precipita la Revolución Francesa, causante de millonadas de muertos en Francia, y a poco andar, de no menos difuntos

en el resto de las naciones europeas por culpa de la vigorosa propaganda de la Revolución hecha por un general breve, ventrudo, y de grandes bríos. Hasta en la Nueva España, la Revolución Francesa y las campañas napoleónicas tuvieron manifestaciones de intranquilidad.

La monarquía española se lio a golpes mortales con Francia e Inglaterra. Además, asustada con la revolución de los franceses, quiso apagar “las luces” que había contribuido a encender en los dóminos de América, pero la élite criolla de éstos ya no aceptó quedarse a oscuras. El refunfuño contra la metrópoli fue creciendo hasta punto de hervor. Las camadas del cura Hidalgo y del cura Morelos, las de los nacidos entre 1750 y 1764 y 1765 y 1780, las de los treintañeros y quinceañeros a la hora de la iracundia de los franceses, decidieron levantarse en armas a propósito de la invasión napoléonica a España, pero sin duda inspirados en ideas esparcidas por el abate Clavijero. Aquella lucha que duraría once luengos, heroicos, aguerridos, sangrantes, furibundos años, fue la obra postuma de Clavijero, el corolario de un discurso descaradamente mexicanista. A Francisco Xavier Clavijero le corresponde una larga letanía de virtudes patrióticas: modernizador de nuestra mentalidad, propagandista de la “libio sciendi”, padre del nacionalismo a la mexicana, promotor del culto al indio, abogado de América ante las calumnias de Europa, pionero de la historia crítica, rebelde contra las trácalas del poder, opuesto al lucro de los pocos, dique contra la epilepsia oratoria, y precursor de la lucha por la libertad de México.

El optimismo inspirador de la independencia

Para entender muchos aspectos de la historia mexicana es recomendable revisar la opinión sobre la patria de las diversas generaciones de mexicanos. Lucas Alamán diagnostica por 1850 la ciclotimia del ser de México, la trayectoria fluctuante de la autoestimación nacional. A periodos de fe en las riquezas efectivas y potenciales del país, en la aptitud física e intelectual de sus hombres y en su ejército suceden etapas de melancolía, de una profunda sensación de inferioridad étnica y geográfica, sentir contra el que se reacciona enseguida para caer otra vez en actitudes de engreimiento y sobrestimación.

La oscilante línea de sentires y creencias sobre México y los mexicanos es sin duda efecto de las vicisitudes históricas nacionales y también causa de las mismas. Las etapas de nacionalismo ufano suelen darse en épocas de bonanza económica, innovaciones culturales y concordia social y generalmente concluyen en sacudimientos contra cualquier dependencia, en luchas emancipadores. Las etapas de depresión nacen en horas de crisis, esterilidad y desasosiego y pueden concluir en peligrosos entreguismos.

Al través de libros, periódicos, folletos, poemas, sermones, epístolas, y hojas volantes de la segunda mitad del siglo XVIII y primer cuarto del XIX se documenta el nacimiento y desarrollo de una fase de optimismo nacionalista y de gente agitada que incuba conspiraciones y conduce a la independencia de México. Sin embargo, no se quiere demostrar que el engreimiento haya sido el factor determinante de las guerras de independencia. La lectura de muchas páginas conduce simplemente a creer que la élite de la sociedad novohispana dieciochesca sin su fe, caliente e ilusa, en las riquezas del subsuelo patrio, en la inteligencia y buena disposición de los compatriotas, en las costumbres del pueblo, en el vigor del brazo militar y en el auxilio manifiesto de la providencia divina, factores todos que aseguraban una próspera vida independiente, la separación de España no habría sucedido ni del modo ni en el tiempo de todos conocido.

Esta historia parte de la época en que se consolida, en la minoría rectora, el sentimiento de autodeterminación, cosas iniciadas a mitad del siglo de las luces. Como quiera, algunos pasajes incursionan por los antecedentes, van a los asomos de nacionalismo que se dan en las primeras centurias novohispanas. Aunque el ensayo pretende centrarse en el engreimiento nacionalista de los precursores y los héroes de la independencia, incurre en otro par de digresiones conocidas bajo los rótulos de “la calumnia de América” y la “filosofía de las luces”.

Las fuentes utilizadas fueron muy disímbolas y nunca pretendieron ser todas las utilizables. Figuran, entre lo visto, tratados, hojas volantes, publicaciones periódicas, versos, discursos, manifiestos, cartas, circulares, oficios, historias, avisos, sermones y

otros testimonios. Se examinaron con mayor parsimonia los escritos de Clavijero y los jesuitas expulsos, las bibliografías de Eguiara y de Beristáin, las obras sobre México de los ultramarinos Abad y Humboldt, las colecciones de documentos para la guerra de independencia y sus antecedentes de Hernández y Dávalos, Genaro García y Nicolás Rangel, las gacetas y los periódicos de realistas e insurgentes. Se leyó con cuidado y placer la *Historia de México,* de Lucas Alamán, así como las relaciones de los otros tres evangelistas de la independencia: Bustamante, Mora y Zavala. También fueron fichadas las *Viejas polémicas sobre el Nuevo Mundo,* de Antonello Gerbi, y *El perfil del hombre y la cultura en México,* de Samuel Ramos. Guiado por el doctor Silvio Zavala, el autor escapa con bien del laberinto formado por centenares de fuentes.

Quedó por revisar una abundantísima cantidad de papel. No fue posible, en el medio año destinado a la investigación, ejecutarse muy rigurosamente las operaciones de crítica y de comprensión de documentos, ideas y sucedidos. Reunido un buen tambache de papeletas, se procedió a disponerlas, conforme a un esquema previo, dentro de una caja de zapatos. En la parte delantera de la caja de cartón se agruparon algunas fichas sobre la trayectoria del

Nacionalismo en cierne

de aquel apego emotivo al esbozo de nación resultante de la conquista española y del virreinato de la Nueva España. Como es bien sabido, la primigenia nación mexicana fue producto del ayuntamiento en el siglo XVI de un territorio grande, una gente de tres zonas proclive al mestizaje, muchas lenguas que aceptaron la hegemonía de la española, una capital en sitio céntrico, un gobierno central y una minoría de criollos, que según Juan de Cárdenas, manifestó desde muy temprano un modo peculiar de ser, distinto al español y a las cien etnias aborígenes.

Los sentimientos de apego a la incipiente nación se manifiestan por primera vez en los hijos de los conquistadores y en algunos de los conquistados. Quizás el botón más antiguo de afecto nacionalista fue el de aquel grupo de conjurados que encabezaba un retoño de Hernán Cortés, al grito de “Alcémonos con la tierra, pues nuestros padres la ganaron a su costa”. La Audiencia de México, a finales del siglo XVI, vislumbra una marcada hispanofobia de origen nacionalista en los criollos novohispanos. También dice algo del nacionalismo en cierne el soneto que empieza:

> Viene de España por el mar salobre
> a nuestro mexicano domicilio
> un hombre tosco, sin ningún auxilio,
> de salud falto y de dinero pobre.

Se advierte un primer orgullo nacional en aquella carta de 1566 donde se lee: “Los mexicanos están muy ufanos con el descubrimiento [del tornaviaje por el Pacífico], pues tienen entendido que ellos serán corazón del mundo”. Otro botón de muestra del mismo sentimiento lo da la *Grandeza Mexicana* del poeta tapatío Bernardo de Balbuena quien refiriéndose a su patria dice:

> En tí se juntan España con la China,
> Italia con Japón, y finalmente
> un mundo entero en trato y disciplina.

Las muestras de nacionalismo en el sector criollo de la Nueva España abundan en el siglo XVII, si hemos de creer al fraile trotamundos Thomas Gage. Seguramente la mejor prueba de ese primer amor propio de la nacionalidad fue la veneración a la Virgen de Guadalupe, ya muy generalizado en el siglo segundo de la Nueva España. Un brote nacionalista, con ribetes de refinamiento, fue el vigoroso indigenismo de don Carlos de Sigüenza y Góngora, el personaje barroco coetáneo de Sor Juana Inés de la Cruz.

En el siglo de las luces y tercero de la vida colonial, maduraron los sentimientos patrióticos de los nacidos y educados en la Nueva España. Se trata de explosiones emotivas donde se juntan hispanofobia, indigenismo y amor a los paisajes mexicanos. La hispanofobia se da principalmente en gente rica de tipo español, en los criollos cultos a quienes molestaba el monopolio de mujeres, poder y fama ejercido, en la nación neoespañola, por oriundos de la Península Ibérica. En los criollos dieciochescos cunde el desamor a España y el inclín amoroso al mundo prehispánico. El indigenismo se puede rastrear en numerosos autores, singularmente en Veytia y en Clavijero, cada uno autor de una *Historia antigua de México.* Otros rasgos nacionalistas se manifiestan a las claras en los padres expulsos. Diego José Abad se las ingenia para incluir, en su célebre poema teológico, pinceladas de paisaje mexicano. El jesuita Juan Luis Maneiro impreca ante el monarca español el regreso a la patria:

> Sepultura, Señor, en patrio suelo
> pedimos a su trono soberano;
> quisiéramos morir bajo aquel cielo
> que influyó tanto a nuestro ser humano.

Y a su hermana, a disgusto con la fealdad del pueblo de Tacuba, le escribe: “Yo cedo por Tacuba, pueblo inmundo, Roma, famosa capital del mundo”.

El nacionalismo se ahonda y recrudece al son de las diatribas antiamericanas de algunos ilustres sabios de Europa. La calumnia de América, originada en España,

comenzó a levantar roncha al adherirse a ella gente de otras naciones, por ejemplo, sabios de Francia como el sapientísimo Georges-Louis Leclerc de Buffon quien llegó a estimar que la naturaleza del continente americano no se había desenvuelto como en Europa, era aún inmadura, infantil, boscosa, carcomida por pantanos insalubres, cruzada por enormes serranías, salvaje y con una población oscura dispersa y sumisa a lo inmenso y pavoroso de la joven geografía americana. “El indio del nuevo continente lejos de usar como amo su territorio… no tenía ningún imperio sobre él. No había sometido a los animales, ni a los elementos, ni domado los mares, ni dirigido los ríos, ni trabajado la tierra”. El indio era “un animal de primer orden que existía para la naturaleza como un ser sin importancia, una especie de autómata impotente, incapaz de reformarla o de secundarla”.

Aunque Buffon sostiene la existencia de una sola clase de seres humanos no cree en la absoluta igualdad de éstos. Culpa a la geografía de la desigualdad de unos hombres con respecto de otros. Las diferencias de climas, topografías, hidrografías, faunas y floras eran responsables de las diferencias entre los europeos urbanos y los selváticos amerindios, entre personas con escritura y personas sin capacidad de transmitir hechos por medio de signos perennes, entre hablantes de idiomas cultos y usuarios de “lenguas bárbaras”, entre pensadores a la Voltaire, Rousseau y tanta cantidad de iluminados como había en Europa y gente de América que pensaba como niños.

Según otros autores, la naturaleza americana era al mismo tiempo inmadura y agonizante. Con justa razón Francisco Xavier Clavijero escribe: “Cualquiera que lea la horrible descripción que hacen algunos europeos de la América u oiga el injurioso desprecio con que hablan de su tierra, de su clima, de sus plantas, de sus animales y de sus habitantes, inmediatamente se persuadirá que el furor y la rabia han armado sus plumas y sus lenguas o que el Nuevo Mundo verdaderamente es una tierra maldita y destinada por el cielo para ser suplicio de malhechores”. Con justa razón, Clavijero se ofende con Cornelius de Pauw cuando escribe acera del genio embrutecido de los americanos y afirma que “los más hábiles americanos eran inferiores en industria y sagacidad a las naciones más rudas del Antiguo Continente”. Según de Pauw la debilidad mental de tanta gente se debía a lo enorme del hemisferio americano, lo disperso de sus habitantes, la difícil comunicación entre las numerosas tribus, lo áspero de la naturaleza, la multiplicidad de las lenguas en América. En cambio, la lúcida inteligencia de los europeos se debía a la minúscula, superpoblada, dulce y monolingüe Europa. Cornelius de Pauw, menos ilustre que Buffon, quiso superarlo a fuerza de injurias contra un continente que ya estaba en camino de sacudirse a sus dominadores de Europa. El panfleto de Cornelius de Pauw, escrito sin ciencia y sin conciencia, se tituló *Investigaciones filosóficas sobre los americanos,* y puso pinta a la naturaleza americana por estéril y venida a menos. Como Buffon,

Thomas Raynal, William Robertson y otros americanistas “ilustrados”, Cornelius de Pauw era fiel creyente en una parte podrida del mundo donde se localizaba México, y con tal tesis promovió tanto acá como allá, la

Conciencia nacionalista,

el descubrimiento de la realidad mexicana como se ve sin duda en un eclesiástico famoso en aquel entonces por sus saberes y sus exquisitos discursos. Juan José de Eguiara y Eguren, para mantener y aumentar su prestigio, acudía a los libros barrocos en busca de expresiones felices. En una de sus búsquedas topa con las epístolas del elegante anticuario don Manuel Martí. En la duodécima pretendía disuadir a un joven de que vienese al Nuevo Mundo, en donde buscar cultura “tanto valdría como querer trasquilar un asno y ordeñar un macho cabrío”. Eguiara, al leer lo anterior, olvida las exquisiteces estilísticas, monta en cólera y se propone aniquilar, a fuerza de estudio, al abate Martí, y junto con él, a otros malhablantes de su patria.

Muchos años y varios colaboradores fatiga Eguiara y Eguren en la preparación de una réplica de la que únicamente pudo publicar un volumen. La parte publicada incluye veinte prólogos y una bibliografía. En los prólogos se bosqueja la historia de la cultura mexicana desde los tiempos prehispánicos. Del esbozo se desprenden cinco conclusiones: 1) la cultura neoespañola es diferente a la española, 2) no se han producido todavía en la Nueva España obras de valor universal, 3) el talento de los mexicanos, incluso de los indios, es igual al de los europeos, 4) la marcha cultural de México se enfrenta a obstáculos que no existen en Europa, 5) removidas las trabas, el genio de los mexicanos deslumbrará al mundo. Algunas de las ideas anteriores precedieron a la investigación; otras, parecen ser hijas de ella.

El adversario deja de existir en 1737. La obra de Eguiara empieza a publicarse en 1754. Antes de concluir la publicación, Eguiara muere, pero varios de sus compatriotas prosiguen con el esclarecimiento de la parte mexicana de América. En esa labor, los jesuitas expulsos por Carlos III ocupan un primer lugar. Clavijero descubre la historia de los antiguos mexicanos. Márquez exhibe a las academias de Florencia, Roma y Bolonia algunas piezas del arte prehispánico. Andrés Cavo reconstruye la vida política del reino neoespañol. Maneiro confecciona las biografías de los más distinguidos sabios expulsos.

Mientras los jesuitas descubren a su patria desde el destierro, otros mexicanos, casi todos de la generación siguiente, hacen lo mismo, sin salir del suelo patrio. Agustín Aldama explora la antigua lengua de los mexica. Antonio Alzate gasta mucho de su hacienda en conseguir libros y aparatos para sus investigaciones sobre México que da a conocer, entre otras, en la revista de *Asuntos Varios sobre Ciencias y Artes* y en las *Gazetas de Literatura.* El afán de descubrir su patria lo condujo al

alpinismo y a ser socio de varias academias científicas. Por su parte, Antonio León y Gama emprende exploraciones arqueológicas como aquella dada a conocer con el título de *Descripción histórica y cronológica de las dos piedras que con ocasión del nuevo empedrado que se está formando en la plaza principal, se hallaron en ella el año de 1790.* José Mariano Mociño, en colaboración con Martín de Sessé, investiga los animales de la Nueva España; emprende un espléndido viaje de estudio que cubre desde los bosques de Chiapas hasta el Volcán del Jorullo; experimenta las propiedades curativas de algunas plantas, y consigue reunir un herbario de cuatro mil especies y una vasta colección de dibujos. Don Joaquín Velázquez y Cárdenas de León no sólo sorprende al francés Chappe por la exactitud de sus mediciones geodésicas, pues también descubre, con instrumentos fabricados por él mismo, diversas manifestaciones del ser material de México. Escribe eruditos informes sobre la minería y contribuye a la fundación en 1778 del Real Seminario de Minería, un instituto que llega a tener un albergue neoclásico de primer orden, y contener a las figuras más brillantes del naturalismo mexicano: Fausto de Elhuyar, insigne químico español; Luis Fernando Linder, minerólogo alemán; Andrés Manuel del Río, también hispano, y los neoespañoles José Casimiro Chovell, Manuel Cotero, Vicente Valencia, Rafael Dávalos, José Rojas y el futuro insurgente Mariano Jiménez.

Las investigaciones sobre la patria ofendida por algunos sabios de Europa abarcan el subsuelo, el suelo y el cielo; los vegetales, los animales y los hombres; las culturas prehispánicas e hispánica, y en definitiva, la redondez de México. En esas búsquedas colaboran una mayoría de novohispanos y no pocos europeos. Entre éstos el abate Pernety, Pierre Poivre, Juan Reinaldo Carli, Fernando Galiani, los españoles ya citados y especialmente Humboldt, a quien nuestros criollos se apresuran a servirle la mesa con el fruto de sus investigaciones. Humboldt aprovecha el material reunido por los mexicanólogos aborígenes y lo devuelve con creces en su *Ensayo político sobre la Nueva España.*

El apego sentimental a la Nueva España de los nacidos en ella, acicateados por las habladurías de algunos europeos y las buenas opiniones de otros, los empuja al estudio de una nación previamente amada, al estudio extensivo, que no profundo, de lo que ya se daba en llamar México. La búsqueda colectiva, que abarca mucho y aprieta poco, lleva de la mano al

Engreimiento nacionalista,

tema de estos apuntes. No es achacable a la simple retórica el uso de epítetos sobre México vigorosamente optimistas. Sirvan de botones de muestra éstos: “Admiración del universo”, “primera potencia del mundo”, “el mejor país de todos cuantos circunda el sol”, “el más dilatado y fecundo de todos los países del globo”, “perla de

la corona española", "niña bonita de España", "blanco a quien dirigen sus tiros las naciones extranjeras".

Al ambiente natural de la Nueva España se le encuentra opulento, apto para alimentar y enriquecer a una población numerosa y para adornarla con los matices anímicos más preciados. La idea de la riqueza del territorio venia de muy atrás, pero nunca había sido tan ditirámbica como en el siglo de las luces, en el tiempo en que los reales de minas arrojaban mucho oro y plata. El jesuita López de Priego, tras de pedir a sus compatriotas que "no sean tan pródigos en disipar sus caudales, pues fiados en la riqueza de México, que produce la plata y el oro con mucha abundancia, miran el dinero como tierra", escribe esta coplilla:

> Si la tierra te produce,
> México, la Plata y oro,
> adonde está el oro y plata
> allá se va el mundo todo.

Servando Teresa de Mier llegó a decir: "México, a sus frutos propios como la grana y la vainilla, reúne las producciones de todo el mundo, hasta el té, idéntico al de China". Eran lugares comunes relativos a la Nueva España las expresiones de "opulento reino", "rico país", "ricos, dilatados y fértiles dominios", "el país más opulento del mundo".

Como si la abundancia de recursos económicos fuera poca cosa, en Eguiara se lee: "El influjo de la naturaleza, con la humedad de su clima y las inadiciones de su sol, han adornado el genio y talento de los españoles nacidos en suelo americano de una penetración aguda y al mismo tiempo brillante, férvida, encantadora y muy a propósito para el cultivo de toda clase de letras, con ayuda y favor de la naturaleza misma". Clavijero llega a la conclusión de que los factores climáticos y telúricos de México eran particularmente propicios para el desarrollo de todas las especies vivientes y para el desenvolvimiento de las más caras facultades del hombre. Al parecer, nadie ponía en duda lo ventajoso de haber nacido y de vivir en México.

Bastaba tener la fortuna de ser oriundo del territorio mexicano para asegurar la posesión de grandes virtudes. Hacia fines del siglo XVIII circulaban muchas consejas sobre la enorme aptitud física, ética e intelectual del mexicano de los tres linajes. Se distinguen en la alabanza del indio, además del precursor Sigüenza y Góngora, Eguiara y Eguren, Clavijero, Beristáin, Guridi y otros. Clavijero tiene por mítica la teoría del quebranto corporal de los naturales. "Si de Pauw hubiera visto como yo los enormes pesos que llevan al hombro los americanos, no hubiera osado echarles en cara su debilidad". En otra parte, defiende la inteligencia del indio: "Su ingenio es capaz de todas las ciencias como la experiencia lo ha demostrado". Si se les impartiese una mejor educación, "se vería entre ellos filósofos, matemáticos y

teólogos que podrían rivalizar con los más famosos de Europa". Beristáin habla en su *Biblioteca* "de las traducciones hechas por los indios del latín al mexicano, de obras llenas de ideas sublimes y abstractas que no han ocupado mucho las cabezas de Robertson, de Raynal, ni de Pauw". Guridi y Alcocer, otro prominente pensador de la minoría rectora, sostuvo en célebre respuesta dirigida al gachupín Cancelada, director del *Telégrafo Americano,* que el indio ha sido y sigue siendo capaz para las disciplinas del espíritu y es poseedor de vivísimas facultades. Acaba en lugar común la proposición siguiente: el hombre cobrizo maneja la cultura elaborada por los griegos y los latinos tan bien como el hombre blanco.

Quizá no haya testimonios que avalen las virtudes de mestizos y mulatos; como quiera, se esfuman las malas opiniones contra lo que Alamán califica "la parte más útil de la población". Naturalmente los criollos llegan al más descarado y sublime de los autopanegíricos. Eguiara y Eguren, con el apoyo de argumentos de autoridad y de experiencia, sostiene la superioridad del ingenio de los españoles americanos. Rebate la creencia en el desmayo prematuro de la facultad reflexiva de los nacidos en el Nuevo Mundo, y apoya la tesis de Feijóo relativa a la precocidad de los ingenios criollos. En una solicitud de 1771 hecha a Carlos III para obtener puestos públicos para los descoloridos de la Nueva España, se lee: "No es ya interés nuestro, es negocio de Vuestra Majestad el que vean las naciones… que somos no bultos inútiles sino hombres tan hábiles, tan útiles para cualquier empleo aún de la primera graduación… No excede su Majestad a los demás monarcas sólo en la vasta extensión de tierras, ni en el número de individuos que las habitan, sino en la copia de vasallos tan fieles, tan generosos, tan hábiles como los que puede gloriarse el más culto Estado del orbe. Conozca el mundo que somos los indianos aptos para el real consejo, útiles para la guerra, diestros para el manejo de las rentas, a propósito para el gobierno de las iglesias, de las plazas, de las provincias, y aun de toda la extensión de reinos enteros…".

Aquel precursor de la independencia que fue el doctor Montenegro de Guadalajara, dijo en 1791, durante el proceso en su contra, que quería la emancipación para su patria porque estaba seguro de "la habilidad de los nacionales para las ciencias, las artes" y el buen gobierno. Hasta el Pensador Mexicano, el célebre Fernández de Lizardi, cuyas pupilas parecían sólo dispuestas para descubrir los vicios de la sociedad, escribió con elogio de las muchas aptitudes de los mexicanos. Según dijo, "todos tienen capacidad y talento… para aprender cuánto hace el más hábil de otra nación, para imitarlo y aún excederlo, pues hombres que trabajan con tanta perfección sólo mirando, ¿qué hiceran aprendiendo con el auxilio de herramientas más delicadas? Por lo que toca a la ciencia digo lo mismo…".

También se llega a decir que la trayectoria cultural de México nunca estuvo a la zaga de la europea. Con apoyo en lo dicho por los misioneros y conquistadores del

siglo XVI, Eguiara elogia sin cortapisas a los pueblos y las culturas precortesianas. Veytia y Clavijero van más allá. El jesuita asegura: “El estado de cultura en que los españoles hallaron a los mexicanos excede, en gran manera, al de los mismos españoles cuando fueron conocidos por los griegos, los romanos, los galos, los germanos y los bretones”. Según Clavijero, “tenían los mexicanos, como todas las naciones cultas, noticias claras, aunque alteradas con fábulas, de la creación, del diluvio” y demás episodios mayores de la historia universal. Cuando se refiere a la educación prehispánica, dice: “Bastaría por sí sola a confundir el orgulloso desprecio de los que creen limitado a las regiones europeas el imperio de la razón”. También los jesuitas Cabo y Márquez escriben lindezas de la cultura de los antiguos mexicanos. Para Márquez, las producciones de la plástica precolombina exceden en valor a las obras maestras de caldeos, asirios y egipcios.

Aún la malquerida etapa colonial suscita piropos. Eguiara escribe: “Acaben de desengañarse a la vista de esta *Biblioteca* de que sin embargo de la distancia que separa esta parte de América de la Europa culta, y a pesar de lo delicioso de estos climas, que según [los difamadores de América] inclinan al vicio, a la molicie y a la ociosidad, a pesar en fin de la escasez de imprentas y de la suma carestía del papel, en la Nueva España se estudia, se escribe y se imprimen obras de todas las ciencias”. Beristáin, después de cotejar lo escrito en México durante sus tres siglos de vida cristiana con el producto de las tres primeras centurias de la cristiandad, concluye: la producción novohispana es más extensa si no siempre de mejor calidad. Beristáin encuentra explicable la magna trayectoria de la Nueva España por la teoría del tránsito de la civilización del Este al Oeste. Según ella, la cultura saltó del pueblo elegido de Israel a Grecia y Roma, y de ésta a España, y seguramente de la Península Ibérica se trasladó, siguiendo siempre al sol, al emporio de México, recién convertido en pueblo electo de la Providencia.

La filosofía de las luces no parece haber amenguado en la Nueva España la antigua fe providencialista. Se siguió creyendo, entre otras cosas, en la existencia de personas y pueblos escogidos por Dios para mimarlos y sacar adelante sus propósitos salvadores. España había sido una de las naciones electas. Según la intelectualidad novohispana, México, la “bolsa donde la Providencia derramó a manos llenas el oro, la plata, los ingenios, la fidelidad y la religión” ofrecía indicios de ser ahora la nación escogida. Se veía claramente el favor de Dios en la imagen guadalupana, aparecida mediante milagro. En la Virgen de Guadalupe vio el criollo de la última centuria colonial la particular preferencia divina por México, el único país a donde se envió de embajadora a la madre de Jesucristo, el Dios-hombre.

De la supuesta predilección celeste, manifestada en el milagro del Tepeyac, emana el más popular y perdurable engreimiento nacional, el que de manera más notoria liga

acaudillada por Hidalgo, Morelos e Iturbide; es decir, por tres generaciones de independentistas que suceden en la rectoría intelectual de México a los miembros de la Compañía de Jesús y a los sabios de la línea enciclopédica. Las nuevas generaciones le ponen peros al optimismo de quienes los precedieron. Sustituyen la tesis mercantilista por la fisiocrática. Dudan de la grandeza pasada y presente de México de modo dogmático, pero confian en la grandeza futura. Estiman que lo conseguido está muy por debajo de lo que es posible obtener. En lo hecho ven apenas un síntoma de la proximidad del siglo de oro mexicano. Los sucesores de jesuitas y enciclopedistas ven su patria a punto de madurar en todos los órdenes, pues aun en el bélico parecen capaces de vencer todos los enemigos exteriores con los brazos propios, con un ejército de reciente formación.

A la confianza en la potencialidad de la patria se auna el desprecio y el odio hacia la metrópoli española. Humboldt atestigua: “Los criollos prefieren que se les llame americanos, y desde la paz de Versalles, especialmente después de 1789, se les oye decir muchas veces con desprecio: ‘Yo no soy español, sino americano’ ”. Alamán corrobora: “La educación literaria que se daba en veces a los criollos y el aire de caballeros que se tomaban en la ociosidad y en la abundancia, les hacía ver con desprecio a los europeos” venidos de España. Entre los criollos cultos, la tesis de la decadencia española, antes tímidamente sostenida, se vuelve dogma.

La preocupación de emancipar a México de la tutela española es en parte producto del desprecio a la madre patria. Seguramente acuden también otras causas. Suelen aducirse con fundamento dos epopeyas de fuste: la Revolución Francesa y la lucha emancipadora de Estados Unidos. Estos no sólo servirán de ejemplo en el caso de la Nueva España. Hubo acciones concretas de origen estadunidense para sacar a México del dominio español. Tampoco Inglaterra se mantuvo indiferente ante la lucha mexicana por su libertad, pues tenía esperanzas de recibir en herencia algunas de las cosas que se le quitasen a España. Ésta, por su parte, cometió suficientes errores para hacer volar hecho trizas el imperio donde no se ponía el sol. Las autoridades españolas decretaron en 1804 dos estupideces: la enajenación de fincas y la ocupación de capitales de las fundaciones piadosas que le daban un golpe fortísimo a la economía mexicana. En la lucha contra la metrópoli confluyen muchas fuerzas; una muy importante fue el engreimiento nacionalista de los criollos.

Sobre todo la idea de que lo obtenido por México está muy por debajo de lo que es posible obtener, que las posibilidades de la patria son enormes, que lo ganado antes sólo es augurio de las ganancias futuras, se vuelve una idea obsesiva en los precursores y en los caudillos de las guerras de independencia. El optimismo nacionalista hace parecer posible y deseable el propósito de la emancipación. Desde

la intentona independentista de 1808 se echa mano de argumentos extraídos de la confianza en el poderío, la riqueza potencial y los talentos de la nación mexicana.

Conviene recordar los argumentos exhibidos por fray Melchor de Talamantes en pro de la independencia de México. En su opúsculo titulado *Representación nacional de las provincias* arguye que las colonias pueden legítimamente separarse de sus metrópolis cuando, como es el caso de México, se bastan a sí mismas. “Si una colonia —dice— tiene dentro de sí misma todos los recursos y facultades para el sustento, conservación y felicidad de sus habitantes; si su ilustración es tal, que puede encargarse de su propio gobierno, organizar a la sociedad entera, y dictar las leyes más convenientes para la seguridad pública; si sus fuerzas o sus arbitrios son bastantes para resistir a los enemigos que la acomenten; semejante sociedad… está autorizada por naturaleza para separarse de su metrópoli”. También resulta conveniente que las colonias como la Nueva España se separen de su metrópoli por ser superiores a ésta. Talamantes arguye: “La dependencia no puede subsistir entre personas iguales; mucho menos puede verificarse en el superior respecto del inferior. Si llegase, pues, el caso de que una colonia se pusiese a nivel de su metrópoli o la excediese en algunos puntos, por este sólo hecho quedaría libre y separada de ella”. Según Talamantes, la Nueva España por ser rica, fuerte, culta y superior a España, debía hacer vida independiente de ésta.

Cosas parecidas creían otros implicados en los sucesos de 1808. Así Francisco Azcárate, autor de un discurso panegírico de las ciencias, las artes, el comercio, la industria, la agricultura y la minería de su patria. Así Mariano Beristáin, también sospechoso de infidencia y también creyente en que la Nueva España había llegado a “la más envidiable ilustración, prosperidad, abundancia y riqueza”. Parece tener razón Jabat en su informe a la Junta Central Española, fechado en diciembre de 1808. Allí dice: “un gran número de criollos, comprendiéndose entre ellos, obispos, canónigos, curas, militares, títulos de Castilla, oficinistas y particulares”, trabajan afanosamente para lograr la independencia de su país por la buena idea que tienen de él, por considerarlo fértil y abundante, por sólo aceptar que carecen de “azogue para la elaboración de sus minas”. Como quiera, “no ignoran que a cambio de su plata, se lo llevarían hasta de China”.

Como es bien sabido por reiteradamente enseñado, antes de concluir el temporal de lluvias de 1810, el cura de Dolores, al frente de algunos criollos y de vastas multitudes mestizas, les da un nuevo sesgo a los sentimientos, los saberes y los juicios patrióticos de la élite criolla. A partir de la colérica decisión de Hidalgo, parte de la élite abandona el camino de las transacciones y se compromete en una lucha que parecía muy simple y promisoria, en una

Guerra optimista e irresponsable

que según su líder máximo en un abrir y cerrar de ojos arribaría al edén tan esperado. El cura de Dolores se deja seducir por el México prometido. El odio a España no le permite ver ninguna grandeza presente en su patria, pero sí un futuro paradisiaco. “Realizada la independencia —dice en Valladolid de Michoacán— se desterrará la pobreza, se embarazará la extracción de dinero, se fomentarán las artes y la industria. Haremos uso libre de las riquísimas producciones de nuestro país, y a vuelta de pocos años disfrutarán sus habitantes de todas las delicias de este vasto continente”. Según Hidalgo, conseguida la independencia, los mexicanos “podrán mostrar a todas las naciones las admirables cualidades que los adornan, y la cultura de que son susceptibles”.

Los colaboradores cercanos le hicieron segunda al sacerdote, que en buen potro corría en pos de una quimera. No fue humorada aquella comunicación del capitán Ignacio Allende al padre Miguel: “No puede ni debe usted, ni nosotros, pensar en otra cosa que en la preciosa ciudad de Guanajuato que debe ser la capital del mundo”. Sólo le faltó que también aspirara a convertir su tierruca, no obstante sus dos mil metros sobre el nivel del océano, en puerto de mar. Como Allende, numerosos criollos veían fácil y muy prometedora la lucha insurgente. Lucas Alamán escribe: “La independencia se presentaba a la imaginación de los criollos como un campo de flores, sin riesgo de encontrar ninguna espina”.

Morelos y su gente eran apenas menos ilusos. Don Ignacio López Rayón, a raíz de la muerte del iniciador, establece la Suprema Junta Gubernativa de América. A Rayón se le adjudica el jactancioso nombre de Capitán General de todos los Ejércitos Americanos, y poco después, el de Ministro de la Nación Americana. Al libro de actas se le puso Libro Primero de la Nación Americana Septentrional. Constantemente se usó el nombre de América para designar simplemente a la Nueva España o México. Algunos periódicos de los hombres en lucha se publicaban con los títulos de *El Despertador Americano, El Ilustrador Americano, Seminario Patriótico Americano, El Correo Americano del Sur…* La correspondencia oficial de los insurgentes en la época de Morelos nunca abandonó la pretenciosa sinonimia. Si hemos de creer a Lucas Alamán, “era muy común entre los mexicanos hablar de toda la América cuando se trataba de México, fuese por jactancia, o porque siendo México una parte tan principal de América, se creía que ésta había de seguir su ejemplo en todo. Vino después otra época en que la antigua Nueva España se denominaba el Septentrión, voz que estuvo muy en boga quizás por lo sonoro de ella, como si en la América Septentrional no se comprendiesen también los Estados Unidos. Todo esto prueba la idea exageradísima que los mejicanos se hacían de la importancia de su país”.

La gente de Morelos fincaba su optimismo en el favor de Dios. Confiaba sobre todo en la imagen taumaturga de Guadalupe, en lo que se designa habitualmente con

el nombre de guadalupanismo. Morelos atribuye sus triunfos a la “Emperadora Guadalupana”. En uno de sus manifiestos dice: La América “espera, más que en sus propias fuerzas, en el poder de Dios e intercesión de su santísima madre, que en su portentosa imagen de Guadalupe, aparecida en las montañas del Tepeyac para nuestro consuelo y defensa, visiblemente nos protege”. La religiosidad de Morelos está fuera de toda duda así como la sinceridad de la siguiente expresión: “Por los singulares, especiales e innumerables que debemos a María Santísima en su milagrosa imagen de Guadalupe, patrona, defensora y distinguida emperatriz de este reino, estamos obligados a tributarle todo culto y adoración… Y siendo su protección en la actual guerra tan visible… debe ser visiblemente honrada y reconocida por todo americano… ”. Quizás esté de sobra el aducir testimonios de fe en México y especialmente en la Virgen de Guadalupe sacados de los periódicos de la insurgencia. Alguien podría dudar de la buena fe de don Francisco Severo Maldonado, “varón excesivamente extravagante y de una arrogancia y presunción inauditas”, pero no de la sinceridad del responsable de *El Ilustrador Americano,* del padre Cos, ni de Andrés Quintana Roo que disculpaba en su *Ilustrador Nacional* el levantamiento de Nueva España porque ésta ya era igual a su metrópoli y porque los españoles sólo han visto a México “como un manantial inagotable de oro y plata para fomentar su insaciable codicia”. Es difícil toparse con algún insurgente pesimista, pero es muy fácil conseguir pruebas del

Pesimismo realista,

de la inseguridad en el triunfo de España en los ejércitos del rey. La fe insurgente infundió desaliento en el partido contrario. José María Calleja, el mejor caudillo de los ejércitos relistas, escribía al virrey Venegas después de haber hecho polvo al ejército de Hidalgo en el Puente de Calderón: “Voy a hablar con toda la franqueza de mi carácter. Este reino pesa demasiado sobre una metrópoli cuya subsistencia vacila: sus naturales y aún los mismos europeos, están convencidos de las ventajas que les resultarían de un gobierno independiente”. También el obispo Abad y Queipo, excomulgador de Hidalgo, llega a escribir, pensando en México: “Las provincias muy remotas de un gran imperio que han sido independientes o que se consideran con población y fuerza para serlo, tienen siempre una propensión o tendencia casi natural a la separación de la metrópoli”.

Como quiera, el gobierno español de la Nueva España trata de contrarrestar la fe de los insurgentes en los frutos locales de la emancipación. Su contraofensiva consiste en esparcir por todos los medios publicitarios una idea peregrina. Los voceros del rey proclaman: México debe su prosperidad a la circunstancia de vivir bajo la protección de la tolerante y docta España. Sólo haciendo vida en común con

ésta se puede esperar un dorado porvenir. Para colaborar en la empresa de convencimiento se pide la ayuda a los profesores de la Universidad, los socios del Colegio de Abogados, los frailes distinguidos de las órdenes religiosas, los asistentes a las sociedades literarias y a todos los que gozaban, en la metrópoli, de algún prestigio.

Un abogado quiso demostrar que la Nueva España sin barcos y sin azogue iba a pique y a la indigencia. Como naves y mercurio venían de la vieja España había que mantenerse en la casa paterna. El doctor Luis Montaño produjo un larguísimo manifiesto en el cual se pregunta: "¿Pensarán que este reyno será feliz en sí y por sí solo, porque en virtud de su riqueza no necesita de España?" Enseguida se contesta: "España nos ha ayudado a ser ricos y a elevar nuestra patria a una grandeza que no hubiéramos llegado ni por nosotros mismos, ni bajo el poder de otra nación aun de las católicas… De allá vienen los directores y los operarios de las artes, los libros y los adelantamientos en las letras". "Tales razones —comenta Alamán— podrían tomarse por una burla ingeniosa para fomentar la revolución en vez de combatirla".

Sin embargo, la revolución de independencia se desploma. Quizá la fe ingenua y excesiva de los insurgentes en su triunfo los lleva al desastre. La exagerada seguridad en sus biceps conduce a Hidalgo, a Morelos y a otros jefes al cadalso. Desde 1815 el gobierno virreinal pudo poner en práctica una política de indultos. Arnáiz y Freg escribe: "Muchos jefes secundarios aceptaron abandonar las armas y vivieron en paz en regiones alejadas de las zonas en que habían operado". Pero ni por esas los insurgentes perdieron la esperanza en la emancipación y sus frutos seguros y los realistas el pesimismo que venían arrastrando desde cinco años antes. Un realista plenamente seguro en la necesidad de la independencia, absolutamente cierto que la Nueva España no podía seguir dependiendo de la metrópoli española, se presta para ser el instrumento de la necesidad. Un virrey recién llegado, pero no menos pesimista con respecto a la capacidad imperial de España, colabora con el criollo realista al firmar los Tratados de Córdoba.

Agustín de Iturbide cierra este episodio optimista de la historia de México con las célebres palabras iniciales del Plan de Iguala: "Americanos, bajo cuyo nombre comprendo no sólo a los nacidos en América, sino a los europeos, africanos y asiáticos que en ella residen, tened la bondad de oírme. Las naciones que se llaman grandes en la extensión del globo, fueron dominadas por otras y hasta que sus luces no les permitieron fijar su propia [luz] no se emanciparon…"

> Trescientos años hace, la América Septentrional que está bajo la tutela de la nación más católica y piadosa, heroica y magnánima. España la educó y engrandeció formando esas ciudades opulentas, esos pueblos hermosos, esas provincias y reinos dilatados que en la historia del universo van a ocupar lugar

> muy distinguido. Aumentadas las poblaciones y las luces, conocidos todos los ramos de la natural opulencia del suelo, su riqueza metálica, las ventajas de su situación topográfica, los daños que originan la distancia del centro de su unidad y que ya la rama es igual al tronco; la opinión pública y la general de todos los pueblos es la de la independencia absoluta de España y de toda otra nación…

Al manifiesto anterior le presta todo su apoyo don Juan O'Donojú, último virrey de la Nueva España, con suculenta declaración. Según él, la progenitora y la recién independiente son "dos naciones destinadas por la Providencia, y ya designadas por la política, a ser grandes y a ocupar un lugar distinguido en el mundo". Por mi parte, me permito terminar el presente ensayo con la siguiente parrafada: La captación por parte de una selecta minoría criolla que florece a fines de la décima octava centuria de los aspectos positivos de su realidad nacional y la ocultación de los negativos, el descubrimiento de las posibilidades de la patria y el encubrimiento de sus limitaciones engendra una idea y un sentir que hemos llamado repetidas veces optimistas, los cuales provocan en la generación criolla de las primeras décadas del siglo XIX una ferviente gana de desligar a México del imperio español y así participa, como factor de primera magnitud, en la lucha que hizo posible la independencia de México.

Los treinta y tres padres de la patria

Un hábito de los historiadores mexicanos es la atribución de las características de cada uno de los periodos de la historia de México ya a un par de hombres por época (el bueno y el malo), ya a fuerzas sin rostro a las que suele llamárseles estructuras socioeconómicas, clases sociales, potencias madrinas o países imperialistas. Siempre son el héroe y el villano de carne y hueso, o bien el héroe y el villano metafísicos, los culpables del aquí y ahora de la vida nacional mexicana. Nunca se para mientes en los máximos responsables de nuestro recorrido como nación, en las minorías rectoras de la vida nacional que vienen sucediéndose en ese papel del siglo XVIII para acá. Generalmente, desde hace un par de siglos, cada quince años se instala, en la rectoría de México, un puñado de personas (políticos, intelectuales, empresarios y sacerdotes) que son las que principalmente parten el pan, planean y disponen el camino a seguir.

Cada una de estas generaciones de caudillos se caracteriza por una actitud vital, una propensión íntima, según Ortega y Gasset; por “un matiz de la sensibilidad” o “tonalidad del querer”, en palabras del escritor Mentré. Por un conjunto de creencias y voliciones que no siempre es fácil distinguir en lo que tiene de específico pero que, ante los protagonistas probables de cierta generación, se llega a reconocer cuando se observa con cuidado a estos mismos protagonistas, cuando se les somete a un interrogatorio sobre su oriundez temporal, geográfica, social y cultural; su formación fuera y dentro de las aulas en la fase juvenil; su bandera ideológica al entrar al escenario público y sus manifestaciones sobresalientes durante la sesquidécada del noviciado; las circunstancias de tiempo, espacio y manera ligadas a su arribo a las cumbres del poder, de la sabiduría, de la fama, de la fortuna y del influjo; sus propensiones íntimas y actividades mayores durante el quindenio de predominio; su lento abandono de la escena pública; su muerte, y su significado dentro de la época o drama histórico donde les tocó ser actores.

Si se aplica el cuestionario anterior a los hombres actuantes en la Nueva España o México en la segunda mitad del siglo XVIII y primer cuarto del XIX, esos protagonistas de la vida mexicana se agrupan en cuatro equipos generacionales que se suelen llamar con los nombres de “los jesuitas expulsos”, los científicos, la generación de Hidalgo y la generación de Morelos. En cada uno de esos pelotones generacionales militan de dos a tres docenas de personas egregias, de auténticos caudillos combatientes por las ideas que han venido a constituir la patria mexicana, los Estados Unidos Mexicanos, esta nación que nos envuelve y nos da nombre y dolores de cabeza. Los egregios de esas cuatro tandas de mexicanos merecen el apodo de padres de la patria aunque ningunos con tanta razón como los adalides de la última.

Entre 1721 y 1735 nacieron los personajes de la generación de los jesuitas llamada así por haber pertenecido la mayoría de sus miembros a la Compañía de Jesús. Hacia 1760 algunos jóvenes jesuitas novohispanos y otros individuos de la clase criolla dejan de sentirse vástagos de la estirpe española y comienzan a considerarse hijos de la tierra americana. Se disgustan con su etnia. Les quitan el título de padres y hermanos a los descoloridos españoles y se lo dan a los oscuros nahuas. Se dicen descendientes del imperio azteca y proclaman con orgullo su falsa ascendencia indígena. El jesuita criollo Pedro José de Márquez defiende la tesis de que "la verdadera filosofía no reconoce incapacidad en hombre alguno, o porque haya nacido blanco o negro, o porque haya sido educado en los polos o en la zona tórrida". El padre Francisco Xavier Clavijero asegura que los indios son tan capaces de todas las ciencias como los europeos. Los hombres de aquella generación fueron particularmente sensibles a las virtudes del indio y a los recursos del territorio mexicano. Sintieron que su tierra era un paraíso, un cuerno de la abundancia, "el mejor país de todos cuantos circunda el sol". En vísperas de su expulsión, los jesuitas formaron en sus colegios de Mérida, Puebla, México, Guanajuato, Valladolid y Guadalajara, jóvenes que acogieron con entusiasmo aquella tesis del padre Rafael Campoy: "Buscad en todo la verdad, investigad minuciosamente todas las cosas, descifrad los enigmas, distinguid lo cierto de lo dudoso, despreciad los inveterados prejuicios de los hombres y pasad de un conocimiento a otro nuevo".

Expulsados los jesuitas por decreto real de 1767, quedaron para construir al México naciente algunos exalumnos de ellos que entonces andaban entre los dieciocho y los treinta y tres años de edad. La gran mayoría eran jóvenes de la aristocracia que acabaron ordenándose de sacerdotes. Los más conocidos son el zamorano Benito Díaz de Gamarra, filósofo que quiso sacar a sus compatriotas de sus antiguas ideas y costumbres con el libro que llamó *Errores del entendimiento humano,* el enciclopédico periodista José Antonio Alzate, muy conocido por su labor difusora de las nuevas ideas al través de la *Gaceta de literatura,* el médico y matemático José Ignacio Bartolache, el físico José Mariano Mociño, los astrónomos Antonio León y Gama y Joaquín Velázquez de Cárdenas. Esta nueva promoción de cerebros tuvo un papel distinto al del grupo de los jesuitas. Se ocupa en el estudio individual y silencioso, la ciencia empírica y el periodismo científico.

La subsecuente generación de intelectuales criollos, formada por hombres nacidos entre 1746 y 1764, prosiguió el estudio de su patria aunque ya no en su parte natural como la generación enciclopédica sino en la humana. A esta generación pertenece el señor cura Miguel Hidalgo y Costilla.

Del examen hecho por los sucesores y alumnos de Díaz de Gamarra, Alzate, Bartolache, del examen emprendido por el rector del Seminario de Valladolid, Miguel Hidalgo y sus compañeros, salió una patria de intolerable presente y porvenir utópico,

la constituían en aquel entonces la desigualdad social y el despotismo ilustrado; pero, por sus cuantiosos recursos naturales, auguraba un futuro espléndido. México era el país de la grandeza natural que había visto las dos generaciones precedentes y de la miseria humana, según lo veían los de la nueva generación acaudillada por el padre Hidalgo. Por sus posibilidades México superaba a su metrópoli; por sus realizaciones, la colonia mexicana era inferior, por culpa de la metrópoli española.

La tesis de que España impedía el desarrollo de México y el sentimiento de que México tenía dentro de sus límites territoriales "todos los recursos y facultades para el sustento, conservación y felicidad de sus habitantes" hizo concebir, en la pléyade cuyo epónimo fue Hidalgo, la idea de la independencia de México. Decidido el camino de la independencia, la generación de patriotas coetáneos del cura de Dolores se entrega fervorosamente al arte de conspirar contra España. Son bien conocidas las conspiraciones del canónigo Montenegro en Guadalajara y la de los machetes en México. Hasta en los libros escolares se refiere la intentona de independencia en 1808, encabezada por los munícipes metropolitanos. El Ayuntamiento de la metrópoli neoespañola, constituido por puros criollos de la generación del cura Hidalgo, declaró que, por la ausencia del monarca legítimo, la autoridad recaía en el pueblo y procedió a formar una junta representativa del pueblo mexicano para gobernarlo. Como falla el ardid de 1808 para hacer la independencia, Hidalgo y sus compañeros vuelven al recurso de las conspiraciones. Cada uno de los centros urbanos del Bajío, principalmente las ciudades de Valladolid, Guanajuato, Querétaro y Guadalajara, se convierten en nidero de conspiradores y en almácigo de miladas de insurgentes contra el dominio español. Por otra parte, en estas conspiraciones, como la de Valladolid y Querétaro, y en la insurrección grande iniciada en Dolores, ya toma parte un nuevo equipo humano, más joven que el coetáneo de don Miguel.

La nueva camada será a la postre autora de la independencia de México. Me voy a permitir hablar de la generación que secunda a Hidalgo, no de éste y sus compañeros, todos muy vistos. La enorme figura del benemérito don Miguel Hidalgo ha dejado en la sombra a otros beneméritos. En esta ocasión, quiero referirme a los treinta y tres héroes que metieron orden en el caos desencadenado por sus maestros; a un grupo de treinta y tres donde abundan los nativos de Guanajuato y sus contornos abajeños. La tercera parte de los treinta y tres era oriunda de la vieja provincia mayor de Michoacán y otro tercio hizo sus máximas hazañas en estos rumbos. Me referiré, pues, con brevedad a la generación cuyo epónimo es José María Morelos, a la pléyade que en alguna forma se identifica con el estilo de vida y las aspiraciones más constantes de la altiplanicie mexicana. De los treinta y tres del grupo (pues hubo un trío nacido en España, un par de la franja costera del Golfo, otro par de norteños y uno oriundo de Lima, Perú) veinticinco brotaron en el México que tiene como eje a la abrupta cadena volcánica. Los treinta y tres nacieron entre 1765 y 1779, en plena

época ilustrada, cuando una modernidad de corte racionalista y neoclásica acababa de ser introducida por los jesuitas.

La mayoría fue retoño de la aristocracia virreinal, pero, cosa nunca vista antes, no pocos eran vástagos de familias de clase media, y más de alguno ocultaba su origen humilde. No fue una minoría rectora muy representativa de la sociedad de entonces. En ésta había tres clases de seres humanos: los pocos de medio pelo, los poquísimos de grandes recursos y las masas sin cosa alguna. Como quiera, fue una constelación de personas de las minorías que por su oficio tuvieron queveres con la muchedumbre de los pobres. Diecisiete de los treinta y tres recibieron el sacerdocio y una mitad de aquellos sacerdotes sirvieron en parroquias misérrimas, se mezclaron con la mayoría hambrienta y oprimida. Por ejemplo, don José Sixto Verduzco fue cura de la pequeña población de Tuzantla, en la tierra caliente de Michoacán. Aún José María Cos, brillante maestro de retórica y filosofía, desempeñó puestos de párroco pueblerino allá por Zacatecas. Don José María Morelos, el epónimo de la generación, sólo obtuvo chambas humildes entre gente pobre y marginada. Fue ayudante de cura en Uruapan y en Churumuco y cura en Carácuaro y Nocupétaro, en tierras de calor agobiante y angustiosa miseria humana.

También el par de militares de la generación tuvo tratos con la gente ordinaria, no obstante de ser vástagos de la aristocracia criolla. Lo mismo Ignacio Allende que José María Liceaga, ambos nativos de la región guanajuatense, miembros los dos del ejército virreinal, por razones de su cargo, tuvieron ocasión de ver con sus propios ojos la parte oprobiosa de la vida colonial, y quizá más que ningún otro, José María Liceaga, del Regimiento de Dragones de México, por haber tenido una juventud aventurera e irregular. Lo que Lucas Alamán llamó su mala conducta lo puso cerca del pueblo. Los ocho abogados de la hornada, precisamente por haber seguido la carrera jurídica, también tuvieron algún trato con la gente menuda, en particular Ignacio Rayón y Carlos María de Bustamante. Por otra parte, fue una pléyade formada en los aires internacionales de la filosofía racionalista, el gusto neoclásico y el lema de la Revolución francesa: libertad, igualdad, fraternidad. Muy pronto supo de los aires nacionales y se vio en el brete de mezclar lo de fuera con lo de dentro, lo francés con lo criollo.

Fuera del trotamundos fray Servando, conocido desde finales del siglo XVIII por un sermón sobre la virgen de Guadalupe, ninguno de la pléyade fue noticia antes de 1800. Los primeros en asomar la cabeza a la luz pública fueron dos poetas: Manuel Martínez de Navarrete y José Joaquín Fernández de Lizardi. El primero nació en el Bajío, en el suroeste abajeño, en la entonces villa de Zamora. Según su mejor crítico, Rafael C. Haro, «los entretenimientos poéticos de Navarrete, en su poesía bucólica moral descriptiva o elegiaca, como en “La Mañana”, “Ratos Tristes” y otras muestras bien logradas igualmente en la inspiración religiosa, lo acreditan como poeta de valía,

el mejor de su tiempo». En su tiempo fue “altamente apreciado y después reducido a injusto olvido o desestima”, cosa que no pasa con Fernández de Lizardi, quizá por haber sido el primer novelista de México, quizá porque tuvo buen humor y desde luego por haber vivido muchos más años que el fraile poeta y haber profesado de periodista. Ya entonces daba mucho lustre y notoriedad el escribir en periódicos. Así lo atestigua otra figura mayor de aquella camada, don Carlos María de Bustamante, oriundo de Oaxaca, ampliamente conocido desde 1805, desde la aparición del *Diario de México,* primer diario en Nueva España y reflejo minucioso de la vida callejera de la capital novohispana. También compareció muy joven ante el público el científico Andrés del Río, el descubridor del vanadio y constructor, desde 1808, de aquella ferrería de Coalcomán, precursora de la siderúrgica Lázaro Cárdenas.

En 1808 aparecen con la peligrosa bandera del independentismo, fray Melchor Talamantes y don Francisco de Azcárate. Aquel, dos años antes del levantamiento del cura de Dolores, tuvo la osadía de hacer circular escritos subversivos donde afirmaba: “Una sociedad capaz por sí misma de no depender de otra, está autorizada por naturaleza para separarse de su metrópoli”, máxime “cuando el gobierno de la capital es incompatible con el bien general de la nación y cuando las metrópolis son opresoras de sus colonias”, como era el caso de la Nueva España. Y fray Melchor de Talamantes paga caro el haber sido propagandista de la independencia. Como es sabido, las autoridades del imperio español lo refunden en la cárcel donde pierde la vida. También don Francisco de Azcárate, otro descarado independentista, fue puesto en chirona por aquel gobierno virreinal, que mientras impedía la práctica del plan de independencia del cabildo de México, hizo ver a los compatriotas que el único camino para conseguir vida aparte de España era la guerra, cuya preparación exigía penosas conjuraciones.

En 1809, un año después de la intentona pacífica, fue sacado de la penumbra por fuerza policial el conspirador en Valladolid don José María Michelena. En 1810 se destaparon como adalides de la independencia, en vísperas de que los destapara y los volviera a enterrar el régimen español, los milites Ignacio Allende y José María Liceaga, el abogado Ignacio López Rayón y los curas José María Morelos, Francisco Severo Maldonado y Marcos Castellanos, el menos conocido, no obstante ser el epónimo del municipio más joven, ganadero y de más brillante futuro de Michoacán. Al siguiente año se volvió noticia mayor el par de diputados (Antonio Joaquín Pérez Martínez y Miguel Ramos Arizpe) que fue a las Cortes de Cádiz con la esperanza de que allá conseguiría la igualdad jurídica de españoles e hispanoamericanos, la no diferencia de castas, la justicia pareja, la apertura de caminos, la industrialización y el gobierno de México para los mexicanos.

El grupo militante a las órdenes de Miguel Hidalgo, los insurgentes de la generación que nos ocupa, sobre todo el capitán Ignacio Allende, desempeñan un

papel muy importante. Jamás pudieron entenderse con el viejo e iracundo cura de Dolores. Según escribe Luis Villoro, "Allende no aprueba las condescendencias de Hidalgo con la plebe. Desde el comienzo se esfuerza en transformar la rebelión en un levantamiento ordenado, dirigido por los oficiales criollos". Mientras Hidalgo y su camada buscan "la destrucción del orden social, encarnado en los ricos europeos", Allende y su camada quieren poner un alto al desorden, encauzar las aguas broncas. Muchos definitivamente se apartan del autor del grito de Dolores y se pronuncian contra él. Otros lo siguen a regañadientes hasta el cadalso. Sufren con el caudillo la derrota del Puente de Calderón. Acompañan en el éxodo hacia el norte al padre lanzarrayos. Caen con él en una emboscada y algunos son ejecutados junto al jefe con quien no compartían sus actitudes. En la alhóndiga de Granaditas se vieron sus cabezas encerradas en jaulas. En este sitio exacto, la revolución de independencia deja de ser acaudillada por la generación hidalguense y comienza a serlo por la pléyade moreliana.

En Zitácuaro, en 1811, Ignacio Rayón establece una Suprema Junta Gubernamental de América. ¿Quién no sabe que el nuevo caudillo fue secretario del cura de Dolores durante su efímera campaña independentista? Antes de ser rebelde había sido director de empresas agrícolas y mineras en su Tlalpujahua natal de donde sale para unirse a Hidalgo e insipirarle la idea de construir un gobierno insurgente. Durante la fuga, en Saltillo, los jóvenes insurgentes de la generación constructiva lo hacen general del ejército. Con este carácter se encierra en Zitácuaro a escribir sus famosos puntos constitucionales: "La América es libre e independiente de toda otra nación… El Supremo Congreso constará de cinco vocales nombrados por las representaciones de las provincias… Habrá un Consejo de Estado para los casos de declaración de guerra y ajuste de paz… Habrá un Protector Nacional nombrado por los representantes… Queda enteramente proscrita la esclavitud… Queda proscrita como bárbara la tortura…".

Entre 1812 y 1815 la generación de Morelos revela su verdadero ser y da lo mejor de sí. Don Chema se convierte en la máxima figura militar y en el máximo legislador de la Nueva España; Mariano Matamoros, en un segundo en jefe de un ejército victorioso; Rayón, Liceaga y Verduzco, en autores de la Junta de Zitácuaro; y éstos más Crespo, Bustamante, Cos, Herrera y Alas en artífices del primer congreso mexicano del que sale la Constitución promulgada en Apatzingán en 1814, donde se estatuye: la soberanía reside en el pueblo y la felicidad de los ciudadanos consiste en el goce de la igualdad, la seguridad, la propiedad y la libertad. Esa minoría también, con el propósito de atraer a un nuevo orden a la masa del país, publica los mejores periódicos de la época: *El Pensador Mexicano*, de Fernández de Lizardi; *El Despertador Americano,* de Maldonado; *El Ilustrador Nacional,* de Cos y *El Correo Americano del Sur,* de Bustamante.

Acostumbrados al culto a los guerreros, los habitantes de este país olvidamos frecuentemente la enorme labor mexicanista de los hombres de la pléyade moreliana. Las bases reales de la independencia se ponen al hacer la Constitución de 1814. Morelos es especialmente grande no por los triunfos obtenidos; sí por aquellos principios alimentadores del documento de Apatzingán, los "Sentimientos de la Nación", deseosos de que México "tenga un gobierno dimanado del pueblo y sostenido por el pueblo y acepte y considere a España como hermana y nunca más como dominadora de América". Conforme a ellos y otras instrucciones del caudillo, una media docena de personas de la misma edad, procedieron a la hechura de la Constitución de Apatzingán que está cerca de los 200 años de promulgada y que exhibe con nitidez la fe católica, nacionalista, republicana y liberal insurgente acaudillada por Morelos.

Aunque la historia la recuerde por sus hazañas militares, la pléyade moreliana es sobre todo digna de recordación por los esfuerzos que hizo para encauzar la caótica revolufia de independencia mediante una carta magna, con las *Instituciones sobre Derecho Público* de López Matoso, con diseños para mejorar la distribución de la tierra y las condiciones de trabajo y para promover la agricultura la industria y el comercio. Se trata de una minoría mucho más inclinada a construir que a destruir, a juntar que a separar. Justamente por eso los veinticuatro de los treinta y tres que salen con vida de la guerra no dudan en adherirse al Plan de Iguala, le toman la palabra a su enemigo Agustín de Iturbide, se ponen a edificar una nueva patria que aunaría los aspectos positivos de la tradición a las doctrinas de la modernidad. Sólo cuando Iturbide deja de cumplir con su palabra e intenta restablecer el antiguo régimen, muchos de ellos vuelven a las artes destructivas de la guerra hasta conseguir la instauración de la República.

Aunque Michelena funge como presidente de la República, y Mier, Ramos Arizpe y Gordoa llegan a ser miembros distinguidos del Constituyente que hizo la Constitución de 1824, la camada de Morelos no logra imponer sus ideales de orden a la primera República Federal. El mando pasa a la minoría de una generación más joven, a un grupo mayoritariamente militar que por falta de eficiencia en sus miembros se entrega otra vez a la destrucción para la cual cualquier torpe es bueno. El destino de la República queda a merced de incultos generales del ejército. Los grandes constructores de la generación de Morelos son arrojados del servicio público. Algunos se recluyen, como Pablo de la Llave, Maldonado, Arrechederreta, Fernández de Lizardi, Pablo Moreno y Bustamante, en el cultivo de la literatura, y casi todos se convierten a la tristeza, a la mala pata de "nuestra degradación y envilecimiento", según lo dicho por Bustamante.

Aunque la pléyade moreliana no se sale con la suya de reorganizar el México independiente es merecedora de cariño y aun de imitación. Ya es hora de rectificar un

hábito de la liturgia de la patria, consistente en sólo rendir culto a los héroes destructores, a los patriotas furiosos, a los hijos de la ira cuya misión ha consistido en hacer la poda al país, como fue el caso del cura de Dolores, de los hombres de la Reforma, o de Villa, Calles y Zapata en la Revolución. En cambio, en unas ocasiones se colocan en los altarcitos, y en otras en el cuarto de los tiliches, las figuras gigantescas, quizá tan grandes, si no más, que las destructoras o cirujanas, pero cuyo papel en los vaivenes históricos ha sido el de cauterizar heridas, reponer platos rotos, reencauzar la vida mexicana, durante o después de las revoluciones, por el camino del orden y la prudencia.

La era de Juárez

Si la existencia de Benito Juárez no hubiera rebasado los veintisiete años, su nombre no aparecería en ninguna historia por más local que fuese. Si su vida hubiera sido de cuarenta y ocho años, habría ocupado un sitio, que no el primero, en la historia de Oaxaca. Él entró a la escena nacional casi cincuentón y se mantuvo allí, en plan de primera figura, los diecisiete últimos años de su *curriculum vitae*. Ninguna historia de México, ni la más breve y compendiada, ha dejado de incluir su nombre. Ningún historiador, incluso el más acérrimo enemigo de la Reforma, se ha atrevido a rebatir el rótulo de Era de Juárez para designar a la etapa de México que va de 1854 a 1876, desde que don Benito depuso su actitud provinciana en el destierro de Nueva Orleáns hasta que murió de veras, cuatro años después de su muerte física.

Cuando amigos ocupados nos obligan a que les encapsulemos en una docena de palabras la Era de Juárez, decimos que aquello fue un agarre entre el imperialismo europeo y el norteamericano por la posesión de las materias primas latinoamericanas, o que fue la batalla decisiva de México para hacer desistir a los europeos de la obsesión de reconquistamos, o que fue la lucha entre la clase privilegiada que lo tenía todo y una clase media deseosa de tener más, o que fue la separación de la pareja Iglesia y Estado, o que fue un combate para ponemos a la altura de los tiempos, o que fue un triunfo de la razón contra la fe, o de la ciencia contra la religión, o de la libertad contra la servidumbre, o de la democracia contra la aristocracia, o de muchos explotados contra algunos explotadores, o de mestizos contra criollos e indígenas, o de las regiones contra la metrópoli, o de la persona contra el rebaño, o de los federalistas contra los centralistas, o de los republicanos contra los monárquicos, o de los liberales contra los conservadores, o de los afrancesados contra los pochos, o simplemente nos limitamos a decir que la Era de Juárez fue una pugna cívico-extranjera o una revolución democrático-burguesa o la segunda independencia de México o la Reforma o la Chinaca.

Cuando un historiador se topa con amigos dispuestos a concederle sesenta minutos al conocimiento de la Era de Juárez, deja de lado definiciones, epítetos y rubros y se pone a contar historias, a referir acciones, a exponer momentos cumbres. El historiador no está hecho para las épocas de prisa. Esto no quiere decir que no haya historiadores que en casos de apuro envuelvan partículas de su mercancía en las cápsulas fabricadas por economistas, sociólogos, politólogos y filósofos. Tampoco quiere decir que haya historiador capaz de contar algo sin envolverlo en conceptos, pues de otro modo serian eternas e inaguantables sus descripciones y narraciones, aun en la más pachorruda de las épocas.

Aquí se ofrece, antes de referir con brevedad y sin lujo lo más típico, influyente y

durador de la Era de Juárez, una somera descripción de

México en 1850

que por los Tratados de Guadalupe perdió dos millones de kilómetros cuadrados de superficie, pero se quedó con los mismos ocho millones de gente que tenía desde antes de la trifulca. Esto no quiere decir que la mitad retenida estuviera bien poblada. La República retuvo una docena de paisajes sin gente: Península de California, desembocadura del Colorado, medio Sonora, vastísimo norte, noreste tamaulipeco, ciénagas de Tabasco, jungla de Chiapas, Soconusco, costas de Nayarit y Jalisco, tierra caliente de Michoacán, costas grande y chica de Guerrero y Oaxaca. Cinco de los ocho millones de mexicanos vivían en la altiplanicie central. El 90% se repartía en varios millares de aldeas y ranchos inconexos; sólo una décima parte se apretujaba en 25 ciudades pequeñas. México, la mayor, hospedaba a doscientas mil personas. Puebla, Guanajuato, Guadalajara y Querétaro tenían alrededor de cincuenta mil cada una. El promedio de vida humana era de 24 años. Los recién nacidos morían a montones. En la altiplanicie y las sierras hacían su agosto las pulmonías; en las regiones próximas al mar, el paludismo y la fiebre amarilla. A pesar de que la tasa de natalidad era de cuarenta por millar al año, como anualmente se morían no menos de treinta por cada mil, el crecimiento natural de la población era lento. Tampoco existía entonces la costumbre de entrar al país o salir de él. En los veintitantos años que llevaba México de ser independiente había atraído a su territorio a unos quince mil extranjeros. Una cifra semejante de mexicanos abandonó a México al descubrirse el oro de California en 1848.

La esperanza que habían abrigado los héroes de la Independencia de que este país, al hacerse independiente, se convertiría en el más rico, poderoso, igualitario y próspero del mundo, cada vez estaba más lejos de cumplirse. De 1821 en adelante se menguó la fortuna y la fuerza y se acentuó la desigualdad. En las ciudades, fuera de una minoría de mineros, mercaderes y hacendados que manejaban al sector económico de importaciones y exportaciones, un clero casateniente y prestamista que acaparaba un quinto de la riqueza nacional y una escasa clase media, la gente vivía en la mugre, la inopia, las cuchilladas, los robos y la holgazanería. En el campo, la gran masa del pueblo empobrecido se encerraba sin cesar en multitud de pequeñas zonas aisladas, en endebles y numerosas economías de autoconsumo. La vida rural, por razones económicas y de diversa índole, era el vivo retrato del infortunio. Dentro de la nación pobre y dividida el peor papel lo jugaba el campesino.

Treinta años de vida doliente habían retenido a muchos en formas de economía primitiva y no habían conquistado para la sociedad industrial a ningún labriego. Los nómadas del norte (comanches, apaches y seris) vivían de la recolección, la caza y el

robo. Los semibárbaros norteños (pápagos, pimas, ópatas, yumas, seris, yaquis, mayos, tarahumaras, tepehuanes, coras y huicholes) practicaban la agricultura, pero eran principalmente recolectores y cazadores, y no sólo de flora silvestre y fauna montaraz. A veces recolectaban en milpas ajenas y cazaban animales domésticos. Algunos indios del centro y del sureste vivían exclusivamente de la pesca. Con todo, la mayoría cultivaba la tierra "según el método más primitivo que se pueda imaginar".

Ocho de cada diez mexicanos gastaban su vida en la agricultura. El estómago, que no el apetito de lucro, decidía los cultivos: maíz, frijol, trigo y chile para la comida de todos; caña de azúcar, café, tabaco para los postres del *beau monde,* y maguey para aperitivos y digestivos de la gran masa del pueblo. La excepción a la costumbre eran algunas haciendas de ganado, los cultivos de algodón, añil y vainilla y las explotaciones forestales en algunos sitios de Veracruz, Tabasco y Campeche. Poquísimos agricultores regaban y abonaban sus tierras. Al atraso del regadío y la labranza se unía la escasez de capital. Las tareas agropecuarias no permitían la capitalización. Cada empresa agrícola producía lo estrictamente necesario para satisfacer el consumo local. Trasponer este punto era exponerse a los riesgos de la superproducción.

Sólo en las minas y en algunas manufacturas la economía no era de autoconsumo y estaba al día en cuanto a técnica. El valor de la producción minera se había triplicado de 1821 para acá, pero no alcanzaba aún el nivel que tuvo en 1810. El comercio exterior era la rama más frondosa de la economía nacional. El valor de exportaciones e importaciones se había doblado de la Independencia para acá. Se compraba y se vendía a USA y Europa. Con todo, la importación de artículos de lujo a cambio de oro y plata no era movida de provecho. La escasez creciente de caminos, la carestía del transporte a lomo de mula y el riesgo de trasladarse de un lugar a otro ocasionado por las partidas de ladrones, habían reducido a su mínima expresión el comercio interregional del país. Se creía que México era potencialmente muy rico, pero lo cierto es que producía muy poco, y el escaso producto estaba muy mal distribuido. A pesar de la igualdad de derechos garantizada por las constituciones, México seguía siendo el país de la desigualdad.

Los grupos económicos dominantes aspiraban a poseerlo todo, y especialmente querían ser señores de tierras y rebaños, poseer haciendas de vastas proporciones y administrarlas desde palacios capitalinos con muchas recámaras y esculturas griegas. En el México que nos legó Iturbide creció una a una de las haciendas y aumentó el número de haciendas hasta llegar a 6000. Ocho de cada diez eran de particulares y las demás eclesiásticas. El tamaño de las tierras de los pueblos se redujo. Como es sabido, casi todos los pueblos tenían un fundo legal, ocupado por casas y calles; un ejido para el disfrute de los animales domésticos del vecindario; tierras de

repartimiento, trabajadas y usufructuadas individualmente por los hombres del pueblo; propios y cofradías, trabajados comunalmente para bien común; y montes y aguas para leñadores, recolectores, cazadores y agricultores. Los hombres que se enriquecían con las exportaciones y las importaciones le habían puesto el ojo a las tierras de los pueblos, aunque no sólo a ellas. También les gustaban las del clero y los inmensos baldíos en poder del Estado. Los ricos mineros y comerciantes compartían ese amor por la tierra con la gente de medio pelo; pequeños propietarios, tenderos y profesionistas. Ricos y clase media pedían que salieran al comercio las vastas propiedades de indios, Iglesia y Estado.

A mitad del siglo XIX el interés puesto en la propiedad rústica traía a la greña a muchos compatriotas. Los agresores eran generalmente blancos y mestizos contra quienes peleaban con abogados y papeles los indios mansísimos del centro, y con arcos, flechas y lanzas, los indios bravos del sureste y norte. En 1847 estalló la guerra de castas en Yucatán, que todavía en 1850 mataba, robaba y quemaba sin tregua ni piedad. Desde 1848, las tribus comanches y apaches, perseguidas y azuzadas por los farwesteros, invadían las haciendas ganaderas del norte. Habilísimos en el manejo de caballo, lanza, flechas y carabina, los indios, en grupos de diez a veinte, caían sobre caravanas, rebaños y aldeas. Su eficacia en el ejercicio de la devastación estaba dejando despobladas y sin uso las llanuras del vastísimo norte. En el occidente, Manuel Lozada, al frente de un ejército de coras, exigía la devolución de las tierras a los pueblos de Nayarit. En el sur, desde 1843, hubo brotes revolucionarios de tinte campesino como aquel de Michoacán contra los latifundistas que “habían usurpado las tierras a los pueblos”, como el de Morelos que quemó los cañaverales de algunas haciendas, como el de Juchitán cuando Juárez era gobernador y como tantos otros.

Mientras la gran mayoría se disputaba la posesión del suelo, grupos minoritarios peleaban por el poder político. La Revolución de Independencia produjo muchos héroes militares que quedaron ociosos desde 1821 y se consideraban obligados a salvar al país. Numerosos salvadores vivían en perpetuo pronunciamiento o cuartelazo o asonada militar. Todo salvador, después de seducir a una parte de la tropa con promesas de grados, chambas y botín, lanzaba su plan revolucionario que no era otro sino el de sustituir un gobernador o un presidente que sin duda era malo, por él, que sin duda no era mejor. Para hacerse de más tropa, el salvador pronunciado o rebelde, por medio de una comisión de leva, caía en pueblos y ranchos, acorralaba a los labradores, seleccionaba a los más robustos y se lanzaba con ellos y la tropa vieja a la conquista del poder regional o nacional. Obtenida la victoria, se cubrían los cuadros burocráticos con tinterillos, lambiscones de clase media y más de algún intelectual. La gran masa del pueblo era pasiva en política.

La única esperanza era la gente culta y refinada que solía copilotear a los generales. A pesar del caos político, económico y social, la educación pública no se

había estancado del todo. La Compañía Lancasteriana extendía sus escuelas y sus métodos a la vida urbana. En las capitales de los estados prosperaban institutos de ciencias que promovían la educación media y superior. Estaban en proceso de reacción las escuelas superiores de agricultura y comercio. Sobrevivían, además, universidades y seminarios eclesiásticos de la época española. Y aunque sólo uno de cada diez niños recibía enseñanza básica y uno de cada mil jóvenes llegaba a tener un título profesional, el cultivo de las humanidades era lo mejor del cuerpo enfermo. En punto a ciencias la situación era de atraso casi completo fuera de la Escuela de Medicina y la Sociedad de Geografía y Estadística. En literatura las modas neoclásica y romántica se disputaban los campos de la novela, el drama y la lírica. Entre los poetas figuraban Manuel Carpio, José Joaquín Pesado e Ignacio Ramírez (clásicos) y Guillermo Prieto, José María Lafragua, Pantaleón Tovar, José de Jesús Díaz, Juan Valle y José María Esteva (románticos). Ejercían la novela lacrimosa Fernando Orozco y Berra, Manuel Payno y Florencio M. del Castillo. Manuel Eduardo de Gorostiza era el dramaturgo de fuste. Gozaban de prestigio, por estar armados de importantes conocimientos teóricos, Clemente de Jesús Munguía, Melchor Ocampo, Luis G. Cuevas, Francisco Zarco, Ignacio Aguilar y Marocho y Ponciano Arriaga. Los géneros más cultivados eran la historia y el periodismo. En aquélla sobresalía el grupo del *Diccionario:* Lucas Alamán, José Gómez de la Cortina, Miguel Lerdo de Tejada, Manuel Orozco y Berra, Joaquín García Icazbalceta, José Fernando Ramírez y José Bernardo Couto. En el periodismo lo sobresaliente era la abundancia de periódicos. Cada ciudad tenía por lo menos una publicación periódica. En México había muchas aparte de las tres famosas: *El Universal*, de los conservadores, *El Siglo XIX* y *El Monitor Republicano*, de los liberales, pues entonces los intelectuales se dividían en

Conservadores y Liberales

Al promediar el siglo XIX, la clase intelectual de la nación, alarmada por la pérdida de medio territorio patrio, el caos económico, la guerra intestina y el desbarajuste en la administración pública decidió poner remedio al mal tomando en sus manos las riendas de la patria padeciente. Los miembros de la clase culta eran pocos, se habían educado en las ciudades; los más en seminarios eclesiásticos. Unos eran sacerdotes; otros, abogados; otros, médicos. Unos ejercían el periodismo, la oratoria y la versificación; otros, la milicia. A pesar de ser tan pocos estaban profundamente divididos en dos clubes: liberal y conservador. La mayoría del club liberal era gente de modestos recursos económicos, profesión jurídica, corta edad y espíritu romántico; la mayoría de conservadores eran tildados de ricos, curas, cuarteleros, poco o nada juveniles y de espíritu neoclásico. Unos y otros compartían dos creencias: la de la

grandeza natural de México y la de la pequeñez humana de los mexicanos. Ambos concordaban en la idea de que la sociedad mexicana no tenía el suficiente vigor para salvarse por sí misma. Los dos clubes eran pesimistas, pero la índole de su pesimismo era diferente.

La facción conservadora se dio como jefe a un hombre extraordinariamente lúcido, pero ya viejo. Don Lucas Alamán poseía la virtudes necesarias para ser el líder de los intelectuales aristócratas. Había nacido en la opulencia en 1792. Hizo estudios en Europa y se distinguió por su buen gusto literario. Lo hacían sobresalir aún más su presencia y "su cabeza hermosa y completamente cana". Era solemne y muy religioso. Según don Arturo Arnaiz y Freg, por su habilidad "para penetrar en el alma de las gentes" y por "sobrio y reservado, lo vieron con respeto sus mismos adversarios… A pesar de su crecida ambición de poderío, fue retraído… medroso y pacifista". "Sabía adaptarse con delicada flexibilidad a las circunstancias, [pero vivía] con angustiada inquietud la noción de la debilidad interna de México." Contaba con la minoría intelectual más numerosa, que no la más dinámica. Lo seguían las sotanas y las charreteras de México, dos grupos soberbios que no activos.

Los conservadores, quizá porque tenían mucho que perder, no querían aventurar al país por caminos ignotos y sin guía; suspiraban por la vuelta al orden español y por la sombra de las grandes monarquías del viejo mundo. Por tradicionalistas, retrógrados y europeizantes, sus enemigos les pusieron los apodos de verdes, cangrejos y traidores. Su ideario lo sintetizó Alamán en siete puntos: 1o Queremos "conservar la religión católica… sostener el culto con esplendor… impedir por la autoridad pública la circulación de obras impías e inmorales". 2° "Deseamos que el gobierno tenga la fuerza necesaria… aunque sujeto a principios y responsabilidades que eviten los abusos". 3o "Estamos decididos contra él [régimen federal], contra el sistema representativo por el orden de elecciones… y contra todo lo que se llama elección popular…" 4o "Creemos necesaria una nueva división territorial que confunda la actual forma de Estados y facilite la buena administración". 5o "Pensamos que debe de haber una fuerza armada en número suficiente para las necesidades del país". 6o "No queremos más congresos… sólo algunos consejeros planificadores." 7° "Perdidos somos sin remedio si la Europa no viene pronto en nuestro auxilio".

Los liberales no tenían a mediados del siglo un jefe, pero ya asomaban entre ellos algunas eminencias cuarentonas como la de don Benito Juárez, hombre de acción fuerte, tenaz y decidido, de origen rural, nacido el 21 de marzo de 1806, educado en el Seminario eclesiástico y en el Instituto de Ciencias y Artes de Oaxaca, diputado al congreso oaxaqueño de 1832 a 1834 y al federal diez años después, y gobernador de 1847 a 1852; o menores de cuarenta años, como el eminente filósofo y naturalista don Melchor Ocampo, nacido en 1814, estudiante en el seminario eclesiástico de Morelia,

rico en bienes materiales, lúcido, intransigente, satírico, ingenioso y gobernador de Michoacán entre 1846 y 1853; el dinámico don Miguel Lerdo de Tejada, nacido en el puerto de Veracruz en 1812, poseedor de un "raciocinio de acero", inclinado al estudio de la historia y la economía, autor de varias obras, presidente de la Compañía Lancasteriana y ministro de Fomento, y el general don Ignacio Comonfort, de la misma edad que Lerdo, pero al contrario de éste, dado a la moderación y a las componendas, sin asomos de jacobismo y fanático de la honradez.

Al contrario de los conservadores, los liberales negaban la tradición hispánica, indígena y católica; creían en la existencia de un indomable antagonismo entre los antecedentes históricos de México y su engrandecimiento futuro, y en la necesidad de conducir a la patria por las vías del todo nuevas de las libertades de trabajo, comercio, educación y letras, la tolerancia de cultos, la supeditación de la Iglesia al Estado, la democracia representativa, la independencia de los poderes, el federalismo, el debilitamiento de las fuerzas armadas, la colonización con extranjeros de las tierras vírgenes, la pequeña propiedad, la laicización de la sociedad, el cultivo de la ciencia, la difusión de la escuela y el padrinazgo de los Estados Unidos del Norte. Según uno de sus ideólogos, el vecino norteño, "no sólo en sus instituciones, sino en sus prácticas civiles" debía ser el guía de los destinos de México. Todos los liberales coincidían en las metas, que no en los métodos. Unos querían "ir de prisa", querían implantar las aspiraciones del liberalismo a toda costa y en el menor tiempo posible; otros querían "ir despacio", querían imponer los mismos ideales al menor costo y sin prisas. Aquéllos fueron llamados "puros" o "rojos" y éstos "moderados", y mientras puros y moderados disputaban entre sí, los conservadores que contaban con el clero, es decir, con una corporación poderosa y organizada, se hicieron del poder cuando gobernaba el rechoncho general Arista.

José María Blancarte, un robusto tapatío fabricante de sombreros, se divertía en la casa de la Tuerta Ruperta cuando cometió el delito de asesinar a un policía y se hizo sucesivamente prófugo de la justicia, responsable de la caída de un gobernador jalisciense y lanzador de tres planes revolucionarios. El último, el Plan del Hospicio pedía tres cosas: "destitución del presidente Arista, Constitución Federal y llamamiento de Santa Anna", y con tales peticiones se ganó la adhesión de numerosos rebeldes locales, la altas jerarquías eclesiásticas, los propietarios y el jefe del partido conservador, en esos días muy comentado a causa de haber salido a la luz pública el postrer tomo de su *Historia de México,* donde sostenía la tesis de que Antonio López de Santa Anna, indefendible como soldado, tenía "energía y valor para gobernar" y podía fundar un gobierno duradero y sólido. "La gente de orden, de conciencia y seriedad" llama del destierro a Santa Anna, quien el primero de abril de 1853 llega al puerto de Veracruz y el día 20 es recibido en la capital con balcones adornados, repique campanero, poemas y numerosas manifestaciones de júbilo. Al

otro día forma un gabinete presidido por don Lucas Alamán. El 22, Alamán suprime con la mano derecha las legislaturas provinciales y funda con la mano izquierda una flamante Secretaría de Fomento, Colonización, Industria y Comercio. El 25, la “Ley Lares” prohíbe la impresión de “escritos subversivos, sediciosos, inmorales, injuriosos y calumniosos” y los liberales empiezan a ser víctimas de destituciones, destierros y cárcel. El 2 de junio muere don Lucas Alamán cuando se ponía de moda aquella canción de la Tierra Caliente:

> Ay, capire de mi vida
> ¿cuándo reverdecerás?
> Ya se fue quien te regaba
> agora te secarás.

Muerto Alamán, Santa Anna se resecó. Tras una conferencia con el esclavista Gadsden, enviado por su gobierno para adquirir territorios en la zona norte, vendió la Mesilla. Pero esa no fue la peor de sus locuras: se autonombró Alteza Serenísima; impuso impuestos a coches, caballos, perros y ventanas; propició banquetes con príncipes importados, bailes de gran gala, comitivas y ceremonias de felicitación y vastas orgías. En medio de tanto escándalo es natural que se haya popularizado aquella adivinanza que dice:

> Es Santa sin ser mujer
> es rey sin cetro real,
> es hombre, mas no cabal,
> y sultán al parecer.

Enloquecido, el presidente cojo no tenía por qué darse cuenta de las borrascas interiores y exteriores que se levantaban en su contra. Un aventurero francés, el conde Rousset de Boulbon, invadió a Sonora con el propósito de convertirla en el paraíso perdido. Parece que el pirata Walker no esperaba menos cuando se metió en Baja California. Las depredaciones de apaches y comanches se recrudecieron. Una nueva epidemia de peste bubónica se esparció sobre el país. Muchos jefes locales, descontentos con ciertas medidas centralizadoras, se dieron a fraguar conspiraciones. El caudillo se ensordecía cada vez más, rodeado por un ejército que llegó a tener noventa mil hombres, adulado por una multitud creciente de burócratas, metido en peleas de gallos y fiestas ostentosas.

El gobierno personal de Santa Anna desprestigió ante la opinión pública los principios y los hombres del partido conservador y le dio fuerza al programa y al equipo del partido liberal que esperaba en Nueva Orleáns y en Brownsville el momento propicio de volver a la patria asantanada y a punto de asatanarse. La

ocasión se presentó a principios de 1854.

Se encontraba el presidente Santa Anna en un gran baile cuando recibió la noticia de que el coronel Florencio Villarreal había lanzado en el villorio de Ayutla, el primero de marzo de 1854, un plan que exigía el derrocamiento del dictador y la convocatoria a un congreso constituyente. Al frente de la realización del plan se puso don Juan Álvarez, cacique "de los breñales del sur", viejo y prestigiado caudillo local. El coronel Ignacio Comonfort secundó y reformó el plan en Acapulco. Al texto primitivo le agregó un párrafo que demostraba la presencia en el movimiento rebelde no sólo del grupo moderado sino también de los rojos que estaban en el exilio en Brownsville y Nueva Orleáns. El presidente, "con el aparato de un rey, la pompa de un conquistador" y un ejército de cinco mil hombres salió a combatir a los rebeldes del sur.

> Caballo de pita,
> caballo de lana,
> vamos a la guerra
> del cojo Santa Anna,

guerra que fracasó ante Acapulco, y el cojo con la cola entre las patas, volvió a la capital donde se mantuvo informado de la creciente magnitud del movimiento, y de la ayuda que se le prestaba en los Estados Unidos.

A fines de 1854, Ignacio Comonfort saca la revolución del sur "y la lleva triunfante y amenazadora" por los estados de occidente. Mientras Su Alteza estrenaba el Himno Nacional en el teatro al que había puesto su nombre, en el Teatro Santa Anna, y mientras en los templos, las plazas y las calles de la capital se celebraban con misas, peleas de gallos, cohetes y música las festividades del 16 y del 27 de septiembre, los generales del santanato se pasaban al campo enemigo o retrocedían ante el empuje de los rebeldes Comonfort, Santos Degollado, Epitacio Huerta, García Pueblita, Plutarco González y Santiago Vidaurri, el cacique del noreste. Poco después de que en la capital de la República se hicieron rumbosas fiestas y procesiones con motivo de la publicación de la bula de Pío IX que declaraba dogma de fe la Inmaculada Concepción, los jacobinos liberales, con la ayuda de algunos estadunidenses y de viejos caciques ninguneados o avergonzados por el cojo Santa Anna, ganaron victoria tras victoria. El 22 de junio el general Comonfort obtuvo una muy sonada en Zapotlán el Grande, Jalisco. El 3 de agosto, a las 3 de la madrugada, el dictador sale furtivamente de la capital cuando todavía dominaba militarmente la mayor parte del país. El populacho capitalino, que dos años antes le hizo recibimiento de rey, hace quemas públicas de los retratos del fugitivo y pulveriza la estatua de la plaza del Volador. El eterno retorno de la política mexicana (recuérdese que fue 11 veces presidente) se embarcó en el puerto de Veracruz con rumbo a La Habana el 16

de agosto de 1855, en una nave que tenía el nombre del emperador derrocado por él treinta años atrás.

Todavía tres pronunciamientos militares trataron de impedir la victoria de los rojos: el del general Díaz de la Vega se produjo en mero México y fue obra del ejército santanista; el del general Haro y Tamaríz, en San Luis Potosí, era de tinte conservador y el del general Manuel Doblado, en Guanajuato, buscaba el triunfo de los liberales rosas, casi albinos. A los tres los venció Comonfort con mucha maña y poca fuerza. El general Juan Álvarez fue elegido presidente interino por una junta de representantes de los departamentos que se reunió en Cuernavaca. El recién electo gobernó dos meses (4 de octubre a 11 de diciembre) con un ministerio de cinco rojos (Melchor Ocampo, Ponciano Arriaga, Guillermo Prieto, Benito Juárez y Miguel Lerdo de Tejada) y un rosa (Ignacio Comonfort). Desde Cuernavaca convocó a un congreso constituyente del que se excluía a los eclesiásticos. La entrada a la capital, escoltado por sus rancheros pintos, en medio del júbilo de la muchedumbre, la hizo el 14 de noviembre. La escolta ve primero con asombro y luego con apetito el esplendor de la capital. “Anteayer —escribe el embajador de Francia— en la plaza mayor de México, dos surianos apetecieron cierta cosa de la tienda de una mujer. Como no podían pagarla, simplemente se la robaron. La vendedora pidió socorro a gritos. A los gritos acudió el marido que salió corriendo tras los ladrones. Uno de éstos, volviéndose con toda calma, le rajó el estómago; luego, tras de haber limpiado el machete asesino en la camisa, siguió apaciblemente rumbo al Palacio”. Los capitalinos miran sucesivamente con curiosidad, con asco y con temor a los rústicos soldados de los breñales del sur. Su jefe, viejo, achacoso y mal avenido con la sociedad capitalina, empezó a tramar el regreso. El 8 de diciembre, don Juan, después de restringir los fueros de soldados y gente de iglesia mediante la ley confeccionada por don Benito Juárez, deja la presidencia en poder de Ignacio Comonfort y, una semana más tarde, toma, con su gente, el camino de las quiebras y asperezas del sur. Con la retirada del cacique, los intelectuales del sector liberal quedan dueños únicos del poder que no indiscutidos dueños.

Aunque Comonfort se propuso emprender con prudencia las reformas reclamadas por la opinión liberal, los conservadores se encargaron de hacerlo imprudente. No hubo día de su gobierno sin motín, asonada o revuelta de signo reaccionario. El general los combatió, los venció y tomó la ofensiva: se hizo de los bienes del obispo de Puebla, se puso al tú por tú con los teólogos, y promulgó las leyes Lerdo e Iglesias. Aquélla, para privar de su poder al clero y conseguir la difusión de los bienes de manos muertas, prohibió a las corporaciones civiles y eclesiásticas adquirir o poseer bienes raíces, y ésta, para desprestigiar a los clérigos e indicar que el liberalismo se convertía en padre de los pobres, prohibió el cobro de derechos parroquiales a la gente humilde. Ambas leyes unificaron a todo el grupo conservador

en su contra. Desde los púlpitos se lanzaron más anatemas y en las sacristías se fraguaron nuevas insurrecciones, pero la ley se impuso. Como lo muestra Jan Bazant, en sólo seis meses se desamortizaron inmuebles eclesiásticos con un valor de 23 millones de pesos. Aunque Anselmo de la Portilla dice que con la aplicación de la ley desamortizadora, “algunos ricos aumentaron su fortuna y ningún pobre remedió su pobreza”, Miguel Lerdo de Tejada sostuvo que con su ley había hecho en medio año más de nueve mil propietarios. Como quiera, ni el pesimismo de De la Portilla ni el optimismo de Lerdo tenían razón de ser. Ciertamente ni entonces ni después se consiguió todo lo que se quiso, según lo demuestra Bazant, pero se obtuvo algo de lo buscado desde un principio. Se fortaleció de algún modo a la clase media, apoyo de los intelectuales del liberalismo, y se debilitó al clero, sector mayoritario de los conservadores.

El Congreso Constituyente, que se instaló el 14 de febrero con una gran mayoría de jóvenes diputados liberales, fe hizo segunda al ejecutivo provisional en la guerra contra los baluartes conservadores. En el recinto del Congreso el diputado don Ignacio Ramírez sentencia: “La historia del derecho divino está escrita por la mano de los opresores, con el sudor y la sangre de los pueblos”. El diputado Ignacio Luis Vallarta agrega: “No necesitamos más pastores espirituales”. El diputado José María Velasco pide que se aumente el número de propietarios a costa de los existentes. El diputado Ponciano Arriaga, “para que del actual sistema de la propiedad ilusoria, porque acuerda los derechos solamente a una minoría, la humanidad pase al sistema de propiedad real, que acordará el fruto de sus obras a la mayoría hasta hoy explotada”, pide que se distribuyan las “tierras feraces y hoy incultas entre hombres laboriosos de nuestro país”.

Los obispos y el papa Pío IX se declaran contra los dichos y las acciones de los diputados constituyentes por ser contrarias a los derechos, dogma, autoridad y libertades de la Iglesia. Los latifundistas, que según la representación dirigida por ellos al constituyente se consideraban “ajenos a los movimientos de la política” y poseedores de propiedades adquiridas con el fruto de su trabajo, además de quejarse de las palabras oprobiosas emitidas por los señores Olvera, Castillo y Arriaga contra el sagrado derecho de la propiedad, se convirtieron, los que todavía no lo eran, en antiliberales activos, porque no adivinaron que el Congreso les respetaría “el fruto de su trabajo” y porque aún no veían las grandes ventajas que fes acarrearía la Ley Lerdo. De ésta se aprovecharían algunos latifundistas conservadores, pues no fueron únicamente ricos comerciantes extranjeros, licenciados burócratas los duchos en acrecentar su patrimonio con la propiedad eclesiástica o con las tierras de los indios.

A pesar de la exaltación de la mayoría de los legisladores, el Congreso Constituyente produjo una constitución parecida a la de 1824. México volvía a ser una república federal, democrática y representativa, pero con una sola cámara (la de

diputados) y sin vicepresidente. Los artículos más audaces fueron el 3, 5, 7, 13, 27 y 123. El 3 establecía la libertad de enseñanza; el 5, la supresión de los votos religiosos; el 7, la imprenta libre. El 13 ratificaba las leyes Juárez e Iglesias y el 27 la Lerdo. El 123 dejaba la puerta abierta para la intervención gubernamental en los actos del culto público y la disciplina eclesiástica. En lo que mira al problema latifundista, la Constitución garantizaba la propiedad pero sin permitir los monopolios y los estancos. Por otra parte, instituía el derecho de petición y lo declaraba inviolable.

El 5 de febrero de 1857 el Congreso votó la Constitución y el 12 de febrero fue promulgada por el ejecutivo. Como era de esperarse, la discordia civil estalló inmediatamente. Cuando el gobierno dispuso que los funcionarios civiles y militares jurasen la Constitución, el episcopado repuso: “Nadie puede lícitamente jurar la Constitución”. Mientras algunos funcionarios civiles y militares aceptaron con gusto la Carta Magna de la élite liberal, otros se levantaron en armas. En 1857, “conciencias, hogares, pueblos, campos y ciudades, todo estaba profundamente removido”, y fue inevitable la

Guerra de Reforma

Conforme a la Constitución, el general Comonfort, que venía fungiendo como presidente interino, pasó a ser presidente constitucional de la República, y don Benito Juárez ocupó el cargo de presidente de la Suprema Corte de Justicia. Dos semanas después, el 17 de diciembre de 1857, los generales conservadores proclaman el plan de Tacubaya para exigir la derogación de la ley fundamental y la convocatoria a otro congreso constituyente. Comonfort se adhirió al plan de sus enemigos y siguió siendo presidente con la anuencia de los conservadores. Pero al ver éstos que el presidente acomodaticio no contaba con ningún apoyo, se pronunciaron contra él y pusieron en la presidencia al general Félix Zuloaga, que si no era por tonto y burro, no era famoso por nada. Don Benito Juárez, ministro de la Suprema Corte de Justicia, con indiscutible talento político y extraordinario valor pasivo, a quien correspondía ejercer la presidencia de la República cuando faltase su titular, la asumió el 19 de marzo de 1858 y declaró establecido el orden. Una docena de gobernadores tomó el partido de Juárez; otros no se pronunciaron, y algunos prefirieron adherirse al poder conservador. Juárez salió del país por un mes obligado por las circunstancias de la guerra.

A partir de enero, los partidos liberal y conservador se traban en un agarre a muerte, en una lucha que había de durar tres años. El primero es de triunfos conservadores. El general Zuloaga deroga las leyes reformistas. El joven general Osollo desbarata al ejército del liberal don Anastasio Parradi. Juan Zuazua, “general de generales”, toma la ciudad de Zacatecas, pero poco después Miguel Miramón, “el

rayo de los conservadores", lo abate en las inmediaciones de San Luis Potosí. En los meses de julio a diciembre la fama del general Miramón, que todavía no cumplía los 30 años de edad, corrió como la pólvora. Que el 2 de julio, en la barranca de Atenquique, hizo huir al general Santos Degollado; que el 29 de septiembre, en Ahualulco de los Pinos, desmadejó a don Santiago Vidaurri, el poderoso cacique del noreste; que el 14 de diciembre, a orillas de la laguna de Chapala, volvió a derrotar a don Santos Degollado; que en San Joaquín, Jalisco, el 26 de diciembre lo remató. Las lucidas victorias de Miramón le hicieron decir a Juárez: "Le han quitado una pluma a nuestro gallo", pero no lo hicieron desistir de su empresa. La verdad es que Juárez no dudó nunca del buen éxito de su causa.

En el segundo año de la "guerra de tres años" se anotan triunfos los ejércitos de los dos partidos contendientes. Juárez, quien había reinstalado su gobierno en Veracruz, sufrió la embestida de Miguel Miramón, desde febrero presidente de la República por voto de los conservadores. Leonardo Márquez, el otro ilustre general conservador, vence a Santos Degollado en Tacubaya y le impone al vencido el apodo de "general derrotas", pero se gana para él el mote no menos triste de "Tigre de Tacubaya" por haberse dado el gusto de matar a heridos y médicos. La indignación liberal sube de punto. Don Ignacio Ramírez la traduce a versos:

> Guerra sin tregua ni descanso, guerra
> a nuestros enemigos, hasta el día
> en que su raza detestable, impía
> no halle ni tumba en la indignada tierra.

Don Benito la concreta en el manifiesto del 7 de julio y en leyes, en media docena de disposiciones llamadas leyes de Reforma que estatuyen la nacionalización de los bienes eclesiásticos, el cierre de conventos y cofradías, el matrimonio civil, los jueces encargados de registrar nacimientos, bodas y muertes, la secularización de los cementerios y la supresión de muchas fiestas religiosas. El 12 de julio de 1859 salieron al aire los 25 artículos de la ley nacionalizadora de las riquezas del clero que estatuyó además la extinción de órdenes monásticas y el divorcio de la Iglesia y Estado. Los días 23, 28 y 31 se expidieron la ley que declara que el matrimonio es un contrato civil, la que crea los jueces civiles y la que hace cesar la intervención del clero en la economía de camposantos y panteones.

Durante la lucha, los dos partidos contendientes pensaron en el auxilio extranjero. El general Zuloaga, según asegura don José Manuel Hidalgo, secretario de la legación mexicana en París, "pidió oficialmente a Europa, y especialmente a Francia, que interviniese en nuestros asuntos… para enderezar la situación política de México", y el general Miramón, para atraerse la ayuda de España, firmó el tratado de Mon-Almonte (26 de septiembre de 1859) por el que se comprometía a pagar

indemnizaciones indebidas a los españoles residentes en México. Don Benito Juárez para obtener el reconocimiento, la ayuda moral y los empréstitos de los Estados Unidos concertó el Tratado de McLane-Ocampo (1 de diciembre de 1859) que concedía a los norteamericanos el derecho de tránsito a perpetuidad por el istmo de Tehuantepec y ciertas ventajas aduanales. Afortunadamente ninguno de los dos tratados entró en vigor. Con todo, los norteamericanos se convirtieron en los padrinos de los liberales y algunas coronas europeas en madrinas de los conservadores.

La ayuda norteamericana resulta más eficaz que la europea. A principios de 1860 Miramón dirigió contra Veracruz, sede del gobierno liberal, siete mil hombres y dos buques adquiridos en La Habana. Los buques fueron aprehendidos por embarcaciones de la marina de los Estados Unidos, y el bloqueo del puerto se frustró. En Lomas Altas, San Luis Potosí, el liberal José López Uraga derrota al reaccionario Rómulo Díaz de la Vega. A Miramón, el "joven Macabeo", "el rayo de los conservadores", lo deja hecho polvo don Jesús González Ortega en Silao. Aunque el arzobispo de México dispuso que las corporaciones religiosas les dieran plata y alhajas a los conservadores combatientes, éstos no volvieron a levantar cabeza. El general Ignacio Zaragoza les quita Guadalajara. En Veracruz, mientras asiste a una representación teatral, Juárez recibe la noticia de que las armas del liberalismo, a las órdenes del general Jesús González Ortega, aplastan al ejército conservador en los llanos de Calpulalpam, el 22 de diciembre de 1860.

El general González Ortega, al frente de 30 000 hombres, entra a la ciudad de México el 25 de diciembre. El presidente Juárez y sus ministros hicieron otro tanto el día 11 de enero. Ni la entrada del ejército libertador de Iturbide en aquel 27 de septiembre de 1821 tuvo la solemnidad de éstas. El repique de las campanas fue ensordecedor. Los adornos callejeros nunca vistos. Los poetas le dan vuelo a la musa.

> Al sable y al bonete
> el pueblo les dirá:
> en las revoluciones
> pararse es ir atrás…
>
> Murió la tiranía,
> ya sólo imperará
> de la Constitución
> la excelsa majestad.

La fiebre anticlerical se apodera de los vencedores. Son expulsados del país el delegado apostólico y media docena de obispos. El obispo Madrid, ante una multitud sollozante, exclama: "No lloréis hermanos, la Iglesia no comenzó conmigo ni terminará conmigo". El mismo obispo, ante otra multitud insultante, pone pies en

polvorosa. Juan José Baz, como gobernador del Distrito Federal, se empeña en llevar la Reforma hasta sus últimas consecuencias. El miércoles de ceniza, por la noche, saca a las monjas de los conventos entre lloriqueos de algunas y las burlas de otros. La guerra ideológica entre católicos y liberales se pone al rojo vivo. Un periódico se atreve a decir que los principios de la religión “sólo son buenos para formar esclavos y bandidos”. El año de 1861 se cierran 42 templos en el Distrito Federal, las vestiduras sacerdotales dejan de verse fuera de los templos, se suprimen las procesiones, se promulga una ley reglamentaria de las Leyes de Reforma, se arrebatan de las manos del clero hospitales y demás establecimientos de beneficencia, se quitan muchas fiestas religiosas, se producen, ante los ojos azorados de la mayoría, algunos robos sacrilegos; casi se regalan a comerciantes, profesionistas y burócratas bienes del clero, se prohibe la salida solemne del Viático, se reduce el toque de las campanas y se mima al cisma religioso encabezado por un par de sacerdotes. Sin embargo, la mayoría de los sostenedores de la libertad negaban que ésta fuera anticristiana. Todavía más: algunos liberales sostuvieron que la Reforma se fundaba en máximas evangélicas. Para Ocampo el aplicar las leyes reformistas era lo mismo que poner en obra el principio de la fraternidad cristiana.

Ciertamente, la Reforma o revolución cultural, tan bruscamente desencadenada en 1861, se propuso como meta próxima el reducir la fuerza política y económica del clero y el supeditar el orden eclesiástico al orden civil. Como quiera, detrás de los propósitos manifiestos, se vislumbra un espíritu antirreligioso, o por lo menos un deseo de compaginar las tradiciones religiosas con las filosofías de índole racionalista y empirista y con la moral laica y burguesa. Probablemente no se quiso acabar con la religión, pero sí sustituir la religión católica, que no toleraba el ejercicio de ningún otro culto, con las religiones protestantes capaces de convivir con un ceremonial patriótico y de libre pensamiento.

Muy pocos, en 1861, exigían un Comité de Salud Pública y juzgaban tímido e indulgente a don Benito Juárez. Los más se conformaban con el ardor revolucionario del presidente, no demasiado quemante, pero tampoco tibio. El 2 de febrero Juárez promulga la Ley de Imprenta que declara “inviolable la libertad de escribir y publicar escritos en cualquier materia”. El 15 de marzo decreta el uso del Sistema Métrico Decimal y dispone que el catecismo político de Nicolás Pizarro se imponga en las escuelas. Un mes después crea la Dirección de Fondos de Instrucción Pública para extender la enseñanza a todos los grupos de la sociedad. Hasta entonces la educación había sido elitista. Sólo contaba en todo el país en 1861 con 2,424 escuelas y 185,757 alumnos de primeras letras, y 97 escuelas y 6,059 alumnos de enseñanza media y superior. En una nación donde había por lo menos dos millones de criaturas en edad escolar, menos de doscientos mil iban a la escuela. El número total de maestros en todos lo niveles era de 3,722. En cambio, los sacerdotes pasaban de cuatro mil.

La revolución cultural se vio interrumpida por la reanudación de la guerra y la penuria del erario público. Algunos jefes conservadores volvieron a tomar las armas. Melchor Ocampo, “el ideólogo de la Reforma”, la figura culminante del pensamiento liberal, que se hallaba en su hacienda, retirado de la política, fue detenido y asesinado por un grupo conservador. Don Santos Degollado, que salió a vengar la muerte de Ocampo, fue muerto por guerrillas conservadoras. En fin, Leandro Valle intentó a su vez vengar los asesinatos de Ocampo y Degollado, y también fue aprehendido; escribió a sus familiares una carta donde se lee: “Voy a morir porque ésta es la suerte de la guerra… Nada de odios”, y compareció serenamente ante el pelotón de fusilamiento.

El partido conservador había sido derrotado pero no convencido de su derrota. Así como los militares creían en los frutos de la “guerrilla sintética”, consistente en el asesinato de los caudillos, los políticos esperaban la intervención salvadora de sus madrinas, las testas coronadas del Viejo Mundo y sobre todo la pareja imperial de Francia. Napoleón y Eugenia querían oponer un muro monárquico y latino a la expansiva república anglosajona de Norteamérica. Napoleón III sentenció: “Dado el estado actual del mundo, la prosperidad de América no es indiferente a Europa, porque alimenta nuestra industria y hace vivir nuestro comercio. Tenemos interés en que la república de los Estados Unidos sea poderosa y próspera, pero no tenemos ninguno en que se apodere de todo el Golfo de México, domine de allí a las Antillas y a la América del Sur, y sea la sola dispensadora de los productos del Nuevo Mundo”. Los conservadores no gastaron mucho tiempo ni energía en convencer a Napoleón y Eugenia de las ansias mexicanas de

Intervención y Segundo Imperio

Desde finales de 1861 México fue nuevamente invadido por los peces gordos. España despachó contra su antigua colonia a 6,200 hombres; Francia comenzó con el envío de tres mil soldados; Inglaterra se limitó a ochocientos militares. Los tres ejércitos desembarcaron en Veracruz entre diciembre de 1861 y enero de 1862. Los tres comandantes de los ejércitos intervencionistas se enfrentaron sin pérdida de tiempo a la hábil diplomacia de Manuel Doblado, ministro de Relaciones Exteriores del régimen juarista, y los tres aceptaron, por el pacto de La Soledad, entrar en negociaciones pacíficas con México. Mientras éstas se realizaban, el gobierno liberal permitió que los ejércitos de las potencias interventoras, para ponerse a salvo de los peligros del paludismo y la fiebre amarilla, se situaran tierra adentro, en zona salubre. En caso de que no se llegara a un entendimiento pacífico, los invasores, antes de romper las hostilidades, se comprometían a volver a la costa palúdica y afiebrada.

Bien pronto los ingleses y los españoles optaron por retirarse. Aquéllos sólo

querían asegurar el pago de su deuda, y una vez obtenidas las seguridades necesarias, no tenían por qué permanecer en México. El representante español, el general Prim, era de ideas republicanas y liberales y no veía con buenos ojos la idea francesa de sustituir el gobierno republicano y liberal de Juárez por una monarquía. Antes de disponer el reembarco de sus tropas, Prim declaró; “La monarquía no se puede aclimatar ya en México; podrá imponerse, pero durará el tiempo que dure la ocupación del país por una potencia extranjera”. Los franceses que no sólo venían en plan de cobradores, que abrigaban el proyecto imperialista de Napoleón III de establecer una vigorosa monarquía en México que sirviera de dique a la expansión de los Estados Unidos, decidieron proseguir la intervención con la ayuda de los monarquistas mexicanos que eran la mayoría de los conservadores vencidos en las guerras de Reforma.

Reforzado con otro ejército francés, auxiliado por jefes monarquistas locales, hecho a la idea de que la intervención armada no tropezaría con grandes obstáculos, el francés dispuso la marcha hacia la ciudad de México sin tomar en cuento lo convenido en La Soledad. Dubois, el embajador de Francia, decretó que los convenios con el régimen juarista valían menos que el papel en que se habían escrito, e inició el avance de su ejército desde el punto donde se les había permitido estar, no desde la costa donde desembarcaron.

Juárez no sabía qué hombre debía oponer a los franceses. El general Uraga, que conocía la rígida disciplina y el buen equipo de los ejércitos europeos, no se atrevió a enfrentarse al cuerpo expedicionario. Juárez se vio competido a tomar una decisión audaz: dio el mando de las tropas republicanas a Ignacio Zaragoza, un muchacho desconocedor del arte de la guerra, pero valiente y optimista. El joven general fortificó los cerros de Loreto y Guadalupe para proteger a la ciudad de Puebla y esperó la acometida del enemigo. El 5 de mayo los franceses atacaron a Puebla y después de varios asaltos sangrientos o infructuosos fueron a encerrarse en Orizaba, de donde habían partido originalmente.

La victoria del 5 de mayo infundió confianza al ejército de Juárez que, en lo sucesivo, peleó valientemente contra los ejércitos napoleónicos. Napoleón, por su parte, decidió aumentar el cuerpo invasor a treinta mil hombres y ponerlo a las órdenes del prestigiado general Forey, quien, después de ocupar algunas poblaciones próximas a Veracruz, marchó sobre Puebla y le puso sitio. El general González Ortega, con todo el ejército del oriente, resistió durante 62 días las acometidas de los extranjeros y monarquistas mexicanos. Puebla cayó el 17 de mayo.

Como no era posible defender la capital, Juárez, el de las medidas prudentes, tras de consultar con sus ministros, decidió abandonarla e instalar el gobierno republicano en San Luis Potosí. Forey entró a la ciudad de México “acogido literalmente bajo el paso de coronas y ramos” y nombró una Junta Superior de Gobierno compuesta de 35

conservadores. La Junta designó a los 215 componentes de la Asamblea de Notables. La Asamblea declaró que México adoptaba para gobernarse una monarquía moderada, hereditaria y católica y que ofrecía la corona imperial al príncipe Fernando Maximiliano de Habsburgo. Entretanto, el general Bazaine, que vino a sustituir al general Forey, domina militarmente a casi todo el país y obliga al gobierno de Juárez a establecerse en el Paso del Norte, sobre la línea fronteriza con los Estados Unidos.

Así queda desmentido
lo que se asegura en vano,
pues del suelo mexicano
don Benito no ha salido
ni saldrá en todo el verano.

Maximiliano aceptó la corona con la doble condición de contar con la simpatía del pueblo de México y el apoyo militar y económico de Napoleón. Este le prestaría dinero y proporcionaría tropas francesas durante seis años a cambio de comprometerse a pagar, en plazo razonable, una crecida suma. El pueblo mexicano, a pesar de un conato de plebiscito, no tuvo oportunidad de exhibir su afecto o su desafecto por la persona imperial. Esta se excedió en su dicho: “Mexicanos: vosotros me habéis deseado”.

Fernando Maximiliano de Habsburgo, archiduque de Austria, tez blanquísima, ojos azules y lánguidos, barba partida y rubia, casado con la despampanante princesa belga Carlota Amalia, era de carácter romántico, gustaba de los paisajes bucólicos, creía firmemente en la bondad del buen salvaje y en la ideología liberal. Confiaba más en la virtud de las buenas leyes que en la virtud de los buenos caudillos. Era también paternal, pueril, caprichoso, irresoluto, frívolo e “inclinado a refugiarse en pequeñeces. El porte correcto de los trajes y de las libreas le ocupaban fácilmente semanas enteras”. Tan decorativo y joven como él era su esposa. El pueblo de Veracruz los recibió con curiosidad, entusiasmo y versos. “El muelle de Veracruz estaba tapizado de versos”. La ciudad de Puebla le propinó otra andanada de versos. “En todos los muros poblanos se leían poesías conmovedoras". La música, los gallardetes y los veranos fueron la parte más notoria de la recepción capitalina.

La joven pareja imperial comenzó por atraerse la simpatía de todos los grupos sociales, menos la del conservador que la trajo. Maximiliano formó un gabinete en que dominaban los liberales moderados, como don Manuel Orozco y Berra y don José Fernando Ramírez, e hizo esfuerzos para contar con el apoyo de los puros. A poco de su llegada a México declaró que los indios eran “la mejor gente del país”, y en la gira de simpatía hecha por las ciudades del interior, decidió adoptar una criatura india con el fin de convertirla en heredera del trono. Le encargó a don Manuel Orozco y Berra hacer la *Geografía de las lenguas y carta etnográfica de México* y a

don Francisco Pimentel la *Memoria sobre las causas que han originado la situación actual de la raza indígena de México y medios de remediarla*. En fin, impuso medidas para proteger los bienes de las comunidades indias.

Mientras la pareja imperial se esfuerza en parecer mexicana, sus súbditos de la aristocracia local hacen todo lo posible por parecer europeos. El emperador suele pasear vestido de charro y la emperatriz cubierta con un jorongo. En cambio, las de acá,

> Las muchachas de hoy en día
> parecen gallos rabones
> pues traen las asentaderas
> fingidas con almohadones.
> Los vestidos muy hampones
> y por dentro puro hueso;
> esas rotas del progreso
> rabian por aparentar,
> pero no saben guisar
> tantito chile con queso.

El emperador acaba por desconectar a los conservadores que lo trajeron. Hecho a la idea de que "la gran mayoría en México es liberal y exige el programa del progreso en el sentido más verdadero de la palabra", se dedica a repetir la obra de sus enemigos: el 7 de enero de 1865 exige pase oficial para los documentos pontificios; el 26 de febrero decreta la tolerancia de cultos y la nacionalización de los bienes eclesiásticos; el 12 de marzo seculariza a los cementerios; en octubre crea el registro civil, y en diversas fechas expide leyes sobre salarios y condiciones de trabajo, pensiones y montepíos y sistema decimal de pesas y medidas. En fin, se puso tan reformista que el nuncio del Papa se fue enojadísimo y los liberales se pusieron a reírse de la conserva o cangrejería engañada.

> Era costumbre añeja
> de los cangrejos antes,
> en todas sus maniobras
> por detrás manejarse,
> contra el común sentido
> que lo contrario hace…
> Mas de pronto aparece
> y así les dice Juárez:
> cangrejos, es preciso
> andar para adelante.

Mil denuestos pronuncian
y en rabia se deshacen
y para atrás andando
van y cruzan los mares
y buscan quien los vengue…
y se encuentran con que humo
fueron todos sus planes,
y conque aquellos mismos
que habían de vengarles
les dicen con voz firme
haciéndoles que rabien:
cangrejos, es preciso
que andéis para adelante.

En suma, fue tal la afición de Maximiliano a legislar que dejó en ocho tomos una *Colección de leyes, decretos y reglamentos que interinamente forman el sistema político, administrativo y judicial del imperio.* Aparte, produjo un *Código civil del imperio mexicano* que ha sido comparado al de Napoleón Bonaparte. Después de todo tenía razón Napoleón el Pequeño cuando dijo: “A Maximiliano le falta energía; se limita a hacer y publicar decretos, sin darse cuenta de que frecuentemente no podían ser ejecutados. Impulsado por su necesidad de producir, lanza utopías con detrimento de la práctica”.

Estaba entretenidísimo haciendo leyes, cuando empezó a desmoronarse el imperio. El general republicano Ángel Martínez recupera el puerto de Guaymas. Luis Terrazas, también republicano, toma la ciudad de Chihuahua. Maximiliano reorganiza el ejército imperial con austriacos, legionarios de diversos países e imperialistas de México, y expulsa de su gabinete a los ministros liberales. El gobierno de los Estados Unidos presiona a los de Francia, Austria y Bélgica para que retiren la ayuda militar al imperio. Napoleón III dice: “No puedo ya cumplir lo que prometí; faltaré a todo; retiro mis tropas, cobro mi dinero y os abandono”. La emperatriz Carlota solloza y se desmaya delante de Napoleón que ni por ésas echa marcha atrás en la idea de retirarse de México. Entonces la emperatriz acude al Papa, y estaba en Roma cuando le dio por sentirse perseguida y por creer que Maximiliano era Amo del Mundo y Señor del Universo.

Desde julio de 1866, cuando empezó el repliegue del invasor, la pregunta de todos era: ¿conque ya se va el francés con obuses y cañones…?, y algunas respuestas fueron:

Perdóname mi inorancia,
pero l’águila de Francia

aquí no jayó nido
Pamuceno va aturdido…

Ya se escaseó la platita
ya se nos escaseó la plata
como perico en la estaca
nos dejó Francia maldita

Mirando el cielo estrellado
nos dejó Francia maldita.
El mexicano ha quedado,
cantando “la palomita”

Mientras se extiende el rumor de que el imperio ya nos había costado un ojo de la cara, el cada vez más maltrecho emperador reprueba sus actos liberales y se entrega en cuerpo y alma a los conservadores. Juárez, con el gobierno republicano a cuestas, inicia el viaje de regreso a la capital. El Ejército de Oriente les arrebata Oaxaca a los imperialistas (31 de octubre de 1866). En el mes de noviembre los republicanos recuperan la ciudad de Jalapa y el puerto de Mazatlán. Los liberales avanzan a medida que los soldados europeos abandonan el país: El emperador pierde terreno; el emperador pierde adictos; el emperador pierde soldados; el emperador se queda paulatinamente sin imperio, y sin ejército, sin ayudas, sin dinero. El emperador barbas de oro se queda solo.

En la primera mitad de 1867 el ocaso del imperio se precipita. Los ejércitos libérales del norte, del oriente y del sur, comandados por Mariano Escobedo, Ángel Martínez y Porfirio Díaz, derrotan una y otra vez a los ejércitos imperialistas del occidente, del oriente y del centro, comandados por tres de las cuatro “emes” imperiales: Miguel Miramón, Tomás Mejía y Leonardo Márquez. La cuarta “eme”, Maximiliano, se pone nervioso e indeciso; no sabe si irse o quedarse. Decidida la permanencia, se mete en Querétaro con los suyos. Los republicanos le ponen sitio. Maximiliano y algunos de sus colaboradores son aprehendidos y procesados. El 19 de junio, en un lugar próximo a Querétaro, en el Cerro de las Campanas, Maximiliano, Miramón y Mejía se desploman ante un pelotón de fusilamiento. Dos días después, tras de haber soportado setenta días de sitio, México, la capital, cae en poder de Porfirio Díaz. La entrada de las tropas republicanas fue al amanecer del 21 de junio; la del presidente tres semanas después.

El quince de julio
del año sesenta y siete
entró don Benito Juárez

triunfante a la capital.

Ese mismo día lanzó el manifiesto en que está contenido el apotegma que todos recordamos: “Entre los individuos como entre las naciones el respeto al derecho ajeno es la paz”, apotegma que produjo Juárez sin el propósito de conseguir una inmortalidad, pues él nunca buscó la fama por los caminos de la teoría y la retórica. El único dicho verdaderamente entrañable de aquella adusta personalidad fue aquel que dice: “Quisiera que se me juzgara no por mis dichos sino por mis hechos". Juárez carecía de los dones del orador y el escritor y seguramente en el famoso manifiesto del 15 de julio del 67 no trató de hacer oratoria ni literatura. Es un documento sencillo y corto que da cuenta del regreso a la capital del gobierno republicano; reconoce la valía de los luchadores contra el segundo imperio; confirma la fe del grupo liberal en la Constitución causante de las guerras de reforma e intervención; estima posible y necesaria la concordia social dentro de la Constitución; juzga a la paz como la máxima urgencia del momento; dice la manera de conseguirla a base del perdón gubernamental para sus enemigos, del respeto al derecho ajeno entre los ciudadanos y de la obediencia de éstos a las autoridades democráticas; promete elecciones enteramente libres “sin ninguna presión de la fuerza y sin ninguna influencia ilegítima”, y proclama a voz en cuello la

República Restaurada,

y por segunda vez la vida independiente. Derrotados hasta la extinción los miembros mayores del partido reaccionario, extirpada para siempre la idea monárquica, el partido reformista, “dueño incondicional del país y firme con el apoyo de los Estados Unidos de Norteamérica”, se da a la tarea de rehacer a México. En lo internacional buscó la concordia entre las naciones en un plano igualitario. En el orden político se propuso la práctica constitucional, la reorganización de la burocracia, la hacienda pública y el ejército, y la pacificación del país. En lo económico procuró atraer capital extranjero, impulsar la inmigración de colonos agrícolas y construir ferrocarriles, canales y carreteras. En el orden social quiso hacer de cada campesino un pequeño propietario y de cada trabajador un ser libre. En el coto de la cultura, se empeñó en la educación de las masas, el establecimiento de un nuevo orden jurídico mediante la expedición de leyes civiles y códigos, y el fomento a las ciencias y al nacionalismo artístico y literario.

Juárez procedió a la reorganización de México consciente de que “una sociedad como la nuestra que ha tenido la desgracia de pasar por una larga serie de años de revueltas intestinas, se ve plagada de vicios, cuyas raíces profundas no pueden extirparse en un solo día, ni con una sola medida”, pero seguro de que a fuerza de

perseverancia y con el esfuerzo “de todos los mexicanos” se conseguiría mucho, se podría sanear hasta la hacienda pública, lo que no era un simple quítame de aquí estas pajas.

En la hacienda pública reinaba el desbarajuste cuando volvió Juárez a la capital. A la tesorería mayor apenas ingresaban fondos porque los jefes militares tenían sus propias cajas recaudadoras. No había la más remota posibilidad de hacer un presupuesto porque nadie sabía de los ingresos con que se contaba. El ministro de hacienda de Juárez tuvo que enfrentarse al caos y consiguió poner algún orden. Por lo que toca a la deuda pública, cuyo monto era enorme (450 millones de pesos), desconoció la deuda imperial y logró reducir el conjunto de lo que se debía a 84 millones. Por lo que mira a la recaudación de rentas, obtuvo la anulación de facultades extraordinarias en el ramo de hacienda para los jefes militares y gobernadores. Por último, logró formar un presupuesto de egresos que siempre fue exiguo y que en un 50% se destinó a gastos militares.

La República Restaurada empezó con un ejército de 80 000 soldados cuya manutención no se cubría con todos los ingresos del erario público. Además imperaba el desorden y la indisciplina en la mayoría de mandos y tropas, como era de esperarse tratándose de un ejército popular y en gran parte enlevado. No podían seguir las cosas así. Los efectivos militares se redujeron a 16 000 hombres repartidos en cinco divisiones, cada una de las cuales tuvo al frente un general ilustre de las guerras de Reforma e Intervención. Con un ejército corto, pero reorganizado, la República Restaurada pudo vencer, durante una década, a sediciosos, indios rebeldes y nómadas y bandoleros de toda especie; pudo, en fin, restablecer la paz en una alta proporción; la paz que era el anhelo máximo de la sociedad mexicana en aquel momento; la paz por la que Juárez sacrificó algunos de sus colaboradores más calientes y algunas metas del orden liberal.

Contra la sedición de algunos de los muchos héroes que produjo la guerra, se usó de la mano dura. Así se vencieron tres de los cuatro pronunciamientos mayores: los dos de Aguirre y García de la Cadena en 1868, y el primero de Porfirio Díaz en 1871 y 1872. Contra las tribus que devastaban incesantemente los estados de Sonora, Chihuahua, Coahuila y Nuevo León se hicieron ejércitos de milicianos, se puso precio a las cabezas de los nómadas y se fundaron treinta colonias militares con el doble propósito de arrasar a los bárbaros y de poner en cultivo las inmensas llanuras del norte. En las campañas contra los yaquis de Sonora, los coras de Nayarit y los mayas de Yucatán se perdieron muchas vidas y equipos. En 1875, José María Leyva Cajeme, caudillo de los yaquis, hizo una memorable matanza de blancos y organizó un mundo independiente en el valle del Yaqui. Otro tanto había hecho Manuel Lozada, jefe de los coras, en Nayarit. Pero éste sí fue vencido y muerto en 1873. En cambio, los mayas rebeldes de Yucatán, agrupados en tres naciones libres, resistieron

todos los embates del ejército federal.

Leyes, medidas policiales y campañas se enderezaron para abatir al bandolerismo. La ley del 13 de abril de 1869 estableció el modo de juzgar y punir a los salteadores. Para llenar el requisito previo de aprehenderlos se organizaron cuerpos de policía rurales con rancheros (algunos matones de oficio) que hicieron boquetes de consideración en las filas del bandidaje, pero que no lograron extinguirlo: plateados, bandidos de Río Frío, ladrones del Monte de las Cruces y muchos más siguieron asaltando diligencias.

Movidos por una fe ciega en la capacidad redentora y lucrativa de las modernas vías de comunicación, principalmente del ferrocarril, los gobiernos de Benito Juárez y Sebastián Lerdo de Tejada dedicaron lo mejor de sus esfuerzos a construirlas con el concurso de compañías inglesas y norteamericanas. Para 1867 la mayoría de los países europeos y los Estados Unidos disponían de una vasta red de caminos de hierro. México, en cambio, no tenía prácticamente nada. La primera obra ferroviaria importante fue la de México a Veracruz. Las fastuosas fiestas de enero de 1873 se debieron a la inauguración del ferrocarril. En las Cumbres de Maltrata se juntaron los rieles que venían de Veracruz con los que iban de México. El primero del año, el presidente Lerdo de Tejada inauguró el ferrocarril, que según la opinión pública más autorizada, resolvería “todas las cuestiones políticas, sociales y económicas que no habían podido resolver la abnegación y la sangre de dos generaciones”. Por lo pronto traería a los anhelados colonos agrícolas de Europa.

El otro sueño constante del partido liberal, el de la inmigración “de hombres activos e industriosos de otros países” para poner en producción las tierras fértiles y despobladas de medio México, comenzó a ejercerse desde la primera vez que los liberales se hicieron del poder. Comonfort (ley del 1o. de enero de 1856) dio autorización a los extranjeros para adquirir en la República toda clase de tierras y dispuso el establecimiento de una colonia mixta de alemanes en el estado de Nuevo León. El presidente Juárez, desde 1861, concedió gracias a los extranjeros compradores de tierras mexicanas. En 1864 cede a una compañía estadunidense la mayor parte de la Baja California, pero ésta fuera de rapar los campos de orchilla, liquen tintóreo muy apreciado por la industria inglesa de casimires, no hizo gran cosa por el progreso demográfico y económico de la extensa península.

A raíz de la derrota del imperio se dijo: “Cambiada del todo la escena, el país en masa desea y busca la colonización y la colonización vendrá, porque en el extranjero se sabe ya perfectamente que el México de ahora es muy diverso del México de antes". Pero los años vuelan y los colonos no vienen. La élite liberal se intranquiliza a grado sumo. ¿Por qué a los Estados Unidos y a la República Argentina sí, y a México no? El Congreso lanza una ley que confía la ejecución de la tarea colonizadora a la empresa privada y no sólo al gobierno; ofrece a los inmigrantes tierras a precios

módicos y pagaderos a largo plazo, les da facilidad para adquirir la ciudadanía mexicana y diversas ayudas económicas. Como coadyuvante del poblamiento y la colonización se intentó el deslinde y la venta de terrenos baldíos. Para traer colonos se había estatuido la libertad de cultos. Con tal de hacer venir a los extranjeros se hizo más de lo que se podía, pero el fruto no correspondió a los esfuerzos. Los miles de colonos que llegaron entre 1867 y 1876 se pueden contar con los dedos de ambas manos, y sobran dedos. Por otro lado, mucha de esa exigua inmigración que iba a convertir en emporios económicos a las tierras vírgenes de México, se estableció en las ciudades y se dedicó al comercio o a otros negocios prósperos.

Otras medidas de orden económico (atracción de capital extranjero, aniquilación del sistema de alcabalas, ensayo de nuevos cultivos agrícolas e introducción de industrias y técnicas modernas) no dieron tampoco resultados brillantes. Las inversiones extranjeras, destinadas en su mayoría a la construcción de obras públicas y al comercio, no fueron cuantiosas. El sistema de alcabalas se debilitó, y nada más. La agricultura padeció graves crisis en la época. Sólo se exceptúan los cultivos del henequén en la península yucateca y del azúcar en Morelos y otros puntos. En minería e industria no hubo cambios dignos de señalar, fuera de un paulatino proceso de mecanización en las empresas existentes y del establecimiento, siempre en pequeñas dosis, de nuevas empresas. En fin, el progreso económico conseguido fue menos deslumbrante que el social y mucho menos que el cultural, entre otras cosas porque se creía que la reforma debía empezar por el espíritu y rematar en el disfrute de la riqueza, madre de la felicidad.

Disminuida la intranquilidad pública, la población mexicana debía rehacerse en alguna forma. Con todo, el crecimiento demográfico siguió siendo lento porque no se logró disminuir notablemente la tasa de mortalidad ni atraer un número cuantioso de colonos europeos y norteamericanos. También se mantuvo muy desigual la distribución de la gente dentro del territorio. En la región del noroeste, cuya superficie es el 20% de la total de la República, siguió viviendo el 3% de los mexicanos; en cambio, en las regiones del centro y occidente con una extensión conjunta igual a la del noroeste, seguía residiendo el 60% de la población. Se produce un desplazamiento del campo hacia la ciudad. Durante las guerras de Reforma e Intervención, algunas ciudades se vuelven sitios de refugio. Así se explica el crecimiento de la ciudad capital que pasa de 200 000 a 250 000; León que sube a cien mil; Guadalajara a otro tanto. En fin, la población urbana aumenta a costa de la rural.

La redistribución de la propiedad rural siguió dos caminos: desamortización de bienes eclesiásticos y comunales y venta de baldíos. El fraccionamiento de latifundios se redujo a la confiscación de algunas fincas que fueron de imperialistas y que se repartieron entre setecientos gañanes, y la venta en fracciones de pocas haciendas de la parte occidental. De hecho, no se hizo nada para abatir el latifundio,

nada para detener su ensanchamiento.

La desamortización de los predios rústicos de la Iglesia se había consumado casi totalmente durante la época aciaga con poco provecho para la hacienda pública y casi ninguno para los pobres sin tierra. La desamortización de los terrenos de comunidad fue obra de la República Restaurada. En esos diez años, a pesar de la oposición de los indios al reparto, éste se hizo entre los condueños de las comunidades. Los abusos menudearon. Ignacio Ramírez pide en 1868 que se suspenda la parcelación de la propiedad de los pueblos, pues sobre “los bienes comunales la usurpación ha ostentado la variedad de sus recursos…, comprando jueces y obteniendo una fácil complicidad en autoridades superiores”. Cada indio, ya dueño absoluto de una parcela, quedó convertido en pez pequeño. Un día le arrebata su minifundio el receptor de rentas por no haber pagado las contribuciones; otro día, el señor hacendado le presta dinero generosamente para obtener la parcela en pago.

Por lo que toca al trabajo, los logros se quedan en el papel. La aversión liberal al sistema de peonaje o gañanía se traduce en algunas medidas de orden jurídico. Es fama que el presidente Juárez, al oír a un peón lamentarse de los azotes que había recibido por habérsele roto una reja del arado, dispuso la abolición de los castigos corporales. En este terreno hubo muchas disposiciones de alcance estatal. El gobierno de Puebla ordenó subir el monto de los salarios rurales y eximir a los sirvientes de la deudas contraídas con el amo. El gobernador de Baja California legisló contra la servidumbre por deudas y contra el uso “del cepo, prisión, grillos y demás apremios con que se ha compelido hasta aquí a los trabajadores”. La legislatura de Tamaulipas redujo en 1870 la jornada de trabajo a “las tres cuartas partes del día hábil”.

En los pequeños círculos de obreros y artesanos, la agitación fue mayor. En primer lugar se formaron numerosas asociaciones de trabajadores industriales. En 1872 ya había tantas asociaciones que se hizo necesario construir una central obrera que se llamó Gran Círculo de Obreros de México. Sus dirigentes combinaron principios liberales con orientaciones socialistas. Promovidas por aquellos líderes se fundaron algunas cooperativas de producción, se consiguieron alzas de sueldos y se hicieron frecuentes y a menudo prolongadas huelgas contra empresarios mineros y textiles. Primero *El Socialista,* y luego periódicos como *La Comuna, El hijo del Trabajo, El Obrero Internacional* y *La Huelga,* repetían constantemente: “Alzaos, la hora de la regeneración social ha sonado". “Los trabajadores todos del Universo, cansados ya de ser esclavos y de ser víctimas de la ambición desenfrenada de lo capitalistas, trabajan sin descanso por ser libres". “A falta de un medio más eficaz para equilibrar el capital y el trabajo, la huelga viene a llenar el vacío que ya se hacía necesario cubrir para nivelar un tanto los réditos del capital con los productos del trabajo".

Es innegable, pese al dicho de algunos historiadores y sociólogos de extrema

derecha o de extrema izquierda, que Juárez y su gente trataron de favorecer a los grupos más desvalidos de la sociedad: peón, obrero e indígena marginado. Con todo, la vida de los pobres apenas se modificó y no siempre en su beneficio. Sería porque ocupados en otros problemas de más urgente resolución, los políticos liberales dedicaron poco tiempo a la mejoría de los hundidos. Sería porque un régimen de índole liberal no se prestaba para levantar a los postrados. Sería por la estructura tradicional de la sociedad mexicana. Lo de menos es la explicación. Lo importante es la comprensión de unas buenas intenciones que se quedaron en eso, o casi.

Las mayores mudanzas de conducta y pensamiento no se manifestaron en los mundos campesino y obrero, sino en el mundillo de la clase media. En primer lugar entran a esta clase contingentes oriundos de la capa superior del proletariado, personas humildes que habían sobresalido en las lides políticas y en las luchas militares de los años anteriores. En segundo lugar, es la clase media la que asume el poder a la caída del Segundo Imperio. En tercer término, esta gente se mudó de ropa y de casa. En la capital brotaron los modistas y surgieron las colonias planeadas según el estilo francés para los vencedores de Francia. El afrancesamiento cundió asombrosamente en la clase media tanto o más que en la aristocracia.

Ni duda cabe que los aristócratas no ganaron las guerras de Reforma o Intervención, pero seguramente tampoco las perdieron del todo. Si se empobrecieron, no se notó; si perdieron fuerza política, no fue por mucho tiempo; si sufrieron mengua en su honra, pronto la recuperaron. Fuera de algunos aristócratas que se rindieron en Francia cuando se les derrumbó el imperio y fuera de algunas sotanas, los demás muy rápidamente congeniaron con la gente de clase media que iba en ascenso y que era la principal portadora de los valores más estimados por la élite liberal, los valores de la riqueza, la ilustración, las ciencias y las artes.

El máximo logro de la década 1867-1876 se da en el campo de la cultura. La Constitución de 1857 estatuyó “la enseñanza libre”. La ley del 15 de abril de 1861 ratificó la libertad de enseñanza e hizo gratuita la oficial. La Ley Martínez de Castro, promulgada el 2 de diciembre de 1867, aplicable al Distrito y Territorios Federales, fue más lejos al hacer obligatorio el aprendizaje de las primeras letras y dar a la enseñanza en su conjunto una orientación positivista, inspirada en las ideas de Augusto Comte, traídas a México por el médico Gabino Barreda. Una nueva ley (15 de mayo 1869) redondeó la de 1867 y puso especial empeño en hacer la enseñanza metódica, basada en la jerarquía de las ciencias positivas y libre de adherencias metafísicas y teológicas. Aparte del Distrito Federal, varios estados se dieron leyes sobre educación. Todas ellas se parecían a las del Distrito en la cosa de declarar gratuita, científica y obligatoria a la escuela primaria.

Tras las leyes vinieron las apasionadas discusiones sobre métodos pedagógicos y la apertura de escuelas. En 1868, sobre moldes enteramente positivistas, se fundó la

Escuela Nacional Preparatoria de donde saldrían los funcionarios nucleares de la administración, los autores de códigos y leyes y los líderes de la actividad intelectual. También a partir de 1868 empieza la fiebre de abrir escuelas en todos los grados de la educación, y con impaciencia en el primario. José Díaz Covarrubias, director de instrucción pública, informaba en 1875 que en sólo siete años se había duplicado el número de alumnos hasta llegar a ser de 350 000, y triplicado la cifra de planteles, que en 1875 era ya de 8 103 en el nivel primario. Todas las nuevas escuelas eran de nuevo cuño: gubernamentales, gratuitas, laicas y devotas de las ciencias. Habían pasado a segundo término los centros educativos de la Sociedad Lancasteriana, y a tercero las escuelas regenteadas por curas. Con todo, la primera enseñanza no pudo llegar al campo, y dentro de las ciudades alcanzó a la clase media y muy poco a la trabajadora. La enseñanza secundaria y superior, por la fuerza de las circunstancias, se mantuvo elitista.

Desde la Preparatoria, el positivismo de Comte se derrama en todas direcciones hasta convertirse en filosofía hegemónica y oficial, aceptada por la mayoría de los liberales, incluso por los viejos apóstoles del liberalismo como don Ignacio Ramírez, novelista, poeta, politólogo, filósofo y ateo; en suma, un hombre muy representativo de la nueva religión materialista:

> Madre naturaleza, ya no hay flores
> por do mi paso vacilante avanza;
> nací sin esperanzas ni temores;
> vuelvo a ti sin temores ni esperanzas.

Los periódicos liberales de la capital (*El Monitor Republicano*, *El Siglo XIX* y muchos más) y por lo menos un centenar de las publicaciones periódicas que aparecen en la provincia, difunden con entusiasmo el evangelio positivista. Naturalmente que la difusión del positivismo es aún mayor en las revistas de alta cultura y contenido científico, como el viejo y prestigiado *Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística,* y las revistas del nuevo orden, como *La Naturaleza*, *El Semanario Ilustrado* y *El Renacimiento,* aunque esta última, inaugurada en 1867, prodiga más literatura que ciencia.

El positivismo lo inunda todo. Los historiadores sobresalientes de la República Restaurada, Manuel Orozco y Berra y Joaquín García Icazbalceta, a pesar de ser católicos, lucen un barniz positivista. Los autores de novelas históricas (Juan A. Mateos y Vicente Riva Palacio) y costumbristas (Ignacio Manuel Altamirano y Manuel Martínez de Castro) también son testigos de la influencia positivista. Pero quizás el influjo es aún mayor en el grupo de poetas agrupados alrededor de *El Renacimiento*, en Manuel Acuña, Juan de Dios Peza, José Rosas Moreno y Manuel M. Flores; todos ellos conocidos románticos, pero no exentos de nacionalismo y

positivismo. Si hacemos caso a los historiadores del arte, las doctrinas de Comte penetraron hasta en el mundo de la plástica y la mística.

En 1868, que fue un año de fundaciones culturales, el año en que se instaló la Biblioteca Nacional en el templo de San Agustín, la Escuela Nacional de Bellas Artes se constituye como centro de la cultura plástica que entonces produjo algunos gigantes, como el paisajista José María Velasco. La Sociedad Filarmónica Mexicana, hospedada en el edificio de la extinguida Universidad, difunde la música fuereña de Bach, Haendel, Haydn, Mozart, Beethoven, Chopin y Liszt, y mima la música de los compositores de casa: Melesio Morales, autor de óperas; Angela Peralta, compositora menor y cantante mayúscula, y Cenobio Paniagua, compositor de 70 misas y la célebre ópera *Catalina de Guisa.*

Todas las revoluciones de México se han propuesto cambios sustanciales en los órdenes económico, político, social y cultural, pero casi siempre han tenido un éxito menor en la mudanza de las costumbres económicas, políticas y sociales, y un éxito mayor en la zona de las letras y las artes. Nuestras revoluciones fructifican en la rama del espíritu. En 1872, don José María Vigil afirma que los mexicanos somos incapaces de “hacer física, material, positivamente efectivos los dones de que se nos ha colmado”, y nos condena a la miseria perenne. En 1872, algunos prohombres del liberalismo ponen en duda nuestra capacidad de ser iguales y de vivir como hermanos. En 1872, la división del grupo liberal en el poder llega al colmo. Las comidillas del año son las insurrecciones de los liberales García de la Cadena en Zacatecas, Donato Guerra en el occidente, Jerónimo Treviño en Monterrey, el coronel Narváez en San Luis, el general Jiménez en Guerrero, y el héroe del 2 de abril, el joven y ya ilustre Porfirio Díaz en Oaxaca. Cuando sesenta periódicos capitalinos y cuarenta estatales difunden la noticia de que el día 18 de julio, a las once y cuarto de la noche, “de resultas de un ataque al corazón”, había muerto el presidente, México no hallaba cómo salir de la agricultura al uso viejo, la industria doméstica, el comercio poquitero e inseguro, las pocas ganas de hacerse rico trabajando, el peonaje, la obrajería, las alcabalas y peajes, el crimen, el dolo, las epidemias, la élite, el latifundismo, la aversión social, la discordia política, la autocracia, el abuso de autoridad, la anomia, el bandolerismo, el caciquismo, el caudillismo y otras cizañas que crecían al lado de una buena literatura, un arte robusto, dos códigos de leyes civiles y penales, tres nuevas ciencias del hombre (sociología, economía y etnología), la historia reformada, un par de filosofías antagónicas y otros primores del cacumen.

La ronda de las generaciones

Los protagonistas de la Reforma y la Revolución Mexicana

Con el fin de no descaminar a nadie más de diez minutos, el autor le propone al posible lector no seguir la lectura de estas páginas; salvo que:

1) Coincida con don Wigberto Jiménez Moreno en que “el proceso de cambio sociocultural lo entendemos mejor si fijamos la vista en los hombres” responsables de mudanzas históricas, y no en estas mismas o en las circunstancias en que se producen los vuelcos históricos.

2) Convenga en la tesis siguiente: en el mundo capitalista ascendente, en el mundo de los tres últimos siglos, en la época de las naciones independientes, los auténticos responsables del cambio social son minorías rectoras, grupos de hombres egregios, asambleas de notables, no masas sin rostro ni adalides archidibujados.

3) Reconozca que las minorías dirigentes modernas no se constituyen con “detentadores de resecos pergaminos”, pero sí con magnates de la agricultura, la industria y el comercio; con funcionarios públicos que ostentan los cargos de presidentes y ministros de una república; con intelectuales de renombre; con héroes de la espada y el caballo y con personas de iglesia que en el orbe católico se dejan llamar excelentísimas y reverendísimas.

4) Acepte lo dicho por Ortega y Gasset en el sentido de que las “minorías dirigentes”, los cenáculos de vanguardia, “los pocos que vislumbran a lo lejos”, “forman cuerpos cuasibiológicos” que se distinguen claramente de las clases mayoritarias a quienes dominan, de los cuerpos masivos destinados a trabajar y obedecer, de las masas de trabajadores de un estado-nación, de la muchedumbre inmensa en usos y costumbres.

5) Esté de acuerdo también con Ortega en que las minorías rectoras, los cuerpos de dirigentes de una nación, “como las hojas de los árboles nacen y mueren”, están sujetas a un ritmo estacional (no tan breve como el de las hojas, claro), a un vaivén de vida media conocido con el nombre de generación, a un ritmo generacional. Los grupos minoritarios que dirigen a una mayoría nacional no duran más que las existencias individuales que los componen ni suelen mantener su hegemonía plena por un periodo mayor de quince años.

6) No rechace la idea de que la realidad biológica de cada generación de gerentes recorre, como la vida individual de las personas, seis etapas: infancia, desde el comienzo hasta los quince años; juventud, de los quince a los treinta; madurez incipiente, hasta los cuarenta y cinco; segunda madurez, hasta los sesenta; ageracia o

vejez activa, hasta los setenta y cinco; y senilidad, de allí a la tumba. También, como las existencias de los individuos, las cohortes generacionales sólo cuentan públicamente desde que son adultas hasta que dejan de ser viejas dinámicas, hasta el chocheo.

7) Esté dispuesto a conceder que, más o menos durante cada quince años, surge en cada una de las naciones capitalistas del mundo occidental otra minoría dirigente, con otro modo de ver las cosas, con una sensibilidad distinta, con ganas de poner los muebles de la patria en orden diferente, con nuevos afanes de renovación, con metas y métodos que no coinciden con los de sus predecesores.

8) Deduzca de ese ritmo quindenial de las generaciones y de la ley de las edades el hecho de la convivencia de tres tandas de selectos en las cumbres de la economía, la sociedad y la cultura en cada quindenio. Mientras el coro de los viejos en actitud de irse entona la melodía “Nosotros hemos sido”, el coro de los cincuentones, plantado arriba, repite su cantinela “Nosotros somos” y el coro de los adultos jóvenes, que apenas va entrando, canta: “Nosotros seremos”. Según Julián Marías “las generaciones no se suceden en fila india, sino que se entrelazan, se solapan o empalman”.

9) Esté dispuesto a distinguir en cada hornada su voz característica, la altitud vital o la propensión íntima que pide Ortega; “el matiz de sensibilidad” o “la tonalidad del querer” de que habla Mentré; en definitiva, que las creencias y voliciones de cada generación de mandarines o dirigentes, de cada minoría concreta, sólo suelen agrupar, según los casos, pocas docenas o centenares de individuos.

10) Apruebe la aplicación de esta especie de entretenimiento histórico-matemático que es la teoría de las generaciones a la historia mexicana moderna y reciente, a la que va del nacimiento cierto y seguro de la nación-estado denominada República Mexicana, hasta la segunda mitad de este siglo en que la idea de nación comienza a hacer agua y la de autoridad también.

11) Dé su consentimiento al interrogatorio al que hemos sometido a seis minorías rectoras de la vida material, social y cultural de México entre 1856 y 1958, cuyas preguntas principales se refieren al número y a la nómina de miembros de cada una de esas minorías; a la oriundez temporal, geográfica, social y cultural; a la formación fuera y dentro de las aulas en la fase juvenil; al año, lugar, modo y bandera ideológica al entrar al escenario público y a sus manifestaciones sobresalientes durante la sesquidécada de noviciado; a las circunstancias de tiempo, espacio y manera ligadas a su arribo a las cumbres del poder, de la sabiduría, de la fama, de la fortuna y del influjo; a sus propensiones íntimas y actividades mayores durante el quindenio de predominio; a su lento abandono de la escena hasta el mutis final, y a su significado dentro de la época o drama histórico que les tocó representar.

12) Esté de acuerdo en que las élites mexicanas de la Independencia para acá,

están construidas por individuos que recogen los diccionarios y las enciclopedias nacionales, por personas de reputación que suelen distinguirse de las demás por los honrosos cargos públicos que ocupan, los libros de fuste que escriben, la fama de que gozan y las notables empresas económicas que dirigen.

13) No le exija definitividad a esta obra sietemesina, hecha a base de diccionarios y enciclopedias no muy sólidas, con la colaboración de muchos libros poco resistentes, sin incursiones archivísticas y hemerográficas, sin una plataforma de erudición que haga decir "¡ah!, los bosquejos generacionales que se aducen enseguida son cojos, débiles, inseguros". Es muy probable que en cada una de las minorías rectoras se mencionen algunos líderes que no lo fueron y se omitan figuras egregias. Quizá nuestros criterios de selección —buena fama y lustrosas chambas— no sean los óptimos aunque sí los más fáciles para determinar los miembros de los equipos rectores de cada estación de quince años.

14) No espere el lector ni pida demasiados hechos ni descripción de estructuras, sino gusto por ver gente, por asistir a un desfile de personas de alto nivel que aparecen y desaparecen en un abrir y cerrar de ojos, sin dar tiempo a paladear personalidades, sin medición de estaturas y vigores, sin adentramientos íntimos en nadie. Este es un ensayo con poco argumento y muchos personajes; más parecido a un directorio que a una novela.

15) No se maree fácilmente con el paso incesante de personas, de nombres propios de políticos, intelectuales, sacerdotes, milites y empresarios que estuvieron al frente de la marcha de México en la segunda mitad del siglo pasado y en la primera del que ya se apaga. Lo que viene es una serie de seis danzas, de seis conjuntos de danzantes entremezclados que sólo cuentan como recuerdo y como nombre de calles y plazas, que ya no ocupan posiciones de fuste en la vida del país.

16) No quiera entender la vida nacional del México moderno y contemporáneo con el único instrumento proporcionado por estas páginas, con la vida y la obra sumarísimas de seis tandas de mexicanos selectos que hemos llamado "pléyade de la Reforma" o generación de Juárez, "generación tuxtepecadora" o compañeros de Porfirio Díaz, "los científicos" o camada de Limantour, "la centuria azul" o generación modernista, los "revolucionarios de entonces" al estilo Oregón y Vasconcelos, y los "revolucionarios de ahora", o equipo generacional de 1915 al que pertenecen Cárdenas y Cosío. En la primera tanda toman parte ochenta y tantos hombres de vanguardia; en las tres siguientes, un ciento en cada uno; en la penúltima, dos centenares, y en la de la cola del desfile, trescientos individuos.

Se manejan personas de disímbola estatura como si fueran iguales. Se juntan gentes de muy distinta condición (políticos, intelectuales, curas, soldados y capitalistas) como si pertenecieran a la misma especie social. Se entremezclan decisiones políticas, libros, batallas, negocios y liturgias como nunca se había hecho.

Se enumeran cerca de mil líderes y la acción estelar de cada uno de ellos; se insiste en la fuerza motriz de las seis minorías enumeradas; se apuntan algunas explicaciones y definiciones, pero en ninguna página del libro se pretende decir la última palabra, dar con la llave de la vida de México. Se trata de una contribución que tal vez sea novedosa, seguramente no definitiva. Se trata de un "arrancón" del que no soy el único responsable, para el que me dieron ánimos don Wigberto Jiménez Moreno y Enrique Krauze, en el que metió el lápiz remendador la señora Armida de la Vara González, y la máquina de escribir de la señora Aurora del Río de Valdivia.

La pléyade de la Reforma

se formó con ochenta individuos "que parecían gigantes", pese a la corta alzada de casi todos. El más viejo y afamado nació en 1806. Siete más dieron su primer grito en vísperas del de Dolores. Treinta lo hicieron ente 1811 y 1815, durante la violenta rebelión de los curas contra el dominio español. Otros tantos, en el lustro 16-20, cuando proliferaban los asaltantes de caminos y los héroes de mogote. La docena menor comenzó en el ínterin no menos azaroso de la asonada de Iturbide, el primer imperio y la primera Constitución. Incluso los seis viejomundistas (Eugenio Landesio, Pelegrín Clavé, Lorenzo Hidalga, Anselmo de la Portilla, Niceto de Zamacois y José María Hernández) nacieron en época del ¡Jesús! para sus progenitores, en tiempos de las guerras napoleónicas, de las soliviantadas de signo liberal y del libertinaje en las costumbres.

De los 74 oriundos de la Nueva España o México, únicamente siete (Juan B. Ceballos, Juan Zuazúa, Juan Antonio de la Fuente, Ignacio Pesqueira, Francisco Gómez Palacio, Félix María Zuloaga y Antonio Martínez de Castro) provenían de la extensa zona situada al Norte de la línea tropical. Benito Juárez y José María Castillo Velasco eran de la. intendencia de Oaxaca; Ponciano Arriaga y Francisco González Bocanegra, de San Luis Potosí; Jesús González Ortega, Antonio Rosales y Trinidad García de la Cadena, de Zacatecas; Santos Degollado, Manuel Doblado, José María Diez de Sollano, Octaviano Muñoz Ledo, Ignacio Ramírez, Manuel Robles Pezuela y Ezequiel Montes, de la intendencia de Santa Fe de Guanajuato; Clemente de Jesús Munguía, Cenobio Paniagua, Ignacio Aguilar y Marocho, Melchor Ocampo, Pelagio Antonio de Labastida, Antonio del Castillo, Miguel F. Martínez y Longinos Banda, de Michoacán; Antonio de Haro, Ignacio Comonfort, Francisco Jiménez, Gabino Barreda, Luis Hidalgo, Juan N. Méndez, Alejandro Arango, Francisco Miranda, Juan Cordero y Miguel Negrete, de la intendencia de Puebla; Fernando Calderón, Ignacio Cumplido, José Eleuterio González, Leonardo Oliva, Mariano Otero, Juan José Baz y Agustín Rivera, de Jalisco. De la capital y sus aledaños eran José María Lacunza, José María Vértiz, Pascual Almazán, Manuel Payno, Luis G. Inclán, Manuel y

Fernando Orozco y Berra, Ignacio Rodríguez Galván, Guillermo Prieto, Leonardo Márquez, León Guzmán, Juan N. Urquidi, José María Iglesias, José María Marroquí e Isidoro Olvera. Miguel Lerdo de Tejada nació en Veracruz y Sebastián, su hermano, en Jalapa, que también fue cuna de Rafael Lucio, José María Mata y Francisco de Garay. De las tierras bajas de Veracruz vinieron José María Esteva, Ignacio de la Llave, Manuel y Antonio Escandón y Manuel Gutiérrez Zamora; de la pizarra yucateca, Justo Sierra O'Reilly y Pedro Baranda, y del mosaico chiapaneco, Angel Albino Corzo. Como se ve, un 20% era de tierras bajas y de huracanes y un 70% provenía de la zona central, de la altiplanicie trepada a más de 1,500 metros de altura, en la región de los temblores.

En los años diez del siglo XIX, vivían en la Nueva España de seis a siete millones de personas, de las cuales menos de setecientas mil habitaban en ciudades y villas. Nueve individuos de cada diez eran vecinos de pueblos y rancherías con menos de dos mil habitantes. Con todo, únicamente la cuarta parte de los hombres decisivos de la Reforma tuvo origen rural. Más de la mitad nació en poblaciones con más de diez mil habitantes: doce en el mero México, seis en Guadalajara, otro tanto en Puebla y dieciocho en alguna de las ciudades siguientes: Guanajuato, Valladolid, San Luis, Jalapa, Oaxaca, Zacatecas, Veracruz y Durango. La élite de la Reforma fue urbana desde su nacimiento. Muy pocos campesinos de nacimiento lograron incorporarse a sus filas, y eso casi siempre después de haber sido alumnos de una escuela urbana.

Juárez y dos o tres más provenían de familias verdaderamente pobres. No menos de trece eran vástagos de una aristocracia poseedora de minas, latifundios y almacenes. Un 80% brotó en hogares de medio pelo, donde el paterfamilia gozaba del prestigio de ser oficial del ejército, abogado, burócrata, artesano de fuste, comerciante menor, médico, o pequeño propietario. Fuera de la figura máxima de la generación, ninguno era de la estirpe de bronce. Tampoco predominaron en esa espuma los mestizos. La mayoría de los ochenta notables de la Reforma pertenecían a la minoría blanca. Los más eran criollos, y algunos hijos de gente nacida en la Península. Los tiempos no eran aún propicios para darles alas a los humildes y a los descendientes de conquistados. Como quiera, ningún equipo generacional anterior había tenido gente de cuna humilde y tez oscura. La pléyade de la Reforma fue la primera que acogió a un notorio contingente de ceros sociales, llegados a la cumbre por las veredas del sacerdocio, la política, la cultura y la milicia.

Como muchos españoles volvieron en los veintes a su patria de origen por su voluntad o por fuerza, algunos de los señorones de la generación reformista se educaron en la patria madre; entre otros, el autor del himno de la patria nueva. Sin embargo, el grueso del grupo recibió crianza y educación elemental en villas y ciudades mexicanas. Aun los nacidos en pueblos o rancherías, acudieron a educarse con profesores citadinos; en plena infancia abandonaron las labores campestres y rara

vez lo hicieron en compañía de sus padres. Así, aquella parte no urbana por nacimiento acabó siéndolo por educación. Ni siquiera a Juárez, que abandonó San Pablo en la adolescencia, le quedarán las costumbres y los gustos campesinos. A los rústicos, la cultura escolar los hizo urbanos hasta las cachas. Su experiencia y su conocimiento de la vida campestre, que era la de la gran mayoría de la nación, sería poco menos que nula Tampoco tenían por qué ser expertos en la existencia del peladaje citadino. No se trata de una espuma que haya sido asiento.

Ocho de cada diez hicieron estudios mayores. Aun los 17 generales del grupo superaron la ignorancia. Comonfort había suspendido la carrera de leyes al morir su padre; Degollado fue un exitoso autodidacta proclive al aprendizaje de idiomas; López, Robles y Zuloaga estudiaron ingeniería; Rosales, latines; Baranda, matemáticas, y Pesqueira no sé qué cosas en Madrid y París. De los artistas, únicamente Paniagua, que a los ocho años de edad ya tocaba con rara maestría, se hizo músico por sí mismo. Landesio, Cordero y Clavé aprendieron artes plásticas en ilustres academias y con maestros famosos de Roma. En suma, la gran mayoría frecuentó institutos y universidades de enseñanza superior. Más de veinte estuvieron inscritos en seminarios eclesiásticos con el fin de hacerse curas. Cinco acabaron en eso y los restantes en comecuras. Una mitad siguió la carrera de leyes en la Universidad Pontificia, en algún renombrado colegio capitalino, en los institutos de Oaxaca o Toluca, en San Nicolás de Morelia, en el Carolino de Puebla o en la Universidad tapatía. Más de la mitad, concentrados en México, ya eran amigos entre sí antes de cumplir los veinte años y ya empezaban a ser conocidos como

La juventud romántica

que, pese a sus diabluras, recibía títulos profesionales en rumbosas ceremonias. De los que llegarían a ilustres y eran de la misma camada, 32 recibieron la licenciatura de abogado, 11 la de médico, 5 la de ingeniero, 5 la de presbítero, 3 la de pintor, 3 la de militar y uno la de arquitecto. El 75% obtuvo la consagración profesional. Los de mayores recursos redondearon su título en Europa, como Barreda y Garay, y se volvieron temporalmente hombres de negocios, como Miguel Lerdo de Tejada, González Bocanegra, Comonfort, Urquidi, Pesqueira y los Escandón, aunque, fuera de los dos últimos, ninguno llegó a figurar como empresario agresivo, egoísta, ambicioso o ilimitadamente pesudo. La generación de la Reforma no llegaría a constituir la élite del dinero, aunque sí a formar las muy amplias de la cultura y la política.

La mayoría usó de sus mocedades para el ejercicio simultáneo de varias tareas de índole cultural. Casi ninguno se abstuvo de enseñar en las mismas escuelas donde había aprendido. Casi todos practicaron desaforadamente las tres oratorias: la

judicial, la parlamentaría y la del 16 de Septiembre. Los más, fundaron periódicos de combate o escribieron en los ya conocidos. No se sabe de alguno que haya escapado a la tentación de hacer versos locuaces y grandilocuentes conforme al gusto oratorio, escandalosos para la poesía clásica por improvisados, subjetivos, pasionales, quejumbrosos y carentes de mitología grecolatina. Se trataba de un estilo nuevo, cuya agencia de propaganda fue un instituto fundado por Lacunza, profe anacoreta del colegio de San Juan de Letrán, y por Prieto, entonces tipo trotacalles. Un atardecer de junio de 1836 amaneció la Academia de Letrán con el firme propósito de "mexicanizar la literatura, emancipándola de toda otra", esgrimiendo como insignia de combate la bandera romántica, de hechura no mexicana por cierto. Allí se acordó desprender la cultura nacional del oprobio de tres siglos coloniales. A los pocos reacios a la rebelión romántica y a la ruptura con el pasado español, se les motejó de muchas maneras. El mejor apodo no fue el de conservadores, ni el peor el de cangrejos.

Entre los de corbata roja, cinco se distinguieron como discípulos de Espronceda, Lamartine, Byron y el joven Hugo: Calderón con el "soldado de la libertad"; Prieto con sus primeras poesías patrióticas; José María Esteva con aquellos versos enaltecedores de su Medellín natal; el más atormentado, greñudo y autodidacta, Rodríguez Galván (al que nos arrebató el vómito prieto muy pronto), con la "profecía de Guatimoc", considerada "la obra maestra del romanticismo mexicano", muy recitada todavía en veladas culturales; y el más oscuro, González Bocanegra, con el poema para cantar de pie: el Himno Nacional, la voz de la poesía agresivamente patriótica.

Según González Peña, "mucho más inmediata que en la poesía —aunque por externo fugaz— fue la influencia del romanticismo en el teatro". En 1827, antes de salir de Guadalajara, Calderón se dio a conocer como dramaturgo romántico, si bien sus dramas y comedias más conocidos (*La vuelta del cruzado*, *Ana Bolena* y *A ninguna de las tres*) son de la década de los cuarenta, un poco posteriores a los dos tremendísimos melodramas de Rodríguez, también histórico-románticos, pero éstos sí de asunto nacional: *Muñoz* y *El privado del virrey.* Tampoco la primera novela lacrimosa tardó mucho en aparecer. En 1832, Lafragua se ganó el derecho de figurar en las historias de la literatura por haber sido el primer habitante de México autor de una novela romántica. Dicen que las tres siguientes las perpetró Rodríguez Galván entre 1836 y 1837. El tercero fue Sierra, quien en *La hija del judío* mostró hasta dónde era injusto y sin pizca de corazón el tribunal del Santo Oficio. En *El fistol del Diablo,* Payno denunció los males del país contraídos en la época española. En *La guerra de treinta años,* Fernando Orozco aludió al descontento que le producía su mundo y, como sus coetáneos, dio en la manía de mezclar la novela con la política; o más claro, usó el género novelístico para difundir las ideas liberales y poner en

ridículo a las conservadoras.

Cada vez más, la literatura se transformaba en una manera de actividad política y los literatos se volvían políticos militantes, amigos y compañeros de ruta de Juárez, Calderón, Arriaga, Cumplido, Ceballos, Aguilar, Almazán, Urquidi, De la Fuente, Olvera, De la Llave, Baz, Otero y otros, que en el periodo de 1832 a 1847 fueron una o más veces diputados; dos de ellos, gobernadores estatales y uno, así de joven, ministro del gabinete presidencial. Varios, aparte de Otero con su muy conocido libro sobre males y remedios del país, diseñaron con mucha fe e ímpetu tratados de felicidad pública. Si se quita a una media docena, inclinada a las soluciones propuestas por el vieja Alamán o por los liberales de corte ilustrado, todos trasuntaban un liberalismo a la moda: romántico, irracional y destructor. La única excepción a la regla no vivía en México; estudiaba en París y aprendía allá, de Augusto Comte, la fórmula del liberalismo positivista. El grueso de la pléyade política intelectual, que se había hecho una imagen exagerada del haber de México y cicatera del hombre y la cultura mexicanos, estaba seguro de que el único modo de conseguir la armonía era liberándose del fardo colonial, especialmente de sus sacerdotes, frailes y monjas.

Eran comecuras, que no irreligiosos. El romanticismo no se avenía con la irreligiosidad. Sólo Ramírez asustó a sus cofrades de la Academia con una declaración de ateísmo. Los otros se mantuvieron cristianos, aunque no estrictamente católicos. Muchos podían ser acusados de teístas. Los más, andaban tras una religión sin burocracia clerical, sin intolerancias, capaz de convivir con las libertades de trabajo, comercio, educación y letras; aspiraban a un catolicismo aprotestantado, sin aquella clericalla, como era la nuestra, negligente en la administración de los bienes del cielo por su demasiado apego a los bienes de la tierra. La gran mayoría del grupo acabó por aborrecer a “la multitud frailesca, ignorante, supersticiosa y corrompida”, y con razón quiso distraerla de la vida económica, social y política. Indudablemente su pluma de vomitar fue la gente de sotana. De ésta tuvo peor opinión que de la gente del sable al cinto, también mal vista.

Así andaban las cosas. Así cuando los baluartes de la tradición adujeron la prueba definitiva de su ineficacia. Los yanquis robatierras nos asaltaron. El ejército no supo ganarles una sola batalla. El clero no quiso ceder ni un adarme de sus riquezas para hacer frente al enemigo. La guerra se perdió, y con ella más de la mitad del territorio patrio. Eso en 1848, cuando los futuros prohombres de la generación se despedían de la juventud, que no del fuego de la agresividad, y entraban bien cargados de iracundia a una

Madurez combatiente,

a una lucha que hemos dado en decirle duelo de conservadores y liberales, a una "bola" que duró veinte años y que con toda justicia se puede llamar guerra de generaciones, pues generalmente pelearon por el bando conservador los cincuentones nacidos entre 1795 y 1809, y por el bando liberal los treintañeros oriundos del periodo 1810-1824. Los dirigentes conservadores que aún no llegaban a los cuarenta al principiar la trifulca, eran una nadería. De los líderes liberales, únicamente tres sobrepasaban la cifra de los cuarenta. Ambos bandos, aunque ninguno era buen entendedor del enigma de su patria, querían ponerle remedio al mal, tapar el pozo después del niño ahogado. Los viejos proponían la vuelta al origen, ser hijos pródigos. Los jóvenes insistían en la tesis de que entre los antecedentes históricos de México y su engrandecimiento futuro había un indomable antagonismo. Era necesaria la ruptura con el régimen colonial; con el mundo de los curas y las procesiones, de los militares y los desfiles, de los toreros y las corridas de toros. Según los moderados, el rompimiento con la tradición debía hacerse a paso que dure y no que madure, y según "los puros" a troche y moche.

Para empezar, la generación entrante a la edad adulta se escindía en puros y moderados, también conocidos con los nombres de rojos y rosas. En un primer momento llevó las de ganar el grupo reformista de tinte rosa. Durante el presidenciado de Herrera, asumieron funciones ministeriales tres reformadores: Otero, en Relaciones Interiores y Exteriores, y Lacunza y Ocampo, en Hacienda. Ocampo, en la gubernatura de Michoacán, había emprendido la reforma con energía "sosteniendo la libertad religiosa, atacando las obvenciones parroquiales y preparando atrevidos sistemas de nacionalización de la propiedad estancada". También gobernaron, con prisa de impaciente, Urquidi en Chihuahua y Baz en el Distrito Federal. Otros reformistas fueron entonces representantes en la asamblea legislativa. Con Herrera le dieron vuelo a la hilacha y con Arista casi igual, en cuyo presidenciado, el apenas ruboroso Robles fue ministro de Guerra, los rosas Payno y Prieto, de Hacienda, y el rojo Arriaga, de Justicia y Negocios Eclesiásticos. Todavía más: el presidente de la Corte Suprema de Justicia de la nación, un juez íntegro, un jurisperito cabal, un temperamento bilioso, un liberal moderado, apenas cuarentón, sucede en la presidencia de la República al caído Arista. Ceballos, el primero de la pléyade reformadora en llegar a la primera magistratura, estuvo a punto de poner en marcha, sin alocada velocidad y con el menor ruido posible, los nuevos ideales. Ni el corto tiempo de su interinato ni la agitación en el país le fueron propicios. La reacción conservadora cayó como rayo.

Los adultos jóvenes eran ya casi dueños de la situación política cuando los adultos viejos los echaron a patadas de la vida pública en 1853. "La gente de orden, conciencia y seriedad", amante de "sostener el culto religioso con esplendor", de dormir a la sombra de un gobierno fuerte y centralizado y de mandar sin previo

permiso del pueblo, tomó el poder, puso en la presidencia al general más farsante, al loco Santa Anna; acogió en su seno a uno que otro joven que no se había dejado seducir por la moda romántico-liberal, destituyó a los melenudos de corbata roja, les impidió por medio de la Ley Lares que chistaran, y mandó a un buen número de ellos a la prisión o a fregar a otras partes. Baz se fue a Europa, y otros (Juárez, Arriaga, Mata y Ocampo) a Estados Unidos. Pero aquello duró un sueño. Alamán murió y de los demás conservadores cultos se deshizo Santa Anna para favorecer a sus broncos compañeros de armas. En total, las dos inteligencias, la conservadora y la destructora, quedaron eliminadas del poder.

En 1854 el cacique de los "breñales del sur" inicia la rebelión de Ayuda. En seguida los destituidos por el dictador se apoderan de ella y la contagian al resto del país. Algunos que nunca habían disparado ni una resortera asumen jefaturas militares. Aparte de Comonfort, se levantan en armas el sacristán Degollado, el médico Mata, el periodista González Ortega, el abogado Doblado. Santa Arma huye y los miembros de la generación romántica y liberal ocupan la dirección política del país e inician a toda mecha la reforma de las instituciones. "Resuelta y definivamente —dice Justo Sierra— otro periodo histórico, otra generación" entra en escena. Comonfort asume el ministerio de las armas y luego la presidencia; Ocampo, el ministerio de Relaciones; Juárez, el de Justicia, y Prieto, el de Hacienda. El nuevo régimen, como principio suprime los fueros eclesiásticos en materia civil y excluye del voto electoral a los clérigos. Miguel Lerdo de Tejada, sucesor de Prieto en Hacienda, expide la ley de desamortización de bienes de corporaciones, que les da en el puro ombligo a las corporaciones eclesiásticas. Mientras aparecía una nueva Constitución, Lafragua y Payno redactan un Estatuto que prohibe al clero votar y ser votado.

Arriaga, Mata, Ocampo, Guzmán, Ramírez, Prieto, Degollado, Olvera, Ogazón, Baranda, Trías, Martínez de Castro, De la Fuente, Lafragua, Sierra O'Reilly, Castillo Velasco, Gómez del Palacio, Montes, Castañeda y Ruiz, son los principales autores de la Constitución de 1857. Aparentemente la nueva ley apenas modifica la de 1824. De hecho, amplía mucho el capítulo de las libertades y sus garantías; prohibe monopolios y estancos; rompe la intolerancia religiosa, e instituye y hace inviolable el derecho de pedir. Esto es, una veintena de ilustres fanáticos de la hornada nacida entre 1810 y 1824, se propone dar con la Constitución de 1857 una cachetada a las instituciones tradicionales, y especialmente al clero, que queda políticamente excomulgado y que, como era de esperarse, no pone la otra mejilla, y prende, junto con la mayor parte del ejército, la hornaza de la guerra civil durante la cual la generación de la Reforma vuelve a escindirse. Los reformistas color de rosa, los partidarios de hacer tragar la pócima del cambio a cuentagotas, encabezados por Comonfort, se alian temporal o definitivamente con las élites de la sotana y el sable.

De la cúspide de la generación, cosa de doce se abrazan al partido matusalénico y

casi cinco docenas luchan por imponer la reforma con al espada o con la pluma. Ambos despliegan una energía sin precedentes; ambos se tiran a matar y a morir; ambos imponen la abominable costumbre de fusilar a los jefes prisioneros. Según Sierra, la inaugura el liberal Zuazúa en Zacatecas, y la prosigue el conservador Márquez en Tacubaya. Y en medio de la lucha a muerte, unos y otros se confiesan ante el público desde sus respectivas capitales: México y Veracruz. Los liberales, además, disparan leyes contra el clero: nacionalizan la riqueza eclesiástica, suprimen las comunidades religiosas masculinas, dan al matrimonio el carácter de contrato laico, fundan el registro civil, secularizan los cementerios, borran del calendario las festividades religiosas y establecen la libertad de cultos. Y a las leyes les siguen las muelles. En 1860 da principio la

Madurez triunfante

de los partidarios de la libertad y la novedad, tras las denotas sufridas por la vieja hornada en los llanos del Bajío. Los conservadores se esfuman. El equipo rojo asume la dirección política del país con la dureza de los creyentes y los convencidos. González Ortega destruye las bandas conservadoras aún insumisas, como quien mata pulgas. Ocampo dispone la deportación de los obispos. No pocos conventos se vienen "ruidosamente abajo al golpe rabioso de la piqueta". Numerosas imágenes de santos sufren decapitación. Muchas iglesias son "despojadas de sus sagradas joyas con irreverencia brutal". Con respecto a los bienes nacionalizados del clero, se coincide en que "hay necesidad de venderlos de cualquier modo". Varias bibliotecas conventuales van a parar a coheterías y a tiendas de comistrajo, o simplemente a la calle. Los vencidos conservadores reaparecen en la escena. El tuerto Cajigas se hace de Ocampo y lo deshace sin mediar proceso alguno. Márquez fusila a Degollado. Según Justo Sierra "el partido reformista herido en el corazón, contesta a la muerte con la muerte, y el Congreso aprueba tremendas leyes de proscripción y de sangre".

Como si todo eso fuera poco, la iracunda élite política se puso a pelear entre sí con motivo de las elecciones presidenciales. Un grupo quería que siguiera Juárez el impasible, el único capaz de no ser derrumbado por ningún aire; otro apetecía al gran organizador y hacendista Miguel Lerdo de Tejada, y el tercero, a González Ortega, el apóstol furibundo y cordial. Aunque Lerdo murió, y no de muerte sospechosa; aunque González Ortega obtuvo escasos votos en los colegios electorales de segundo grado, y aunque Juárez, tan respetado, se quedó con la batuta, la élite liberal siguió dividida en un momento francamente inoportuno, cuando las grandes potencias andaban alistándose para pescar en río revuelto, a la hora en que los viejos conservadores huidos o desterrados estaban mendigando apoyo a las testas coronadas de Europa, y una mitad de los Estados Unidos luchaba contra la otra y no podía

ayudar a los liberales de México. Y, naturalmente, vino el manotazo que era de esperarse: la presencia belicosa de un ejército francés.

La intervención francesa dispersó a los hombres del equipo generacional, incluso a los de las élites armadas y religiosa y de signo conservador. Un puñado, con Juárez de jefe, se refugia en el desierto de Chihuahua. Otro, también liberal, le acepta chambas al emperador traído por los conservadores. Estos, o se autodestierran, como el obispo Munguía y el general Zuloaga, o son enviados por los invasores a resolver algún asuntito pendiente con el Viejo Mundo. Por ejemplo, al militarote de Márquez se le da la comisión de fundar un convento franciscano en Jerusalén; el músico Paniagua es recluido en Veracruz; Barreda se retira a ejercer la medicina en Guanajuato, y Mata a poner en orden su hacienda. Baz y Baranda huyen a Estados Unidos; Guzmán se vuelve ojo de hormiga; De la Llave y Comonfort caen en chirona. Aquél se fuga, y éste es pasado por las armas. Otros, incluso algunos de la pluma, combaten sin cesar a los franchutes, aunque no los vencen. Esa gloria corresponderá a la siguiente camada.

Una generación más joven repuso a los reformistas en el poder en 1867, cuando ya sus "notables" se habían reducido a la mitad: 20 habían muerto; diez andaban fuera, y ya no se ocupaban de cosas mexicanas, y otros se habían desinflado por sus veleidades monarquistas. De los 40 restantes, una veintena vuelve a tomar su sitio en la cumbre de la política y la otra se acoge al refugio de las letras, las ciencias y las artes. Los políticos se repartieron los puestos mayores de la administración pública, y con mucho menos intransigencia que en 1861, aunque siempre con el auxilio de su oratoria florida, encrespada e implacable en el epíteto, continuaron la demolición de las cosas y las acciones y las instituciones del antiguo régimen. El más viejo del grupo, el benemérito Juárez, sirvió a la causa liberal del país desde el puesto de presidente de la República. Sebastián Lerdo de Tejada, su sucesor en la presidencia desde 1872, tuvo a su cargo en el último cuatrienio juarista las ajetreadas secretarías de Relaciones y Gobernación y el arduo y prometedor puesto de presidente de la Suprema Corte de Justicia. Como presidente de la República se impuso la doble tarea de aniquilar a las fuerzas infra y supranacionales, a los regionalismos y los humanismos, a los caciques y al clero. En 1873 dejó sin vida a Lozada, incorporó a la Constitución de 1857 las Leyes de Reforma, y expulsó a las Hermanas de San Vicente de Paúl. José María Iglesias, el aspirante a sucesor de Lerdo, recompuso las secretarías de Justicia y Hacienda, así como la Suprema Corte. Antonio Martínez de Castro, con la ayuda de Barreda, reformó la enseñanza; hizo a la educación pública irreligiosa, gratuita, liberalizante y cientificista. Como la gran mayoría vivía apilada en la capital, pocos fueron gobernadores. En cambio, un buen número ocupó magistraturas en la Corte Suprema y curules en el Congreso de la Unión. En otros términos, una mitad de la generación fue, desde la capital y distante del pueblo, dueña

del destino político de México desde la vuelta de Juárez en 1867 hasta la caída de Lerdo en 1876.

La otra mitad hizo importantes aportaciones de índole cultural. En ciencias naturales sobresalen los descubrimientos sobre el tumor hepático, de Jiménez; los estudios sobre la clínica, de González, y sobre la botánica, de Oliva. El Cuadro de la minería mexicana y el hallazgo de las especies minerales guanajuatita, livingstonita, guadalcazarita y medinita, se deben a las investigaciones de Castillo. En ciencias humanas, aparte de los códigos civil y de procedimientos civiles para el D.F., de Lafragua, y del penal, de Hidalgo, son dignos de recordarse la Geografía de las lenguas y casta etnográfica de México, de Manuel Orozco y Berra; las Lecciones de economía política, de Prieto; la enciclopedia mexicana, de Pérez Hernández; la Gramática hebrea, de Arango; y las Revistas históricas sobre la intervención francesa, de Iglesias. En arte, además de cátedras y cuadros, Landesio produce su libro sobre pintura; Cumplido prosigue la publicación de obras con exquisito gusto tipográfico; Hidalga remodela el Palacio Nacional, y Cordero pinta el primer mural laico en la historia de México, el mural filosófico de la Escuela Nacional Preparatoria, llamado *El triunfo de la ciencia.*

Pero no son las científicas ni la artísticas las actividades más frecuentadas por el racimo cultural en su periodo de mando. El mayor empeño se encamina a la perpetración de poesías y de prosas novelescas: Almazán, famoso e indigesto por sus exageraciones románticas, produce una novela histórica y un libro de rimas; Arango, que desde 1867 queda libre de la tentación del poder, además de traducciones poéticas, hace versos originales de corte clásico; Gómez Palacio traduce la *Jerusalem libertada* y el *Orlando furioso*; González Bocanegra, el Himno Nacional, y además lanza su autobiografía poética con el nombre de *Vida del corazón.* Menos subjetivos y más patrióticos, Esteva y Prieto se convierten en ídolos de la clase media gracias a sus trovas costumbristas. Inclán, con versos de tono popular y con *Astucia,* la novela auténticamente ranchera, consigue otra gloria: el amor de la gente sencilla. Los demás continúan dando batallas periodísticas y profiriendo arengas. En pleito con los fantasmas conservadores, los coge

La jubilación

que les impuso el ídolo de la siguiente hornada a partir de 1876. Con la victoria de Díaz, queda fuera el grueso de la élite política, y muy deteriorada la élite culta de la generación de la Reforma. El presidente Lerdo, que tanto gusto le había tomado al poder, supo irse con dignidad aristocrática a Lennox House. Iglesias, que apenas iba a saborear los placeres del mando supremo, también se fue a Estados Unidos, pero hasta después de sufrir varios descontones. Únicamente algunos militares de la

generación siguen en el candelera. Méndez prueba la presidencia por unos días; enseguida, la gubernatura de Puebla, y desde 1885, preside la Suprema Corte Militar. Baranda, después de ser senador por Morelos y por Campeche, es designado Comandante Militar. Negrete y García de la Cadena tienen sus horas de amor con el nuevo régimen. Tampoco falta el político que, reconciliado con la generación triunfante, vuelve a la acción política: así Montes, ministro de Justicia en el cuatrienio de Manuel González; así Payno, que obtuvo la modesta chamba de agente de colonización en París; así el Nigromante, magistrado de la Suprema Corte.

Por otra parte, a ninguno de la élite reformista se le impide la actividad extrapolítica. El general Zuloaga "se entrega a la atención de un negocio de tabacos", y el abogado Urquidi al cuidado de su latifundio. Gómez Palacio funda una empresa de tranvías. Y los demás también hubieran podido ser negociantes, pero no tenían panza de millonarios y no pudieron constituir una élite económica ni aun en la vejez activa. En cambio, la élite cultural…

La vena pedagógica de Banda se manifiesta en la agerasia con la producción de obras y opúsculos de historia, economía, cosmografía, geografía y estadística. El cura Rivera escribe sobre la filosofía de la Nueva España y sus *Principios críticos del virreinato.* El abogado Marroqui se vuelve un fecundo gramático y el médico González un erudito historiador. El novelista Zamacois resume en 20 tomos la *Historia de México.* El tipógrafo Cumplido escribe unas *Impresiones de viaje* y el abogado Almazán, ya de vuelta de la literatura, elabora un mapa de la diócesis de Puebla. El músico Paniagua sigue haciendo óperas, misas, oratorios, oberturas. El pintor Cordero decora la cúpula de Santa Teresa y retrata a don Gabino, el positivista. El ingeniero Garay continúa en su cuerda de escribir una obra sobre *El Valle de México,* así como Manuel Orozco y Berra en la suya, de hacer su magna *Historia antigua y de la conquista de México,* y Prieto, de rimar en *Musa callejera* el mundo abigarrado de la clase humilde de la capital y, en el *Romancero nacional,* las grandes epopeyas y los personajes sobresalientes de la vida mexicana a partir de la revolución de Independencia.

Únicamente trece de los ochenta líderes de la generación reformista logran trasponer la raya de los 75 años de edad y sólo cinco o seis siguen siendo noticia después de 1892. Payno fue en la senectud cónsul general en España y también senador, pero con lo que sostuvo su renombre fue con otra novela por entregas (*Los bandidos de Río Frío*), publicada de 1888 a 1891. Esteva logra acrecentar su prestigio al filo de sus 76 años con sus jocosos *Tipos veracruzanos* y su primera novela: *La campana de la misión.* También Marroqui se vuelve noticia de primera plana en la vejez por la obra en tres volúmenes consagrada a *La Ciudad de México.* En el caso del cura Rivera, son sus pleitos con la autoridad eclesiástica y los Anales mexicanos los que le permitieron seguir sonando hasta 1908. El más longevo de la generación

demostró ampliamente que no todos los que a fierro matan a fierro mueren, y que las peores barbaridades se olvidan y perdonan a poco andar. Márquez, el tigre de Tacubaya, volvió de su destierro cubano en 1895; en 1904 pudo conmover a la opinión pública con la publicación de sus *Manifiestos*, y en 1910 retomó, con 90 años encima, el camino de La Habana en donde acabó tranquilamente en los tiempos en que imperaba en su patria alguien muy semejante a él, aunque de otra especie zoológica. El tigre Márquez hizo mutis allá cuando gobernaba acá el chacal Victoriano Huerta.

Sólo la pléyade insurgente es comparable en fama póstuma a la generación romántico-liberal. Ni aun las pequeñas y vencidas élites religiosa y militar, mayoritariamente conservadoras, han dejado de ser reconocidas por las generaciones siguientes. A Márquez y a Miranda se les ha puesto en las listas negras, pero no se les ha olvidado. Munguía goza aún de prestigio académico y no sólo en el círculo clerical, donde también Labastida y Díaz ocupan sitiales honrosos. Quizá las famas de José Eleuterio González, Rosales, Baranda, García de la Cadena, Corzo y De la Llave han quedado circunscritas a sus respectivos terruños. Los más del grupo liberal han pasado a la posteridad como glorias nacionales, están en efigie en el Paseo de la Reforma de la capital de la República y en muchos sitios públicos, han dado su nombre a calles y plazas, y algunos han trascendido las fronteras de México; ninguno, por supuesto, como Juárez. Toda población de México tiene calles con el nombre del Benemérito. Muchas poblaciones, populosas o minúsculas, antiguas o modernas, se llaman Juárez. En la capital mexicana, miles de esquinas exhiben el nombre de Juárez. El culto al epónimo de la generación, sólo es comparable en volumen e intensidad al que se rinde a Hidalgo y Morelos.

Los astros de la Reforma no únicamente han sido apasionantes; en vida fueron apasionados, es decir, más emotivos, más diligentes y más rencorosos que el común de la especie humana. La sobreemotividad empujó a la mayoría a abrazársele a la musa del romanticismo; la compulsividad los condujo a un liberalismo impetuoso, y la poca capacidad de olvido los hizo usar inmoderadamente la piqueta y el fusil contra las obras y los operarios de la tradición mexicana. Los grandes de la Reforma desempeñaron con encono y pasión dos funciones: la de demoledores y la de libertadores. Hubieran querido no dejar piedra sobre piedra. Fue un elenco furibundo y, por lo mismo, propulsor de las tres metas asignadas para México en la época nacionalista, liberal y romántica: las metas de la libertad, el orden y el progreso. El elenco de la Reforma le abrió cancha a golpes y porrazos a la despampanante figura de la libertad.

La generación tuxtepecadora

Al tomar Porfirio Díaz jefatura del país, en 1876, hace a un lado a los hombres de la Reforma y pone en su lugar a la gente coetánea suya, a los de su misma camada, a los lanzadores del célebre Plan de Tuxtepec. Por haberse hecho de las riendas de la República los abanderados del Plan de Tuxtepec, Cosío Villegas les puso a Díaz y a sus compañeros el apodo de "tuxte-pecadores". Aquí vamos a usar el término generación tuxtepecadora para designar al conjunto de próceres mexicanos, al centenar de notables con que se cobijó la presidencia imperial de Porfirio Díaz, a los cien astros nacidos en la zona temporal 1825-1840, en el periodo que corre del presidente Guadalupe Victoria, pasando por el presidente Antonio López de Santa Anna, hasta el presidente Anastasio Bustamante. La centuria del centurión Díaz nació en un clima borrascoso, que no fecundante como el clima originario de la pléyade de la Reforma; en un clima estérilmente borrascoso.

De los miembros de la generación tuxtepecadora o porfiriana, uno nació en Cuba y tres en Europa. Los 96 restantes nacieron en México. Quince en las más áridas zonas del país, en las vacías inmensidades norteñas. El número de nórdicos es excesivo si se compara con la media docena que militó en la camada de la Reforma; no es demasiado si se mira a la población nórdica, que conformaba el 11% de la gente del país hacia 1830. En cambio, la cifra de capitalinos sí se excedió. La capital, con sólo el 3% de la población de la República, produjo el 26% de las personalidades porfíricas; Guanajuato, con siete; Oaxaca, con seis; Yucatán, con cuatro; Zacatecas, con cinco; Tlaxcala, con una, y Tabasco con otra. Estuvieron infrarrepresentados México, Michoacán y Puebla. Porfirio Díaz, el más notable de los cien, vino al mundo en una casucha pobre de la ciudad de Oaxaca. Aunque hubo más de origen rústico que en la generación anterior, sólo un tercio nació en el campo, donde seguían viviendo las nueve décimas partes de la población mexicana.

Aumenta también un poco, con respecto a la camada precedente, el porcentaje de los que lloraron en cuna pobre. Así lo hizo el jefe del grupo. Los indios mixtecos, padres de Díaz, eran dinámicos y pobres. Con todo, forman gran mayoría los hijos de la clase media. Aparte de Porfirio, que nunca ocultó su bigote de ixtle, otros tres indios de la misma pléyade representaron la mitad india de la población y no menos de treinta al tercio mestizo. Como quiera, la mayoría porfírica provino de la minoría criolla. Aún no pudieron los del linaje cruzado conseguir la magnitud alcanzada poco después. La escuela anterior a la Reforma aún ponía peros al meztizaje e iba contra cualquier cultura que no fuese la occidental. Incluso los indios de sangre, para poder sobresalir, se volvían blancos de espíritu. Los papás de Díaz iniciaron el blanqueamiento espiritual de su hijo.

Ciertamente, la camada porfírica no fue tan culta como la de Juárez. Tres ilustres porfirianos no conocieron ni la "o" por lo redondo. Once más no terminaron la educación primaria. Cosa de veinticinco hicieron estudios medios en alguno de los

seminarios eclesiásticos, pero una docena no fue más allá del latín. Sirva de ejemplo el epónimo de la generación: Porfirio Díaz, huérfano desde los tres años de edad, aprendió, gracias a las diligencias de su madre, muchos oficios y pocas letras. Desde la más tierna infancia pudo leer, escribir, contar y rezar, pero sobre todo hacer cosas manuales. Llegó a la adolescencia armado de los oficios de carpintero, zapatero y armero. Porfirio fue una criatura que hizo honor a su nombre. La palabra porfirio alude a una piedra ígnea pariente del granito. El máximo dictador de México tuvo la niñez pétrea y taciturna que era común entre los indios y los mestizos pobres ansiosos de sobresalir. Ellos no podían obtener nada por herencia. Si querían algo superior a su condición de pobres, humildes, obedientes e ignorantes, debían ganárselo a pulso, a fuera de oficios minúsculos y de saberes eclesiásticos. Porfirio Díaz, al cumplir los trece años, ingresó al seminario de Oaxaca. No por eso abandonó las artesanías. Simultáneamente estudiaba latines y componía mesas, bancas, zapatos y escopetas. Entonces, como otros muchos de aquel equipo tuxtepecador, Díaz fue un terco aprendiz de todo, que corría el riesgo de ser oficial de nada. De ser mal estudiante en el seminario pasó a ser, a causa de la invasión norteamericana en 1847, un valiente y patriota soldado, un niño héroe que sobrevivió a las balas del invasor. En sus *Memorias* Díaz escribe: “Me incliné por la carrera eclesiástica… en tanto no divisé horizontes más amplios”. Desde que tomó las armas, no volvió a acordarse de libros. Cosas parecidas pueden decirse de Luis Terrazas, Ignacio Zaragoza, Alatorre y Félix Díaz. De hecho, sólo una mitad hizo estudios superiores y únicamente 40 recibieron título profesional. Es digna de nota la disminución de abogados. Esta generación tuvo 21 contra 32 de la precedente. Aumenta un poco el número, a seis en cada caso, de médicos, ingenieros y sacerdotes. Sube muchísimo la cifra de militares que en guarismos absolutos se duplica y en relativos se triplica. Baja la proporción de artistas, que se reduce a un par de músicos y crece la de negociantes hasta ser el 8% en lugar del 3%. Nadie le puede negar a la hornada porfírica su tufo militar, su penetrante aroma a polvo, sudor y sangre. Desde los

Años mozos

un tercio de aquella gente se distinguiría por sus arrestos militares. Después de todo, pasó la niñez de 1832 a 1847 jugando a los soldadnos y viendo cómo los soldadotes pro Santa Anna y contra Santa Anna partían el pan en medio de la chamusca. Después de todo, crecieron entre cuartelazos y bochinches. Además, les tocó hacer frente a dos invasiones extranjeras. Algunos se inician en el oficio de las armas al oponerse a la invasión norteamericana. Por lo menos quince de los que llegaron a ser generales de fuste empezaron a pelear en el funesto 47. Otros diez aprendieron la bravura y las mañas bélicas peleando contra los apaches y comanches que les dio por

venir a México desde que los empezaron a moler los gringos. Para no hacer el cuento largo, al estallar la Revolución de Ayuda en 1854, 25 guerreros de la generación se arrojarán a la lucha lanza en ristre: veinte contra Santa Anna; cinco, entre ellos algunos niños héroes de Chapultepec, en favor de Santa Anna. Porfirio Díaz fue de la oposición. Como muchos de su camada, desde muy temprano hizo buenas migas con Benito Juárez. Díaz escribió en sus *Memorias*: "Me entusiasmé por los principios liberales cuando supe de ellos". Su entusiasmo llegó al punto de hacerlo realizar algunas acrobacias.

En 1855, Díaz pasó a ocupar el cargo de jefe político en Ixtlán, donde organizó la milicia que lo haría famoso como militar en los años siguientes. Desde entonces el jefe Díaz se hizo acreedor a los adjetivos de infatigable, dueño de sí mismo, hábil en el uso del palo y el pan, autosuficiente, frío, diplomático, trotamundos y previsor. Durante las guerras de Reforma, en combates ganados a los conservadores supo ganarse la jefatura política de Tehuantepec, las estrellas de coronel y una diputación en el Congreso Federal. A las andanzas por caminos deplorables de Porfirio y sus compañeros, se atribuye el interés de la élite porfírica por las modernas vías de comunicación y transporte. Al papel deslucido de Díaz en el Congreso de la Unión y a la costumbre de él y sus amigos de tener el mando absoluto, se achaca el desprecio del grupo tuxtepecador por los procedimientos legislativos. La minoría dirigente que habrá de suceder a los hombres de la Reforma fue de ideas liberales pero no de praxis liberal.

La decisiva "Guerra de tres años" estuvo en sus momentos estelares desempeñada por jefes jóvenes, que no por el puñado de militares reformistas ni por la momiza conservadora. La juventud que movió la trifulca no debe confundirse con la gente que la promovió. Aunque los jóvenes se alistaron en uno de los partidos existentes, fueron muchísimos los seguidores del estandarte liberal y muy pocos los amigos del ala conservadora. Sin embargo, esos jóvenes no tenían agudas convicciones ideológicas como la gente a la cual servían. De ahí que encontremos a Rocha y a Manuel González peleando algunas veces en favor de los mochos o conservadores y algunas en contra. De ahí que el "Joven Macabeo", Miguel Miramón, llegara a general para poder convertir a la señorita Lombardo en la señora Miramón, que no por ser un conservador fanático. A los 27 que pelearon a favor de la Reforma; a los 4 que pelearon por el regreso al mundo colonial, y a los luchadores por ambos ideales les gustaba sobre todo pelear y en segundo término pelear por esto o aquello. La parte armada de la promoción porfirista, con pocas excepciones, tuvo verdadera vocación bélica en su juventud, y no es de extrañar que de 1858 a 1861 hayan ascendido tantos a generales, siendo tan jóvenes. Sus águilas se las ganaron a pulso, a fuerza de combatir con ganas, a fuerza de despacharle enemigos a San Pedro. Tres o cuatro murieron en aras del ideal de la muerte. Así le pasó a Osollo, el bravísimo general

conservador. Así le pasó a Valle, el bravísimo general liberal. Este fue aprehendido en una emboscada y se dio orden de fusilarlo, y entre ambos sucesos apenas tuvo tiempo para escribir la carta donde se lee: “voy a morir porque esta es la suerte de la guerra, y no se hace conmigo más de lo que yo hubiera hecho en igual caso… nada de odios”. Desde joven, el grupo que se arremolinará en torno a Porfirio Díaz se ganó el apodo de generación del machete.

Lo que no sabe uno es cómo algunos, en medio de aquel festín de balas, machetes y espadines, pudieron dedicarse a los blandos recreos de la creación literaria. La generación del machete tuvo una élite intelectual tan nutrida como la bélica, aunque no menos belicosa. Está claro que la literatura escrita por aquellos jóvenes en el sesquidecenio 1848-1863 rara vez se limitó a arrancarle lágrimas al vecino con el cuento de los dolores propios, como lo hacían los románticos de verdad: las *Poesías eróticas,* publicadas por Luis G. Ortiz en 1856, las *Páginas del corazón* de Juan Díaz Covarrubias, impresas en 1857, y las Poesías líricas expedidas por José María Roa en 1859, fueron meras excepciones. Las obras dramáticas (*Los misterios del corazón*, de Pantaleón Tovar; los *Dolores,* de José María Vigil, y los *Deberes y sacrificios,* de José T. Cuéllar) ya dejan entrever un espíritu marcial. Y las novelas lo dejan ver sin tapujos. Florencio Castillo peleó por la baja clase media en seis relatos novelescos. En *Ironías de la vida,* Tovar describió agresivamente las cosas terribles de los hogares misérrimos. Nicolás Pizarro, “uno de los más fervientes defensores de la Reforma”, desenfundó la pluma en *El monedero* en defensa del indio, y en *La coqueta* en pro de la Constitución del 57. Otros agredieron al clero a plumazos novelísticos que pagó el padre Cresencio Carrillo con la misma moneda.

Muchos, además de autores líricos, dramáticos, épicos, fueron oradores y periodistas, y en la oratoria y el periodismo se manifestó plenamente su aptitud para el combate, su propensión belicosa. Francisco Zarco, además de hombre de talento y patriota, fue orador y periodista temible en el más acreditado periódico de entonces, *El Siglo XIX*. Otro tanto puede decirse de Arias, colaborador de *La Orquesta* y de *La Sombra.* Otros periodistas de garra durante las luchas reformistas y contra la intervención fueron el conservador Roa Bárcena y los liberales Vigil, Mateos, Cuéllar, Paz, Del Castillo y Zamacona. A éste sólo bastaba verlo para emprender la carrera. “Flaco, flaco, flaquísimo… capaz de seguir de largo sin saludar siquiera a sus más cercanos amigos… tenía una enorme nariz, encorvada y filosa; cuando alguna vez sonreía, lo hacía convulsivamente, como si fuera a devorar a su interlocutor”, según palabras de don Daniel Cosío Villegas. En fin, los hombres que se arremolinarán alrededor de Díaz pelearon en el teatro mexicano de la guerra, ora a balazos, ora a plumazos, o bien a ladridos oratorios en el periodo entre ambas invasiones. Pese a su corta edad, varios fueron pleitistas distinguidos (Zarco, Vallarta, Mariscal, Arias, Romero Rubio) en el Congreso Constituyente de 1856, Miramón fue

presidente de la República, a los 28 años de edad; Zamacona, secretario de Relaciones Exteriores a los 35; Balcárcel, secretario de Fomento a los 32; y Terrazas, gobernador de Chihuahua a los 28. De una u otra manera, la gran mayoría intervino desde joven como combatiente en los negocios públicos, más por neurosis que por convicción ideológica. Se trata de una juventud andante, sanguínea, sin tiempo para pensar, sin horas de reposo, que entra a pleno galope a la

Primera edad adulta

o madurez incipiente durante la intervención francesa y el segundo Imperio. Treinta y uno de los 35 del sector militar se baten como leones contra los franceses. Aun los de filiación conservadora se alzan contra los invasores. Miramón, el brazo fuerte de los simpatizantes del protectorado francés, después de mucho cavilar se inclina por el partido antinacionalista. Lozada también se deja querer por el Imperio. Corona en el occidente, Escobedo en el norte, Díaz en el oriente, y Rocha dondequiera, no dejan un solo día de moler al emperador barbas de oro y a quienes lo apoyan. Ignacio Mejía y Epitacio Huerta, prisioneros de los franceses, se fugan de las cárceles de Francia para volver a pelear por la segunda independencia de su país. Jerónimo Treviño se hace famoso por su participación en 35 acciones importantes. Donato Guerra, al comienzo capitán de caballería a las órdenes de Corona, acaba por ser uno de los jefes más renombrados del ejército oriental. Arteaga hace maravillas en los breñales del sur hasta que, en 1865, lo convierte Méndez en mártir de Uruapan. También Ángel Trías, por desafección a la reelección de Juárez, depone las armas en 1865. Alatorre, presente en todo campo de batalla, se gana a pulso el membrete de segunda figura del ejército antiimperialista. Manuel González, prófugo del conservadurismo, llega a jefe del Estado Mayor de Porfirio Díaz. Vélez, retirado a la vida privada desde 1861, reaparece feroz en 1866. Felipe Berriozábal dirige la defensa de los intereses nacionales desde la alta investidura de Secretario de Guerra. ¿Quién no sabe que Zaragoza es el héroe del cinco de mayo? Galván pierde una pierna en la lucha. Naranjo, Pacheco, Corella y González de Cossío conocen la humillación de la cárcel y el gozo de la fuga; y ¿quién ignora que Vicente Riva Palacio recibe la espada del emperador vencido en Querétaro? En suma, la guerra contra los franceses produjo dos docenas de generales con aureola de héroes y cuatro con corona de mártires. Arteaga, Castillo, Zepeda y Miramón no salieron con vida de la refriega. Los demás volvieron de ella con un pegue como no lo había tenido ninguna de las grandes figuras liberales de la generación juarista. Los vencedores de Francia se transformaron en una élite militar muy influyente.

En cambio, el sector de los cultos se opacó en el periodo 1862-1867, pese a sus manifestaciones patrióticas. La segunda promoción romántica no se dejó atraer por

Maximiliano: el canónigo Alarcón desconoció al Imperio; los abogados Mariscal y Romero fueron embajadores de Juárez en Washington. Vigil y Zarco, desde Estados Unidos, escribieron artículo tras artículo contra el Imperio y los imperialistas; Blas Balcárcel se unió al grupo del Paso del Norte; Ignacio L. Vallarta fue gobernador sin gobierno en Jalisco; Francisco Díaz Covarrubias se perdió en Tamaulipas; Justo Benítez huyó a Estados Unidos; Antonio Plaza fue gravemente herido mientras peleaba contra los franceses; el poeta Ortiz emigró a Europa; Ignacio Manuel Altamirano anduvo a salto de mata; De la Peña se dio a estudiar a fondo el griego y el latín; Melesio Morales compuso un par de óperas; Ruiz le sirvió de secretario particular a Riva Palacio y de auditor de guerra a Régules; Baranda estuvo preso en Sisal, y el poeta Flores en no sé qué sitio; Carrillo fundó el *El Repertorio Pintoresco,* allá en Mérida; Castera estuvo en el sitio de Querétaro, pero según las malas lenguas, dedicado a buscar tesoros ocultos mientras la patria estaba en un tris de sucumbir; Morales se fue con su música a Europa; Liceaga recibió el diploma de médico con el añadido de una medalla de oro; Pagaza fue cura en Taxco, y Plancarte se fue de visita a los lugares santos. No fue, pues, muy lucida la actuación de los intelectuales en tiempos de la guerra contra Francia.

A la caída del Imperio, por voluntad de la generación, los papeles se trastocan: los héroes entran en penumbra y los sabios y los políticos, hechos una, pasan a ocupar un sitio decoroso ya en el deslumbrante escenario de la política nacional, ya en la república de las letras. Porfirio Díaz, el héroe del dos de abril y de no sé cuántas fechas más, se retira a cultivar su rancho de la Noria, vuelve a la metrópoli como diputado, hace un papel deslucidísimo en el Congreso, se declara enemigo de la verborrea y amigo de la acción, se levanta contra el gobierno de Juárez, se rinde sin condiciones y se va con la cola entre las patas a poner carpinterías en un oscuro pueblo de Veracruz. Sólo el general Mejía, como secretario de Guerra de los gabinetes de Juárez y Lerdo, es nacionalmente poderoso durante la década de la República Restaurada. Ni los que juegan el papel de insurrectos como Treviño, González, Mier, Naranjo, Lozada, Leyva, Trías, Galván y Guerra, ni los apagadores de insurrecciones como Rocha, Corona, Escobedo, Régules, Terrazas, Antillón y Alatorre, deslumbran a nadie. Vicente Riva Palacio se pone a escribir novelas históricas. Entre 1868 y 1869 ejecuta seis. El general y abogado se pasa con armas y bagaje al grupo intelectual.

Altamirano es proclamado líder del renacimiento artístico literario: funda las veladas literarias y la revista *El Renacimiento,* rehace el Liceo Hidalgo y la Sociedad de Geografía y Estadística, estimula la organización de sociedades cultas en la capital y en los estados, con tal éxito, que para 1875 suman 31. Él también es el alma de casi todas las revistas científico-literarias cuyo número alcanza la impresionante cifra de 35. También está presente en alguna forma en la hechura de obras colectivas: *El libro*

rojo (1871) sobre los crímenes de la Inquisición, y *Hombres ilustres mexicanos* (1873-1874) sobre la vida de tales hombres. El personalmente escribe entre 1867 y 1876 cinco novelas romántico-patrióticas que van de *Clemencia* a *Beatriz.* Juan A. Mateos produce *El cerro de las campanas* y otros relatos relativos al pasado reciente. Cuéllar se inicia como novelista con *El pecado del siglo,* del siglo XVIII. Ireneo Paz también se estrena en el género con *La piedra del sacrificio.* Arias, Vigil y Paz historian sucesos militares recién perpetrados. Plaza, con su *Album del corazón,* y Ortiz con sus *Ayes del alma,* se vuelven los poetas de moda de una clase media cada vez mayor. Por último, el director de la casa de Maternidad, el médico Aniceto Ortega, se hace músico y, entre la atención de parto y parto, compone marchas a Zaragoza, a San Luis Potosí y a la República.

Como quiera, la mayor parte de la joven minoría aspiraba sobre todo al poder político para conseguir la paz. Resulta que los profesionales de la matanza, conocedores del anhelo generalizado de tranquilidad, se erigen en defensores de la paz. En otros términos, la élite militar se hace aparecer como la única capacitada para imponer el orden. ¿Quién si no Porfirio Díaz y sus amigos eran capaces de resucitar la paz que llevaba más de medio siglo muerta? Al grito de yo les devuelvo la paz, la minoría porfírica asumió la

Plenitud del mando

en el periodo 1877-1892 y en la totalidad de las carreras humanas. La carrera de los honores (la política) se la reparten como presidentes de la República Díaz y González; como ministros del gabinete presidencial Landeros, Mariscal, Dublán, Vallarta, Sánchez Mármol, Baranda, García, Riva Palacio, González, Benítez, los Romero, Pérez de Tagle, Naranjo, Pacheco, etcétera; como ministros de la Suprema Corte de Justicia, otros tantos; como gobernadores Huerta, Fernández, Trías, Terrazas, Buelna, Ceballos, González, Galván, Ancona, Mier, Corona, Pacheco, Robelo, etcétera. En fin, de los 88 próceres de la generación que aún vivían en 1877, cosa de 80 disfrutaron de los placeres del poder, y sin apartarse de la política ejercieron la dirección de las demás carreras, con excepción de la eclesiástica.

La carrera de las armas (la milicia) fue lo más lucido del quindenio 77-92, de la dictadura del machete. Los pacificadores Treviño y Escobedo, Rocha y García de la Cadena, esgrimieron con una mano el sable y con la otra el bastón. Desde esa doble calidad se ganaron, unos el título de héroes de la paz, y otros, el de villanos del desorden. En el trienio 1877-1879 estuvo de moda el levantarse en armas para exigir la vuelta de Sebastián Lerdo. Y no bien se habían extinguido la sediciones lerdistas, ciertas y presuntas, cuando hubo que hacer frente a las rebeldías locales. Así, en 1879, la de los llaneros poblanos al grito de ¡Muera Porfirio Díaz! ¡Muera la Sierra!

Así las insurrecciones periódicas del general Negrete. Así las asonadas campesinas en Tepic, Tamazunchale, Papantla, etcétera. Así la oscura y discutible rebelión del general García de la Cadena, concluida con el fusilamiento del famoso cacique de Zacatecas. Simultáneamente a las asonadas lerdistas y locales, se puso un hasta aquí a las incursiones de apaches y comanches en los estados fronterizos del Norte. En 1885, yaquis y mayos se levantan hechos unas fieras, y un año más tarde, el general Martínez toma la fortaleza de Buatachibe y aprehende y deja como cedazo al famosísimo Cajeme. En los ochentas, también la generación porfírica o del machete aplicó sin miramientos el rifle sanitario contra las gavillas de ladrones en montes y caminos reales. A bandoleros que habían conquistado a pulso una modesta celebridad, en las barrancas de Río Frío, en el Monte de las Cruces, en las llanuras sinaloenses y en otros muchos sitios, les fue impuesta una lucha que dejó sin sus mejores asesinos y cacos a muchas comarcas del país, deshizo a un ladrón tan ducho como Chucho el Roto y apagó para siempre al Rayo de Sinaloa, el célebre Heraclio Bernal.

Durante la gestión de los tuxtepecadores, el máximo timbre de gloria para ellos fue el de haber extinguido el caos y restablecido el orden a fuerza de balas, bayonetas y machetes. La generación tuxtepecadora recobró la paz para la República; ganó para su epónimo el título de “héroe de la paz”; acortó las distancias entre liberales y conservadores; acabó con la guerra de raíz, y oronda, propuso a las masas ciudadanas, según el verso anónimo:

> Pueden hacer sus propuestas
> para mejorar un gobierno,
> y hacer sus observaciones
> si no les parece bueno,
> pero nunca emplear la fuerza,
> pues esto sólo produce
> consecuencias lamentables
> que a morir nomás conducen

… y que por añadidura impiden el progreso. El plan por el que peleaban los coetáneos de Díaz tenía tres puntos muy mentados con otras tres palabras: libertad, orden y progreso. Por la libertad pelearon en la juventud y en la primera madurez; por el orden desde que subió Díaz al poder; y por el progreso, sobre todo si se trataba del personal, desde que a Manuel González se le hizo la primera magistratura. Conviene recordar que los compañeros de Díaz no eran tan fanáticos de la honradez como los juaristas. Si no a Porfirio Díaz, sí a mucha de su gente le gustaba la acumulación de capital.

La carrera del lucro (el negocio) tuvo más oficiantes que cualquier periodo

anterior de la historia de México. Ciertamente, los más, ni eran mexicanos ni habitaban entre éstos; movían sus negocios ferrocarrileros, mineros, manufactureros y aun agrícolas desde Estados Unidos, Inglaterra y Francia. Con todo, no estuvieron ausentes en los inicios de nuestro progreso económico compatriotas ilustres de la misma camada de los presidentes Díaz y González. Ramón Guzmán fue un activo empresario ferrocarrilero, así como político. Felipe Berriozábal dividió su tiempo entre la política, la milicia y la desecación de tierras. Luis Terrazas mató apaches, gobernó Chihuahua y fundó el negocio ganadero más grande de la República. Trinidad García fue gobernador, ministro y próspero beneficiador de minas de oro, plata y cobre. Manuel González de Cossío también compartió gobernaturas y ministerios con negocios bancarios. Jerónimo Treviño, el general y político neoleonés, tuvo ferrocarriles, plantaciones e industrias. El senador Mancera construyó vías férreas y la fábrica de hilados La Esperanza… y ¿para qué seguir con Delfín Sánchez, el español; con Torres Adalid, el rey del pulque, y con mi general Carlos Pacheco?

Durante los quince años de gestión de los tuxtepecadores, el segundo timbre de gloria para ellos, después de sus hazañas como pacificadores, fue el del progreso económico.

México avanzó económicamente, aunque no en forma pareja. Casi no hubo aumento en la producción de alimentos de consumo nacional, en la cosecha de maíz, frijol, chile y trigo; pero en la agricultura de exportación los progresos no fueron desdeñables. El volumen de la producción de henequén creció a un ritmo de 20% al año, entre 1877 y 1892. La producción de café, de ocho mil toneladas en 1877, se triplicó. El precio de los productos agrícolas exportados en aquel quindenio se duplicó. Como quiera, el progreso no es vertiginoso en ninguna de las cuatro ramas mayores de la industria: la minería, el azúcar, los textiles y el tabaco. La economía de autoconsumo cede frente a la economía mercantil gracias sobre todo a los ferrocarriles. Los tuxtepecadores pusieron particular atención en la hechura de vías férreas. El presidenciado de Díaz y de González recibió una red ferroviaria de 640 kilómetros que, ya para 1892, sobrepasaba los 10 000 kilómetros. La red telegráfica pasó de nueve mil kilómetros a 50 000. También se dio una manita a los caminos carreteros y a los transportes marítimos.

La carrera de las letras también se ejerció en compadrazgo con la política y los ideales del orden y del progreso. En muy buenas relaciones con el poder, cinco científicos nos trajeron las novedades de la ciencia europea: Carmona en el latifundio de la medicina general; Lavista, naturalmente, en oftalmología; Liceaga, en higiene; Peñafiel en aguas potables, y Díaz Covarrubias en geodesia y astronomía. Otros tantos historiadores suplieron con creces el desamor de la generación de la Reforma por el pasado. Riva Palacio, Vigil, Arias y compañía, hicieron el clásico *México a*

través de los siglos; García Cubas produjo el descomunal *Diccionario de la República Mexicana*; García Icazbalceta la ingente *Bibliografía del siglo XVI*; Carrillo, Ancona y Buelna sendas historias de sus entidades federativas. Paz se puso a hacer historias noveladas que trajo desde *Doña Marina* hasta las *Leyendas históricas de la Independencia.* Otros novelistas, también rayados de políticos, prefirieron la hechura de cuadros de costumbres. Desde luego Cuéllar, el de la andante e infatigable *Linterna mágica*; Altamirano, el de *Atenas* y *El Zarco,* y Ancona, autor de *La Mestiza.* Castera publicó en 1882 una novela romántico-sentimental, una especie de *María* con el nombre de *Carmen,* y otra, *Los maduros,* primera novela mexicana de asunto clara y específicamente laboral, donde los protagonistas pertenecen a la clase trabajadora. El dramaturgo de mayor notoriedad fue el fecundísimo y truculento Mateos, y el más pasable, Rosas Moreno, nuestro primer autor de teatro infantil. Quién sabe por qué las sonoras lamentaciones de los de la onda romántica no tuvieron gran acogida. Lo cierto es que la sesquidécada 1877-1892 fue de poetas clásicos que estaban poco al margen por su tinte conservador como Roa, el lírico de inspiración indígena y greco-latina, o por sacerdotes como Pagaza, intérprete de Virgilio y Horacio, y Montes de Oca, Ipandro Acaico, entre los árcades de Roma, traductor de Píndaro. Fuera de Vigil, los poetas humanistas fueron los únicos intelectuales del porfiriato distantes del poder porfírico, sujetos a una transnacional, empleados de la iglesia.

A la carrera eclesiástica, ya a punto de caer en las redes de la política de conciliación, ya en vías de darse la mano con el poder civil, le dieron lustre desde un segundo plano, además de los dos obispos poetas, Alarcón, sucesivamente deán, vicario y arzobispo de México; Arciga, arzobispo de Michoacán obstinado en la fabricación de sacerdotes; Cázares, obispo de Zamora y activo moralizador de clérigos; Díez, obispo de León dedicado a la ilustración del sacerdocio; Camacho, obispo de Querétaro, interesado en el reciclaje de los fieles a través de peregrinaciones multitudinarias al adoratorio del Tepeyac; Plancarte, también entusiasta guadalupanista, fundador de la orden Hijas de Guadalupe, abad de la Colegiata Guadalupana, quien no descansó hasta ponerle corona a la Virgen nacional; y el padre Vilaseca, inventor de los misioneros josefinos, que según la propaganda clerical, rápidamente se volvieron muchos.

La carrera de las diversiones (el ocio), tan necesaria después de tantos años de sustos y carreras, tuvo como figura mayor a Cantolla, un excadete del Colegio Militar que en 1863 intentó escapársele por arriba a los invasores de su patria. Entonces hizo el globo “Moctezuma”, y por medio siglo, otros muchos globos en los que se elevaba como nube a la vista de multitudes envidiosas que le aplaudían las caídas, a resultas de las cuales quedó hecho santo de vitral, todo parchado y tuerto. En esas condiciones entró a la

que no a la jubilación a la que fueron tan alérgicos los de la camada de Díaz. Éste, como todo mundo sabe, se pegó a la silla presidencial hasta los ochenta años, hasta que se la quitaron a la viva fuerza. Justino y Manuel Fernández, Mariscal, el suegrísimo Romero Rubio, Dublán y Matías Romero se apochotaron en sus sillones ministeriales hasta que la muerte los arrancó de ellos. Y lo mismo puede decirse de los que sólo disfrutaron de alguna embajada, gubernatura, comandancia o diputación. Quienes no alcanzaron a morirse antes de 1910, fueron metidos al bote, como Próspero Cahuantzi, el eterno gobernador de Tlaxcala, o les pasó igual que a don Porfirio; los despidieron del país con "Las golondrinas". Ciertamente, desde 1892, tuvieron que ceder algunos puestos de mandos aunque no por voluntad propia, simplemente porque no sabían mandar civiles y se iban haciendo pocos. En 1892 ya sólo quedaban con vida sesenta y seis, y al cambio de siglo únicamente cincuenta.

En la jurisdicción eclesiástica, los porfirianos sólo cedieron al siguiente equipo generacional contadísimas diócesis. Don Próspero Alarcón se apeó de la principal silla episcopal a los 83 años, en 1908; Camacho siguió emprendiendo peregrinaciones de queretanos a Guadalupe hasta los 82, hasta su muerte, acaecida también en 1908. Cázares continuó metiendo sacerdotes en cintura hasta que acabó completamente loco. Pagaza, obispo de Veracruz, se mantuvo en plena actividad virgiliana hasta 1918; y Montes de Oca, el obispo de San Luis siguió haciendo visitas pastorales a los clásicos hasta 1921, cuando murió en Nueva York, en una de sus múltiples vueltas de Europa. Con todo, Díez a los 51, Plancarte a los 48 y Arciga a los 70, tuvieron que cederles el lugar a otros antes de que se acabara el siglo.

A los de la jurisdicción militar les tocó la peor vejez, ya sin contrincante al frente, aunque cargados de medallas y cordones, muy decorativos en los desfiles militares. A los cultos les fue mejor. El liderazgo médico de Carmona y Liceaga traspuso el siglo XIX. La oratoria deslumbrante de Zamacona se apagó en 1904. Vigil, el constante director de la Biblioteca Nacional, a los 80 años de edad produjo aún una *Reseña histórica de la literatura mexicana.* García Cubas, otro que llegó a octogenario, fue muy aplaudido por *El libro de mis recuerdos.* De la Peña cedió su puesto de primer mantenedor del brillo del idioma castellano hasta 1906, y Robelo el suyo de nahuatlato hasta diez años más tarde. “En su encantadora decadencia, al viejo y amado maestro Sánchez Mármol” le dio por escribir novelas, costumbre en la que perduraron hasta bien entrada la Revolución Ireneo Paz, quien alcanzó a novelar a la majestad entrante, y Juan A. Mateos, que hizo la novela de *La Majestad caída.* Cantolla todavía pudo divertir a los revolucionarios con sus estrepitosas caídas aeronáuticas hasta 1914, año en que murió como resultado de una caída en la escalera de su casa.

En promedio, la generación del machete tuvo una existencia terrenal seis años más larga que la pléyade de la Reforma, pero vida *postmortem* mucho más breve que las dos reformistas. Fuera de los que murieron a muy temprana edad y no militaron en el partido conservador; es decir, fuera de Zaragoza y Díaz Covarrubias, tan epónimos de calles, escuelas y pueblos, y tan esculturados, los demás no han hecho brecha en la buena fama, especialmente los de profesión política. ¿Quién no sabe lo mal que le ha ido a don Porfi con la posteridad? Algunos de los literatos como Vigil, Cuéllar, Riva Palacio, Altamirano, Pagaza y Flores no dejan de ser piropeados en las historias de la literatura. Otros como Plaza y Castera son aún leídos por la gente humilde. Por lo que respecta a los hombres de sotana, la iglesia ha tenido buen cuidado de renovar su prestigio y de mantenerles encendida una veladora, pero nada más.

Con todo, la pléyade porfírica, o segunda promoción liberal y romántica, no se merece el purgatorio en que vive *postmórtem.* No cabe duda que instauró en su madurez la dictadura del machete, pero como remate de un juventud muy patriótica. Es cierto que fue genocida, que mató a muchos gringos, franchutes y paisanos, pero obtuvo que la gente dejara de matarse, impuso tras el desorden el orden, suprimió a los eternos simpatizantes de asonadas y pronunciamientos, instituyó la paz después de hacer la guerra. Conforme en que no fue tan liberal, pura y jacobina como la pléyade de la Reforma, pues no tuvo filósofos y era de modestos niveles cogitantes, pero en cuanto a dinamismo ninguna la superó. También es cierto que su sector intelectual no supo sacarle raja al clima romántico, pero debe concedérsele que no dejó morir la tradición helénica ni el sabor de las culturas prehispánicas. Seguramente no fue la honradez pecuniaria una de sus virtudes, pero gracias al espíritu de lucro de su sector empresarial llegó a ser la pionera del progreso económico, la iniciadora de la modernización económica. Hizo ferrocarriles y puertos como nunca se han vuelto a hacer. Fue poco afecta a la justicia distributiva en todos los órdenes, pero no tanto como la minoría rectora de los científicos o “cien tísicos”.

Los científicos

Se da el nombre de científicos a los capitanes de la sociedad mexicana en el ocaso del XIX y la aurora del XX. Algunos se inclinan por reservar tal denominación sólo para los amigos de Limantour, pues ellos se autollamaron así. Hay quien prefiere el apodo de “cien tísicos” a sabiendas de que es hechura de la mala leche del vulgo. La cifra de cien es correcta, corresponde al número de notables que orquestó el atardecer de la época liberal mexicana. El nombre de tísico lo usaron los griegos y lo usa la gente humilde de habla española para señalar al que se extingue, al decadente, al flacucho, al tosijoso, al ya reclamado por la tierra. Y ése fue el caso de los prohombres del

otoño del porfiriato. A ellos les tocó representar la decadencia del estilo de vida romántico y liberal. Ellos fueron la tisis del antiguo régimen. Así lo reconoce el maestro Jiménez Moreno al denomiar a esa generación con los pulquérrimos adjetivos de “post-reformista” y “post-romántica”. Por otra parte, fue una generación de eminentes figuras intelectuales. Quizá por eso mismo, Germán Posada, un colombiano perteneciente a la secta de los devotos del enfoque generacional de la historia, la denomina “Generación ilustrada de 1875”

El asunto del nombre es lo de menos. La cuestión de quiénes pertenecieron a ese grupo es más importante. Posada asegura que la generación de 1875 comprende a los nacidos entre 1840 y 1855. Jiménez Moreno excluye a los oriundos de los años cuarenta e incluye en él a todos los del decenio siguiente. Con los excluidos forma una generación “epi-romántica” muy difícil de deslindar, pues nunca se aglutinó ni tuvo cara propia. Lo cierto es que la mayoría de los dichos epirománticos se consideraban “científicos” y fueron amigos y compañeros de viaje del jefe Limantour, el epónimo de la tanda. Los que en alguna forma llegaron a ostentar la marca científica nacieron generalmente en el marco temporal 1841-1856. Como quiera, Jiménez Moreno tiene razón al incluir en el equipo a algunos con fecha de nacimiento posterior a 1857 ó 1858.

La gran mayoría brotó en un quindenio de desbarajuste nacional y en la zona de la república más desgarrada por las guerras civiles e internacionales. Ocho de cada diez nacieron en la altiplanicie. Sin embargo, hay un mayor número de abajeños que en las dos generaciones precedentes. En Yucatán y en horas de suma turbulencia para la Península, durante la crudelísima guerra de castas, nacieron cinco de la hornada científica. En las tierras bajas de Veracruz y Tabasco, y en tiempos poco tranquilos, dominados por las guerras de invasión norteamericana y de Ayuda, nacieron otros diez. Sólo hubo dos oriundos del noreste y apenas uno del noroeste. La altiplanicie, situada al norte del trópico, formada por los estados de Chihuahua, Coahuila, Durango y Zacatecas, fue cuna de doce, mientras Jalisco sólo de media docena y Guanajuato de tres. En Michoacán, y en un quindenio muy revoltoso, dieron su primer grito cinco de la élite científica; en San Luis Potosí, tres, y en Aguascalientes, dos. Las serranías del sur, o sea los agitados territorios de Chiapas, Oaxaca y el futuro Guerrero, acunaron a seis. Los estados próximos a la capital, es decir, México, Puebla y Querétaro, fueron la patria chica de siete científicos. Los veintisiete restantes del ciento se consideraban naturales de la capital de la República, de la mera metrópoli. Ninguna generación anterior había tenido un porcentaje tan alto de gente oriunda de la capital. Más de la cuarta parte de los científicos nació en una ciudad donde sólo vivía 3% de los mexicanos y en una hora muy agitada por el robo gringo de la mitad del suelo patrio, la última dictadura de don Antonio López de Santa Anna y las primeras reformas de los liberales.

A los científicos se les atribuye sangre azul y cunas de oro. Si no, ¿cómo se explican sus buenos modales? Sepa Dios, pero la verdad es que aquellos figurines de la última moda de París no fueron generalmente vástagos de la aristocracia. Los nacidos fuera de México, con excepción de Francisco Cosmes y José Negrete, hijos de diplomáticos, se dice que llegaron a su patria adoptiva con humos pero sin otros síntomas de alcurnia. Así los españoles Telésforo García, Enrique de Olavarría y Ferrari e Iñigo Noriega; los germanos Miguel Schultz y Enrique Rébsamen, el gringo Tomás Braniff y el francés Ernesto Pugibet. De los aborígenes de México únicamente once provenían de familia opulenta y quizás otros tantos de hogar humilde. Sesenta y pico tenían un origen modesto de clase media y una fisonomía mestiza. El nombre de siete denunciaba su extracción sajona. Quizás el doble podía alegar su pureza de sangre latina. Rosendo Pineda era tan indio como Juárez. La mayoría, por primera vez en una élite mexicana, fue producto de la junta trisecular de genes indios y españoles.

Muy pocos de los científicos eran hombres de campo. Sólo veinte nacieron en congregaciones sin aires urbanos. Más de la cuarta parte, como se acaba de decir, nació en una capital que sólo albergaba a doscientas mil personas. En centros de 50 mil a 75 mil habitantes, en Puebla, en Guadalajara, en Guanajuato o en León, comenzaron diez; en ciudades de 25 mil a 40 mil, únicamente cuatro; en ciudades de 10 mil a 25 mil, once, y en villas de 5 mil a 10 mil, unos quince. Olavarría vino de Madrid, Negrete, de Bruselas, Cosmes, de Hannover y Braniff, de Nueva York. En pueblos, rancherías o ranchos no nacieron arriba de veinte, y sobre todo no pasaron su niñez en localidad rústica arriba de ocho. Con motivo de los estudios se alejó a los pocos de oriundez ranchera del medio rural.

Los “cien tísicos” llegaron a constituir una aristocracia urbana y preponderantemente política, económica e intelectual. Quizá sólo Mariano Bárcena, Elías Amador, Rovirosa, Ramón Corral y Aguilera aprendieron a leer y escribir antes de urbanizarse. Los demás asistieron a planteles citadinos, y cosa de un tercio a escuelas metropolitanas. De los nacidos dentro del territorio mexicano, Eulogio Gillow se educó desde la más tierna infancia en Inglaterra. Sólo diez no tuvieron educación formal que la primaria. La mayoría estuvo en ilustres y antiguos colegios de México, Mérida, Guadalajara, Oaxaca, Puebla o Morelia, y quince, muy influyentes, estrenaron la calientita Escuela Nacional Preparatoria, fundada por Barreda en 1868 con la intención de conducir a la

a un puerto seguro, “al puerto de lo comprobado, de la verdad positiva”, mediante un programa de cursos que partía de las matemáticas y paraba en las lucubraciones

sociales tras de hacer estaciones en astronomía, física, química y biología. Esto es: en el periodo de los quince a los treinta años, en la sesquidécada en que, según Ortega y Gasset, “se recibe del contorno: se ve, se oye, se lee y se aprende”, quince futuros grandes de la generación recibieron una sabiduría muy diferente a la de los seminarios eclesiásticos, muy moderna y científica. En cambio muy pocos, y no los mejores, fueron instruidos en las humanidades eclesiásticas. La generación científica fue escasamente católica y menos alatinada desde la juventud; ya no conoció de milagros ni de mitologías; se educó en el repudio de toda metafísica y cultura clásica; se formó en el culto a la ciencia.

Por otra parte, los jóvenes que pronto llegarán a ser eminencias eran el polo opuesto de la juventud henchida de inconformidad individualista, de la gente de la Reforma. Los jóvenes educados en el positivismo filosófico constituyentes del elenco científico, se caracterizaron por sus modales de sumisión, por su obediencia ciega a lecciones, usos, costumbres y modas. Ochenta ingresaron a una o más de las pocas escuelas de nivel universitario que ofrecía el medio. Un buen número no pudo o no quiso romper con la costumbre de ser abogado, pues la opinión lo esperaba todo de los leguleyos. Treinta (el 43% de los miembros de la hornada que llevaron sus estudios hasta la obtención de un título) recibieron patente de abogacía. Como no había sucedido en las dos pléyades anteriores, en la científica hubo un alto porcentaje de médicos (13, el 19%) y de ingenieros (14, el 20%). La cifra de sacerdotes se redujo a 4 y la de maestros de carrera subió a 4. Dos recibieron diploma de arquitectura; dos, de pintura, y dos, de música. Algunos ganaron la consagración profesional en universidades de gran renombre. Leopoldo Batres, Antonio Rivas y Eduardo Tamariz, en París; Eulogio Gillow, Francisco Plancarte y José Mora, en Roma; e Ignacio del Villar, en Oxford. Algunos adornaron su profesión con conocimientos adquiridos en otras profesiones. Por ejemplo, el ingeniero Santiago Ramírez estudió además pintura; el ingeniero Mariano Bárcena, pintura y música; el arquitecto Tamariz agricultura; el antropólogo Batres, milicia, etc. Es digna de nota la propensión enciclopédica. Hubo gusto por el profesionalismo, que no por la especialización. En ésta se vio un peligro, una forma de empobrecimiento del ser humano.

Antes de despedirse de la juventud, y todos en mayor o menor grado, aparte de las profesiones avaladas por un papel, ejercieron las de poeta, orador, profesor, periodista y político. Como de costumbre, la literatura fue la máxima devoción juvenil. Como en las generaciones previas, los primeros entusiasmos fueron poéticos, no obstante el clarísimo desdén que les manifestaban las musas y ellos a las musas. Si hemos de creer a los críticos de los poemas juveniles y románticos de la grey científica, sólo se salvan los de Manuel Acuña quien, como es bien sabido, desde Saltillo dio el salto a México para ser preparatoriano, médico, dramaturgo, periodista, poeta, enamorado y

suicida antes de cumplir dos docenas de agostos, en 1873. También se consideran memorables las *Horas de pasión* de Juan de Dios Peza, pero la verdad es que la grey científica no fue apta para el romanticismo y sí para ridiculizar la poesía romántica como parece demostrarlo un poema de 1874:

> ¿Por qué te vas, mi bien, por qué motivo
> sin razón te separas de mi lado,
> dejándome de pena contristado
> y sumergido en el dolor más vivo?
> ¿Por qué apartas de mí tu rostro esquivo
> y a otra parte lo vuelves enojado?
> ¿Qué causa dio rigor tan impensado
> y a furor tan cruel e intempestivo?
> ¿Por qué te vas? No sabes, ángel mío,
> que con tu ausencia el alma me asesinas,
> que extasiado de amor yo me extasío
> contemplando tus gracias peregrinas?
> ¿Por qué te vas, por qué tanto desvío?
> —Voy a echarles maíz a las gallinas.

Otras tres aficiones juveniles de los científicos se pueden despachar en un párrafo. Quien más quien menos, todos le tomaron gusto a la enseñanza y enseñaron generalmente en la Prepa, en centros profesionales o en colegios civiles de la provincia. El médico Parra tomó tan en serio su afición a impartir filosofía que apenas hizo otra cosa. El abogado Limantour enseñó economía en la Escuela Nacional de Comercio, y el ingeniero Bulnes sentó cátedra de todo y en todos los planteles a su alcance. La mayoría estaba integrada por jóvenes periodistas. Según costumbre del siglo XIX, no se limitaron a enviar colaboraciones a la multitud de los periódicos en circulación; agregaron más nombres al gran número de publicaciones periódicas. “Desde la Constitución de 1857, el culto a la oratoria había sido muy vivo en México” y es muy comprensible que la juventud de la República Restaurada, regida por los grandes tribunos de la Reforma, quisiera ser pico de oro. Muchos de aquellos jóvenes llegaron a las cumbres de la elocuencia. A Chinto Pallares “ni siquiera le faltó —según Alfonso Reyes— el gran recurso de los oradores románticos: la heroica y desaliñada fealdad”.

De la oratoria a la política sólo había un paso y la gran mayoría lo dio. Antes de cumplir los treinta, los científicos ya andaban en los tormentosos rejuegos de la política, salvo el cuarteto de sacerdotes, un quinteto de empresarios incipientes y quizás una docena de intelectuales. Antes de ser oficialmente adulto, Díaz Covarrubias fue ministro de Justicia y Negocios Eclesiásticos. A los jóvenes “cien

tísicos” nunca se les dio pie para quejas contra la generación de la Reforma, pues ésta los presentó en sociedad y los dejó hacerse su aureola política antes de la hora de la

que para la hornada científica debió haber comenzado en 1877, a raíz de la revuelta de Tuxtepec, de la quitada de mandos a los reformistas y del ascenso al trono de Porfirio y los de su camada. Como quiera, 1877 es un año clave, es el año de la irrupción tumultuosa de nueva gente en la vida pública. Entonces los más fueron admitidos como principiantes en alguna de las élites y comenzaron a dar color, el color gris de los científicos.

Instalada la mayoría en los grandes escenarios de la capital o en media docena de ciudades mayores, los científicos que sólo habían sufrido una baja (la del médico-poeta Acuña) y que daban la impresión de tener muy pocos disidentes, se manifestaron en su verdadera esencia, en sus íntimas propensiones a partir del triunfo de Díaz. El grueso se manifestó mayoritariamente positivista a las maneras de Comte, Taine, Mill y Spencer. Declaró su fe en el destino triunfal del más apto. Gritó su inconformidad con la edad teológica recomendada por los conservadores, y con ello se ganó el aplauso de los jacobinos de la pléyade de la Reforma. Gritó su inconformidad con el liberalismo anárquico de los reformadores que sólo había servido para destruir el antiguo régimen y no para edificar uno nuevo, y con ese grito obtuvo el *placet* de la generación ordenadora o porfírica. Además, propuso una nueva imagen de México que destruía los mitos del cuerno de la abundancia y la criollidad. Por lo que toca a los recursos naturales de México, la promoción científica difunde el estribillo de que sólo contamos con “maravillas que encantan a la vista”. Pablo Macedo dictamina: “Nuestro suelo es fabulosamente rico en la leyenda; difícil y pobre en la realidad”. Justo Sierra escribe: “Las condiciones meteorológicas no son propicias por la ausencia de nieves en invierno”. Francisco Bulnes declara: “es una gran maldición nacional el tener medio cuerpo en el trópico.” Todos a una corean: “No reportan ningún beneficio al progreso de la patria el mazacote indígena ni la aristocracia criolla”. Todos a una le declaran su amor (amor propio) a la clase media mestiza que por ser todavía tan débil, necesita el refuerzo de la inmigración europea. Creel aseguró: “Cien mil inmigrantes europeos valen más que medio millón de indios pelados, léperos, rotos, holgazanes”.

Y más importante que lo dicho es lo hecho en la temporada 1877-1892. En el orden de las artes, José María Velasco se puso a retratar con espíritu realista el valle de México, y en 1889 se fue a Europa; Félix Parra, el pintor de la historia mexicana, estuvo empapándose de la nueva pintura europea desde 1878 hasta 1892; el músico Ernesto Elorduy tampoco se dejó ver porque también anduvo limándose en los países

europeos, mientras Félix María Alcérreca dirigía *El Cronista Musical,* fundaba la orquesta del Conservatorio y componía algunas obras, y el pobre José Guadalupe Posada se daba a querer en *El Jicote* como grabador. En el orden de la cultura literaria, donde también se hizo sentir la influencia parisiense y el tránsito del romanticismo al realismo, la pizca fue caudalosa. Hubo tres dramaturgos fecundísimos: el malucón Alfredo Chavero, el buen José Peón Contreras y el "cochino" Alberto Bianchi, quien por ponerse demasiado realista en *Los martirios del pueblo* y los *Vampiros sociales* cayó en el bote. Hubo seis poetas de poca estatura: el incurable romántico Rafael Cisneros, el bucólico Justo Sierra, el elegante Agustín Cuenca en viaje de la literatura romántica a la realista, el tropical Rafael de Zayas que se mantuvo indeciso entre ambas aguas, el erótico y sentimental Agapito Silva, y Juan de Dios Peza, cursilón en sus *Cantos del hogar* y grandilocuente en sus poesías patrióticas. Hubo cinco novelistas renovadores: Enrique de Olavarría, malhecho autor de 36 volúmenes de *Episodios Nacionales Mexicanos*: Arcadio Zentella, proto-realista; Rafael Delgado, realista con muchos resabios románticos; Negrete que murió joven y escribía novelas pornográficas con personajes que coincidían con los de la realidad, y Emilio Rabasa, que con su tetralogía (*La Bola, La gran ciencia, El Cuarto Poder* y *El monedero falso*) se convierte en el indiscutido padre de un realismo de buen humor. En el orden de la cultura histórica, gracias a Chavero, al cura Andrade, a Olavarría, a Elías Amador, a Pancho Sosa, a Juan Francisco Molina, a Batres, a Plancarte, a Villar y a Francisco del Paso, se impuso el culto al monumento y al documento en una veintena de obras. En el orden de la cultura jurídica hicieron ilustres tratados José Díaz Covarrubias, Agustín Rodríguez, Jacinto Pallares y Pablo Miguel Macedo. En el orden de la cultura pedagógica levantaron polvareda con sus innovaciones Díaz Covarrubias, Monterola, Flores, Miguel F. Martínez, Schultz y Rébsamen. En el quindenio 1877-1892, Telésforo García, Francisco Cosmes y Porfirio Parra, con artículos, con libros y con una *Oda a las matemáticas,* le dieron vasta difusión a la filosofía positivista. Muy pocos se abstuvieron del periodismo y muchos tomaron esa actividad con gusto y de tiempo completo: Filomeno Mata, el aguafiestas; Elías Amador, apóstol del protestantismo; Rafael Rebollar, el del *Diario Oficial*; Victoriano Agüeros, abogado del catolicismo; José María Villasana, caricaturista devoto del dictador; Telésforo García, ligado a *La Libertad*; Pascual García y José Guadalupe Posada, que se vino a la metrópoli en 1888 y empezó en seguida a ilustrar corridos y ejemplos y varias publicaciones periódicas.

Los científicos del sector culto, como era de esperarse, dieron muchas pruebas de devoción científica: Santiago Ramírez, con tratados mineralógicos; Manuel Villada con la hechura permanente de *La naturaleza* (1869- 1914); Mariano Bárcena con la fundación del Observatorio Meteorológico y una *Geología;* Domingo Orvañanos, en el Museo Nacional; José Rovirosa, con asiduas exploraciones de plantas y nombres

tabasqueños; Francisco de Flores, con sus estudios del himen en México; Gaviño, al fundar el primer laboratorio de Bacteriología que hubo aquí; Guadalupe Aguilera, al hacer la primera carta geológica de la República; y Daniel Muñoz Lumbier, al inquirir sobre la tisis, la enfermedad epónima de la generación.

En el orden económico, los científicos formaron una élite de mercaderes e industriosos como nunca se había visto antes: numerosa, sin ningunas aficiones por la agricultura señorial y consuntiva, poco inclinada al lucro agrícola, proclive a la industria, maniática de la minería ya no sólo de metales preciosos, adicta a los ferrocarriles, la banda, la construcción, el comercio de exportaciones e importaciones, verdaderamente empresarial, que hizo célebres los nombres de Mena, Molina, García Granados, Braniff, Aguilar, Noriega, Creel, Pugibet, Gayol, Castellot, etc. Desde antes de tomar el poder, la pléyade científica demostró con creces sus habilidades económicas, tan escasas en las generaciones de la Reforma y del machete. Desde su primera madurez demostró su aptitud para poner en práctica el progreso económico, aunque no siempre dentro de los cauces del nacionalismo, pues fue muy respetuosa de los interés norteamericanos y europeos.

También demostró que podía, sin disminuir el poder Díaz, dar al gobierno mayor eficacia y brillo, aplicándole la ciencia "de las leyes y relaciones naturales", adecuándolo al modo de ser nacional, conviniéndolo en una tecnocracia. El realismo en la política fue puesto de moda por Alejandro Prieto, desde 1888, en el gobierno de Tamaulipas; por Bernardo Reyes, en Nuevo León, a partir de 1885; por Ramón Corral en Sonora de 1887 a 1891; por Rafael Pimentel, en el gobierno interino de Chihuahua, y por Rosendo Pineda en la secretaría particular del ministro Romero Rubio. Por otra pane, los adultos jóvenes de la camada 1841-1856 ya no sentían en 1888 ninguna aversión a la dictadura, como lo dijo el diputado Bulnes aquel año: "El dictador bueno es un animal tan exótico, que la nación que posee uno debe de prolongarle no sólo el poder, sino hasta la vida". Las reformas políticas propuestas por la pléyade encumbrada por Romero Rubio constan en el manifiesto de la Unión Liberal: reajuste del ramo de guerra; sustitución del sistema tributario meramente empírico por otro sustentado en catastro y estadística; exterminio de las aduanas interiores y reducción de las tarifas arancelarias; política comercial apetitosa para capitales de fuera; asistencia preferente y asidua a la educación pública; mejoramiento de la justicia mediante la inamovilidad de ciertos jueces y, "para evitar peligros graves" y poder prevenir el tránsito del gobierno unipersonal y lírico del gobierno oligárquico y técnico, reforma del sistema de sustitución del presidente. Por otra parte Díaz, para imponer su anhelo de "poca política y mucha administración" necesitaba de un "estado mayor intelectual" que no podía constituir con el grupo de sus amigos y coetáneos tan broncos, torpes, escasos, heterogéneos y bastante desnudos de experiencia político-administrativa, y para colmo, con tendencias

disgregatorias. Así pues, por necesidad y decisión de la dictadura, de la siempre renovada presidencia de Díaz, desde 1892 la hornada científica empieza su

Gestión

sin ningún contratiempo, sin armar revueltas como era costumbre, Sin siquiera meterle zancadilla a nadie. La muerte saca a don Manuel Dublán del ministerio de Hacienda, y esto permite poner a prueba al muy viajado y culto profesor de economía política don José Ives Limantour, que desde 1893 recibe la consagración de ministro de Hacienda y el apoyo para conducir las finanzas públicas del nivel empírico al científico. La situación era crítica en 1893 por la devaluación de la plata y por la pérdida de las cosechas. El secretario científico, en vez de suspender pagos en el exterior, como solía hacerse en casos de apuro, suprimió empleos, redujo sueldos de la burocracia y reorganizó las recaudaciones. De tiempo atrás las cuentas del gobierno cerraban con déficit de millones. En 1895 se obtuvo el equilibrio de ingresos y egresos, y a partir de 1896, el superávit creciente. Además, el ministro laborioso pudo colocar en Europa un empréstito de tres millones de libras esterlinas y obtuvo la conversión de las deudas contraídas en 1888, 1889, 1890 y 1893 en una sola clases de títulos con interés del 5%. En 1896, Limantour se apuntó otra sonada victoria: la abolición de alcabalas, el exterminio de las aduanas interiores que entorpecían el tráfico mercantil. Por último, en los primeros doce años de su gestión, los ingresos federales se triplicaron.

El dictador, después de decirle en público: “General Reyes, así se gobierna”, lo sustrajo de la gubernatura de Nuevo León para que, desde el Ministerio de Guerra, le reorganizara al ejército. Este, ya sin enemigos al frente, padecía los estragos patológicos de la paz, en el que se daban con frecuencia fraudes, abusos e indisciplinas. Reyes lo recompuso todo. Aumentó los salarios de la tropa, y con oficialidad extraída de familias decentes y tropa arrebatada por la fuerza al proletariado —pues el vicio de la leva se mantuvo en pie—, dotó a México de una musculatura muy presentable, de un ejército bien vestido, bien alimentado, con buenas armas, capaz de lucirse en maniobras y desfiles y de ser temido sin tener apariencia brutal.

Y alrededor de los dos ministros reorganizadores (pues Sierra lo será hasta bien tarde) se acomodaron otros muchos miembros de la generación, y los fieles a uno de los ministros dieron en ver de reojo a los fieles del otro, y se produjo el desgaje del racimo que el zorro de Díaz dejó prosperar para no perder ni un ápice de su poderío. Los alineados con Limantour se quedan con el nombre de Partido Científico y serían a poco andar los más próximos al poder, que no el poder mismo. Limantour escribe:

> No obstante que los “Científicos" limanturistas le dieron a don Porfirio numerosas pruebas de su adhesión, así como del vivo deseo que les animaba de no crearle dificultad alguna con su colaboración en el desarrollo de las instituciones y prácticas democráticas, el señor general Díaz abrigaba cierto recelo de que tomando el grupo mayor impulso, podía adquirir una influencia tal en la gestión pública, que le permitiera seguir algún día una línea de conducta distinta de la oficial.

Díaz, según Rabasa, procuró “siempre en una forma exquisita el conservar buenas relaciones” con los científicos de Limantour, pero les puso un hasta aquí cuantas veces pretendieron tratarle en plática “cuestiones de orden público”. Con todo, aunque tan tarde como 1904, consiguen que se restaure la vicepresidencia y que sea vicepresidente uno de los suyos, don Ramón Corral. Por otra parte, el grupo era tan capitalino que el poder cedido por el dictador no lo podían proyectar sino a los muy pocos estados donde tenían gobernadores suyos: Pimentel en Oaxaca, Creel en Chihuahua y Molina en Yucatán.

En suma, la pléyade científica, por culpa de su división interna, por culpa de su concentración en la capital y por culpa del amo todo poderoso, jamás ejerce en plenitud el mando político, que sí el económico y el cultural. En la última década del siglo XIX y primera del XX, un tercio de la hornada se dedica preferentemente a los negocios públicos; otros, a los ocios de la cultura; y el tercero, a los negocios privados. Éste, según sus admiradores, le da a su patria una época honorable, próspera, feliz y una vida adinerada, palaciega, bien surtida de lujos y refinamientos importados de Francia. Según José López Portillo y Rojas los científicos negociantes, que casi se confundían con los políticos “fueron hombres de labor fecunda, por lo que a las cosas de la comunidad se refiere, y a la vez, esencialmente prácticos para la formación y el incremento de sus capitales privados”. Según Rabasa, como eran inteligentes y sabelotodo “medraban naturalmente en el ejercicio de sus profesiones”. Según decires de pósteros, salieron de pobres mediante los recursos de servir de enlace entre el gobierno y el capital de fuera y de asesorar a la banca y al fisco. En opinión del vulgo, eran una punta de cacos. En opinión de todos, dos excepciones fueron Bulnes y Sierra.

Don Alfonso Reyes se extraña de que

> aquellos creadores de grandes negocios nacionales no se hayan esforzado por llenar materialmente al país de escuelas industriales y técnicas para el pueblo, ni tampoco de centros abundantes donde difundir la moderna agricultura.

Reconoce la gigantesca labor de Sierra al fíente del Ministerio de Educación Pública

y no desconoce la labor personal de una docena de sabios de la generación: el descubrimiento de especies vegetales y animales que hizo Bárcena, la *Pteridografía del sureste de* México de Rovirosa, los trabajos bacteriológicos de Gaviño, los *Fermentos oxidantes* de Muñoz, la *Sinopsis de geología mexicana* de Aguilera, los estudios médicos de Vértiz, el ensayo sobre geografía de las enfermedades de Orvañanos, la invención de una hélice para navegantes, de un anemómetro, de una máquina separadora de fibras y de un arado metálico de Agustín Manuél Chávez, y aún los frutos de la observación de ajolotes emprendida por el pintor Velasco.

También sorprende a don Alfonso Reyes que "los científicos no hayan discurrido siquiera el organizar una facultad de estudios económicos, una escuela de finanzas". Y no sólo eso. Únicamente Bulnes, los García Granados, Casasús y los Macedo, que eran unos desaforados todistas, escribieron esporádicamente sobre asuntos económicos. La venerada sociología tuvo aún menos ejercitantes. En cambio el derecho y la historia contaron con los mejores. La historia, despejada generalmente de sus humos artísticos, rebajada a ciencia, produjo montones de mamotretos y más de una obra clásica. Chavero, arqueólogo e historiador improvisado de la era prehispánica, siguió tan fecundo como en la sesquidécada anterior. Batres, arqueólogo e historiador profesional esparció muchas noticias acerca de toda clase de ruinas mexicanas; Del Paso, compilador insaciable de documentos referentes al crepúsculo de la edad precortesiana y al amanecer de la española, jamás hizo la historia de la medicina en México que iba a dejar a De Flores hecho una basura y a él todo un señor médico; Andrade compuso una bibliografía mexicana del siglo XVII y varias biografías, microhistorias y travesuras; Molina, Gillow, Martínez, Prieto, Amador, Sosa y Corral escribieron historias locales; Villar compuso genealogías; Ramírez, una crónica de la minería; Flores, otra de la medicina; Olavarría fue reseñador de teatro; Iglesias se especializó en rectificaciones históricas; Zárate, como historiador general del mundo y particularmente del siglo XIX mexicano; Cosmes, con *Los últimos 33 años* de México, añadió cinco volúmenes al multivoluminoso Z*amacois*; y en la cumbre Justo Sierra, y en colinas aledañas, los demás autores de *México. Su evolución social,* el ingente legado historiográfico de la hornada científica, el monumento que todavía adorna muchas salas de aristócratas, la obra digna de verse.

En la época de predominio, algunos hicieron literatura en ratos robados a la política y a los negocios. Casasús, embajador en Washington y brillante banquero, produjo múltiples y muy bien cotizadas traducciones de Horacio, Virgilio, Cátulo, Tíbulo, Propercio y de algunos poetas del clasicismo moderno. Como quiera, los más escriben o pintan dentro de la estética del realismo. La pintura y la literatura también se vuelven positivistas. El activo diputado Parra, el célebre doctor Parra de las familias bien, el filósofo Parra profesor asiduo de la Prepa, hizo la novela realista

Pacotillas; el rijoso diputado Díaz Mirón, entre uno y otro homicidio, produjo obras tan fundamentales como *Lascas*; el hogareño embajador Peza, después de una *Arpa del amor,* compuso unos *Recuerdos y esperanzas*; Delgado escribió la novela de *Los parientes ricos*; López Portillo, atareadísimo político, abogado, poeta e historiador, fue autor de verdaderas rebanadas de vida en un par de relatos novelísticos: *La parcela* y *Los precursores.* Fuera de Chavero y Olavarría no hubo teatro, pues Peón se retiró de él en 1895, y mucho antes Esteva, "el ciego partidario del antirreeleccionismo". Y la retahila debe concluir con el pintor Velasco, que reproduce directamente cuanto paisaje contempla, so pena de hacer una nómina insufrible que puede redundar en detrimento de una pléyade tan mal vista desde que sobrevino aquella crisis de 1906, desde el lustro anterior a su fuga, desde unos años antes de recibir la

Jubilación

forzada que les impuso la revolufia. Según Bulnes, el apodo de científico llegó a significar para la plebe "enemigo jurado del pueblo, más que un parricida, que un asesino de niños inocentes, o un traidor". Fue malquerido por los latifundistas a causa de la ley de instituciones de crédito de 1903; por los comerciantes, debido a la batalla científica contra el contrabando; y por el obrero, por ser la representación del patrono. Todavía más: en los últimos años de la dictadura, "el deleite supremo del general Díaz —un deleite mayor que todo deleite humano y divino— era escuchar calumnias sobre los científicos". Se les echaba en cara, en los mentideros de la clase media, su desmedido amor al mando, su afán de lucro, sus crecientes concesiones a los extranjeros, su ciencia sosa, su insensibilidad para el misterio y la religión, su monotonía solemne y aburrida, su alarde de mármoles, maderas finas, escudos y joyas. Las acusaciones de monarquismo, capitalismo, extranjerismo, positivismo, ateísmo, aburrimiento, orgullo y mal gusto se hacían principalmente a los limanturistas.

Al hacer ¡cuás! la dictadura, todavía estaban vivas y coleando las tres cuartas partes de las famas científicas. Landa, Sierra, Macedo, Corral, Limantour y otros se van a su querida Francia. Sierra, Peza, Delgado, Corral, Velasco, Rebollar, Mata, Parra, Agüeros, Pugibet, Casasús, Pineda y Posada, tan robustos y saludables en vísperas de la caída de su majestad Porfirio I, mueren poco después del derrumbe. Nadie los toca ni con el pétalo de una rosa, y con todo, se deshielan. Sólo Reyes y Alberto García Granados sufren golpes mortales; aquél, frente a Palacio Nacional, y el otro no sé dónde, pero sí por causa de su huertismo.

Como se sabe, en 1913 el general Victoriano Huerta decide compartir el poder político con su camada. El escoge para sí el cargo de presidente de la República. Le

concede a García Granados el Ministerio de Gobernación; a José López Portillo y Rojas, el de Relaciones; y a los demás coetáneos que se dejan engatusar, otras importantes chambas. En 1914 y 1915, por haber colaborado con Huerta, sale otro grupo de "cien tísicos" al destierro, aunque ya no a Europa, que estaba en llamas. En 1916 quedaban vivos y en su patria menos de la cuarta parte de las notabilidades de la promoción de Limantour y Reyes. Ciertamente, no todos los transterrados lo fueron a la fuerza. Ciertamente, ni los idos ni los quedados se dieron a la tristeza infecunda. La obra de los científicos, siempre bajo el signo filosófico y positivista, siempre pareja, es muy importante entre 1911 y 1920, y nada desdeñable del 21 para acá, cuando ya estaban fuera de circulación.

Treinta y cuatro de los "cien tísicos" sobrepasan la edad de 75 años. Rodríguez entra a la chochez como director de la Escuela Libre de Derecho; Olegario Molina como desterrado en Cuba; Emilio Pimentel, agonizante; Bulnes escribiendo sobre *El verdadero Díaz*; Dehesa recién desempacado de su destierro en Cuba; Landa preparándose para morir en Cannes, en plena Costa Azul; Francisco Molina dándole fin a la monumental *Historia de Yucatán*; Ricardo García Granados en plena hechura de una *Historia de México* de 1867 a 1915 y preguntándose *¿Por qué y cómo cayó Porfirio Díaz?* Díaz Mirón a punto de entregar su equipo a la Rotonda de los Hombres Ilustres; Limantour en París, sin esperanzas de volver a México, memorioso, en plena actividad autopanegírica.

A ninguna de las doce élites que han regido sucesivamente la vida mexicana en la dos últimas dos centurias le ha ido tan mal con la posteridad como a ésta. Nadie la quiso desde que se apochotó en los puestos de mando más allá de la cuenta y quizá desde que asumió una actitud de desdén hacia la multitud. Su altivez fue en perjuicio de su fama. A la hora de la muerte, que en el conjunto de la generación fue a los 68 años, algunos científicos recibieron perdón y aun honores como Justo Sierra y como Salvador Díaz Mirón. Sesenta murieron en la capital mexicana sin mayor ruido; seis en Francia y en el más absoluto silencio; cinco como perros en Estados Unidos; siete más en diversos países; y también con sordina, 19 en las provincias de su patria. Los más de los difuntos después de 1911 cayeron sin pompas fúnebres. Algunos hombres de letras han sido rescatados por los manuales de literatura mexicana. Velasco permanece en el altar mayor de la capilla de los pintores. Los políticos, casi sin excepción, le resultan muy apestosos a la posteridad revolucionaria.

Con ánimo de definirla, que no de defenderla, de la generación de los "cien tísicos" cabe decir que fue una pléyade de metropolitanos ya por nacimiento, ya por naturalización, producto de la clase media, formada en el positivismo y los modales parisienses, más conocedora de las teorías y las modas del Viejo Mundo que de la realidad de su propio país, crecida a la sombra de la "dictadura del machete". A partir de 1893 compartió la dirección de México con el presidente-rey Porfirio Díaz y pudo,

con sus gestiones, darle figura de tecnocracia al gobierno porfírico, de capitalismo moderno a la economía porfiriana, de ciencia a los estudios sobre la naturaleza y el hombre, y de realismo a la literatura y al arte. Según sesudas opiniones, si en 1907 los científicos le hubieran cedido el bastón de mando a los modernistas y si no hubiesen vivido tan distantes del pueblo, otra suerte les habría tocado que no la del desalojo a patadas. La historia de los "cien tísicos" no tiene buen comienzo ni *happy end,* pero sí un periodo de buena disipada vida. La gente de aquella aristocracia fue de gesto majestuoso y pausado, de baja emotividad, de mucha acción y poco sensible a las vueltas del tiempo; hombres de textura flemática y distante; figurines de levita y sombrero hongo.

La centuria azul

Le llamo de entrada centuria azul y no generación modernista porque es un conjunto de cien personas que dieron con su cauce en 1888 al leer el libro *Azul* de Darío e hicieron su primera comunión literaria en la *Revista Azul.* Con todo, nadie le ha dicho ni le dice ni le dirá como se debe. Se le identifica con el ambiguo y confuso mote de generación modernista por culpa del ricachón Jesús Valenzuela, quien a raíz de la muerte del Duque Job y su *Revista Azul,* juntó a sus compatriotas coetáneos distinguidos en las páginas de la *Revista Moderna*, sostenida por él de 1898 a 1911. Aunque quizás el verdadero culpable fue José Juan Tablada, autor de la idea de hacer una revista de cenáculo, "exclusivamente literaria y artística… y que proclamando su espíritu innovador, debería llamarse *Revista Moderna"*; y aún cabe la sospecha de que el mal nombre brotó de Rubén Darío, pues en *Azul* usa el término modernismo para designar la obra de simbolistas y parnasianos, o quizá de Baudelaire, que habló de la *modernité* literaria desde mil ochocientos sesenta y pico.

Según Anderson y Posada, los modernistas comenzaron a vivir en la zona temporal 1855-1870. Don Wigberto Jiménez corre hacia acá las fechas límites propuestas por Anderson y Posada. Ninguno de los modernistas parece haber comenzado a vivir antes de la Constitución de 1857 ni después de la muerte de Juárez en 1872. Les tocó asomar la cabeza cuando reventaba aquel tumor que salpica de pus al país, en lo crudo de la guerra civil. Ignacio Bonillas, Manuel José Othón, Carranza y Manuel Gutiérrez Nájera dieron su primer grito en plena trifulca de tres arios; Emilio y Francisco Vázquez Gómez, Federico Gamboa y Luis G. Urbina, durante las mortíferas guerras de Intervención, y Juventino Rosas, Felipe Ángeles, Amado Nervo y José Juan Tablada en el lustro de oro de los pronunciamientos, el bandolerismo y las incursiones apaches. Los azules nacieron en un quindenio rojo, lo cual no significa que únicamente de tal trauma haya provenido el gusto de su élite por tender "el vuelo en pos de atmósferas serenas". El amor a lo azul les nació también por la

náusea que les produjo el negrísimo hollín de los trenes que prodigó don Manuel González cuando fue el mandamás de México. Por otra parte, el color azul fue el preferido de Rubén Darío, el mayor de los modernistas de la América Hispánica. Como quiera, no parece ser muy importante el color generacional y quizá tampoco las condiciones en que vivía México cuando la élite azul o modernista dio su primer grito. Quizá sea de mayor interés la averiguación sobre el origen geopolítico de cada uno de los señores del cenáculo modernista o azul.

Por los tratados de Guadalupe, México perdió la mitad de su patrimonio territorial, pero únicamente una centésima parte de su población. Retenía, pues, a mediados del siglo XIX, cuando se cocinó la hornada modernista, sus ocho millones de habitantes: ochocientos mil (el 10%) en el Norte, o sea, en el 53% de la superficie toda del país; algo más de seiscientos mil (el 8%) en Transtehuania (Tabasco, Chiapas y la península yucateca), que cubre el 12% de la superficie de la República, y poco más de seis millones y medio (el 82%) en sólo el 35% del suelo nacional. No es, pues, aberrante que el vastísimo norte únicamente haya aportado el 12% de las famas de la generación azul; Transtehuania, el 5%, y la zona troncal, el 81%. En cambio sí es absurdo que únicamente el 17% de las luminarias azules hayan nacido en el campo, siendo que en la República de entonces todavía el 80% de la población era campesina, y más aberrante aún que ningún insigne de aquel grupo fuera indio en un país en que el 38% de sus habitantes ignoraba el español y se entendían, según el caso, en una de las cien lenguas aborígenes. Como las generaciones de la Reforma, porfiriana y científica, la pléyade azul no fue representativa de la población mayoritaria del país.

El cenáculo modernista, más aún que los tres antecedentes, representó a la minoría urbana y a la aún más minoritaria clase media; esto es, sólo representaba a la trigésima parte de la población. De hecho, sólo representó a una delgada espuma. Además de haber nacido en urbe, adentro de una familia de idioma español y en un grupo sin acosos de hambre, salud y alfabeto, debe añadirse que los azules recibieron una educación refinada en las mayores ciudades del país, y cuando se pudo, en planteles de Europa y de lo mejorcito. Es obvio que, fuera del torero Ponciano Díaz y el *clown* Ricardo Bell, la gente de lustre de aquella generación recibió una cultura chic, llena de moños y cintas. Sólo uno de cada diez se salió del aula prematuramente, que no del carril cultural. El Duque Job obtuvo por su propia cuenta una sabiduría de primerísimo orden y de varia índole. Nueve de cada diez estudiaron en algunas de las instituciones nacionales donde se impartía la enseñanza media, o en otros países. Algunos botones de muestra son Ignacio Bonillas, estudiante en Tucson; Federico Gamboa, en Nueva York; Manuel Puga, en Juilly, y Carlos Díaz Dufoó, en París.

De los instruidos en México, quince, generalmente provincianos, reciben altas

dosis de humanidades y poca ciencia en los centros para la formación de sacerdotes; treinta adolescentes modernistas cursan más ciencias que humanidades en la Escuela Nacional Preparatoria; ocho se forman en el Liceo de Varones de Guadalajara, y otros tantos en instituciones similares de provinca. Un trío incurre en el Colegio Militar y otro en la Escuela Normal para Maestros. Una docena entra a la

Jeunesse doré

lejos del suelo donde nació, en el ombligo de aquel mundo, en la capital francesa, y las otras docenas, con la mente transportada a París, fuente de toda cultura, madre del saber vivir, Roma de la inteligencia. Casi todos, deslumbrados por la capital de Francia, aprenden el idioma francés, leen revistas francesas y le hacen poco caso a las lecciones católicas o positivistas impartidas en el Semi o en la Prepa, no obstante que la mayoría de esas lecciones eran también afrancesadas. En los científicos, la nordomanía atemperó el afrancesamiento. Los modernistas son afrancesados del pe al pa. De algún modo se las arreglan para rodearse de una atmósfera parisina, para respirar los aires literarios venidos de la capital de Francia.

Los jóvenes azules traen de París niños, virtudes y vicios. Mientras estudian en la Escuela Nacional de Jurisprudencia o en la Escuela Nacional de Medicina, tratan de asumir el *esprit* de Francia yendo con asiduidad a burdeles y cantinas, mediante el consumo del alcohol y drogas, en íntima amistad con una ilusa Duquesa Job que “de tal manera trasciende a Francia que no la igualan en elegancia ni la clientes de Hélene Kossut”. Según Tablada, buscan normar la vida del espíritu y la vida de la carne en las doctrinas disolventes de Baudelaire. Se rebelan contra la tranquilidad ricachona de su casa; sienten un “sincero desprecio hacia el burgués”; andan tras una “sociedad ideal, integrada y regida por poetas más o menos baudelarianos o en salmuera de ajenjo como Verlaine, o doctorados en el claroscuro satánico del acuarelista Rops o escenógrafo de misas negras como Huysmans”.

El galicismo mental, aunque usted no lo crea, los aparta del positivismo francés y, en general, de toda filosofía racionalista peleada con el misterio y el buen gusto. El positivismo de la Prepa les entra por un oído y les sale por el otro. Rara vez se toman el trabajo de rebatir la filosofía de los burgueses. Sin gritos, desisten de esa tradición. Tampoco retoman, con muy pocas excepciones (Emeterio Valverde, Francisco Banegas, Ruiz), la filosofía escolástica. Se hunden en la lectura de los autores ocultistas y acaban creyendo en mesas parlantes y en amenazas del zodiaco. Octavio Paz escribe:

> La influencia de la tradición ocultista entre los modernistas hispanoamericanos no fue menos profunda que entre los románticos alemanes

> y los simbolistas franceses… Sí, es escandaloso pero cierto… El modernismo se inició como una búsqueda del ritmo verbal y culminó en una visión del universo como ritmo.

No obstante la parranda, el gusto por la vida inútil y los fenómenos metapsíquicos, setenta y dos de la centuria azul, con gran beneplácito de sus padres, recibieron un diploma profesional de alta escuela. Treinta y siete (el 51% de los recibidos) ganaron el título de abogado; catorce (el 19%) el de médico; ocho, el de ingeniero; seis, el de sacerdote; tres, el de maestro; tres, el de artista plástico o músico, y sólo dos, el de oficial del ejército. De los 37 abogados, únicamente tres ejercieron la abogacía como Dios manda; de los catorce médicos, una docena abrió consultorio o puso botica; de los ocho ingenieros, una mitad construyó puentes y edificios; de los seis sacerdotes y de los dos militares, ninguno se "jerró" en la juventud, y además de los tres artistas con título, otros seis ejercieron el arte sin estar titulados.

Desde el decenio de los setenta empezó a difundirse la fama de los cinco músicos de la generación, además del pintor, del escultor, del payaso y del torero. Desde 1879 se supo que en Puebla (uno de los pocos lugares donde no se habían prohibido las corridas de toros) el Díaz torero resultaba tan buen lidiador como el presidente Díaz. En 1867, con el circo Chiarini, Ricardo Bell llegó a México en plan de niño payaso, y a partir de 1881, en el circo Orrín, se hizo famoso por su pantomima de Napoleón. De los músicos, el autodidacta Felipe Villanueva fue tan bienquisto de las musas que a los diez años le compuso una cantata a Miguel Hidalgo; y antes de cumplir los treinta, edad en que murió, hizo óperas, danzas, habaneras, valses y misas. Juventino Rosas ya era músico callejero a los siete años, segundo adorno de la Compañía del Ruiseñor Mexicano a los quince, aplaudido autor bohemio de *La cantinera* a los veinte, popularísimo borrachín que compuso *Sobre las olas* a los veinticinco, y cadáver de basurero a los veintiséis. En la Compañía de Angela Peralta se dio a querer Carlos Meneses, quien desde 1892 fue un buen director de la Orquesta de los amigos de la buena música.

No menos precoz fue el numen de los treinta y siete llamados por la literatura. Ocho poetas azules antes de cumplir los treinta años de edad dieron a la luz pública escandalosos poemas: Rafael Delgado, *Juveniles*; Manuel Gutiérrez Nájera, la *Duquesa Job*; Enrique Fernández Granados; *Mirtos y Margaritas*; Manuel Puga, versos en francés, y José Juan Tablada, su *Misa Negra*, de la que supo doña Carmelita por el chisme de un científico, e hizo a su autor pasar las de Caín. Tablada, en compensación, se dio el gusto de condenar por escrito la hipocresía de un público que toleraba garitos y prostíbulos y se alarmaba ante un poema erótico. Tres novelistas ya eran notables antes de 1892; el ejemplar sacerdote Atenógenes Segale y dos escandalosos que por la ruta del realismo descendían al fondo de la inmundicia en

pos de lo natural: Federico Gamboa, autor *Del natural*, Ángel del Campos Micros, autor de *La Rumba*, donde describe aquella parte de la sociedad urbana que podía en cualquier rato mancharle a don Porfi su título de "héroe de la paz". En la década de los ochenta fueron periodistas, con algún nombre y con no poca irreverencia, Victoriano Salado Álvarez en *Juan Panadero*; Luis G. Urbina y Chucho Urueta en *El Siglo XIX*; Carlos Díaz Dufoó en periódicos de España y México; Feliciano Velázquez en *La Voz de San Luis* y en *El Estandarte Potosino;* Manuel José Othón en varias publicaciones periódicas de provincia; Cabrera, en *El Hijo del Ahuizote*; Salvador Quevedo en *El Lunes;* Trinidad Sánchez en *La Voz de España*, *El Tiempo* y *El Nacional;* Rafael Reyes y Tablada en *El Universal;* Heriberto Frías en *El Demócrata;* Carlos Pereyra en *El Pueblo* y Gutiérrez Nájera en casi todos, con diversos seudónimos y con sobra de imaginación para componer reportajes, crónicas y artículos cuya frivolidad contrastaba con las colaboraciones tan conceptuosas de los viejos reformistas, de los adultos porfirianos y de los aún juveniles científicos. En los modernistas alientan desde muy temprano la antisolemnidad, el individualismo, el afán de ser originales y otras rarezas de buen sabor.

Aun los científicos sociales del modernismo fueron raros desde muy jóvenes. Les dio mucho por la historia anticuaria, anecdótica y local. Con *México Viejo*, González Obregón le devuelve al arte de Clío el carácter artístico que le regateaban los de la onda científica. Les dio mucho también por la crítica literaria de tipo impresionista. Incurrieron, incluso, en la crítica del sistema. Emilio Vázquez Gómez lanzó un folleto que hizo roncha sobre *La reelección indefinida.*

"El folleto, muy tersamente escrito —dice Cosío Villegas—, le da derecho a su autor para figurar como uno de los primeros precursores de la Revolución Mexicana, si es que no el primero de todos".

El panfleto de Emilio Vázquez no debe hacemos pensar que la juventud modernista estaba muy interesada en asuntos políticos. A casi todos los jóvenes azules los temas "políticos, sociales y económicos les parecían muy secundarios", según refiere Tablada. Entre ellos hubo pocos políticos militantes, como Luis Pérez Verdía, joven diputado federal y gobernador de Jalisco; Camilo Arriaga, dos veces legislador; Venustiano Carranza, que en 1888 obtuvo por primera vez la presidencia municipal de su terruño. Se cuentan con los dedos de una mano los atraídos por los negocios. Nicolás Rangel fue agente viajero, no por espíritu de lucro, sino simplemente porque no tenía otra manera de ganarse la vida. Pero sí fueron hombres de negocios de verdad los inmigrantes Adolfo Prieto, Arturo Mundet, José Garci-Crespo y Frank Sanborn. Los mexicanos Francisco G. Sada, Abraham González e Ignacio Pesqueira sí tenían alguna vocación de agricultores. En general, los modernistas traspusieron la juventud y penetraron en la

sin sentar cabeza, lejos de ser hombres de provecho, sin mayores preocupaciones de orden práctico, con la extraña obsesión de rodearse de cosas bellas e inútiles. Según Marías, al llegar a los treinta años “el hombre empieza a actuar, a tratar de modificar el mundo”, a darse de golpes con la generación gobernante, a querer desplazarla del poder político, a decirle “quítate tú para ponerme yo”. Eso es lo normal, pero los modernistas, o eran anormales o veían la autoridad tan bien asida por el viejo dictador y su corte de científicos, que no hicieron gran cosa por volverse poderosos.

De 1893 a 1907 sólo la sexta parte de la centuria azul coqueteó con el poder, si es que se puede llamar así al hecho de que seis hayan aceptado ser legisladores de un Congreso que sólo despertaba cada cuatro años con motivo de la reelección de Díaz. Que Sodi fuera magistrado de la Suprema Corte; Francisco León de la Barra, Federico Gamboa, Balbino Dávalos y Antonio de la Peña fueran cónsules o diplomáticos en Estados Unidos o Europa; Manuel José Othón desempeñara juzgados pueblerinos, y Luis G. Urbina la secretaría particular de don Justo, es pura excepción a la regla. Tampoco fueron ejército los hacedores de política opositora. Después de 1888, Emilio Vázquez cerró el pico en espera de mejor oportunidad. En 1900, Ponciano Arriaga, a propósito de unas declaraciones del señorial obispo Montes de Oca, invitó a los liberales de México a formar clubes que enviaran delegados al Congreso Liberal de San Luis Potosí que se celebraría en 1901. Como es bien sabido, en ese Congreso se acordó robustecer la conciencia liberal, reprimir los excesos clericales, denunciar a los malos funcionarios públicos y hacer el Club Liberal Ponciano Arriaga. Este Club expidió un manifiesto, en 1901, donde acusa a Díaz de haberse rodeado de maniquíes sin carácter ni energía, cuya conducta era “inicuamente arbitraria y sospechosamente productiva” para Díaz y su séquito. En 1903, Arriaga esparce otra declaración donde ratifica el propósito de combatir al clero, y añade el propósito de luchar contra el militarismo y el capitalismo y en pro de los trabajadores de la ciudad y el campo. Ese mismo año de 1903, Arriaga y sus jóvenes secuaces se ven obligados a huir a Estados Unidos, donde aquél se pelea con sus discípulos. En 1904, Arriaga vuelve a México.

Tal vez por apolíticos, los modernistas no se distinguen como oradores, naturalmente con la excepción de Chucho Urueta, “uno de los más perfectos espectáculos del hombre parlante”. Tal vez porque consideraban que su público natural era la clase media “leída y escribida” se preocupan más por el periodismo que por la oratoria. Seis hacen periodismo de índole artística e irreverente, que no sólo Valenzuela, director del vocero literario de los modernistas; Gutiérrez Nájera desarrolla una actividad periodística sin paralelo en la historia del periodismo

mexicano; también Reyes Spíndola, fundador de *El Imparcial,* nuestro primer periódico moderno, rápidamente acaparado por los "cien tísicos"; y Sánchez Santos, el más próximo competidor de Reyes, trabaja incesantemente en *El País,* del que se llegaron a vender hasta doscientos mil ejemplares al día. Quizá porque más que todo les interesaba a los modernistas el trato entre sí, el género al que le conceden mayor cantidad de horas es a "la dulce charla de sobremesa". La pléyade azul fue un equipo excepcionalmente bien dotado de conversadores, de charlistas amenos e ingeniosos.

La manifestación superior de cultura durante la primera madurez de la centuria azul es la obra poética: *Poemas rústicos,* de Othón; *Poemas de los árboles,* de Delgado; la tupida selva de pensamientos franceses en versos españoles de Gutiérrez Nájera; la grave emoción lírica de Francisco A. Icaza; las poesías ingenuas y sentimentales de Urbina; *Preludios y lirismos,* de Enrique González Martínez; *Perlas Negras, Místicas* y *Jardines interiores,* de Amado Nervo; primeros comerciales a la vida provinciana de Francisco González León; *Del fondo del alma,* de Segale; *Florilegio,* de Tablada; *Exóticas,* vertidas del italiano y del francés al español por Fernández, y muchos poemarios más de esos y otros poetas muy distintos entre sí pero con algunas cualidades comunes que Reyes resume en dos: "cierto sentimiento agudo de la técnica —técnica valiente, innovadora— y cierto aire familiar de diabolismo poético que acusa una reciprocidad de influencias entre ellos y su dibujante Julio Ruelas". No será así después; pero entonces, en el ocaso del XIX y el amanecer del XX, según Max Henríquez, "el culto preciosista de la forma favorece el desarrollo de una voluntad de estilo que culmina en refinamiento artificioso y en inevitable amaneramiento". Tampoco la instalación del diablo en el cuerpo será duradera, pero mientras dura, desteje a más de cuatro. El Duque Job, el músico del vals romántico, el novelista de las "Semanas alegres", el dibujante de la mujer y el escultor de *malgré tout* se extinguen entre los treinta y los cuarenta años de edad.

La exquisitez y el diabolismo de los modernistas no se limitó a la poesía. Sus novelas describieron refinadamente el cariz pecaminoso de la vida que para los conservadores y para los liberales lo formaban la sexualidad y el erotismo. En *El bachiller,* un seminarista con más tentaciones que las de San Antonio, se castra. En *Pascual Aguilera* se habla sin tapujos de la sexualidad, pero con preciosimo. En la otra novela de Nervo, *El donador de almas,* el relato corre de lo natural a lo sobrenatural. También Gamboa expresó elegantemente lo malo en *Suprema Ley,* en *Metamorfosis* y en *Santa,* la campesina sucesivamente deshonrada, amante de un torero, esposa de un cualquiera, y prostituta. Aun el soldado Heriberto Frías, autor de *Tomóchic, Naufragio* y *El último duelo,* junta el buen decir del novelista con el mal obrar de sus personajes. Los escritores azules trajeron la moda de poner el dedo en la llaga. Ni siquiera los historiadores prescinden de los temas repugnantes. Así la vida desequilibrada y el rostizamiento de *Don Guillén de Lampart,* contados por González

Obregón; las *Mutilaciones dentarias de los tarascos*, de Nicolás León; y la crueldad de *La conquista española,* tan minuciosamente narrada por Genaro García. Uno de los sociólogos del grupo, Julio Guerrero, investiga *La génesis del crimen en México.* José Terrés se especializa en patología interna y escribe un manual de su oficio; Toussaint funda la cátedra de Anatomía Patológica, y González Ureña escoge entre todos sus enfermos a los leprosos para extraer de su deformidad artículos apolíneos.

Todo por repulsa a lo feo, a lo atroz y a lo maloliente. Si hubieran podido permanecer en su torre de marfil, los modernistas no habrían envuelto en bellas frases las fealdades del contorno ni habrían logrado hacer tan acerada crítica de todos los tipos y de todos los tonos: de susurro, de café, de cantina, de ensayo corto, y aun de mamotreto como los de Puga contra sus colegas o de Molina Enríquez contra la sociedad. Por estetizantes, que no por precursores del antiimperialismo, criticaron a Estados Unidos; por lo mismo, que no por abrir calle a los revolucionarios, criticaron con voces solapadas al dictador; sobre todo desde que su majestad dio a entenderles que ellos serían los de

Arriba

pues él iba con todo y su corte de científicos a un rincón. A James Creelman se lo dijo con todas sus letras: “Me retiraré al concluir este periodo constitucional… Acogeré gustoso un partido de oposición en México”. A raíz de esa declaración se descubren modernistas con voluntad de poder, aunque la mayoría sigue en su torre de marfil, alejada de las preocupaciones del servicio público. Los políticos entran a escena haciendo ruido. Molina escribe *Los grandes problemas nacionales.* Calero, Batalla y otros forman un Partido Democrático pro escuela gratuita y obligatoria, sufragio efectivo, municipio libre, inamovilidad judicial, libertad de imprenta, inversión fecunda de las reservas del tesoro público, ley agraria, ley obrerista. Aragón y Carranza se enchufan en el partido formado por la fracción disidente de la pléyade científica, por el partido de Bernardo Reyes y José López Portillo. Los Vázquez Gómez y una docena más se juntan al partido de la juventud alentado por Francisco Madero desde que publicó *La sucesión presidencial en 1910.* Demetrio Sodi, Chávez, Prida, Carvajal…, los modernistas a sueldo de los científicos, se declaran ardientes defensores del reeleccionismo y le piden a Dios que les conserve “al que en la presidencia está sentado” para que siga allí sentado eternamente. Los azules no concordaban en política.

La juventud de la hornada siguiente a la modernista no aguanta el fraude electoral de 1910 y se pone en pie de lucha. Comienza la revolución apenas pasadas las grandes fiestas del Centenario. Los azules politiqueros oscilan entre la abyección y la rebelión. Quizá los más conocidos, presa de grandes indecisiones, optan por tenderse

de tapete debajo de los botines del general Díaz. Mientras en unos gana la obediencia, en otros sobresale el desacato. Maytorena en Sonora, Abraham González en Chihuahua, Carranza en Coahuila, Luis Moya en Zacatecas, los Vázquez Gómez y José María Pino, aquí y allá promueven la rebelión contra el Dictador que ya parecía árbol navideño por tanta corcholata como le habían pegado en su traje militar. El árbol, para no caer por la embestida del huracán, se adorna con ramas modernistas, hace a Demetrio Sodi ministro de Justicia, a Norberto Domínguez, de Comunicaciones y a León de la Barra, de Relaciones. Ni por ésas logra mantenerse en pie. León de la Barra asume interinamente la presidencia con un gabinete azul: los Vázquez, Calero, De la Peña. Irrumpe la diáspora. Dos se van con Díaz al Viejo Mundo. Madero sube. Pino lo copilotea. Calero, Abraham González y Díaz Lombardo lo sirven en el gabinete. Cosa de una docena de modernistas toma curules, gubernaturas, subsecretarías. Garza Aldape se alía en aventura de sedicioso con Reyes. Emilio Vázquez se pone a las órdenes del rebelde Pascual Orozco. Angeles combate contra los insurrectos del sur. Lascuráin sucede a Calero en Relaciones. Tablada, con sus poemas satíricos y obscenos, contribuye al desplome de Madero. Continúa la diáspora. Madero, Pino, Abraham González y Belisario Domínguez, por úcase de Huerta, pasan al otro mundo. Otros nomás cambian de continente. Huerta restaura a los ancianos científicos e instaura a unos quince modernistas en el poder; Lascuráin gobierna el país el 19 de febrero de 1913 mientras se mete el sol. Esquivel, Gamboa, Tablada, Chávez, González Martínez, Alcocer, Pereyra, Garza, De la Lama, Aragón y Carbajal caen en la abyección huertista, sirven al generalote matachín. Ocho optan por la rebelión armada contra Huerta y su régimen. El vecino del Norte vuelve a inmiscuirse en la casa del vecino del Sur. Huerta se viene abajo. La generación azul sigue fraccionándose. La dispersión crece adentro y afuera. Pérez Verdía, Valenzuela, Ruiz, Sánchez Santos, Núñez, Batalla y Cabrera se despiden de la vida. Silva, los Vázquez Gómez, Orozco y Jiménez, Urbina, Balbino Dávalos, Maytorena, Nervo, Banegas, Salado, Calero, Aragón, González Martínez, Tablada, Urueta, Pereyra, Santibañez y algunos más se despiden de México, se van a recorrer mundo, a entrar en contactos efímeros con otros desterrados de la misma camada.

Para 1915, la mitad de la centuria azul sobreviviente vive con apuros fuera de su patria. El destierro los transfigura. Por una parte, como dice José Emilio Pacheco, la generación “pierde las ilusiones del europeísmo, adquiere una perspectiva continental, siente que pertenece a una nacionalidad única formada por todos los países” hispanohablantes. Por otra, vigoriza su pálido antiimperialismo. Algunos libros de muestra: *Los capitales extranjeros,* de Díaz Dufoó; *México y los Estados Unidos ante el derecho internacional,* de Esquivel Obregón; *El mito de Monroe, Bolívar y Washington, La obra de España en América* y la monumental *Historia de América Española,* de Pereyra. El destierro, además, los limpia de preciosismos y de

actitudes diabólicas y los conduce a la reflexión metafísica. Basten como botones demostrativos *Serenidad, Elevación* y *Plenitud*, de Nervo; *La muerte del cisne, El libro de la fuerza* y *Parábolas,* de González Martínez. Los desterrados de la onda política generalmente se hunden en el escepticismo y en el silencio.

También los que se quedan cambian a fuerza de ver atrocidades cometidas por una "multitud estólida, semidesnuda y pestilente". En Pacheco se lee: "Los zapatistas irrumpen en el jardín japonés que Tablada cultivaba en Coyoacán… se van en seguida pero no sin dejar su huella, brutal y verdadera". Los libros de muchas colecciones famosas son arrojados de sus anaqueles; los archivos locales, entregados a las llamas; las obras de arte, destruidas o vendidas a vil precio. En 1915 y 1916, México subsiste en un vivo ardor. Carranza no consigue imperar sobre tantos ejércitos combatientes. Los modernistas adictos a la abyecta política andan cada uno por su lado. Angeles apoya a Villa. Pesqueira, Martínez Solórzano, Aguirre y Rojas contribuyen al Congreso Constituyente de 1916. Serratos se hunde con los convencionistas. A Carranza, contra su voluntad, le hacen una nueva constitución, no lo dejan imponer a Bonillas y lo dejan frío en Tlaxcalantongo. En medio de la trifulca, Salinas se esconde para hacer sus *Ejercicios lexicográficos*; Rougier funda la orden de Misioneros del Espíritu Santo; Revilla escribe *En pro del casticismo;* Valverde, obispo de León, construye templos y escuelas católicas; García sigue publicando colecciones documentales y emprende las biografías de Palafox y Leona Vicario; Ruiz, arzobispo de Morelia, impulsa la instrucción católica; Fernández Granados expide *Odas, madrigales y sonetos;* Salado confiesa: "Por mi prosa comprenderán que no soy el mismo Voltaire de marras"; Marcelino Dávalos publica *Carne de cañón;* Gedovius y Clausell pintan día tras día; Puga, el coco de los escritores, se convierte al catolicismo; Miguel Ángel de Quevedo planta religiosamente árboles en las calles de la capital; las conversiones religiosas de los modernistas ya no sorprenden a nadie. Los jóvenes descarriados de finales del siglo XIX son los mismos adultos que a principios del XX se encarrilan en las más añejas tradiciones del país.

Desde que empezaron a difundir en 1920 aquellos versitos que dicen:

> Si vas a Tlaxcalantongo
> procura ponerte chango,
> porque allí a Barbastenango
> le sacaron el mondongo,

los modernistas abandonan los deberes públicos; dejan la carrera de los honores; se olvidan de la política; le dan el adiós a las armas; poquísimos siguen en los negocios; los más se recluyen en la vida intelectual. De los setenta sobrevivientes en 1921, once entran a la

en plan de creadores literarios; tres, de artistas; veintitrés, de científicos humanos; tres, de científicos naturales; cuatro de apóstoles religiosos; y los demás, en plan de descanso. Los versificadores se renuevan incesantemente. Dice José Emilio Pacheco que transforman el modernismo "en todas las corrientes poéticas que llegan hasta nuestros días". González León, con *Campanas de la tarde*, incurre en el lopezvelardismo. José Juan Tablada se mete en vericuetos vanguardistas en *El Jarro de las flores* y *La Feria*; Enrique González Martínez no hace tantas piruetas como Tablada, pero tampoco pierde el paso desde *El diluvio de fuego* hasta su último *Narciso.* Díaz Dufoó atrae a los jóvenes ya no únicamente por ser el mejor economista del país y un hombre de buen humor, sino también por media docena de obras de teatro de vanguardia. Los letrados de la minoría modernista no sólo siguen aportando novedades en su vejez; también "anticipaciones".

Docena y media, la mitad de las plumas modernistas en activo, distrae su vejez en investigaciones históricas. Doce producen libros, además de gordos, clásicos. Velázquez escribe una historia de San Luis Potosí; Salinas, otra de Toluca; Toribio Esquivel Obregón, los *Apuntes para la historia del Derecho en México*; Aguirre, sus *Memorias de campaña*; Nicolás Rangel, la *Historia del toreo en México*; Luis González Obregón, numerosas evocaciones de la Nueva España; Valverde, las biobibliografías de eclesiásticos; Banegas, una *Historia de México*; Galindo y Villa, la historia de la capital; Ordóñez, la del petróleo mexicano; Torres Quintero, el *Final del virreinato español;* Alcocer, unos *Apuntes… de México-Tenochtitlán;* Santibáñez, su *Historia Nacional de México*; Tablada, la *Historia del Arte en México*, y Pereyra, que se fue a España para no volver jamás, no sólo su *Hernán Cortés.* Chávez ahora publica una *Psicología de la adolescencia*, mañana un tratado sobre *Dios, el universo y la libertad* y al otro día las vidas de Fray Pedro de Gante, Hidalgo y Morelos. También Aragón salta de un asunto a otro con gran agilidad; se lanza a la filosofía de la historia; hace *Composiciones poéticas*; define a Porfirio Díaz, y se ocupa de *La vida y obra de Luis Pasteur.* También se lanzan, en este mismo inclín por la historia, a escribir sus memorias Salado, Tablada y Ceballos.

La generación azul fue imaginativa, proteica, comunicativa y aun longeva. León mantuvo sus costumbres de saquear bibliotecas públicas y escribir de todo hasta los setenta años. Castañeda no cesó de hacer tratados clínicos hasta los ochenta. González Ureña vivió hasta los noventa sin parar como médico y como escritor. A partir de 1940, veinticinco correosos modernistas, a quienes ya se les habían perdonado sus veleidades públicas, y casi todos de vuelta de la dispersión geográfica, otra vez en la metrópoli de su país, empiezan a recoger reconocimientos oficiales, oficiosos y populares. A tres se les acomoda en El Colegio Nacional, recién fundado

en 1943. A don Ángel Pola se le declara decano del periodismo en ceremonia vistosísima. Desde que se le planta el letrero del apóstol del árbol, Miguel Ángel de Quevedo es una presencia indispensable del ritual público. Valverde, promotor del monumento a Cristo Rey en el Cubilete, suple la ausencia de la palmadita presidencial con la veneración de sus diocesanos. Dos personas tan diferentes como Lascuráin y González León viven en el olvido. A Carlos Pereyra, tan claridoso acerca de la conducta de algunos sectores revolucionarios, se le deja pudrir en España en medio del más absoluto silencio. En cambio, a Tablada, quien dijo de Madero que "le faltaban lo que ponen las gallinas" y en vida cometió varios desacatos de índole revolucionaria, quizá por ignorancia, se le conduce en cadáver desde Nueva York para ser depositado en la Rotonda de los Hombres Ilustres, donde ya estaban Amado Nervo y Urbina y adonde llega poco después González Martínez. Allí se juntan algunos dioses mayores de la poesía modernista, quienes, además del reconocimiento oficial, llegarán a tener el del pueblo raso o por lo menos el de la clase media en su conjunto. En ellos se cumple el dicho de Max Nardau: "La originalidad de ayer es la vulgaridad de hoy". La supervivencia del más destacado político modernista en centenares de estatuas, en infinidad de calles que llevan el nombre de Carranza, en docenas de localidades Venustiano Carranza, es otra cosa que no precisamente popularidad.

Quizás a la generación azul o modernista le venga el adjetivo de sentimental, así como le vino el de apasionada a la pléyade de la Reforma, el de sanguínea a la gente de don Porfirio y el de flemático a los científicos. También en grandes rasgos simplificadores, se puede decir del equipo "moderno" que fue una aristocracia intelectual lúcida, curiosa, irónica y escéptica, de oriundez urbana y mesocrática, de juventud etilítica y drogadicta, de madurez sin fe ni rumbo fijo y de senectud cordial y católica. El amasiato permanente con la crítica, el contubernio primaveral con la poesía y la propensión otoñal a la historia, son otras de sus modalidades. Los historiadores de la cultura insisten en que los modernistas vitalizaron el idioma al barrer con el desaliño a que nos habían acostumbrado los románticos. En las historias de la economía no figuran, pues fue notable su incapacidad para el lucro y para la reflexión sobre la vida practica. Los historiadores sociales suelen declararlos precursores del agrarismo y del laborismo de la Revolución Mexicana, no obstante que vivieron hasta el límite de lo posible alejados de la turbamulta. La historia política salva a unos cuantos y condena al conjunto por su falta de energía, por su despiste. Su antiimperialismo —dice Octavio Paz— no "estaba fundado en una ideología política y económica, sino en la idea de que la América Latina y la América de lengua inglesa representan dos versiones distintas y probablemente inconciliables de la civilización de occidente". Fue una generación *nepantli,* entre dos aguas, que tuvo que cerrar la época nacionalista, liberal y romántica, habitada por tres

generaciones precursoras y por ella misma, y abrir la época nacionalista, socializante, pragmática que conocemos con el nombre de Revolución Mexicana y que la tanda azul construyó parcialmente y habitó a sobresaltos.

Revolucionarios de entonces

Los hombres decisivos de la etapa destructiva de la Revolución Mexicana no bajaron de ciento cincuenta; quizá se acercan más al número de doscientos. Son dos centenares los que conforman la élite de la generación revolucionaria o generación del centenario o generación de 1910 o generación de los nacidos entre 1873 y 1888, en la franja temporal que va de la muerte de Juárez a la segunda reelección de Díaz. Esta generación surgió en los tiempos en que salía del Palacio la pléyade de la Reforma y entraba al poder la hornada del orden, cuando ya habían concluido las atrocidades de la lucha de tres años y la Intervención, y don Porfirio empezaba a esculpirse el tratamiento de héroe de la paz mediante las guerras que auspició y ganó contra los pronunciados, bandoleros, apaches e indios rebeldes. Cuando estuvo de moda la palabra orden, nació la cría del desorden y la lucha revolucionaria, sólo comparable en furor destructivo a la de los reformistas de la época del Benemérito.

Entre 1873-1888, la población de la República era aproximadamente de diez millones de habitantes. Un 12% vivía en los estado del Sur (Oaxaca, Chiapas y Guerrero), de donde provino únicamente el 3% de la élite revolucionaria. Un 26% de la gente de 1880 vivía en los estados occidentales (Guanajuato, Michoacán, Jalisco, Nayarit, Colima y Aguascalientes). En el Occidente nació también el 26% de la pléyade revolucionaria. Sin contar la metrópoli, de los estados del Centro, donde vivía la cuarta parte de los mexicanos, sólo salió la décima parte de las famas de la Revolución. Otro décimo fue oriundo del D.F.; un octavo, de la región media del Golfo; un trigésimo, de la península de Yucatán. El Sur y el Sureste aportaron muy pocos próceres a la Revolución; el Noreste, un 4%, pero el Norte y el Noroeste, poco menos de la mitad. En la zona denominada Centro Norte, donde vivía la décima parte de la población de la República, nació el 14% de la gruesa revolucionaria. El mero Norte, donde moraba una vigésima parte de los mexicanos, dio el 24% de la élite de la Revolución. El Noroeste, con sólo el 2% de la gente del país, produjo el 10% de los peces gordos de la generación responsable del México donde todavía vivimos.

Por primera vez en la historia de este país, fue mayor el número de protagonistas de la vida mexicana nacidos en la periferia y no en el núcleo de la República. Por vez primera, sólo un décimo de las notabilidades fue metropolitano. Más de la mitad de la hornada comenzó en sitios que distaban de diez a cuarenta días de la capital a buen paso y en buen potro. La mitad de la élite revolucionaria fue oriunda de las estepas del Norte y casi las tres cuartas partes de la misma élite criada allá, pues en los años

ochenta se puso de moda la emigración al Norte, atraída por el cuento del oro, de la plata y de las tierras baldías. El directorio revolucionario fue, en gran medida, norteño por nacimiento o por naturalización. Cuantitativamente fue también más rural que las minorías rectoras anteriores. La generación de la Reforma tuvo el 25% de nacidos rústicos; la porfírica, el 32%; la de los científicos, el 20%; la modernista, el 17; y la revolucionaria, el 38% de hombres de oriundez campesina y, cosa nunca vista antes, de crianza rural. La mayoría de los rudos eran del Norte, y por eso, bastante desteñidos y altos. Con todo, el grueso de la gruesa revolucionaria no se distinguiría por su largura ni tampoco por su palidez y eso quiere decir mestizaje.

Desde otro punto de vista, tal hornada difería apenas de las hacedoras de la etapa liberal de México. Escaseaban los de estirpe millonaria. No más de una docena nació en chozas campesinas o en vecindades obreras. Por lo que parece, ochenta de cada cien le llamaron papá, desde su más tierna infancia, a señores de chaqueta y barbita que asistían a dolintes, o enmarañaban pleitos, o removían hojas en una oficina pública, o estaban detrás de un mostrador o cuidaban un rancho. Los más, como en las hornadas anteriores, eran retoños de la clase media, hijos de padres ansiosos de tener hijos que fueran más que ellos, con más dinero, sabiduría y poder que sus progenitores.

Cosa de veinte de los futuros protagonistas de la Revolución no conocieron las aulas escolares, si bien algunos de esa veintena iletrada llegaron a escribir garabatos y a leer entrecortadamente. Otros quince sólo estuvieron en escuelas de enseñanza elemental y quizá quince más únicamente pudieron anteponer a su nombre el título de bachiller. En el instante de entrar a sus quince, a la

Edad de la diablura

sólo siete de cada diez siguieron calentando los pupitres de algún plantel educativo. De dos a tres docenas estudiaron en institutos para formar sacerdotes; una docena, en los colegios de religiosos reabiertos durante la paz porfírica; otra, en las escuelas normales de profesores hechas por el porfiriato; y lo gordo de la cantidad restante, en la aún famosa, pero ya no digna de su fama, Escuela Nacional Preparatoria, pues allí la herencia de Barreda se había ido “secando en los mecanismos del método… No había nada más pobre que la historia natural, la historia humana o la literatura que se estudiaban en aquella escuela por los días del centenario…”. Alfonso Reyes escribe:

> No alcanzamos ya la vieja guardia, los maestros eminentes de que todavía disfrutó la generación inmediata [la modernista], o sólo los alcanzamos en sus postrimerías seniles, fatigados y algo automáticos. La mata del positivismo se había convertido en una rutina pedagógica y perdía crédito a nuestros ojos…

Además, lamentábamos la paulatina decadencia de las humanidades en nuestros programas de estudio.

Al final de los cursos, los preparatorianos, en su mayoría, cruzaban rápidamente la calle y se inscribían para las carreras. No pocos optaban por la de abogado, la más ostensible entonces, asiento de preferencia para el espectáculo de la inminente transformación social, asiento que permitía fácilmente saltar al escenario.

El 28% de la pléyade revolucionaria llegó a tener patente de abogacía, y por ende, de orador. Sólo un 7% terminó sus estudios en el seminario y fue ungido y conocido como sacerdote. Algunos obtuvieron su consagración sacerdotal en Europa o en Estados Unidos. Algunos también redondearon su destreza artística, su trato con las musas, en Europa. Por lo pronto los pintores Diego Rivera, Atl y Goitia, y los músicos Manuel Ponce y Julián Carrillo. También los ingenieros y otros profesionistas de alguna rama técnica estudiaron fuera, aunque ya no sólo en París, también en Alemania y muy a menudo en Estados Unidos: en la Universidad de Notre Dame, donde estudió Eduardo Hay, o en la de Columbia por la que pasó Manuel Gamio, o en los colegios de Baltimore y San Francisco, de los que fue alumno Pancho Madero. La parte instruida de la generación del centenario fue bastante menos afrancesada y mucho más pocha que las generaciones anteriores, y no sólo por la vía del estudio; también por vía de destierros. Fue pocha y a la vez antiyanqui.

Un 66% de la pléyade revolucionaria obtuvo título. Como de costumbre, la mitad de abogado. Contra lo usual, abundan en la nueva cría los maestros de instrucción primaria. El 7% del conjunto de la generación lo constituyen profesores de escuela que, con el tiempo, serán consejeros de jefes militares o burócratas de alto nivel. Los casos más conocidos son los de Plutarco Elías Calles y Otilio Montaño, maestros en Guaymas y Cuautla, respectivamente. También abundan, si se compara con las generaciones de la era liberal, los ensotanados. La oncena de profesores y la oncena de curas estarán, en los inicios de la Revolución, en los polos opuestos de ésta, en plan de enemigos irreconciliables.

Muy pocos de los leguleyos llegan a tener bufete y a enredar pleitos judiciales. Los más se consagran desde su juventud al periodismo de combate: Miguel Ángel Menéndez, Flores Magón, los Luises Lara y Cabrera, los Rafaeles López, Sánchez y Martínez, y Rodolfo Reyes, el primogénito del secretario de Guerra, empeñado en llevar a su ilustre progenitor a la silla presidencial. No son menos los abogados metidos a poetas (Alfonso Cravioto, Julio Torri, Efrén Rebolledo, Antonio Mediz Bolio, Alfonso Reyes y López Velarde), o a novelistas (Carlos González Peña, Martín Luis Guzmán y Artemio de Valle-Arizpe) o a dramaturgos y comediógrafos (José

Elizondo, el de *Chin-Chun-Chan* y Joaquín Gamboa, el del drama de *La carne* y la zarzuela de *La soledad*).

Como los maestros de la centuria azul, los jóvenes del ala intelectual de la generación revolucionaria casi desde niños fueron muy sensibles a la opresión de la dictadura. Henríquez Ureña escribe:

> Sentíamos la opresión intelectual junto con la opresión política y económica. Veíamos que la filosofía oficial era demasiado sistemática, demasiado definitiva para no equivocarse. Entonces nos lanzamos a leer a todos los filósofos… Tomamos en serio a Nietzsche. Descubrimos a Bergson, a Boutroux, a James, a Croce… Leimos a los griegos, que fueron nuestra pasión. Ensayamos la literatura inglesa. Volvimos a la literatura española. Atacamos y desacreditamos las tendencias de todo arte "pompier".

Con la exposición promovida por el Dr. Atl en 1906, donde por primera vez se exhibieron obras de Rivera, la pintura académica fue atajada de repente. Un año más tarde, en un ciclo de conferencias sobre temas helénicos, se discutieron asuntos escabrosos, de sabor democrático. En 1908, en una manifestación en memoria de Barreda, la juventud revolucionaria declaró su amor y solidaridad a la juventud de la Reforma. En 1909, los descendientes intelectuales de la pléyade reformista decidieron organizar su primera guerrilla desde el Ateneo de la Juventud, desde donde José Vasconcelos, Pedro Henríquez Ureña, Carlos González Peña, Alfonso Cravioto, Antonio Caso, Alfonso Reyes, Isidro Fabela, Nemesio García Naranjo, Mariano Silva, y para no hacer un catálogo que pase de las dos docenas, casi todos los miembros de la generación de 1910 avecindados en la metrópoli, la emprendieron abiertamente contra esa cerrazón intelectual llamada positivismo, y también contra el magisterio único de Francia.

Mientras los jóvenes cultos combatían por la apertura cultural, los sin letras, los futuros héroes revolucionarios, peleaban entonces únicamente por ganarse el sustento. Treinta y seis de la futura minoría ilustre eran jovencitos que obtenían el pan a golpe de pala: catorce agricultores, en su mayoría, pequeños e independientes; diez, comerciantes al menudeo; cinco, empleados en los ferrocarriles; y otros cinco, obreros de las minas. Los más no se trataban entre sí, vivían en terruños distintos y distantes pero próximos a la vida popular, especialmente a la vida del campo. Ellos conocieron de *visu* y experimentalmente los rigores de la condición vital de los de abajo, sabiduría que no les fue concedida a ninguna de las élites anteriores. Quizá, por lo mismo, llegan a ser sensibles al ideal de la justicia social, que no sólo al ideal de la libertad, a la literatura roja —y no únicamente a la literatura azul—, al principio del bien social como superior al bien individual.

Y mientras los exquisitos de la metrópoli trabajan con su mente y los broncos del Norte laboran con sus manos, los semicultos de la misma cría, muy atraídos por el quehacer público, dieron en juntarse en clubes revolucionarios aspirantes a derrocar al dictador. Antonio Díaz Soto, Pascual Ortiz Rubio, Pablo González, Antonio Villarreal, Eulalio Gutiérrez, Manuel Diéguez, Enrique Estrada, Adolfo de la Huerta, Práxedis Guerrero y Pascual Orozco, se afilian desde antes de la crisis de 1908 a los clubes liberales promovidos desde San Luis Potosí por Camilo Arriaga. Algunos de ellos huyen a Estados Unidos antes de la fecha clave y allá se ponen al habla con anarquistas, ideólogos de la revolución total, trabajadores violentos, fuerzas proletarias en pie de lucha y sindicatos. Desde San Luis Missouri, en julio de 1906, lanzan un programa de acción que admite los adjetivos de antirreeleccionista, antimilitarista, librepensador, xenófobo, anticlerical, laborista y agrarista. El plan del Partido Liberal exige 50 reformas, a cuya realización acuden los huelguistas mineros de Cananea en 1906, y a fines de ese mismo año y todo el siguiente, los trabajadores textiles de Puebla, Tlaxcala y Veracruz, mediante una explosión popular conocida con el nombre de huelga de Río Blanco.

Desde los años pintos de 1908 y 1909, cuando en algunos puntos llovió más de la cuenta y en otros menos de lo necesario, y la producción de maíz, ya de por sí deficiente, se redujo; desde que don Porfi le dijo a Creelman: “No aceptaré una nueva reelección y vería con gusto la formación de un partido oposicionista en la República”; desde entonces se forman varios grupos políticos, con gente de la generación revolucionaria la cual por esos días llega a la

Etapa de madurez juvenil

unida como no lo había estado antes con algunos de sus mayores en la empresa común de tirar al tirano por las buenas o por las malas. “David” Madero, elegido por los modernistas y revolucionarios para derrumbar a “Goliat” Díaz, antes de arrojarle la primera piedra le advierte: “Si usted permite el fraude electoral y quiere apoyar ese fraude con la fuerza… la fuerza será repelida por la fuerza, por el pueblo resuelto ya a hacer respetar su soberanía y ansioso de ser gobernado por la ley”.

El “gigante” quiso seguir con la batuta, y ansioso como estaba de que no le fuesen a aguar las fiestas conmemorativas del primer centenario de la Independencia, mete al bote al retador y a buen número de sus seguidores; preside, vestido de gala y entre cañonazos, discursos, marchas triunfales, verbenas, cohetes y luces de bengala, un sinnúmero de inauguraciones, desfiles, repiques campaneros, exposiciones y demás componentes de las fiestas en honor a los padres de la patria, y dispone que lo declaren presidente reelecto para el periodo 1910-1916. Por su lado, los del Partido Antireeleccionista, hechura de la pléyade azul y sobre todo de la juventud que en esos

días comenzaba a sonar, ganosos de deshacer los abusos del porfiriato, que no todavía la organización liberal, expiden desde San Antonio de Texas, adonde había ido Madero tras su encarcelamiento y fuga, el Plan de San Luis mediante el cual se le niega al orondo dictador el triunfo en las elecciones, se le acusa de abusivo y se le avisa que a partir de las seis de la tarde del 20 de noviembre de 1910 retumbará la revolución.

Como todo el mundo sabe, los del poder se permiten el lujo, tan avisados como estaban, de perpetrar arrestos, detenciones y desapariciones de los bienconocidos secuaces cultos y semicultos del apóstol Madero, pues ya era gente de nota, pero no pescan a los conjurados incultos que todavía no eran personas notables. Serán pues, los rancheros chihuahuenses Pancho Villa y Pascual Orozco, los de Coahuila, Eulalio Gutiérrez y Lucio Blanco, los ya sonorenses Benjamín Hill y Salvador Alvarado, los duranguenses Domingo Arrieta y Agustín Castro, el neoleonés Antonio Villarreal, el guerrerense Andrés Figueroa y el michoacano Rafael Sánchez Tapia, quienes con pobres ejércitos anhelantes de haber y de botín y armados con pistolas, con escopetas, con fusiles de otros tiempos, en menos de un semestre derrumban a don Porfirio y su corte de científicos y lo despachan con todo y corte al Viejo Mundo. Enseguida conducen a uno de los suyos, a Francisco Madero, a la primera magistratura del país, aún muy cuates entre sí, dispuestos a tocar en la nueva orquesta el instrumento que cada uno conoce. Los del Ateneo de la Juventud se apoderan de la Universidad recién fundada por el científico Sierra, y no contentos con esa única victoria, fundan la Universidad Popular en 1912 para ir en busca del “pueblo en sus talleres y en sus centros, para llevar, a quienes no podían costearse estudios superiores ni tenían tiempo de concurrir a las escuelas, aquellos conocimientos ya indispensables” para cualquiera. Los más picados por la araña de la política repelan porque a Madero le da por gobernar con viejos reaccionarios de la camada científica y con hombres indecisos de la generación modernista. También los caudillos del rifle se sienten defraudados con el nuevo régimen pues Madero se deshace de las tropas revolucionarias, desoye a los milites improvisados y se desentiende del cumplimiento de algunas promesas de reforma contenidas en el Plan de San Luis.

Varios de los incultos de la pléyade revolucionaria, acaudillados por Pascual Orozco o Emiliano Zapata, se insurgen contra sus coetáneos en el poder porque, según el Plan de Ayala, hechura del profesor Otilio Montaño, el pueblo “fue a derramar su sangre para reconquistar libertades… y no para que un hombre se adueñara del poder”, porque ese hombre eludía el cumplimiento de las promesas hechas a la nación en el Plan de San Luis Potosí, y porque “ha hecho del sufragio efectivo una sangrienta burla”. Aunque las insurrecciones de los héroes no triunfan, le dan pretexto a un científico para deponer a Madero mediante un cuartelazo, para ponerse él como autoridad suprema y disponer el fusilamiento del apóstol de la

democracia. Como reacción al asesinato de Madero y de Pino Suárez, los jóvenes rectores de la Revolución vuelven a unificarse para derruir al intruso, salvo pocas excepciones. Entre los que se dejan engatusar por Huerta están los picos de oro (Querido Moheno, Nemesio García, José María Lozano), un dúo de jefes populares (Pascual Orozco y Benjamín Argumedo) y un trío de políticos: Jorge Vera Estañol, Rodolfo Reyes y Eduardo Tamariz.

Huerta cae. Varios factores se confabulan contra él, que no sólo la intromisión de Estados Unidos. Los constitucionalistas, encabezados por Carranza, lo hacen salir del país con sus secuaces. A causa del huertismo la generación del centenario sufre: cinco mueren por órdenes del usurpador y diez abandonan el país, culpables de complicidad con Huerta. En los restantes aparecen contradicciones y malos entendidos. Se rompe la unidad. Entran en conflicto el águila y la serpiente. El bienio 1915-1916 tiene un nombre justo: "La gran escisión revolucionaria". Las denominaciones de carrancismo, villismo, zapatismo y bandolerismo aluden a la ausencia de mando unificado, al desbarajuste, a hordas, caos, cargas de caballería a lo Villa, voladura de trenes a lo Orozco, presidencias efímeras como las de Eulalio Gutiérrez, González Garza y Lagos Cházaro, jefatura nominal de Carranza, desconcierto, sangrienta restitución, por parte de los zapatistas, de tierras, montes y aguas a los pueblos; leyes carrancistas del municipio libre, el divorcio, las relaciones familiares, el reparto de tierras y la protección a los trabajadores; fusilamientos masivos desempeñados por la puntería de Fierro; incorporación revolucionaria de los del martillo organizados en batallones rojos; asesinato de algunas luminarias de la generación nomás porque sí. El profesor Berlanga, muerto por los villistas; el profesor Palafox, muerto por sus excompañeros zapatistas; el profesor Montano, también víctima de Zapata; Argumedo, "El león de la Laguna", fusilado por los carrancistas, y Gertrudis Sánchez, herido en una acción de guerra y rematado por alguien de los suyos.

A la hora de hacer una nueva Constitución, las claras cabezas de la camada estaban de profesores universitarios en Estados Unidos o en Europa, o habían sido muertos. Al Congreso Constituyente acudieron pocos de la espuma intelectual mexicana. Al revés de lo acontecido en la Reforma, cuando la gente de más pensamiento hizo la Carta Magna de 1857, la Revolución estuvo mediocremente representada en la asamblea hacedora de la Constitución de 1917. Como quiera, ese documento lleva la marca de la generación revolucionaria, es nacionalista y socializante. A la plataforma democrático-liberal de la carta de 1857 se añaden prolijas disposiciones (artículos 27 y 123) de sabor popular (reparto de tierras, ajuste de relaciones entre capital y trabajo mediante la vigilancia oficiosa de los contratos, los derechos de organización sindical, la huelga y las garantías sobre el salario y la jornada de trabajo) y del gusto de tales o cuales sectores medios (planificación económica por parte del Estado y exilio del clero de los ámbitos de la política, de la

economía y de la distribución de la cultura).

Durante la etapa de noviciado 1908-1910, la élite revolucionaria realizó durísimas proezas corporales que cuando no se pagaron con la vida, valieron una extremidad como la del ilustre manco de Sonora, o un ojo de la cara como el del general Hay, o cicatrices como las de casi todos. En cambio, realizó pocas proezas culturales, o tal vez muchas, dado el adverso clima. Según Pedro Henríquez Ureña, las atrocidades revolucionarias "hubieran dado fin a toda vida intelectual a no ser por la persistencia en el amor de la cultura que es inherente a la tradición latina". De hecho, no sólo no murió la vida del espíritu; antes bien, produjo una renovación intelectual de tipo nacionalista cuyas máximas manifestaciones fueron: en el orden artístico, las *Disertaciones* de Jesús T. Acevedo y *La patria y la arquitectura nacional* de Ignacio Mariscal en pro de una arquitectura nuestra, la colección de pinturas sobre la vida revolucionaria que expuso Orozco en 1916, la etapa cubista de Rivera, toda la obra de costumbres mexicanas del gran pintor y dibujante Saturnino Herrán, las numerosas "vistas" de la trifulca filmadas por Toscano, *El baile de la Revolución* de Goitia, las finas transcripciones de música popular marca Ponce, y la tenacidad de Julián Carrillo, director de la Orquesta Sinfónica de México, para mantener el gusto por la buena música. En el orden de la literatura, la novela de la Revolución que inaugura Azuela con *Andrés Pérez, maderista* y *Los de abajo,* los poemas aún modernistas de Olaguíbel, Rebolledo y Rafael Cabrera y los ya francamente nuestros de López Velarde, los irónicos *Ensayos y poemas* de Torri, y la espléndida *Visión de Anáhuac,* de Alfonso Reyes; y en orden de la filosofía, dos libros de pensamiento innovador; *El monismo estético,* de José Vasconcelos, y *La existencia como economía, como desinterés y como caridad,* de Antonio Caso.

Algunas de estas frutas se producen en el exilio; otras en medio de una revolución a caballo, cruel, caótica, represiva, anticlerical, antiempresarial que no deja títere con cabeza, que se prolonga más allá de la Constitución de 1917, que aniquila a Zapata, que expide el Plan de Agua Prieta, que deja hecho un harnero a Carranza y que da el

Predominio

total y absoluto, sin compartirlo con los modernistas, a una fracción del grupo revolucionario, pues otra continúa en el destierro, otra acaba de desterrarse por fidelidad al jefe caído y otra ya no vive. En 1921 queda en México la mitad de la élite revolucionaria, casi toda entregada al disfrute de los negocios públicos.

Si se compara el elenco de la Revolución con la pléyade de la Reforma no deja de advertirse un rasgo común (el gusto por el ejercicio del poder con un propósito nacionalista), y una diferencia, pues los revolucionarios no asumen el mando con un fin enteramente liberal, que sí socializante. Revolucionarios y reformistas difieren

también en el cómo remodelar a México. Juárez y su gente apoyan la tesis del "borrón y cuenta nueva", del desahije, de la ruptura con las raíces. La hornada revolucionaria, según dicho de Octavio Paz, no concibe a México "como un futuro que realizar, sino como un regreso a los orígenes". Aquéllos y éstos concuerdan en la pasión y el irracionalismo como vías de hecho para rehacer a la patria, pero la filosofía romántica de los antiguos reformadores no es de la misma especie de las filosofías de la intuición y de la vida. Ambas promociones esgrimen filosofías beligerantes pero de signo diferente y aun opuesto. El protestantismo revolucionario fue pasatista. Del pretérito sólo se propuso remover el inmediato.

Entre 1921 y 1934, los cultos de la generación revolucionaria frecuentan seis caminos para devolvernos a nuestras tradiciones. Alfonso Reyes acaudilla, desde los países a que lo conduce su vida diplomática, el estudio del legado español que es "lo que más se nos parece". En el movimiento de retorno a la cultura helénica figuran Vasconcelos, quien desde la Universidad difunde a los clásicos; el mismo Reyes, que estudia la sabiduría griega en toda su redondez, y el padre Escobedo, traductor de muchas *Flores del huerto clásico.* El antropólogo Gamio, presidente de una obra magna sobre la población del Valle de Teotihuacan, el pintor Rivera y el poeta Mediz Bolio —éste, autor de *La tierra del faisán y del venado*—, encabezan la corriente indigenista. Desde que Cravioto descubre en 1921 *El alma nueva de las cosas viejas,* se impone la moda del desenterramiento del pasado colonial. Según Genaro Estrada, "Desentiérranse prelados y monjas, cerámica de China, galeones españoles, oidores y virreyes, palaciegos y truhanes palanquines, tafetanes, juegos de cañas, quemadores inquisitoriales, hechiceras, cordobanes, escudos de armas", gacetas de 17,000, pendones, especiería, sillas de coro, marmajeras, retratos de cera y la fabla del "habedes". Se distinguen como desenterradores de la Nueva España: el novelista Valle-Arizpe; los historiadores Castillo Ledón, Cuevas, Toro, Carreño y Romero de Teneros, y el poeta Genaro Estrada, quien descubre en sus incursiones por las colonias y los barrios pobres que la tradición de México es "realmente bella y profundamente humana."

Azuela es también el principal responsable de la llamada "Novela de la Revolución"… o ¿será Guzmán? Para José Luis Martínez ambos son poco menos que los fundadores de una auténtica literatura nacional que "adopta diferentes formas, ya el relato episódico que sigue la figura central de un caudillo, o bien la narración cuyo protagonista es el pueblo" o la autobiografía, tal *El Aguila y la Serpiente,* "o con menos frecuencia, los relatos objetivos y testimoniales". Ambos producen un género en prosa tan sabroso y optimista como lo es el corrido en verso. Como lo dice Elsa Frost, el pueblo de Azuela y Guzmán es "un pueblo inculto, casi salvaje en su furia, que se lanza a la lucha movido por instintos turbios, aunque nobles" y no trata, pues, de novelas de gente de mal corazón. Por otra parte, como el corrido, la novela

revolucionaria es moralizadora; describe la injusticia social para ver si por allí se gana la justicia social. Se trata, por supuesto, de una descripción de ojos, muy próxima a esa arquitectura visual que no fue más allá de recubrir los muros de tezontle rojo oscuro o de chiluca gris o de azulejos, y a esa pintura conocida universalmente con el nombre de muralismo mexicano.

Leo en Villoro: «El Doctor Atl redescubre la luz y la amplitud del paisaje, Diego Rivera y José Clemente Orozco (en su primera época) reproducen la vida desbordante del pueblo. El drama que vive el país se percibe y describe» con notas de júbilo. Los frescos de Orozco y de Rivera traslucen «vitalidad y fuerza y sobre todo, una ingenua confianza en la vida», y especialmente en la redención. En toda obra de esta latitud vital de la camada revolucionaria se aúna a la contemplación de la naturaleza y el hombre concretos «un sentimiento de piedad, un llamado a la caridad real… Recordemos por ejemplo, los "Franciscanos" de Orozco, la "Muerte del peón" de Rivera, el "Tata Jesucristo" de Goitia…». Se trata de una pintura plena de humanismo, patrocinada en sus comienzos por quien la vuelve hecho, por la máxima figura de la hornada, por José Vasconcelos, secretario de Educación Pública en quien se juntan todas las modalidades del equipo revolucionario mexicano: contemplación, pasión, acción; provincialismo, nacionalismo, hispanismo y universalismo; vuelta a los tatas indígenas y coloniales para partir desde el fondo, con la bendición paterna, al futuro de

La raza cósmica

Vasconcelos, apoyado por el presidente Obregón, y secundado por una buena parte del grupo generacional, puso en marcha con espíritu incontenible y con pasión apostólica, la cruzada del nuevo orden. A partir de 1921, según dice Cosío Villegas, "la educación no se entendió ya como una educación para una clase media urbana, sino como una misión religiosa (apostólica), que se lanza y va a todos los rincones del país llevando la buena nueva de que México se levanta de su letargo, se yergue", y tras de equiparse con alfabeto, pan y jabón, camina hacia un futuro que la inteligencia revolucionaria vislumbra color de rosa y la semicultura política simplemente como una nueva tierra que conquistar. Calles, el presidente enemigo de Vasconcelos y de la inteligencia en general, procura reducir la obra de éste a aquello que escupe sonoramente en Guadalajara. "Debemos entrar y apoderarnos de las conciencias de la juventud, porque la juventud y la niñez pertenecen a la Revolución", y no al contrario como lo entendía don Pepe.

Calles no es, por supuesto, el único revolucionario que cae en la tentación fascista pero sí el que, en nombre de la Revolución, restaura el fraude electoral en 1929 para impedir a Vasconcelos el ejercicio de la presidencia, y desde 1926, por medio de

comecuras, provoca una rebelión del sacerdocio y del campesinado occidentales, causante de la noche de noventa mil combatientes. De hecho, mientras gobernaron los de la generación revolucionaria no hubo paz. Como la reformista, fue una hornada henchida de agitación destructora. Combatió a dos manos contra los vetustos porfíricos y entre sí. ¿Quién no conoce la buena cantidad de héroes populares que fueron suprimidos por orden de otros ídolos del pueblo y de la misma camada? Quizá ni Hill ni Flores murieron enyerbados, pero seguramente Villa sí fue muerto por orden suprema. Tampoco murieron de muerte natural los delahuertistas Alvarado y Diéguez y el antidelahuertista Carrillo Puerto. Lucio Banco fue sumergido en el río Grande del Norte y al compadre Serrano lo atravesó una bala en la ruta de Morelos a la capital. Los que no perecieron violentamente es porque se expatriaron antes de. Así los sacerdotes de la pléyade, De la Huerta y sus amigos, Vasconcelos y sus amigos, los periodistas Zubarán, Sánchez Azcona, Elguero, Barba Jacob y Cabrera. Es innegable que quienes gobernaron en los veinte hicieron mucho por remover los obstáculos que se oponían a la práctica de los preceptos innovadores de la Constitución de 1917, y también por remover a sus antiguos camaradas. En muy poco tiempo, la élite de 1910 se volvió muy débil a fuerza de rivalidades, defecciones, malacaras, pleitos, asesinatos y cismas. En 1934 ya era tan escasa y estaba tan dividida, que hubo de cederle la chamba suprema al joven Cárdenas, quien en un bienio, y antes de la hora, arregló, calladamente, el boleto de pase a la

Etapa descendente

a la que todavía no era momiza revolucionaria, pues aún no cumplía en promedio los sesenta años de edad. Según la ley de las generaciones, a Calles se le debió mandar a volar en 1940 y no en 1936. Hasta resulta ridículo que una pléyade tan bronca como fue la revolucionaria, haya sido arrojada del poder político tan pacíficamente, sin mayor estruendo, como quien barre basura, como quien se deshace de los zapatos que ya no le gustan, como quien tira colillas de cigarro o escupe o se quita un bicho o se sacude el polvo con los dedos.

Después de que Cárdenas se sacudió a Calles, sólo una docena de veteranos de la Revolución mantuvo puestos administrativos de nota. Cárdenas conservó en su gabinete a Múgica como secretario de Comunicaciones y Obras Públicas, a Hay como secretario de Relaciones Exteriores, a Sánchez Tapia como secretario de Economía y a Hinojosa en el gobierno del Distrito Federal. En ese mismo cuatrenio del sexenio cardenista, Siurob estuvo al frente del Departamento de Salubridad; Tejada desempeñó embajadas de México en París y Madrid; Castillo Nájera, en Washington, y Fabela, en la Liga de las Naciones. En 1930, Múgica y Sánchez Tapia se levantaron de sus respectivas sillas ministeriales para ir en busca del sillón

presidencial. Y se quedaron sin asiento. Como quiera, Cárdenas no fue irrespetuoso con la minoría rectora revolucionaria. Es de recordarse, entre sus gestos de simpatía hacia sus mayores, la apertura de las puertas del país a los compatriotas revoltosos exiliados. En tiempos de Cárdenas, aunque algunos políticos no se repatriaron, la mayoría de los cien protagonistas sobrevivientes de la Revolución volvieron a reunirse y a gruñirse en la capital mexicana.

A su regreso, los revolucionarios eran otros. Regresaron con las pistolas enfundadas y las plumas en ristre. Algunos de los expulsados de la política se pasaron a la cultura. Desde que fue consumado el fraude electoral de 1929, Vasconcelos no quiso saber más de politiquerías y produjo un trío de tratados filosóficos geniales (*Metafísica, Ética* y *Estética*), un cuarteto de estupendas obras autobiográficas (*Ulises Criollo, La Tormenta, El Desastre* y *El Preconsulado)* y una *Breve historia de México,* «bestseller» en el decenio de los cuarenta. Desde que la política los abandona, Luis Lara y Roque Estrada se vuelven rememoradores de la Revolución «de entonces», y García Naranjo, Menéndez, Soto y Gama y Elorduy, agrios comentaristas de la Revolución «de ahora».

Valle-Arizpe sigue hasta su muerte en la órbita de *La Nueva España* y en tratos con *Gregorio López* y *La Güera Rodríguez*, el padre Escobedo continúa propinando *Poesía Nova et Vetera*; González Peña, el inevitable historiador de la literatura mexicana, evoca *El patio bajo la luna*; Torri no olvida lo que le tocó vivir *De fusilamientos* y reúne sus *Prosas dispersas*; Azuela rememora *Cien años de novela mexicana;* Quintana transita de los *Ensayos monetarios* y la *Economía social* a la historia de Puebla; Fernández McGregor recoge la *Mies tardía;* Mediz Bolio incursiona como guionista en el cine y como autor teatral, y Alfonso Reyes sigue de príncipe de las letras mexicanas, galardón que confirma en 1941 con un lúcido análisis del *Pasado inmediato,* en 1944, con *El deslinde, prolegómenos a la teoría literaria*, y en 1948 con un buen resumen de las *Letras de la Nueva España.*

En cuanto a artes no fue menos fecunda la vejez de la generación del centenario. Diego Rivera, aparte de hacer viajes a la URSS y retratos al óleo de ricos, decora los muros del Palacio Nacional con indios bellos y buenos y conquistadores horribles y villanos; Clemente Orozco pinta contra todo; Julián Carrillo insiste en su «Sonido Trece» y otras técnicas revolucionario-musicales.

Sesenta protagonistas de la Revolución sobrevivían aún en 1950; todos entre 65 y 80 años de edad; todos muy respetados; algunos, que no únicamente Vasconcelos, Soto y Cabrera, en plena crisis mística; muchos muy ricos; más de una docena todavía con puestos públicos de relieve; dos docenas entretenidísimos en hacer el recuento de sus virtudes, hazañas e influencias. Fueron autobiógrafos notables, además de Vasconcelos, Ocaranza, Ortiz, Rubio, Fabela, Rodolfo y Alfonso Reyes, Pani, García Naranjo, Fernández McGregor, Adolfo de la Huerta, Abelardo

Rodríguez, Vera Estañol, Miguel Alessio Robles y Artemio de Valle-Arizpe.

Pero no se crea que por haber hecho su autopanegírico, los ilustres de la Revolución han gozado post mortem de un prestigio que se empareja con el de insurgentes y reformistas. Tampoco se debe del todo al hecho de no haber habido ninguna ruptura mayor en lo establecido por la pléyade de 1910. Aquí interviene el culto mexicano a los mártires, a los destructores y a los broncos. Los tres poderes, presididos por el presidente López Mateos, llevaron a José Vasconcelos a su última morada. Badillo, Alfonso Reyes, Azuela, Caso, Ponce, Orozco, Rivera y algunos más reposan en la Rotonda de los Hombres Ilustres. Unos nueve de cada diez son epónimos de una calle por lo menos. La mayoría ya tiene estatua pública y cosa de un tercio es mentado en los discursos oficiales. En fin, pese a que fueron tan agresivos y varios corruptos, la mayoría obtuvo y mantiene prestigio. Un dúo, Villa y Zapata, sigue gozando de una enorme popularidad, sigue viviendo entre pecho y espalda de la gente menuda.

Seguramente por el carácter apasionado de sus miembros, las pléyades de la Reforma y la Revolución se emparientan. En otras cosas difieren algo. La pléyade revolucionaria tuvo mayor número de egregios de extracción rural y humilde; también acogió a un porcentaje mayor de incultos. Los reformistas emplearon la fuerza para destruir cosas y gente de un pasado aborrecido. La destructividad de los revolucionarios se ejerció en forma de suicidio. El 15% de la minoría rectora de la Revolución fue mandada al otro mundo por el resto de la minoría rectora de la Revolución. En ninguna minoría del siglo XIX se dio tan alta dosis de lucha de unos contra otros como en el equipo revolucionario en sus etapas de gestación y gestión. Por otra parte, no hubo pléyade anterior tan cercana a las mayorías como la revolucionaria. Algunos de sus protagonistas eran puro pueblo como Villa y Zapata; otros, más o menos populistas, como Madero y Obregón, y aun los aristócratas de la cultura, como Vasconcelos y Caso tenían arrastre popular. Fue una minoría humana, demasiado humana, con escasísimos ideólogos. Tuvo muchos personajes de novela y buenos novelistas. Tuvo mucha presencia y excelentes pintores capaces de conservarla. Le pertenece el primer cineasta habido en México, lo que permite volver a verla en ires y venires. Inaugura un nuevo talante de México, otra época que admite los adjetivos de nacionalista, modernizadora, algunas veces campesina, normalmente urbana. Dentro del nuevo clima, a la hornada de la Revolución le tocó jugar el papel de barbechadora.

Revolucionarios de ahora

La generación de 1915, bautizada así por Manuel Gómez Morín, o generación epirrevolucionaria, según Jiménez Moreno, o generación de los revolucionarios de

ahora, conforme a la estimativa de Luis Cabrera, o generación de Cárdenas si nos atenemos a la voz popular, fue la minoría recorta de México desde 1934, año en que el apóstol del agrarismo asume la presidencia de la República, hasta 1958 en que Ruiz Cortines le pone la banda presidencial a López Mateos. El directorio revolucionario de la etapa constructiva de la Revolución estuvo formado por cosa de trescientos individuos que se mantuvieron en el poder durante veinticuatro años. Esa gente nació con el cine, el avión, la teoría de la relatividad y otros ruidos. Menos los cincuenta nacidos en Europa, todos comenzaron en el reino de la paz porfírica. Ninguno nació antes de 1889; ninguno, después de 1905.

Por primera vez en la historia del México independiente, en la generación epirrevolucionaria figura un buen número de nativos del país del que se independizó México. Algunos son transterrados de las universidades españolas a las mexicanas por las gestiones de Daniel Cosío Villegas, los cuales se suman a la rectoría intelectual de acá a partir de 1938. Otros, llegados en fechas anteriores, figurarán en el sector de los empresarios. De éstos, sólo seis son españoles; seis, yanquis; cuatro, franceses, un italiano, un libanés y un sueco. Alrededor de cincuenta nacieron y se formaron en otros países, pero los demás son oriundos de acá y de formación mexicana en su gran mayoría. De los nacidos mexicanos, dos tercios provenían de la faja central. Hubo muy poca gente del norte.

Al contrario de la élite revolucionaria, la de 1915 no acogió a muchos del medio rural. No obstante que las cuatro quintas partes de la sociedad mexicana del fin del siglo XIX vivía en ranchos y pueblos que no llegaban a los 2,500 habitantes, sólo un quinto de la minoría rectora de los treintas, cuarentas y cincuentas nació en el campo. Aunque en 1900 la capital sólo albergaba la trigésima parte de la población de la República, parió la cuarta parte de los directores de la segunda etapa del México Revolucionario.

La gran mayoría de los trescientos epirrevolucionarios provino de horas más o menos felices. Muy pocos nacieron en ambientes incómodos o de zozobra. De los de oriundez mexicana, algunos tenían padres prófugos de la pobreza del Viejo Mundo. Por su apellido se pueden reconocer: Andreu, Bailleres, Best, Bodet, Foucher, Leduc, List, Lombardo, Maples, Maugard, Michel, Owen, Rosenblueth, Trouyet, Usigli, etcétera. Como de costumbre, en una sociedad donde nueve de cada diez de familias recibían el mote de humilde, sólo uno de cada diez los grandes de la generación cardenista provenían de familias humildes o pobretonas. Esto no quiere decir que los de 1915 hayan venido de la aristocracia o de hogares nadando en dinero. Los más reconocían orígenes pequeño burgueses. Los más tuvieron una primera infancia relativamente dichosa, incluso el epónimo de la generación.

Casi todos los epirrevolucionarios aprendieron a leer y escribir en su terruño, no siempre sin sacrificios. Marte R. Gómez dice: «No había escuelas en Reynosa. Mi

padre le encargó a mi madre que ella organizara una escuela particular… Después tuve ocasión de hacer mis estudios en diversas ciudades… Terminé mi instrucción primaria en la capital en la Escuela anexa a la Normal de Maestros». Manuel Gómez Morín recordaba: «Empecé a aprender las primeras letras de mi madre. Después, al llegar a Parral, asistí a una escuela llamada Progreso, protestante… Estuve en Chihuahua en el colegio Palmore. Más tarde fuimos a vivir a León. Allí estudié el resto de la escuela primaria». Jesús Silva Herzog rememora: «Aprendí primero en una escuela de párvulos, me pusieron en seguida en el Seminario de San Luis Potosí… en él, terminé la instrucción primaria». Según Vicente Lombardo Toledano, su aprendizaje de primeras letras lo hizo con una tía de su madre y el silabario de San Miguel. El líder de los obreros añadía: «Cuando cumplí los seis años ingresé al Liceo Teziuteco», donde se enseñaba al último grito de la moda.

La mayoría de los futuros dirigentes de la Revolución constructiva hizo los seis años de la primaria, que no el epónimo. Este apunta: «A la edad de seis años ingresé a la escuela que atendía Merceditas Vargas. Concurríamos doce alumnos con cuota de dos pesos mensuales. Dos años después ingresé a la escuela oficial de don Hilario Jesús Fajardo, en la que llegué al cuarto año». Como quiera, eso no fue lo común. Los compañeros de Cárdenas en la minoría rectora de 1915 se quemaron las pestañas en el estudio por un buen tiempo en las ciudades mayores de la república. La lucha desencadenada a partir de 1910 produjo fugas de familias de clase media y copetonas hacia las urbes más habitadas y sobre todo hacia la capital del país. Desde los inicios de la Revolución, la metrópoli, Guadalajara, Monterrey, Puebla y San Luis Potosí se volvieron ciudades de refugiados. A una de estas urbes vinieron a parar, antes del desahije, todavía niños o adolescentes, muchos de los directores de la futura patria.

Hacia 1914, lo más de la pléyade de 1915 se había juntado en la ciudad de México; la mayoría en plan de alumnos sedentes y no pocos en funciones de revoltosos andantes. Caso se acordaba de cómo sus maestros «tenían que festinar los exámenes de fin de curso porque se anunciaba la toma de México por alguno de los grupos revolucionarios». Más de alguna vez, según decía Daniel Cosío Villegas «el ruido y el estruendo fue de tal naturaleza que los profesores se ausentaron de las aulas. Alguna vez se vieron en la necesidad de dar el pase al siguiente ciclo sin examen previo. “Fue la época —dice Manuel Gómez Morín— en que los salones servían de caballeriza; en que se disparaba sobre retratos de ilustres matronas y la disputa por la posesión de un piano quedaba resuelta con partirlo a hachazos entre los disputantes, lo más equitativamente posible». Aun los que andaban metidos en la bola, como Lázaro Cárdenas, recordarían después con estremecimientos de desaprobación lo que pasaba en 1914 y 1915 en la capital; alegrías altamente alcohólicas, juergas prostibularias, aprehensiones injustas, plagios, fusilamientos y robos al por mayor. En el mismísimo carro del general Villa, del ilustre jefe de la

División del Norte, la oficialidad se repartía los anillos, relojes y carteras de los fusilados la noche anterior. Para los futuros mandamases de México, aquello fue una dura y larga pesadilla; ninguno olvidaría el famoso

Año de 1915

por haber sido un año de hambre y desorden extremos. Ese año los trescientos componentes de lo que será a partir de 1934 la generación del quince todavía no formaba cuerpo. Cosa de treinta eran revolucionarios. Un par se decía villista; un cuarteto, zapatista, y los demás, seguidores de Carranza. No obstante que los tiempos no eran propicios para los negocios, unas cincuenta personas de las trescientas consideradas aquí y ahora ya daban muestra de que serían empresarios notables. También apuntaba desde entonces el grupo de los cuarenta eclesiásticos de la generación. La mitad de los futuros curas ya estudiaba para eso.

El sector intelectual, un tercio de la élite epirrevolucionaria, pues por algo se le llamó «generación de los siete sabios», todavía en 1915 tenía a la casi totalidad de sus miembros en la clausura de primarias, preparatorias y universidades. La mayoría del futuro pelotón intelectual estudiaba en la metrópoli, casi todos en la Escuela Nacional Preparatoria o en la Escuela Nacional de Jurisprudencia. Un tercio de los cien intelectuales decisivos de 1915 obtuvo el diploma de abogado; dieciocho, el de médico; doce, el de ingeniero. Unos veinte de los intelectuales de la generación sin título universitario porque entonces era difícil hacerse de un título. Enrique Krauze cuenta que muchos de los antiguos e ilustres maestros de la universidad se habían ido del país, algunos por la fama de porfiristas, otros «por haber tenido puestos en el gabinete de Huerta, o por haberse sumado a una fracción derrotada de la Revolución», y los demás simplemente porque le escabullían el cuerpo al hambre, los balazos y las cárceles. En 1915, los institutos de alta cultura retenían a muy pocos catedráticos de las generaciones científica, azul y de la revolucionaria. Esto priva a los jóvenes de la vista y la palabra de Justo Sierra y otros egregios y les permite ser pedagogos en plena inmadurez. La Universidad acude a chavales lúcidos como Antonio Castro Leal, Manuel Gómez Morín, Vázquez del Mercado, Lombardo y Cosío para mantener la docencia universitaria. De los grandes sólo enseñarán Antonio Caso y Pedro Henríquez Ureña. Los jóvenes suplen la falta de maestros con la lectura de Bernard Shaw, G.K. Chesterton, Bertrand Russell, Henri Bergson, Jacques Maritain, André Gide, Miguel de Unamuno, José Ortega y Gasset, Azorín, Antonio Machado, John Dewey, William James, Karl Marx, Oswald Spengler, Sigmund Freud, Max Scheler, Edmund Husser y Benedetto Croce, que les permitieron estar al día en los ismos filosóficos de los veinte (historicismo, materialismo, neotomismo, pragmatismo, raciovitalismo y otros), en las corrientes

literarias y artísticas en boga y en algunas novedades de las ciencias sociales, especialmente en sociología y economía. Además, no pocos de aquellos alumnos-catedráticos llegaron a saber lenguas. Como de costumbre, el idioma francés, pero además la lengua inglesa y aun la alemana.

El sector político de la minoría rectora que nos ocupa superaría en cultura a sus predecesores. Los más de los grandes de la política mexicana entre 1934 y 1958 fueron alumnos universitarios. En esa generación hubo muchos «lics» en los principales puestos de la administración pública: Lic. Miguel Alemán, Lic. Agustín Arroyo Ch., Lic. Silvano Barba González, Lic. Ramón Beteta, Lic. Rodolfo Brito Foucher, Lic. José Angel Ceniceros, Lic. Ignacio García Téllez, Lic. Jesús González Gallo, Lic. Efraín González Luna, Lic. Tomás Garrido Canabal, Lic. Xavier Rojo Gómez, Lic. Vicente Lombardo Toledano y algunas docenas más. Aunque no tuvieran la licenciatura en derecho, a muchos políticos de aquella camada generacional se les decía licenciados para no faltarles al respeto. Para la generación de 1915 fue más importante el título de licenciado que el de general aunque en

Los pininos

del grupo sonaron los nombres de algunos jefes militares. La mayoría de los milites de la generación de 1915 ya ostentaba ese año grado de jefes mayor, coronel o general. Así Francisco L. Urquizo, Matías Ramos, Pablo Macías, Celestino Gasca, Gustavo Baz, Francisco Carrera Torres, Marcelino García Barragán, Juan Andrew Almazán, Rubén García, Lázaro Cárdenas, los hermanos Ávila Camacho, Agustín Olachea, Miguel Henríquez, Roberto Gómez Maqueo y muchos otros. Cárdenas fue general a ios veinticinco años y algunos de sus compañeros, antes de cumplir esa edad. Varios militares de veintiún años o poco más desempeñaron puestos políticos de nota en los regímenes de Carranza y de la Convención. Con apenas la mayoridad de los veintiuno, inician su militancia política Tomás Garrido Canabal, desde muy joven, gobernador de Tabasco; Antonio Villalobos, como diputado federal por Oaxaca; Ramón F. Iturbe, como gobernador de ese estado y Alberto Salinas en plan de director del Departamento de Aeronáutica.

Al triunfo de la revolución de Agua Prieta, los jóvenes políticos y militares de 1915, todavía veinteañeros, desempeñaron altísimos puestos públicos: Aarón Sáenz (29 años), gobernador de Nuevo León; Lázaro Cárdenas (25 años), gobernador de Michoacán; Froylán Manjarrez (28 años), gobernador de Puebla; otra vez Tomás Garrido (25 años), gobernador de Tabasco; Vicente Lombardo Toledano (29 años), gobernador de Puebla; José Parrés (30 años), gobernador de Morelos y algún otro. Antes de los treinta y cinco cumpleaños, estuvieron en el gabinete presidencial Aarón Sáenz, Genaro Vázquez, Romero Ortega, Francisco Serrano, Luis Montes de Oca y

Gonzalo Vázquez Vela.

También los intelectuales de la generación comenzaron a pontificar y a hacerse oír desde muy jóvenes. Jaime Torres Bodet da a luz su primer *Fervor poético* a los 18 años; cumple los 21 como secretario particular del secretario de Educación Pública, y llega a los 30 con la fama de ser autor de nueve poemarios, dos novelas y dos libros de crítica. La fama de Gilberto Owen comenzó con *La llama fría,* encendida a los veinte años de edad. Desde esa edad, Salvador Novo se da a conocer como uno de los más fecundos y feroces críticos de México. Antes de cumplir cinco lustros, Carlos Gutiérrez Cruz versifica su *Sangre roja*; Carlos Pellicer da cuenta de los *Colores en el mar,* José Gorostiza compone *Canciones para cantar en las barcas;* Bernardo Ortiz de Montellano manifestó su *Avidez poética;* y Manuel Maples Arce, con sus *Andamios interiores,* dio lugar a que los enemigos de los estridentistas, como se autonombraron Maples Arce y compañía, dijeran de ellos: «Andamos inferiores». Desde muy chavales, Francisco Monterde, Julio Jiménez Rueda y Alfonso Junco recibieron burlas por su afán de escribir al modo de la Nueva España.

Los hombres de empresa de 1915 no fueron menos precoces, quizá porque el río revuelto de la Revolución se prestaba a buenas ganancias de toda clase de pescadores. También los ensotanados, cuya aparición en público suele ser tardía, asomaron la cabeza muy pronto, especialmente los jesuitas Agustín Pro, Jaime Castillo, Joaquín Sáenz, Julio Vértiz y Eduardo Iglesias, y los futuros obispos Manuel Pío López, Miguel Darío Miranda, Manuel Martín del Campo y Fernando Ruiz Solórzano.

En los veinte, la minoría rectora epirrevolucionaria asume perfiles propios que servirán para distinguirla de la minoría en el poder. En lo físico, los epi son de tez más clara que los revolucionarios. La nueva hornada procura vestir como en Europa y Estados Unidos; es gente de chaqueta, chaleco y pantalones planchados. Esconde la pistola, pero no deja de portarla. Se cubren con sombreros de ala corta y ya muy pocos usan la texana. En la nueva minoría sobresalen los hombres de índole sanguínea: laboriosos, prácticos, extrovertidos, deportivos, observadores, conciliadores, vanidosos y golosos. Las pugnas existentes en la hornada de 1915 son una nadería al lado de los pleitos entre revolucionarios. Sus odios rara vez llegan a la aniquilación del enemigo. Es gente juiciosa por «haber visto —según Margarito Ledesma— cosas muy duras en nuestras revoluciones, estropicios, quemazones, golpizas y colgaduras». A los jóvenes del 15 les repugna el desorden revolucionario, la improvisación de la vida pública, el conocimiento superficial de las realidades de México, la poca consistencia de los propósitos y los métodos de salvación pública, y el ningún interés en los últimos gritos de la técnica.

La rama intelectual de la minoría rectora epirrevolucionaria asume plenamente el aforismo de Ortega: «Yo soy yo y mi circunstancia y si no la salvo a ella no me salvo yo». Se sienten destinados a «hacer algo por México», a «hacer una cosa mejor» que

la hecha por los revolucionarios, a construir una sociedad habitable con la puesta en práctica de los principios de la razón, con apoyo en el conocimiento, de acuerdo con la técnica. Se afierran a «la decisión de convertirse en hacedores de un México nuevo», pero con un espíritu tranquilo. La impaciencia por conquistar el paraíso los condece a errores tácticos. Todos quieren hacerlo todo; conocer la realidad mexicana, diseñar planes salvadores, poner en práctica las soluciones halladas. Todos quieren hacerlo a la vez: el diagnóstico, la medicina y la aplicación del remedio. Al unísono tratan de asir simultáneamente el binocular, la pluma y la pala.

Los de 1915 elaboran desde muy jóvenes una nueva imagen de México hecha a las volandas y con poco trabajo de campo. Sus autores (Daniel Cosío Villegas, Jesús Silva Herzog, Samuel Ramos, Manuel Gómez Morín, Gilberto Loyo, Xavier Icaza, Jorge Cuesta, Alfonso Teja Zabre, Luis Chávez Orozco, Lucio Mendieta y Núñez) no obraron, por los apuros del momento, tan minuciosa y científicamente como hubieran querido. Cosío publica en 1924 las versiones taquigráficas de algunas de sus lecciones en la Facultad de Jurisprudencia con el nombre de *Sociología mexicana,* donde rechaza «la idea de que México es país de extraordinaria riqueza natural», y la sustituye con la tesis: «Somos pobres no sólo económica sino naturalmente». Gómez Morín da a luz en 1927 su ensayo *1915*, que es una autognosis de su propio grupo con algunas referencias a México en general. Cinco años más tarde, Ramos, con el aprovechamiento metódico de las teorías psicológicas de Adler, traza *El perfil del hombre y la cultura en México,* descubre un mexicano fantasioso, susceptible, apasionado, y con fuertes sentimientos de inferioridad. Ramos analiza tres tipos (el pelado, la clase media y el burgués), en los que encuentra rasgos psíquicos comunes a los tres: inconciencia de «la realidad de su vida, es decir, de las limitaciones que la historia, la raza, las condiciones biológicas imponen a su porvenir»; recelo «de cualquier gesto, de cualquier movimiento, de cualquier palabra, impulsividad o naturaleza explosiva. Ramos ve, no sólo en la minoría rectora de la Revolución sino también en la mayoría dirigida, que la pasión ha llegado a convertirse en una necesidad. Esto obliga a todo el que quiere atraer la atención sobre lo que hace o lo que dice, a subir la voz, a extremar los gestos, a violentar las expresiones para impresionar al auditorio. Ramos asegura que los gestos apasionados, las susceptibilidades y las fantasías son «ardides instintivos», máscaras disimuladoras del verdadero sentir del mexicano, de su sentimiento de inferioridad o de minusvalía que ha contraído en el curso de la historia a causa de una serie de reveses: la conquista española, la supeditación de los criollos a los peninsulares en el virreinato, la discordia social que siguió a la independencia, la derrota de 1848 infligida por los yanquis, la invasión francesa, el estereotipo que hicieron del mexicano las naciones extranjeras en el siglo XIX, y otras desventuras. Por ser el sentimiento de minusvalía producto de la historia, Ramos lo ve superable. Cuando el mexicano «escape del

dominio de las fuerzas inconscientes […] comenzará una segunda independencia, tal vez más trascendente que la primera, porque dejará el espíritu en libertad para la conquista de su destino».

Aunque el cenáculo de 1915 se hizo una idea pesimista de México, nunca dejó de creer en la posibilidad de redimirlo. Cosío, después de adornar el territorio mexicano con las máximas limitaciones, propuso la superación de tal inconveniente mediante «el esfuerzo del trabajo y la educación del pueblo». Xavier Icaza, en *Magnavoz 1926,* clasificó las ideas que se disputaban la salvación nacional en cuatro tendencias: mística, conservadora, comunista y nacionalista. Las soluciones propuestas por los hombres de negocios fueron de corte liberal, pero no libres de inquietudes sociales. Los Garza Sada creían que «el lucro no es renta para satisfacciones agiotistas, sino instrumento de reinversión para el progreso económico y social». Por lo general, las soluciones propuestas entonces por intelectuales, soldados, políticos y aun hombres de negocios y gente de sotana eran de inspiración socialista. Los de la élite sacerdotal y algunos pensadores muy adictos a ella, como Alfonso Junco, bebieron en la *Rerum Novarum* de León XIII y en diversas obras de Maritain. Las del sector intelectual laico, con no pocas excepciones, fueron deudoras cercanas del marxismo. Hubo un momento en que la Revolución Rusa atrajo la devoción de los jóvenes intelectuales de 1915. En 1919, Gómez Morín le confesó a un amigo que «la organización, tendencias y procedimientos de la República Federal Socialista de los Soviéts le había cautivado». Durante los veinte, Arqueles Vela, José C. Valadés, Manuel Maples Arce, Ramos Pedrueza, José Mancisidor, Miguel Othón de Mendizábal, Juan de la Cabada y muchos más proponen caminos de renovación de tinte rojo y ruso. En general, los máximos líderes obreros, aunque no se suman a las filas del Partido Comunista e incluso las combaten, usan pensamiento de tinte socialista.

De hecho, el plan salvador más reiterado por la mayoría de los protagonistas de la generación de 1915 podría llamarse nacional socialista si ese nombre no tuviera, por culpa de los nazis, una nota infamante. Se trata de una fórmula hecha con fragmentos de varias ideologías aparentemente contradictorias, que acepta las tendencias liberales y socialistas de la Constitución de 1917, que hace caber en el mismo jarrito la libertad y la justicia social, la iniciativa privada y la intervención del Estado en la actividad económica, el nacionalismo económico y las inversiones extranjeras, el fundo colectivo y la pequeña propiedad privada, el fomento de la industrialización y de las organizaciones obreras, la democracia y la dictadura, la división de poderes y la supremacía del poder ejecutivo, el régimen federal y la centralización política, la integración racial y el indigenismo, la tolerancia religiosa y las restricciones al culto católico, la libre expresión y el control estatal de los planteles educativos, la mala y buena vecindad con el poderoso imperio de Estados Unidos.

Pese a las divergencias en el diagnóstico y en los planes salvadores, todos los de

1915 coinciden en que la patria está enferma de una enfermedad curable y que el remedio requerido para conseguir la salud es fácilmente accesible y de fácil aplicación. También creen que la hornada revolucionaria, por su incultura, por sus disensiones internas, por su creciente impopularidad, por su falta de ideas, no es capaz de conducir a México por el buen camino. Esto no quiere decir que deploren todo lo hecho por la generación anterior ni que se malquisten con ella. Los de 1915 se llevan muy bien aparentemente con sus predecesores. Los revolucionarios, violentos por naturaleza, no encuentran contrincantes en los epirrevolucionarios. Éstos, enemigos de toda ruptura, suceden en el poder a aquéllos, parcialmente a partir de la muerte de Obregón en 1928, y del todo en 1936, con motivo de la fuga aérea de Calles.

Desde 1928 se puso de moda el arribo a la cúspide del poder y de la influencia de personas de la generación de 1915 que apenas tenían en promedio una edad de 30 años, pues ninguna era mayor de cuarenta y no faltaba la de sólo veinticinco. El presidente Emilio Portes Gil se rodea de un gabinete presidencial de treintañeros. Luis Montes de Oca, Marte R. Gómez, Ezequiel Padilla y José Aguilar y Maya. En 1929 sube a la presidencia Pascual Ortiz Rubio y escoge un ministerio de muy jóvenes: Carlos Riva Palacio, Juan Andreu Almazán, Lázaro Cárdenas, Narciso Bassols y otra vez Montes de Oca. Durante la jefatura del general Rodríguez (1932-1934) aumentó el número de secretarios, subsecretarios, oficiales mayores y gobernadores treintañeros. Sirvan de botón de muestra: los secretarios de Gobernación, Eduardo Vasconcelos; de Industria y Comercio, Primo Villa Michel; de Guerra, Lázaro Cárdenas; de Hacienda, Marte R. Gómez, y otros.

La mayoría de los políticos de 1915 navegaban entonces con la bandera roja. De hecho, casi todos eran partidarios del reparto de tierras en forma de ejidos. Quizás eran menos los aspirantes a una ejidización de las fábricas parecida a la de los latifundios, pero seguramente todos pugnaban por el alza de salarios fabriles, por la mejoría de condiciones de trabajo en talleres y fábricas y por la hechura de vigorosas confederaciones obreras. Al comenzar los treinta, los líderes obreros, salvo dos, eran de la generación epirrevolucionaria: Vicente Lombardo, artífice de la CROM depurada; Fidel Velázquez, Fernando Amilpa… También desde los días del Maximato empiezan a sonar los nombres de un nuevo tipo de empresario laborioso, perseverante, ahorrador, enamorado de la técnica y el éxito, los nombres de Máximo Michel, promotor de las compañías de seguros; Ángel Urraza, rey del hule; Raúl Bailleres, banquero, lo mismo que Bernabé del Valle, Leopoldo Plazuelos y Eloy Vallina; los industriales Gunnar Hugo Beekman, Emilio Azcárraga, Carlos Prieto, José Domingo Lavín, Eugenio y Roberto Garza Sada, Miguel Elías Abed y tres docenas más. Pero el mayor ruido lo hizo el nombre de un hombre de la serie política que en 1934, con sólo 39 años encima, sube a la presidencia de la República e

instaura el

Imperio epirrevolucionario,

la era de los lanzadores de la revolución institucionalizada, de quienes en el segundo lustro de los treinta, todos los cuarenta y los cincuenta, lanza montones de lemas: «Produzca lo que el país cosume; consuma lo que el país produce», «Unidad nacional», «Concordia internacional», «Máquinas y escuelas», «Estabilidad y progreso», etcétera. La élite epirrevolucionaria se entrega afanosamente a la tarea de construir moldes que permitan el desarrollo armónico de la nacionalidad. Se confeccionan cauces para los ríos de la política, la economía, el cambio social y la marcha de la cultura.

Por lo que mira a lo político, los de 1915 en el poder, toman muy en serio lo del Estado «papá». Los nuevos grandes rediseñan en 1935 y 1946 un partido fundado en 1929 que jamás debía perder. Gómez Morín y González Luna inventan el PAN para los afectos a la oposición de derecha. Lombardo confecciona el PP para los proclives a la oposición de izquierda. Los tres poderes aprueban la hegemonía del ejecutivo para no perder la forma de pirámide que nos legaran nuestros antepasados. El poder ejecutivo se entrega todopoderoso y paternal a la hechura de secretarías de Estado que hagan eficaces a la Marina Nacional, el Trabajo, el Patrimonio Nacional, los servicios de salud y los recursos hidráulicos. Se fundan también unas presecretarías llamadas departamentos autónomos, hechas con el fin de atender apetencias de agraristas, turistas y otras especies humanas de nueva creación. Se crean institutos del Seguro Social y de esto y de aquello. Se inicia una etapa francamente institucional en la que cada quien toma su derecha por no interferir el tránsito a los demás. Al «Instituto Armado» se le constriñe a volver a sus funciones. Dejan de verse militares al frente de gubernaturas y ministerios. El gobierno policiaco es sustituido por el gobierno paternal, regulador de las actividades productivas, reglamentador de la higiene y la salud, árbitro de los grupos sociales antagónicos, generador y controlador de los partidos políticos, educador, moralizador, enfermero, profiláctico y salutífero.

Para el logro del orden y el avance económico, que desde 1938 se vuelve la máxima meta nacional gracias a la élite de 1915, gobierno e iniciativa privada, a dúo y a solas, erigen instituciones muy fuertes y de toda índole: Nacional Financiera, Banco Nacional de Comercio Exterior, Banco Nacional de Crédito Ejidal, ANDSA, UNPASA, FINASA, BNC, BI, DAF, parques nacionales, ley forestal, ley de caza, leyes industriales, Departamento Técnico de Minería, Consejo de Recursos Naturales no Renovables, Comisión de Fomento Minero, Comisión Nacional de Energía Nuclear, Comisión Federal de Electricidad, Altos Hornos de México, Hojalata y Lámina, Petróleos Mexicanos, Comisión del Maíz, Comisión del Café, comisiones de

las cuencas de tal y cual, multitud de empresas del gobierno y de particulares emprendedores y pesudos: Palazuelos (Cámara Nacional de Comercio), Bailleres (Crédito Minero y Mercantil, Crédito Hipotecario y Crédito Afianzador), Sáenz (Azúcar, S.A.), Galas (negocios de litografía), Larín (industrias metálicas), Urraza (Goodrich Euzkadi), Vallina (Banco Comercial Mexicano), Rodolfo Elías Calles, Carlos Trouyet y tantos contratistas, constructores y fraccionadores. Políticos, empresarios y aun intelectuales utilizan la coyuntura de la Guerra Mundial para poner en acción el despegue y la modernización de México. Como en tiempos de don Porfirio, la meta del progreso (ahora con el nombre de desarrollo) se vuelve la obsesión de la élite de 1915. En los decenios de los años cuarenta y cincuenta todo fue búsqueda de modos para salir de pobres.

Con todo, el mayor vuelco se dio en asuntos religiosos. Los de 1915 lograron el pase de una campaña antirreligiosa dura y cruel a una tolerancia de credos no indigna de los países nórdicos del Occidente. La élite epirrevolucionaria fue más incrédula, incluso en su sector clerical, que ninguna de las anteriores. La indiferencia religiosa de los prohombres de 1915 es quizá su principal característica. La mayoría, desde la juventud dejó de creer, sentir y practicar la religión católica. Algunos siguieron confesándose católicos y más de alguno protestante, pero muy pocos, incluso los sacerdotes, son comparables por su intolerancia y fervor religioso a aquellos obispos tan beligerantes de la generación revolucionaria. Lo mismo puede decirse de los que abandonaron las prácticas religiosas. Ninguno padeció el virus antirreligioso de un Calles y de varios de sus compañeros de tanda. Habría que decir que ésta fue la primera minoría claramente inmanentista de la historia de México, lo que no excluye que las siguientes hayan sido aún menos trascendentalistas o más irreligiosas. Fue una hornada que por ser más proclive a la razón que a la fe, no obstante su actitud populista, nunca llegará a ser verdaderamente popular, siempre se mantendrá distante del pueblo. Ni la reforma agraria ni el fomento del sindicalismo conseguirán unir a las masas creyentes con su minoría rectora descreída.

No menos notable fue la acción estrictamente intelectual de los de 1915, reforzada por la pléyade de intelectuales españoles, sobre todo por los de la misma camada: Pedro Boch Gimpera, Manuel Martínez Pedrozo, José Bergantín, Joaquín Xirau, Enrique Rioja, José María Gallegos Rocafull, Luis Buñuel, Juan Comas, José Gaos, Eugenio Imaz, Pedro Garfias, Luis Cernuda, Max Aub, Wenceslao Roces, Faustino y Francisco Miranda, Juan Rejano, José Medina Echeverría y Ramón Iglesia. Con la ayuda de los transterrados españoles, los epirrevolucionarios de acá se dieron a la fundación de institutos culturales que debían profesionalizar la cultura mexicana, que debían substraérsela a la intuición y dársela al método y a la técnica. Entre los muchos sabios de la generación de 1915, fundadores de albergues de sabiduría, se acostumbra citar a Jesús Silva Herzog (*Cuadernos Americanos*, Escuela

de Economía), Lucio Mendieta (Instituto de Investigaciones Sociales), Ignacio Chávez (Instituto Nacional de Cardiología), Luis Enrique Erro (Observatorio Astronómico de Tonanzintla), Manuel Martínez Báez (Instituto de Enfermedades Tropicales), Ramón Martínez Silva (Universidad Iberoamericana), Jesús Guisa (*Lectura* y *Polis*), Vicente T. Mendoza (Sociedad Folcklórica de México), Eugenio Garza Sada (Instituto Tecnológico de Monterrey), Antonio Castro Leal (Colección de Escritores Mexicanos), Gabriel Méndez Plancarte (*Abside*), Manuel Gómez Morín (*Jus*), Alfonso Caso (INAH e INA), Lázaro Cárdenas (Instituto Politécnico Nacional), Manuel Ávila Camacho (Escuela Normal Superior), Daniel Cosío Villegas (Fondo de Cultura Económica, El Colegio de México, *Historia Mexicana, El Trimestre Económico* y *Foro Internacional).*

La autognosis de México sigue su marcha. Los indigenistas continúan asidos al prejuicio de que la esencia de la mexicanidad es la indianidad. Caso, con técnicas de arqueólogo y de historiador, recobra las civilizaciones de mixtécos y aztecas. Mendizábal da con los modos de producción de algunas comunidades del antiguo México. Barrera Vázquez descubre aspectos olvidados de la civilización maya. Garibay ahonda en la filosofía espiritual (*historia de la literatura náhuatl*), mientras García Granados compila un *Diccionario biográfico de historia antigua de México.* Los mantenedores del prejuicio hispanista, de que los buenos y los malos modos nos vienen de la colonización española tricentenaria, emprenden sesudas investigaciones acerca de un mexicano muy representativo por crepuscular como lo es *Juan Ruiz de Alarcón* visto por Castro Leal, o sobre *El arte colonial* y especialmente el barroco, donde don Manuel Toussaint encuentra el meollo de lo mexicano. Junco, colonialista desmesurado, hace una *Inquisición sobre la Inquisición* para demostrar que el león hispano fue menos fiero de como lo pintan. Chávez Orozco, hispanófobo hasta las cachas, inquiere acerca de la lucha de clase y los modos de producir de los españoles de la era colonial.

Los más de los epirrevolucionarios en busca del alma propia siguen pensando que no hace falta remontarse a la época de dominio de los hombres blancos y barbados, ni a la edad de los hombres morenos y lampiños para tomar el pulso y los demás signos vitales a su México. El abogado Martínez Báez descubre en la trama de la independencia la prefiguración del México actual. Valadés explora el siglo XIX a través de sus periodos y personas sobresalientes: etapa santánica, Alamán, Ocampo, Juárez, *El Porfirismo.* Desde 1948 Cosío Villegas inicia la mayor hazaña intelectual de la generación: la *Historia moderna de México,* publicada en diez altos y rechonchos volúmenes. Cosío, con la técnica de investigación mejor cotizada en el mercado científico de ahora y con el material más resistente de bibliotecas y archivos de aquí y de fuera, emprende una vasta imagen de la vida nacional moderna en la que retaca lo que puede sin ofensa para el arte y los lectores: lo capitalino y lo

provinciano, la vida de ritmo lento y la relampagueante, las actividades encaminadas a conseguir el pan y las que dirigen sus pasos a la consecución del poder y del saber.

La generación de 1915, en su etapa de gestión se esmeró en lo inmediato y el presente, en el conocimiento del siglo XIX y en lo que va de la actual centuria. El general Urquizo acaba en fácil y ameno cronista de la vida airada de los años 1910-1920. Taracena reúne en *La Verdadera Revolución Mexicana* la efemérides más vastas que se han hecho hasta ahora sobre cualquier época de la historia de México. Mancisidor, biógrafo de Marx y Lenin, aplica su enfoque marxista a la *Historia de la Revolución Mexicana,* negocio en que lo precede Teja Zabre.

Merecen otro párrafo las aportaciones al conocimiento de nuestro pasado nacional debidas a transterrados españoles. Con rigor metódico y pasión nacionalista, Agustín Millares Carlo labra tres instrumentos indispensables para la investigación de lo mexicano: *Bibliografía de Bibliografías Mexicanas, Album de paleografía hispanoamericano* y *Repertorio bibliográfico de los archivos mexicanos*; Ramón Iglesia revive a *Los cronistas e historiadores de la conquista*; José Miranda explora *El tributo indígena en Nueva España, España y Nueva España en la época de Felipe II* y *Las ideas e instituciones políticas del mundo colonial,* y José Gaos promueve la máxima revolución en el campo de los estudios históricos, con las exploraciones suyas y de sus alumnos acerca de la mentalidad mexicana desde que se vuelve nacionalista y moderna en el siglo de las luces.

Otros españoles incorporados a la generación reconstructora en 1940 prefirieron desde su llegada incorporarse al movimiento de investigación del presente nacional. Así Medina Echeverría, inteligente divulgador de Weber, Mannheim y Freyer, que enriquece las investigaciones sociales en las que ya estaban Mendieta y Núñez, Lombardo, Mendizábal, Silva Herzog, Caso y el folclorista Mendoza. Otros españoles coadyuvan a la investigación de los problemas económicos de México junto a los mexicanos por nacimiento Silva Herzog, Cosío Villegas, Bassols, Villaseñor, etc. Otros más, aunque de manera menos ostentosa, ayudan a la comprensión del sistema político mexicano, preocupación temprana de Gómez Morín, González Luna, Cosío y Lombardo. También españoles y mexicanos al unísono se ponen a estudiar las instituciones jurídicas contemporáneas de su patria. En suma, la generación epirrevolucionaria supera a la inmediatamente anterior en su afán de conocer a México en toda su redondez, desde las raíces hasta el copete y desde la cáscara hasta el hueso. Y además, pone un particular empeño en difundir la imagen del México nuevo y de sus proyecciones inmediatas.

El cine, desde que se vuelve sonoro en 1930 hasta mitad del siglo, propala, por obras de los directores Fernando de Fuentes, Juan Bustillo Oro, Arcady Boytler, el genial Luis Buñel y varios más, las características de la emulsión revolucionaria: charrería, valor a toda prueba, uso inmoderado de la pistola, madrecitas santas,

galimatías, amores eternos, prostitución, hacendados y capataces adictos al derecho de pernada y al azote, matrimonios rumbosos, esposas sumisas, machismo, religiosidad litúrgica, desigualdad social, miseria y riqueza, héroes revolucionarios, bandidos generosos, paisajes, como *El Tigre de Yautepec, El héroe de Nacozari, La mujer del puerto, El compadre Mendoza, Chucho el Roto, Rebelión, ¡Viva México!, Janitzio, Vámonos con Pancho Villa, El Tesoro de Pancho Villa, Juan Pistolas, El calvario de una esposa, Cielito Lindo, Allá en el Rancho Grande, Las cuatro milpas, Bajo el cielo de México, Así es mi tierra, Huapango, La Adelita, Abnegación, Tierra Brava, México lindo, Padre de más de cuatro, Hambre, El indio, A lo macho, Juan sin miedo, Mujeres y toros, Los de abajo, El Charro Negro, Allá en el Rancho Chico, El jefe máximo, Ay Jalisco no te rajes, Del rancho a la capital, Allá en el trópico, La abuelita, Soy puro mexicano, ¡Qué lindo Michoacán!, La Virgen Morena, Santa, El Rayo del Sur, Allá en el Bajío, La china poblana, La vida inútil de Pito Pérez, Porfirio Díaz, El Mexicano, Las abandonadas, Como México no hay dos, Hasta que perdió Jalisco, ¡Ay qué rechulo es Puebla!, Enamorada, Ahí está el detalle, Nosotros los pobres, Juan Charrasqueado, Ustedes los ricos, Sólo Veracruz es bello, Arriba el Norte, Los olvidados, El Siete Machos, Madre Querida, El señor Gobernador, Las mujeres de mi General, El gendarme desconocido, Tacos joven, Acá las tortas, Subida al cielo, Si yo fuera diputado, Ni pobres ni ricos, De ranchero a empresario, Los orgullosos, Las cariñosas. Ella, Él, Nosotros, Memorias de un mexicano* y numerosos churros, típicos, violentos, dulces, nostálgicos, anhelantes, dramáticos, cómicos, chovinistas, malinchistas, rurales, urbanos, de izquierda, de derecha, con mensaje lopezvelardiano: «Patria, te doy de tu dicha la clave: sé siempre igual, fiel a tu espejo diario». La élite política e intelectual bautizada por Jiménez Moreno con el nombre de epirrevolucionaria, accede a los cuarenta años a la hegemonía y la cede a los sesenta y dos; la disfruta por cuatro lustros y medio, por más tiempo que los científicos y con mejor ventura. En 1958 el epirrevolucionario Ruiz Cortines le pasa los trastos de la presidencia a un hombre de la generación siguiente, al neocientífico López Mateos, y emprende de inmediato la

Retirada

a los cuarteles del dominó. Y aunque no todos los inmiscuidos en la vida pública siguen el ejemplo de Ruiz Cortines, pues en los gobiernos de López Mateos y Díaz Ordaz más de algún sesentón consigue acomodo en el Congreso, o un sitial en la Suprema Corte, o las secretarías de la Defensa y Educación, o una embajada, o un liderazgo en partido de oposición, la gran mayoría orgullosa por haber dejado institucionalizada a la Revolución y en manos de gente tan pulcra y razonable cómo son los neocientíficos, se marcha de los negocios públicos, ya para disfrutar los

ahorritos obtenidos mientras fueron servidores de la nación, ya para aplicar su experiencia en la dirección de negocios privados y casi siempre propios, ya para recibir homenajes de sus agradecidos sucesores, ya para ponerse a escribir su autopanegírico.

En 1958 vivían aún dos de cada tres epirrevolucionarios de la élite. Muy pocos habían muerto de muerte violenta; muy pocos por decisión de un homicida, y un número apreciable por accidente automovilístico. De los que se jubilaron con alma y cuerpo en buenas relaciones, cuatro murieron al otro día de la jubilación generacional. De los restantes, un quinto se vuelve ojo de hormiga; un tercio, noticia en la sección de sociales de los periódicos; y la mitad, elemento activo de la república de las letras o del gremio de los artistas. De los que dedican su agerasia a labores culturales, tres lo hacen en el coto de la reflexión filosófica; ocho en el de las ciencias exactas y naturales; siete en el de las ciencias sistemáticas del hombre y la cultura; treinta en el ámbito de las investigaciones históricas; siete en los múltiples recovecos de la comunicación masiva; cinco en la creación literaria y otros tantos en el mundo de las bellas artes. Entre 1958 y 1970 los epirrevolucionarios producen dos docenas de obras memorables; cinco filosóficas (*De la filosofía, Del hombre* e *Historia de nuestra idea del mundo,* de Gaos; *Cerebro y mente, una filosofía de la ciencia,* de Rosenblueth, y *Estudios estéticos,* de Ramos); dos de ciencias humanas (*El problema educativo en México,* de García Téllez; *La reforma agraria de la América Latina*, de Mendieta y Núñez); numerosos artículos científicos; doce obras historiográficas (*Historia sucinta de Michoacán,* de Bravo Ugarte; *Humboldt y México,* de Miranda; *Autobiografía de la Revolución Mexicana,* de Portes Gil; *Siete años con Carranza*, de Urquizo; *Panorama literario de los pueblos nahuas,* de Garibay; *Ramón López Velarde*, de Monterde; *El tesoro de Montealbán,* de Caso y de otros; *Camino a Tlaxcalantongo,* de Beteta; *Historia general de la Revolución,* de Silva Herzog; alguna de las biografías de Torres Bodet y la segunda mitad de la diezvoluminosa *Historia moderna de México,* de Daniel Cosío Villegas); ocho libros de creaciones literarias (*La creación, La tierra pródiga* y *Las tierras flacas*, de Yáñez; *Fábulas y poemas,* de Renato Leduc; *El laurel de San Lorenzo,* de Castro Leal; *A la orilla de este río,* de Maples Arce; *Material poético,* de Pellicer y *La patrona*, de Icaza); cinco películas de Buñuel (*Nazarín, El ángel exterminador, Viridiana, Simón del desierto, La Vía Láctea*); varias composiciones de Chávez, los carísimos lienzos de Tamayo, murales y más murales de Siqueiros, grabados de Méndez, caricaturas de Cabral y últimas canciones de Agustín Lara.

Doce años después, en 1970, aún vivían 75 de los prohombres de 1915; muchos ya entre signos de admiración: Chávez, premio nacional de Música; el poeta y museógrafo Pellicer, premio nacional de Literatura; el pintor Rufino Tamayo, premio nacional de Arte; el expresidente Miguel Alemán, presidente del Consejo Nacional de

Turismo; el músico poeta Agustín Lara, también premio nacional de algo; Garibi Rivera, primer cardenal mexicano; Luis Buñuel, con premios nacionales e internacionales; José Gorostiza, archiaplaudido; Monterde y Torres Bodet, premios nacionales de Letras; Siqueiros, pintor del Polyforum; Rosenblueth, premio nacional de Ciencias; el todista Novo, chirrión de todos; el novelista Yáñez, presidente de la Academia de la Lengua y premio nacional de Letras; Padilla, excanciller de América; Ruiz Cortines, expresidente de México que por fin no resultó tan correoso como su colega Portes Gil; Silva Herzog, con varios homenajes multitudinarios pero de cultos; el doctor Chávez, el cardiólogo Chávez, premio nacional de esto y aquello; el sonriente Manuel Gómez Morín, sin premios nacionales, naturalmente, y para no seguir sin parar: Daniel Cosío Villegas, premio y «bestseller» con tres obras: *El sistema político mexicano, El estilo personal de gobernar* y *La sucesión presidencial.*

Aunque en 1983 la décima parte de los constituyentes de la élite generacional de 1915 aún respiraba, pensaba lúcidamente, quizás escriba aún obras memorables y haga cosas de fuste, es casi seguro que no modificará lo ya hecho. Ya se puede predicar sin temor a equivocarse que la minoría rectora epirrevolucionaria no sólo vistió mejor que la revolucionaria. Por principio de cuentas, sólo un 11% de ese grupo se puso uniforme militar, y en cambio, el 15% fue famoso como empresario. El número de sacerdotes se reduce al 8% mientras el de intelectuales sube al 35%. Casi un tercio de epirrevolucionarios se hizo acreedor al título de estadista.

Ninguna de las anteriores minorías rectoras había contado con tanta gente oriunda de otros países, sobre todo en los cenáculos de la inteligencia y el negocio. Tampoco ninguna había tenido tan alta dosis de urbanidad. Fue una generación clasemediera de citadinos. La mayoría recibió la crianza de tipo autoritario y religioso que se estilaba en gente de tono medio. Padeció entre la infancia y la primera juventud los sustos, las carreras, las penurias por culpa de la ronca etapa de los años diez. Pocos pelearon; los más sólo fueron víctimas del desgarriate. Casi ninguno llegó a simpatizar con aquel caos de matanzas, violaciones, robos y discursos incendiarios de la gesta revolucionaria.

La minoría rectora de 1915 se distingue también de las anteriores por su mayor cultura. Como de costumbre, una tercera parte de los protagonistas de la Revolución institucionalizada estudió Derecho, pero alrededor de una cuarta parte, lo que era inusitado, tomó rumbos más acordes con la modernidad, hizo carreras científico-técnicas. Un alto número estudió en universidades de Europa y Estados Unidos y manejó con soltura el inglés, el francés y el alemán. Su actitud, indudablemente nacionalista, se combina con una clara recepción de los aires forasteros. En general, su gusto por el desarrollo productivo estuvo ligado con actitudes socializantes. Muy pocos permanecieron fieles a la tradición mexicana; quizá ninguno fue capitalista descarado; algunos entregaron todo su amor al marxismo-leninismo, pero los más

asumieron una actitud ecléctica que ahora se le reconoce con el calificativo de populista. La mayoría de los 15 se dijo reivindicadora del pueblo, abanderada de la justicia social, muy atenta a la satisfacción de los anhelos populares.

Los protagonistas de la generación de 1915 se hacen una idea triste de su patria; destruyen el mito de la riqueza natural de México; ven los componentes poco agraciados de la sociedad mexicana; consideran abatidos, aunque redimibles, a los hombres del campo y de las barriadas citadinas. No ocultan su nacionalismo pesimista ni tampoco su escasa dosis de xenofobia. Excluyen de su lista de odios a chinos, alemanes, rusos y aun a españoles. Comparten la yanquifobia popular pero sin el ímpetu de la época revolucionaria. Es un nacionalismo frecuentemente tomado por sentimientos cosmopolitas, aunque entre éstos no figuran los de la democracia al modo anglosajón. Los mandamases de la onda epirrevolucionaria nunca abjuraron del autoritarismo mexicano, siempre insistieron en las virtudes del régimen patriarcal. *Al Estado le corresponde el papel de principal promotor del bienestar material y moral de la nación.* Es clarísima su inclinación por el Estado activo, metiche, enfermero, profiláctico, salutífero, reglamentador, moralizante, artífice de organizaciones populares y partidos políticos, prefecto de la gran mayoría de las escuelas, tutor de la vida nacional.

Según la caracterología de Le Senne, la pléyade epirrevolucionaria de ahora, como la pléyade epirrevolucionaria de los tiempos de don Porfirio, se ajusta al tipo nervioso: esclavo del presente, impulsivo, de humor desigual, violento, susceptible, ni objetivo ni tesonero ni disciplinado, que sí vanidoso y cordial. También cabe decir que una y otra pléyade desempeñan una misión histórica análoga, aunque en distinto clima. A la élite porfírica le corresponde encauzar las aguas broncas de un nacionalismo liberal y romántico. A la élite de 1915 le toca reponer los platos rotos por un nacionalismo socializante y vitalista. Ambas impusieron la paz en sus respectivas épocas, que no la mesura, y el afán continuado que entonces se llamó progreso y ahora desarrollo. Por lo demás, aquélla fue una generación menos educada que ésta; aquélla usó desmedidamente el machete para imponer el orden; ésta, de la pluma y la pala. Quizá lo más sobresaliente de la fisonomía del elenco de 1915 sea su afán constructivo, su febril actividad a la hora de hacer instituciones. A lo largo de veintitrés años puso de moda ese modo de infelicidad que son las prisas, el atarearse, el ir al trote, el tomar muy en serio del despegue nacional.

Para cerrar

los seis bosquejos biográficos de las seis sucesivas cohortes rectoras de la nación mexicana en la segunda parte del siglo XIX y primera del nuestro se podrían desprender, sin exceso de cavilación, a la ligera, quince corolarios de disímbola

validez, importancia y novedad.

Uno

Las minorías que se sucedieron en la dirección de la República de 1857 a 1958 son minúsculas y masculinas. Quizás una investigación más minuciosa autorice a agregar algunos nombres a los catálogos anteriormente propuestos. Por lo pronto, según esta selección interina, la pléyade que nos introdujo a un clima liberal y romántico se hizo con ochenta y cinco personas; las tres siguientes se constituyeron con poco más de cien cada una. La que nos trajo a la época actual tuvo doscientos ilustres; y la última del desfile, cosa de tres centenares. Quizá ciertas damas fueron lo suficientemente decisivas como para merecer su inclusión en algunas de las nóminas, aunque hasta años recentísimos las minorías rectoras de México fueron clubes de hombres en los que estaba prohibido, como en los bares y pulquerías, la entrada a mujeres.

Dos

La gran mayoría de los novecientos hombres repartidos en media docena de directorios, nació en el ámbito espacial de México, en la zona del centro y altiplana del país, en localidad citadina y en familia de clase media. Ninguno de los elencos, fuera del epirrevolucionario que acogió a la élite de la República Española, tuvo un contingente importante de extranjeros. Ninguna minoría, aparte de la revolucionaria, tan bien surtida de caudillos norteños, asumió un grupo cuantioso de personas de la periferia nacional. Ninguna, salvo la que impuso a don Porfirio y la que lo depuso, consintió en su seno más de una cuarta parte de rancheros y pueblerinos, pese a la muy mayoritaria rusticidad del país. Ninguna, sin excepción, admite más de un décimo de retoños de familia de condición humilde a pesar de que en el siglo diecinueve, fecha de nacimiento de los protagonistas tratados aquí, nueve hogares de cada diez pertenecían al mundo de la miseria. Por su oriundez, ninguna de nuestras élites rectoras pudo aspirar a ser llamada «imagen auténtica de México». Todas tuvieron un aire de familia citadina y mesocrática. En la cúspide, no menudearon las muestras de la mayoría nacional.

Tres

El paseo por la galería de glorias mexicanas del último siglo y medio muestra que muy pocos entre sus integrantes compartieron la ignorancia con la gran mayoría de sus compatriotas. Casi todos nuestros proceres se apartaron de niños de la enorme muchedumbre iletrada del país, y desde la juventud hicieron migas con el cenáculo de gente con título universitario. Ni siquiera la revolucionaria, que fue la más popular de las minorías rectoras, consintió un porcentaje notorio de incultos. Únicamente el elenco de Díaz estuvo formado con una mitad de gargantones sin título de escuela superior. En los demás, nunca bajó de dos tercios la cifra de graduados, de los cuales

el grupo mayor siguió carrera humanística, sobre todo la carrera del Derecho. En ninguna de las cohortes figuró una cifra cuantiosa de médicos, ingenieros, y demás gente de la rama científico-técnica; en todas, hubo abundancia de abogados, historiadores, periodistas, novelistas y poetas; en todas, hubo muy pocos educados en el extranjero. En la época liberal algunos famosos siguieron estudios en universidades de Francia, y en la época revolucionaria, en colegios estadunidenses.

Cuatro

Normalmente, desde los días de la escuela se forma la comunidad personal de cada una de las minorías rectoras. Aun los pocos nacidos en rancherías y pueblos conocen a los demás niños que serán insignes a la hora de avecindarse como alumnos en algún centro urbano. Además, muchos de los provenientes de la provincia siguen su enseñanza media en la capital de la República. Más del 50% de los futuros socios de las minorías científica, azul y de 1915, ya convivían en la metrópoli antes de su mayoridad, antes de cumplir los 21 años. Únicamente los hombres decisivos de las tandas de la Reforma y de Díaz se mantuvieron mayoritariamente en provincia y sin frecuentarse mucho entre sí hasta bien entrados en la edad adulta, hasta volverse cuarentones. Como quiera, casi todos en su etapa de actuación histórica ya eran vecinos de los barrios de la gente bien de la metrópoli, y aunque no se hubieran reunido en cenáculos literarios, en logias masónicas, en clubes de esto y aquello, habrían acabado frecuentándose. Sólo algunos sacerdotes y algunos guerreros, por razón de su oficio, se mantuvieron provincianos y distantes del círculo de insignes que operaba en la ciudad de México. Tampoco deben olvidarse los dos periodos de desparramamiento geográfico y aun afectivo por culpa de las guerras de Reforma, Intervención Francesa y Revolución Mexicana.

Cinco

La comunidad personal capitalina de los miembros de cada una de las minorías, se vio afectada parcialmente por la existencia de grupos profesionales que sólo esporádicamente se fundieron. En cada grupúsculo rector se distinguen cinco especies: política, militar, intelectual, económica y religiosa. En la hornada de la Reforma no hizo ningún bulto el trío de hombres de negocios; el de los jerarcas eclesiásticos representó el papel de voz opositora. La especie militar se alió primero y en seguido se opuso a las élites de intelectuales y políticos, quienes se hicieron una en el poder hasta la llegada belicosa de la minoría porfírica. En ésta, los grupos militar y político se unen en la cumbre del poder; el intelectual se echa un poco atrás; el económico, todavía escaso, se acerca al poderoso; el eclesiástico acude tímidamente hacia un abrazo de Acatempan con los de mero arriba y adelante. El elenco de los científicos se divide. Pese a la presencia del general Díaz en la cúspide del poderío, los militares comienzan a desprenderse de los negocios públicos y a entrar en la zona

de penumbra del escenario político; los cultos, los hombres de negocios y los políticos se funden en torno al dictador hecho estatua viva, y los dignatarios eclesiásticos parecen abrigar la esperanza de ser algún día del círculo íntimo del poder todopoderoso. En la centuria azul, la gente de letras es la más numerosa y lúcida; los pocos y versátiles políticos no hallan su lugar; sin orden ni concierto van, vienen, suben y bajan. Los clérigos y empresarios del modernismo apenas se distinguen, por ser pocos y opacos. Durante el predominio de la minoría rectora de la Revolución, los sectores militar y político se reparten fraternalmente el Palacio Nacional; los sacerdotes se apartan para hacer su propia revolución y alboroto; los intelectuales entran y salen del palacio por la puerta del lado izquierdo, y los empresarios cuchichean, en el portal de la derecha, con los poderosos. Durante la gerencia de los 1915, los de armas tomar inician la retirada de la zona de las candilejas; el proscenio se cubre de políticos puros que saludan y sonríen al pelotón intelectual situado en la parte izquierda, miran cordialmente al grupito de curas de la derecha, y se entienden por la puerta de atrás con los magnates de la agricultura, la industria y el comercio.

Seis

La distinta profesión pública de los eminentes de las generaciones no ha sido, por lo regular, un elemento de cohesión interna. En cambio, por razones misteriosas, los caracteres individuales han contribuido en cada minoría a estrechar los lazos de amistad entre sus miembros. Los militantes de las pléyades de ruptura (reformista y revolucionaria) pertenecieron generalmente al tipo apasionado que suele distinguirse por violento, terco, perseverante, honorable, autoritario, canario, patriótico, ambicioso, vindicativo, superactivo, sentimental y veraz. En las promociones reencauzadoras (porfírica y epirrevolucionaria) abundaron los sanguíneos que son, como usted sabe, rápidos, prácticos, extrovertidos, deportistas, observadores, realistas, vanidosos, optimistas, conciliadores y gastrónomos. En la camada estabilizadora de los científicos, los de arriba fueron flemáticos, es decir, fríos, económicos, perseverantes, tolerantes, circunspectos, derechos, dinámicos y utilitarios. En la centuria azul predominó el carácter sentimental que se manifiesta cálido, resignado, imaginativo, inactivo, vacilante, honorable, memorioso y religioso. En ninguna de las minorías rectoras ha habido suficiente sitio para los coléricos, los nerviosos, los amorfos y los apáticos.

Siete

Por lo que mira a las relaciones entre las minorías dirigentes de las diversas hornadas, no sobresale la uniformidad. En la puesta en escena de cada drama y sainete (cuya duración ha sido en promedio de dieciséis años) han participado por lo menos tres equipos dirigentes: uno de adultos jóvenes; otro de adultos añosos, y el tercero de

viejos sesentones. En el drama de la Reforma (1857-1875) hubo un lucha encarnizada, primero entre los maduros de Juárez y los prematuros de Díaz contra los viejos conservadores, y hacia el final, entre la camada de Díaz y la camada de Juárez. En la comedia del Porfiriato temprano (1876-1892) lo característico fue un distanciamiento rencoroso de los ya viejos juaristas y una relación paternal y casi siempre dulce de los porfiristas hacia los recién llegados científicos. Durante la representación de éstos (1892-1910), predominó el entendimiento entre los pelotones de diversa edad, pese a las puyas verbales de los jóvenes e irreverentes modernistas. En el cortometraje (1911-1919) en que les correspondió protagonizar a los azules, nadie se entendió con nadie. En el drama (1920-1934) tampoco predominaron las buenas relaciones entre edades distintas. Estas volvieron a ser buenas durante la larga pieza (1935-1958) en que fue «vedette» la minoría epirrevolucionaria, quizá porque los viejos revolucionarios se volvieron en un santiamén muy pocos y los jóvenes neocientíficos resultaron unos hijos modelos por la obediencia y por la actitud respetuosa hacia sus mayores.

Ocho

Las relaciones entre las minorías dirigentes y sus respectivas mayorías dirigidas jamás fueron estrechas, porque no cabe estrechura de relación entre desconocidos. En la era de la Reforma el pueblo no se enteró suficientemente del plan que peleaban los liberales, ni éstos (hombres de urbe y de universidad) llegaron a tener una imagen clara y justa del pueblo que aspiraban a redimir, lo que explica las decisiones impopulares tomadas por los líderes de la libertad y algunas contracorrientes violentas (como las de los indios) contra sus bienintencionados y malinformados libertadores. El elenco de Díaz (menos culto y más andante que el anterior) tuvo mayor contacto, que no excesivo, con las masas, y éstas lo conocieron un poquito. Entre los científicos y el pueblo se abrió inicialmente un abismo de ignorancia e indiferencia que se fue cerrando poco a poco por el miedo y la hostilidad que desde la clase media empezó a surgir contra la distante y desdeñosa minoría científica. Con pocas excepciones, los azules se paseaban por el cielo mientras la gente habitaba la tierra. Es indudable que los líderes revolucionarios, aunque de oriundez limitadamente popular, se ponen al tú por tú con el común durante la trifulca, lanzan una Constitución a gusto del pueblo y ya en el poder asumen una doble y contradictoria conducta hacia la muchedumbre. En los de 1915 se dio una mayor preocupación por el conocimiento y la salud de los recursos humanos de su patria. Como quiera (la burra no era arisca pero la hicieron), la mayoría de la masa se mantuvo distante, desconfiada e indiferente a los actos de sus rectores entre 1935 y 1958.

Nueve

Cada una de las seis minorías biografiadas aquí se hizo a pulso. Ningún mexicano de las épocas moderna y contemporánea ha llegado a una junta directiva por haber nacido con sangre azul. Quizás alguno ha podido pertenecer al directorio de la economía nacional por provenir de la opulencia. Los más llegan a los cenáculos cimeros si cumplen los requisitos de ser retoños de la ciudad y de la clase media, adquirir una buena dosis de cultura, habitar en la metrópoli o de perdida en un centro urbano mayor de la zona provinciana, tener capacidades expresivas o ejecutivas según el caso, conseguir amistades y padrinos *ad hoc* y demostrar ser bueno para lo que se ofrezca. Nunca, ni para hacerse de la élite política, le ha hecho falta la popularidad. En ninguna de las seis minorías analizadas se obtuvo el cargo de presidente de la República por la voluntad manifiesta de la mayoría de la población. La era liberal no consiguió que las elecciones fueran algo más que forma. Quizás algún guerrero obtuvo el generalato por decisión de la gente. Quizás algún intelectual pudo ser de la minoría porque sus lectores lo metieron a la fuerza. Seguramente ningún obispo y ningún empresario de fuste obtuvo el permiso de las mayorías dirigidas para ser dirigente de ellas. Esto no quiere decir que las minorías se hayan hecho contra la voluntad de las mayorías, pero sí sin la venia o beneplático de las masas.

Diez

Lo que no se ve claro en ninguna de las pléyades vistas en la figura reinante, el guía, el caudillo, el *duce,* el *führer,* el *chef* de *file,* el epónimo indiscutible. Ciertamente, no todos los integrantes de las distintas minorías rectoras fueron, en sus respectivas gestiones, parejamente decisivos, poderosos, insignes e importantes. Algunos llegaron a valer tanto (los Lerdo, Juárez, Ramírez, Altamirano, Porfirio Díaz, Sierra, Limantour, Bernardo Reyes, Rabasa, Bulnes, Carranza, Madero, Obregón, Calles, Vasconcelos, Antonio Caso, Orozco, Rivera, López Velarde, Cárdenas, Alemán, Lombardo, Daniel Cosío, Torres Bodet, Gorostiza, Novo, etc.) que consiguieron jefaturar, o casi, algunas élite de las minorías, que no la totalidad de éstas. Entre los novecientos de nuestras nóminas se distinguen muchos gigantes pero ningún gigantón que haya acabado por imponerse a todos sus coetáneos, que haya sido jefe máximo. Tampoco se ve por ninguna parte un guía único de oriundez extranjera o extrahumana. Es indudable la veneración que en diversos periodos han gozado Víctor Hugo, Augusto Comte, Herbert Spencer, Emile Zolá, Charles Darwin, Baudelaire, Alain Kardec, Henri Bergson, Bertrand Russell, José Ortega y Gasset, Carlos Marx, Sigmund Freud, Nietzsche, William James, John Dewey y otros. Como quiera, de ninguno de ésos ni de otros se puede decir que se hayan posesionado totalmente del alma de los protagonistas nacionales.

Once

No todas las minorías tienen una actuación histórica similar. Hay dos armadas de vigoroso ímpetu renovador: reformista y revolucionaria: dos que abren zanjas y ponen diques a la inundación de los impetuosos: porfírica y epirrevolucionaria; una que consolida las instituciones liberales, y otra que las pone en entredicho: científica y azul, respectivamente. La generación de la Reforma lanza el nuevo tema del liberalismo romántico y, a nombre de él, con áspera combatividad extermina cosas, hombres, grupos, instituciones y todo lo que pudo del antiguo régimen. La generación del sable o porfírica, después de servir eficazmente a la revolución de Juárez y sus amigos, se impuso una modesta pero indispensable tarea histórica: devolver a México a un régimen de calma o, mejor dicho, encauzarlo en el estilo propuesto por la hornada anterior, cuyo lema fue: libertad, orden y progreso. Tampoco la generación científica se propuso cambios estructurales. Su máxima aspiración y su conducta habitual no se sale de los moldes de la Reforma. Su gusto y tarea fue conducir a México hacia una era próspera, acompasada, de obras públicas, de inversión de capitales extranjeros, de hechura de fábricas, de promoción de comunicaciones y transportes y de buenas relaciones con el mundo. La generación modernista fue a la vez continuadora y de ruptura. Jamás rompió el molde liberal, pero atrajo su derrumbe con palabras, gestos y acciones imprudentes. Si la élite modernista fue un crepúsculo, la revolucionaria fue una rayada de sol; impuso una nueva filosofía a fuerza de demoliciones y de sangre. Contra el caos y la dictadura desatados por el elenco revolucionario, la tanda de 1915, sin llegar a insubordinaciones, con dinamismo innegable, puso orden en el desbarajuste y el capricho y sentó los cimientos de eso que se llama «el milagro mexicano». Al equipo de 1915 se debió el despegue de un jet llamado Revolución y del cual ya se vislumbra un aterrizaje que quizá sólo sea técnico.

Doce

Pese al temor que algunas veces invadió a los jóvenes, ninguna de las seis minorías rectoras repasadas pudo retener el predomino más de cinco lustros. A todas les falló pronto la maquinaria del poder. Una a una se jubiló, se anquilosó y se murió, aunque por causas ajenas a su voluntad. La reformista, si no hubiera ido Díaz a sacarla del Palacio Nacional, se habría quedado en él, pero no por mucho tiempo. El promedio de los reformadores abandona la vida a la temprana edad de 65 años. También el grueso de la tanda porfírica tuvo que separarse de la hegemonía a los 16 años de haberla obtenido y se despidió de este mundo apenas sesentona. Ni siquiera los calmosos de la generación científica pudieron partir el pan más de cuatro lustros ni vivir más de siete decenios. El equipo modernista dura tanto como el científico, pero manda poco tiempo. A los hombres de la Revolución ya les toca el uso de antibióticos y hormonas, pero no logran escapar del abuso de las balas. Su promedio de vida no parece notariamente mayor que el de las generaciones precursoras. El promedio

hegemónico fue de quince años, pero los de 1915 sí se dieron el lujo de retener el timón poco más de veinte años y han sido hasta ahora los más correosos de la serie. Como quiera, por lo que ya se ha visto no conseguirán escabullirle el bulto al pronóstico de Homero: “Y las generaciones de los hombres así son: ésta nace, aquélla muere”. Ni modo, la historia es una carrera de relevos.

Trece

Todas las minorías mentadas han tenido, después de la vida terrenal, la vida de la fama; que no siempre de la buena fama. No obstante la persistente difamación de los hombres de la Reforma por parte de los curas, el prestigio de Juárez y los suyos no ha conocido eclipse. De aquella gente, sólo la mínima parte que luchó contra el liberalismo no sigue en el altar mayor de la patria. Los demás son epónimos de cuanto hay, santos con día de fiesta, héroes a la altura del arte de multitud de pintores y escultores, fuente de inspiración de los poetas cívicos, tema de miles de discursos altisonantes y cantatas. Ciertamente Porfirio Díaz y la élite porfírica han gozado más de la veneración pública que de la oficial. Para los gobiernos de 1911 a la fecha, los porfirianos no dan para ponerle nombre ni a las plazuelas de barriada, menos a villas y ciudades. El grupo político de la élite siguiente no dejó buena fama ni en la gente poderosa ni en la muchedumbre impotente. En cambio, a la vacilante pléyade azul le ha ido bastante bien con la posteridad, aunque desde luego no tan a todo dar como a la pléyade revolucionaria. En vida, cada uno de sus miembros puso como lazo de cochino a los demás. Una vez difuntos, la mayor parte alcanzaron los más entusiastas piropos de la minoría rectora siguiente y algunos han conseguido la veneración de las mayorías nacionales.

Catorce

Ninguna de las minorías rectoras del México moderno ha alcanzado rango internacional ni como grupo ni individualmente. Se han hecho esfuerzos para conseguir la exportación de estadistas mayúsculos como Juárez y Cárdenas; de gente de pluma como Alfonso Reyes o de pincel como Diego Rivera; de sacerdotes muertos en olor de santidad; de militares que no dejaban títere con cabeza, y de reyes de la banca, del tomate, del acero, del pulque… Como quiera, no se han conseguido figuras estelares en la arena internacional; ni seguidores en otros países de la política de este o aquel mexicano; ni premios Nobel para poetas y científicos de casa (que sí para un intemacionalista), ni canonizaciones para nuestros santos y mártires, ni biógrafos y cineastas para los numerosos generales que tuvo México desde mil ochocientos cincuenta hasta cien años después. Los líderes de toda una centuria de México no han sido invitados al banquete de la historia universal a pesar de la insinuación de Alfonso Reyes. La talla gigantesca de los prohombres de la Reforma liberal, del Porfiriato, de la más antigua agitación revolucionaria del siglo XX, no es reconocida

en los foros internacionales.

Quince

Quizá también en la estimativa mexicana del futuro próximo, dejarán de ser esos seis regimientos los más grandes, como lo han sido hasta ahora, del desfile histórico de México; pero agregar a las flaquezas del análisis anterior las escualideces del pronóstico, la predicción o la profecía, es ya demasiado. El camino de la previsión es aún más engañoso que el de la simple ojeada, cuando anda uno metido y hecho bolas en la jungla tejida por miles de generaciones de seres dotados de cabezas de las cuales cada una es un mundo distinto.

Cárdenas

Como Porfirio Díaz, que gobernó a México durante treinta años, Cárdenas, presidente durante seis, ha sido tema de muchas obras de tomo y lomo. Al contrario de Díaz, inspirador de abundantes y muy lisonjeros libros sobre él en los tiempos de su dictadura y de pocos y de censura después de ella, Cárdenas sirvió de asunto a dos o tres libros de reproche mientras fue presidente y a numerosos y elogiosos después de su presidenciado. La figura del dictador se achicó; la personalidad del gobernante y amigo del hombre común sigue creciendo. En vista de que los bonos de don Lázaro no han dejado de subir, en la década de los ochenta ya no es posible dibujar el conjunto de su obra sin caer en el pecado de culto a la personalidad. Ahora ningún habitante de México puede escribir sobre don Lázaro sin adjetivos calificativos.

Según consta en las enciclopedias, Lázaro Cárdenas nació en 1895. Su nacimiento se produce en el cénit del porfiriato pero muy lejos de la parte beneficiada por la dictadura de Díaz. Fue el primogénito en el hogar de una familia de clase media independiente, pero pueblerina y muy cercana a la porción más achacosa del país, la de los labradores del campo. Creció en un pueblo que ya había visto nacer un presidente de la República, al general Bustamante, y a un poeta ilustre, Diego José Abad, pero de cualquier modo pueblo corto y cercado por la hacienda de Guaracha, por un enorme latifundio chupasangre tan extenso como la provincia de Guipúzcoa.

En 1900, Jiquilpan era cabecera de distrito; sede de tres o cuatro oficinas gubernamentales, algunas rebocerías, una imprenta y un centro escolar. En éste cursó Lázaro Cárdenas parte de la educación primaria. Cuando enfermó su padre hubo que cerrar el pequeño negocio de rebocería y comercio, y conseguir para el primogénito un empleo en la oficina de rentas, y otro, en el taller de impresión. A la muerte de papá, una familia de once miembros subsiste con apreturas gracias a los dos salarios de Lázaro y a la máquina de coser de doña Felícitas. Como quiera, Lázaro pudo arrear la afición de la lectura (fue afecto al género literario de moda, la novela) y seguir de oídas el deterioro del Porfiriato: envejecimiento del dictador Porfirio Díaz, abusos de los colaboradores de la dictadura, crisis minera y agrícola, descontento de campesinos y obreros, críticas a Díaz y a su corte de parte de jóvenes maestros y estudiantes universitarios, campaña electoral del aspirante a presidente de la República Francisco I. Madero, aprehensión de éste, fraude en las urnas, Plan de San Luis, rebeliones en distintos rumbos a partir del 20 de noviembre de 1910, renuncia y exilio del dictador, corto presidenciado de Madero, Plan de Ayala que pide la reforma del régimen de propiedad de la tierra, caída de Madero y usurpación de Huerta.

Perseguidos por gente del usurpador, los trabajadores de la imprenta de Jiquilpan se incorporaron al proceso revolucionario en 1913. A los dieciocho años de edad,

Lázaro se alista en las fuerzas revolucionarias como oficial de caballería. Durante sus andanzas de combatiente en el centro y en el norte de la República ve cómo se producen cada vez más refriegas; voladuras de trenes; fusilamiento de hombres; sacrificio indiscriminado de vacunos; quemazón de casas y sembradíos. La guerra incesante desde 1914 hasta 1920, reduce a la mitad la producción agropecuaria y a casi nada las exportaciones de metales preciosos. Eso sí, aumenta la importación de artefactos para matar. En aquel desbarajuste, sólo la industria petrolera, que se encontraba fuera de la zona de lucha, pudo mantener su desarrollo, como lo constató Cárdenas en 1919, cuando estuvo por primera vez en Tuxpan, Veracruz.

Entonces adquiere conciencia de las servidumbres que le imponían a México y los mexicanos las compañías petroleras manejadas por ingleses, yanquis y otros extranjeros. También desde Veracruz ve cómo la serie de ascensos y caídas de jefes de Estado, de intromisiones en México de tropas norteamericanas y de planes subversivos culmina con el Plan de Agua Prieta, el asesinato del presidente constitucional Venustiano Carranza, el arribo al poder de los generales sonorenses y el desconocimiento de los nuevos mandatarios por parte de Estados Unidos. Sin embargo, el desenlace de 1920 no obstruye la carrera pública de Lázaro Cárdenas, quien recibe el águila de general antes de cumplir los veinticinco años de vida. Tampoco el asesinato de los líderes populares Zapata y Villa lo aparta de la línea agrarista de los difuntos. El Cárdenas que colabora con tres presidentes de la República poco respetuosos de la constitución revolucionaria y de los caudillos populares, se mantiene adicto a la ley y a las causas de los ídolos del pueblo, especialmente a los ideales de Zapata.

Después de combatir contra algunos cuartelazos, recurre a la región petrolera como comandante militar. Estando allá, pese a su bien conocida aptitud para encubrir sus emociones, para no dejar entrever lo que pensaba, sentía y quería, algunos de sus amigos percibieron su devoción por los preceptos más revolucionarios de la Carta Magna de 1917, su inclín a las labores constructivas y su deseo de desenvolverse ya no como milite y sí como político. En 1925 le confiesa a un compañero de armas: “Es tiempo de que las promesas de la Revolución se conviertan en realidades, en hechos tangibles. Todos nosotros… debemos dedicarnos con ahínco a que estos ideales se transmuten en acciones constructivas”.

Siendo jefe militar de la región petrolera, Lázaro Cárdenas se da de alta como

Gobernante y reformador social

Junto a sus quehaceres militares pone en marcha la entrega de un fondo de su propiedad a los peones, y abre una Escuela para Hijos del Ejército, primera de una serie. Enseguida consigue un cargo político de importancia. A partir de 1928 es

gobernador de su provincia natal, de un estado que ardía en la lucha cristera. Como es bien sabido, al presidente Calles le daba por perseguir a los católicos; es decir, a la gran mayoría de los mexicanos. De las ocho zonas en que se divide México, seis respondieron a la persecución sin salirse de la legalidad, pero la del Occidente armó un levantamiento campesino de vastas proporciones.

En la gubernatura, Cárdenas demuestra ampliamente su respeto a las creencias populares. Sin prescindir de la actitud anticlerical propia del presidente, el gobernador actúa con indulgencia en el caso de los católicos militantes; abandona la costumbre de entregar los caseríos a las llamas; procura dialogar con los cabecillas de Michoacán y el cariño de los pacificados. Uno de los modos de atraer a los campesinos a la vida de paz y de trabajo, consiste en el reparto de tierras. Contra la idea del general Calles, que en 1930 se declara enemigo de la redistribución de la tierra, el general-gobernador, sin ofender a su jefe, pone en marcha un amplio proyecto agrarista. También se mencionan entre sus buenas acciones como gobernador la campaña contra el alcoholismo, la forja de la Confederación Michoacana del Trabajo, la apertura de más de cien escuelas para obreros y campesinos, el rescate de los bosques de Michoacán de manos extranjeras y la construcción de embalses (allá presas) y caminos carreteros.

A diez días del fin de la gubernatura michoacana, don Lázaro apunta en su *Diario:* "A las diez horas de hoy verifiqué mi enlace civil con Amalia, en su casa de Tacámbaro… Por la tarde seguimos a la Eréndira" desde la que se contempla la laguna de Pátzcuaro, famosa por sus islas y sus colores. De allí pasa a cubrir un breve interinato como jefe de operaciones de Puebla y a ocupar el puesto entonces antesala de la presidencia de la República. A comienzos de 1933 rinde la protesta como Secretario de Guerra y Marina, donde sólo estuvo cuatro meses, pues por haberse "iniciado en distintos sectores del país un movimiento muy sensible de opinión en pro de su candidatura a la presidencia y en vista de que ese movimiento le exigía todo su tiempo", renuncia a la Secretaría y se convierte en candidato del Partido Nacional Revolucionario para la presidencia de la República en el sexenio 1934-1940.

Para conocer los problemas del país y hacerse querible al hombre del pueblo, el joven general de 38 años recorre en siete meses 28 mil kilómetros; doce mil en avión; catorce mil en tren y automóvil; setecientos en barco y quinientos a caballo. Por primera vez en una contienda presidencial, el candidato estuvo en poblaciones minúsculas y aisladas. No prescindió de los mítines masivos en las ciudades, de las peroratas pomposas frente a las muchedumbres, de los baños de confeti y demás adornos de este género de giras, pero añadió a esa liturgia los sones del mariachi, el diálogo con gente humilde y apolítica, el conocimiento de visu de problemas locales y la prédica de un credo socialista individualizadora y del comunismo del estado.

El 30 de noviembre de 1934, el general Cárdenas recibió la banda tricolor que lo

acreditaba como presidente de la República. Pasó a residir a la casa de Los Pinos, entonces todavía sin alfombras, sin cuadros, sin esculturas y con poco ajuar. El nuevo rector del país conservó la costumbre de levantarse al alba, nadar en una alberca de agua fría, montar a caballo y desayunarse con frutas, huevos y café. El joven y robusto presidente adoptó como nuevas costumbres la de leer los periódicos de prisa y marcharse al Palacio Nacional donde recibía, hora tras hora, comisiones de encopetados como era costumbre y, contra la costumbre, comisiones de gente humilde. En la tarde, después de comer en la residencia presidencial con la esposa y el recién nacido Cuauhtémoc, volvía al Palacio y allí se quedaba hasta muy noche. Todo esto cuando estaba en la capital, cosa poco frecuente. El general Cárdenas fue un mandatario itinerante.

Estuvo sin salir de la metrópoli las primeras diez semanas de su presidenciado. Sus excursiones de acercamiento al pueblo raso fueron constantes. Casi todo lo dispuso en el tren olivo o mientras recorría a caballo los miles de lugares y lugarejos de la República. Cárdenas se enfrentó al marasmo económico dejado por la gran crisis de 1929-1933. Sobre la marcha propuso la Ley de Crédito Agrícola y las fundaciones del Banco de Crédito Ejidal, del Departamento para proteger la fauna y la flora del país, de la Comisión Federal de Electricidad y de otras instituciones de interés económico. Estando de viaje, enfrentó la agitación religiosa promovida por los jacobinos de Calles y a Calles mismo, quien había dejado de ser presidente en 1928 pero no había perdido la costumbre de dar órdenes presidenciales. Como es bien sabido, Cárdenas se vio en la necesidad de proporcionar un tour por Estados Unidos a su viejo protector y amigo para conseguir que una sola fuerza política sobresaliera en México: “La del presidente de la República”.

Liberado de la tutela de Calles, el gobierno dejó de ser asustacuras y verdugo de católicos para convertirse, primero, en redentor de campesinos y trabajadores de la industria; enseguida, en líder del nacionalismo y las nacionalizaciones, y en el último tercio del presidenciado, en renovador de la cultura mexicana a través de un hispanismo de carne y hueso y de un intenso indigenismo.

De la labor social de Cárdenas destacan los siguientes episodios: la guerra a la embriaguez; el reparto de la hacienda de Guaracha, coco de su región de origen; el apoyo oficial a las huelgas y las manifestaciones multitudinarias; los catorce puntos leídos a los díscolos industriales de Monterrey donde se dice que el gobierno “es el árbitro y regulador de la vida social mexicana”; la hechura de la Confederación de Trabajadores Mexicanos (CTM) que aspiraba a defender al gobierno, mejorar a la clase trabajadora y conseguir la instauración del régimen socialista; el reparto entre peones de las fértiles tierras de La Laguna, en Torreón; la forja de comunidades agrarias con la doble responsabilidad de conducir al campesino a su plena liberación y de proveer de alimentos a la República, y este apunte en su *Diario:* “El ejido hará

que se cultiven más tierras con mayor éxito… En 1937 extenderemos la acción agraria a la región del Yaqui… Pasaremos a resolver integralmente el problema agrario de Yucatán para salvar de la miseria a la raza indígena. En este mismo año apresuraré el fraccionamiento del Valle de Mexicali". Y así fue.

Si el gobierno aquel hubiese cesado a fines de 1937 Cárdenas se habría hecho acreedor al mote de gobernante agrarista. Como a partir de 1938 se enfrentó a los enemigos de México, expropió negocios extranjeros y fomentó lo mexicano, cabe decirle también

Gobernante nacionalista

cuyas principales jornadas nacionalizadoras fueron la nacionalización de los ferrocarriles, del petróleo y de los latifundios en poder de personas con ciudadanía estadunidense, alemana e italiana. También fue de índole nacionalista la repatriación de mexicanos mal vistos por los ojiazules de Norteamérica. Del mismo carácter adoleció aquel lema inscrito en muchas paredes de México ("Produce lo que el país consume; consume lo que el país produce") y aquel párrafo de la "Declaración de principios" del Partido Nacional Revolucionario reorganizado en 1938 con el nombre de Partido de la Revolución Mexicana: "El PRM trabajará por la progresiva nacionalización de la gran industria, como base de la independencia integral de México y de la transformación del régimen social".

El mote de *Don Valor* conquistado por el torero Luis Freg y el presidente Lázaro Cárdenas se debe, en lo que toca a Cárdenas, a la manera como se acercó a los pitones de imperios tan fuertes y agresivos como el yanqui y el británico. Aunque la nacionalización de los ferrocarriles la había iniciado Porfirio Díaz, fue Cárdenas quien le dio la puntilla. Todavía más: la compra de los ferrocarriles fue coronada con la administración obrera de los mismos, que no con el éxito de una medida tan audaz. Nadie ignora que los trenes mexicanos se volvieron los más "chocantes" del mundo a raíz de su obrerización.

Hay diez u once temas difícilmente prescindibles para cualquier historiador mexicano. Al que me voy a referir, con ser tan reciente, ya ha seducido a mil y un autores. La nacionalización de los bienes de dieciséis compañías extranjeras explotadoras de petróleo en México es uno de los pocos combates ganados por la República Mexicana en la arena internacional. La expropiación petrolera, que saca por un momento a mis compatriotas de la actitud de "no puedo", de la sensación de ser inferiores o ineficientes, estuvo a punto de conducimos a delirios de grandeza. Fue de una temeridad increíble. Por conductas más tibias que la célebre de Cárdenas con las compañías petroleras, México había sufrido la acometida de los pescados grandes en diferentes ocasiones. Francia mandó a nuestros puertos una expedición

punitiva para cobrarse unos pastelillos que le habían robado a un pastelero francés residente en México. Inglaterra estuvo en un bis de invadimos por una deuda minúscula y aceptada. Estados Unidos se nos colaba a la menor provocación desde 1846, desde que se hizo de la mitad del territorio mexicano. En 1938 México no podía fiarse de la bien probada fórmula FIE, sigla salida de los nombres de Francia, Inglaterra y Estados Unidos, dos de cuyos componentes eran dueños del petróleo mexicano a través de compañías muy vigorosas y agresivas.

Aunque la lucha por sacudirse a las empresas petroleras había comenzado en 1912, no se hizo nada en serio antes de la huelga del Sindicato de Petroleros, que estalló en 1937 para obtener alza de salarios y del laudo pro huelguista de la Suprema Corte de Justicia. El laudo de los jueces supremos no fue obedecido por los patronos. Entonces Cárdenas, durante un paseo campestre, reflexiona: “El conflicto que se avecina (la segunda guerra mundial) impedirá que Estados Unidos y la Gran Bretaña se metan en México si éste decide el camino de la expropiación”. Al regresar del paseo supo que el abogado de las petroleras había dicho: “Cárdenas no se atreverá a expropiamos”. A las diez de la noche de ese día 18 de marzo, en el salón amarillo del Palacio Nacional, radiodifunde las razones que lo obligan a decretar la nacionalización del petróleo. Enseguida asienta en su *Diario*: “Con un acto así, México contribuye con los demás países de Hispanoamérica para que se sacudan un tanto la dictadura económica del capitalismo imperialista”.

“Todo mexicano que haya vivido el año de 1938 —escribe José Fuentes Mares— recordará cómo la expropiación petrolera llegó a unificar moralmente al país. Las tumultuosas manifestaciones de apoyo al régimen, las emotivas colectas populares para el pago de la enorme deuda… comprobaban que el arrogante gesto del presidente nos había tocado algo dentro del pecho”. Las multitudes se lanzaron a las calles para aclamar a Cárdenas. Aun la gente muy pobre se apresuró a contribuir para el pago de la deuda que nos echábamos encima. “Vi —recuerda Rafael Solana— las colas de mujeres pobres que se formaban para depositar el único oro que habían conocido en su vida, el de su anillo de bodas”. Enfaldadas de todas las clases sociales acudieron a doña Amalia Solórzano de Cárdenas a deponer joyas, billetes, alcancías de barro repletas de cobres y aun pollos y puercos.

La nacionalización del oro negro le atrajo a Cárdenas una popularidad entusiasta dentro de su país y una inquina colérica en las cimas sociales de los países poderosos. La enemistad internacional acarrea la fuga de capitales, el colapso de las exportaciones de petróleo y de plata, la devaluación del peso, la carestía de artículos de primera necesidad, pero no logra conseguir que Cárdenas eche marcha atrás y ni siquiera que parara en seco la política nacionalizadora. Aunque con menos vigor, se continúa el reparto entre peones de latifundios pertenecientes a compañías y personas extranjeras. Sin mayores miramientos se reparten fundos yanquis en el Norte,

italianos en Michoacán y alemanes en Soconusco. Como quiera, las nuevas expropiaciones fueron noticia menor, noticia opacada por las aventuras internacionales de nuestro presidente, en especial por la noticia de que después de muchos años volvíamos a tener un

Gobernante hispanista

soterrador de las campañas hispanófobas de oriundez norteamericana que venían apoderándose de la conciencia nacional de México desde los días del primer embajador estadunidense, del nefasto embajador Poinsett. Por supuesto, Cárdenas fue profundamente indigenista. Desde antes de asumir la presidencia, dijo: “Debemos de poner mucha atención” en los indígenas “que no hablan nuestro idioma”, dominados por el alcohol y el fanatismo, tan pobres como ignorantes y que constituyen un tercio del haber demográfico de la República. Con justa razón Townsend lo llama “primer presidente de los indios”. Él dispone en 1936 la fundación del Departamento de Asuntos Indígenas y trata de ofrecer servicios de comunicación, de educación y de salud a los pueblos aislados. Sobre las frecuentes incursiones de Cárdenas en tierras de indios corrieron toda clase de chistes. Unos afumaban que el presidente había sustituido la indumentaria presidencial por el taparrabos; otros, que volvería de indolandia en plan de emperador azteca con penacho de plumas. El presidente de indios era capaz de quedarse horas escuchando las voces bajas, lentas, repetitivas y corteses de un indio. En muchas fotografías lo vemos en actitud de escucha incansable. Como quiera, su indigenismo jamás se peleó con su hispanismo.

Pese al despotrique de algunos textos escolares contra una España esclavizadora de México, la mayoría mexicana y su presidente reconocían la maternidad española. Nadie ignora que el drama español de los años treinta penetró muy hondo en el ánimo de México y condujo a conductas presidenciales bien conocidas. El gobierno mexicano, después de surtir aquel pedido de armas y municiones hecho por la República, remite a España algo de lo poco que había en nuestra despensa nacional, y acoge con gusto el tránsito a México de una nueva planta de españoles legítimos. Arranca la rehispanización física de México con los famosos niños de Morelia. Algunas familias opulentas quieren adoptar criaturas de la península en llamas. Algunos líderes obreros se oponen a esa pretensión porque, según ellos, los huérfanos de la tragedia española debían ser educados proletariamente. Cárdenas decide que el gobierno tome “bajo su cuidado a estos niños”. Después del recibimiento en la capital con copia de confeti, flores, vítores, abrazos, discursos, fotografías, besos y músicas, fueron trasladados a Morelia. Todo mundo opinó como Novo: “Es una obra trascendente la realizada por el gobierno al incorporar a estos futuros padres de más de cuatro mestizos”. Algún conservador hasta llegó a proponer: “La importación de

500 infantes españoles debe multiplicarse por mil".

Ciertamente la idea de transterrar temporalmente de España a México a ilustres profesores hispanos fue de don Daniel Cosío Villegas, pero la gloria de haber aceptado la sugestión y ponerla en obra corresponde al presidente Cárdenas, quien había fundado poco antes agencias promotoras de la alta cultura como el Consejo Nacional de Educación Superior e Investigación Científica y el Instituto Politécnico Nacional. Las lumbreras de la madre patria fueron llegando a la patria hija de uno en uno o en grupos pequeños. Quizás el primero en llegar haya sido el poeta José Moreno Villa y el segundo el filósofo y rector José Gaos. Enseguida un notable número de distinguidísimos hombres de ciencia, de científicos sociales, de humanistas, de poetas, de pintores y de arquitectos, traspuso el Atlántico. La pléyade de intelectuales españoles fue recibida con los brazos abiertos por una intelectualidad mexicana que venía sintiéndose urgida de ayuda delante de una milicia demasiado gorda, una familia de políticos no menos floreciente y una élite económica cada día más robusta.

Para recibir a la intelectualidad española se fundó la Casa de España en México, presidida por Alfonso Reyes. La Casa distribuyó a la mayoría de los intelectuales entre los mayores centros universitarios de la República, pero mantuvo a no pocos científicos sociales y humanistas que serían los fundadores de El Colegio de México, donde tuve el honor de adquirir el oficio de historiar con maestros tan ilustres como José Gaos, José Miranda, Rafael Altamira, Adolfo Salazar, Agustín Millares, Francisco Barnés, Javier Malagón y Ramón Iglesia.

Para acoger a los treinta mil españoles que llegaron al final de la contienda se abrieron numerosas cafeterías en la ciudad de México, que no todas necesarias. Don Lázaro quería españoles con sapiencia y gustos campesinos, pero los llegados prefirieron residir en la urbe grande. Casi todos se pusieron a trabajar poco después de su llegada. Con excepción de los viejos residentes españoles, la metrópoli les abrió sus brazos. Aunque se supo que lo que entraba a México era "un río español de sangre roja", aún algunos ultraconservadores lo vieron venir esperanzados. Alfonso Junco escribe: "Ninguna inmigración mejor para México que la que traiga sangre y espíritu español. Ninguna de más fácil y profunda incorporación a nuestro medio. Ninguna que así fortifique lo nuestro, prosiga nuestra historia y tradición, ensanche la espontánea hermandad, prolongue el generoso mestizaje que vivifica nuestra cultura. La caudalosa inmigración española tiene fundamentalmente la simpatía mexicana (y más que ninguna), la gente de bien y trabajo que restañando sus heridas, se ha puesto a trabajar a nuestro lado, ha fecundado nuestra tierra en el orden intelectual o material".

Durante algunos meses, los españoles del exilio fueron las figuras sobresalientes en la vida nacional de México. Luego los desplazaron del sitial mayor los aspirantes a

suceder a Cárdenas en el puesto de presidente de la República y los hombres de empresa que acudían al llamado del Presidente de poner en obra la revolución industrial mexicana que sólo podía producirse en una época tan cruel como la Segunda Guerra Mundial. A un mes de haberse iniciado los horrores de la lucha en Europa, el gobierno de México reglamenta la exportación de materias de interés para la industrialización del país; para atraer inversores de fuera suprime el gravamen a la exportación de ganancias; cancela el impuesto del ausentismo y promulga un decreto para fomentar industrias novedosas. Las huelgas, el coco mayor de los industriales de casa, reciben un hasta aquí de los líderes. La dirección de la CTM dispone que los enfrentamientos obrero-patronales se resuelvan por conciliación. El vocabulario de la gente política deja de tener el color rojo tan común antes de la guerra. Se pone en práctica una industrialización a dúo, mixta, en la que el gobierno se comprometía a poner la infraestructura (medios de comunicación y transporte, energía eléctrica y obreros preparados) y los capitalistas a construir talleres y fábricas. Así se pone en órbita el capitalismo a la mexicana.

Se abrían carreteras hacia todos los rumbos del país, planteles escolares capacitadores de las masas, centros que promovieran el despegue científico-técnico, plantas generadoras de energía eléctrica cuando el general Lázaro Cárdenas le pasa el oficio de presidir a México al general Manuel Avila Camacho. Como quiera, Cárdenas no abandona del todo la vida pública. Su sucesor le pide que se encargue de la Secretaría de la Defensa Nacional. Miguel Alemán, presidente de 1946 a 1952, lo hace vocal ejecutivo de la Comisión que hizo fértiles las llanuras del Tepalcatepec. El presidente Adolfo López Mateos lo nombra vocal ejecutivo de la Comisión del río Balsas. En 1969, en vísperas de la muerte, pone en marcha el proyecto siderúrgico de la costa de Michoacán conocido con el nombre de Las Truchas.

Seguramente después del sexenio presidencial de Cárdenas ha habido cambios notables en la vida de México. En vez de fomentarse el crecimiento de la población, se le ponen trabas. El reparto de latifundios y baldíos ha perdido intensidad. En lugar de atraer compatriotas que trabajen fuera, se despide día a día a un creciente número de compatriotas que se van con su música más allá de las fronteras nacionales. Con todo,

El estilo cardenista,

el viraje que le impuso a México el general Cárdenas en el sexenio 1934- 1940 se ha mantenido en su mayor parte. La personalidad misma del presidente de la República reconoce como modelo a la persona de don Lázaro. Éste estatuye el perfil del presidente robusto, deportivo e itinerante. También pone el ejemplo del adalid silencioso, de pocas palabras, aunque no todos sus sucesores lo hayan seguido en esa

costumbre. En la vida de Cárdenas, el círculo familiar jugó un papel de primer orden, tan protagónico como en los presidentes que vinieron después. Es obvio que los gobernantes de ahora se han bajado del caballo, pero ninguno ha vuelto a las vestiduras de etiqueta. La ropa común y corriente que adoptó Cárdenas para todas las ocasiones, ha mantenido su vigencia. También a partir del hombre que derrumba al Jefe Máximo de la Revolución, el presidencialismo mexicano asume el perfil que todavía presenta ahora, el del gobernante muy poderoso. Desde entonces, ningún poder sobrepasa al presidencial.

No todos los historiadores han querido ver que la reciente industrialización de México recibe el "hágase" del mismo gobernante que regañó en 1936 a los industriosos regiomontanos. No cabe duda de que fue promotor de movimientos laborales contra el capital, pero enseguida dio cuerda, con apoyos fiscales y otros estímulos, a los que anhelaban lanzar al país por la senda de la industrialización. También hizo costumbre el papel rector del Estado en la vida económica nacional, pero no se ha respetado suficientemente la recomendación escrita por Cárdenas el último día de su gobierno donde se lee: "Entretanto no haya una declaración categórica del gobierno de Norteamérica no deben aceptarse aquí a nuevos inversionistas de la nación vecina". Como quiera, los negocios nacionalizados por aquel gobierno no han recaído en manos extranjeras.

La reforma agraria no comenzó en el sexenio cardenista, aunque entonces obtuvo un desarrollo nunca visto y novedosas modalidades. El reparto de tierras se agilizó con la entrega de las mismas antes de concluir los trámites de ley. Así se pudieron distribuir alrededor de veinte millones de hectáreas. Con esa superficie laboral se formaron ejidos ya no transitorios, sino formas permanentes de usufructo agrícola. Desde entonces la propiedad ejidal de la tierra, según la justa observación de Arnaldo Córdova, se transforma en "palanca y continente del nuevo orden rural, brazo poderoso que garantiza la acción y la vigilancia en el campo, y fragua en la que se forjan la paz y la tranquilidad".

La política indigenista tampoco ha cambiado mucho de Cárdenas para acá. Él reestablece como uno de los fines primordiales del estado mexicano la tutela del indio que quedó en desuso al sobrevenir el régimen liberal y ser considerada herencia del régimen español. Tata Lázaro, como fue conocido por los purépecha, puso como deber del gobierno la elevación del estado de las cien etnias mexicanas en los órdenes económico, político y cultural sin menoscabo de las propias costumbres económicas, de los típicos modos de organización social y de los valores culturales de esas etnias.

En los años recientes y en los círculos de izquierda ha cundido la moda de criticar la organización obrera dejada por el sexenio de don Lázaro. Recuérdese que su gobierno se propuso sindicalizar a todos los trabajadores y unificarlos. El cardenismo acuña a la Confederación de Trabajadores de México que en 1940 agrupaba un

millón de obreros, y es hoy la central obrera más nutrida y poderosa de la República Mexicana. De entonces provienen estas y otras costumbres laboristas: la actitud benévola del gobierno hacia el trabajador en los casos de conflicto obrero-patronal, los contratos laborales colectivos, las concentraciones obreras para apoyar acciones del gobierno, los mítines contra el imperialismo y el desfile interminable y multicolor del primero de mayo.

Se dice que en materia educativa el cardenismo no trascendió a su sexenio pues la enseñanza socialista fue suprimida en la Constitución de la República en el sexenio siguiente al de Cárdenas. Pero hay que tomar en cuenta que lo conocido por escuela socialista sólo fue un episodio breve y poco generalizado de la obra de Cárdenas. Lo típico de aquel régimen fue, por una parte, la educación rural que ahora ha renacido con gran éxito en las escuelas agropecuarias y, por otra, la enseñanza para capacitar trabajadores de la industria. Se fundaron numerosas escuelas de nivel medio que conducían al espléndido remate del IPN, escuelas que se han multiplicado recientemente. También se dio y se sigue dando gran impulso a la educación física y todo género de deportes.

La educación de índole humanística también inaugura entonces nuevos modos de abordar el tema del individuo y la sociedad. El broche de oro con que se clausura la política cultural del presidente Cárdenas fue El Colegio de México, hecho por profesores transterrados por la guerra civil española. El Colegio de México, que ha crecido mucho y que ya tiene imitadores en las provincias mexicanas, introdujo nuevas miras y métodos en la investigación del hombre que todavía se consideran válidos, que aún se emplean con éxito por nuestros filósofos, antropólogos, economistas, científicos sociales y políticos e historiadores.

Desde los días de Cárdenas la cultura de los agachados es vista con buenos ojos en las esferas sociales. Con el pretexto de modernizar al pueblo se hacían periódicamente campañas antirreligiosas. Don Lázaro las paró. De entonces para acá se permite a todo el mundo la creencia en Dios, los santos, los demonios y las ánimas; la observancia de la moral católica y la asistencia sin cortapisas a ejercicios religiosos, fiestas patronales, bodas y demás golosinas del rito. Por lo demás se impuso el hábito oficial de proteger las artes plásticas, los bailes, la música, la cocina y demás creaciones del cacumen proletario. Desde aquel régimen la cultura llamada superior ha sido influida por la cultura plebeya. Ahora ya es un lugar común incluir en las antologías poéticas poemas populares; adobar con refranes y dichos del pueblo, relatos y conversaciones de salón; injertar en el texto gratuito, cuentos y fábulas del vulgo; poner al alcance de los universitarios el cancionero folclórico de México; oír en gente educada insultos verbales antes sólo permitidos a la plebe; ver a personas de buenas maneras que se ponen a bailar zandunga y jarabe; a aristócratas del saber, del poder y del dinero que se divierten como enanos en fiestas pueblerinas; a mujeres de

las mejores familias que visten el huipil y el quechquémel y a los frecuentadores de la alta gastronomía europea que comen con gusto tacos, pozole, moles, huitlacoche, chilaquiles y chiles en nogada.

En verdad y sin exageración, Lázaro Cárdenas es el padre del México moderno.

Teoría de la microhistoria

Las tres historias

Quizá fuera más conecto decir las tres principales maneras de recobrar el pasado, o las tres especies que abundan más en el bosque de los recuerdos, o los tres vestidos de batalla de doña Clío, porque Clío tiene una percha sin fin, el bosque citado luce infinitas especies vegetales, y la recuperación de ayeres cabe hacerla de mil modos. Para acabar enseguida basta decir: el género histórico es múltiple. Supongo que nadie refutará lo dicho por Braudel: "No existe *una* historia, *un* oficio de historiador, que sí oficios, historias, una suma de curiosidades, de puntos de vista". Tampoco es arduo convenir con Cervantes en las tres fundamentales funciones de Clío: testigo del pasado, ejemplo y aviso para el presente y advertencia para el porvenir. También es fácil aceptar de Nietzsche que esa triple función ha procreado tres historias: anticuaria, monumental y crítica.

La última es la más ambiciosa y campanuda. Nace en el piso más elevado del ser humano, surge de la cabeza. Reconoce como fundador a Tucídides. Es archiculta. Se propone llegar a las últimas causas del acontecer histórico para poder predecir y aun enderezar el rumbo de los sucesos. Uno de sus fines es libramos de la cadena. En la época medieval anduvo de la mano con la teología de San Agustín. Más tarde le negó a Dios el derecho y el poder de meterse en el quehacer humano y se escudó en la filosofía de la historia y las ciencias sistemáticas del hombre. Hoy exhibe como misiones principales las de ratificar o rectificar las leyes vislumbradas en el discurrir histórico por filósofos y científicos, y responde a la pregunta: "¿A dónde vamos?". Ve el conjunto de lo acontecido y previene al hombre contemporáneo acerca del porvenir. Pretende ganar la presidencia del futuro que fue el premio ofrecido por Comte a la "doctrina que explique suficientemente el conjunto pasado".

La historia monumental es menos pretenciosa. Mientras aquélla se mueve en el ancho mundo, ésta procura circunscribirse a la nación. Da explicaciones, pero no generaliza. Prefiere los hechos relampagueantes y no las opacas estructuras. Se queda en los tiempos cortos y persigue las hazañas de índole ejemplar. La guía una intención pragmático-ética. Ve en las cumbres de la existencia pasada un depósito de modelos para la acción futura. Es la historia que acaba en esculturas de bronce, la *magister vitae*, la escuela de la política. Sirve para la preparación del gobierno de las naciones. Es pilar del nacionalismo. Según Paul Valéry "es el producto más peligroso entre los elaborados por la química del intelecto. Sus propiedades son muy conocidas. Hace sofiar, embriaga a los pueblos, les engendra falsos recuerdos, exagera sus reflejos, mantiene sus antiguas llagas, los hace sufrir en el reposo, los conduce al

delirio de grandeza o al de persecución, y vuelve a las naciones amargas, soberbias, insoportables y vanas… No enseña rigurosamente nada, porque engloba todo y da ejemplos de todo". Un análisis magistral de la Clío de bronce se halla en don Edmundo O'Gorman, en *Crisis y porvenir de la ciencia histórica.*

La especie anticuaria es la Cenicienta del cuento. Fluye de manantial humilde; se origina en el corazón y en el instinto. Es la versión popular de la historia, obra de aficionados de tiempo parcial. La mueve una intención piadosa: salvar del olvido la parte del pasado propio que ya está fuera de uso. Busca mantener el árbol ligado a sus raíces. Es la que nos cuenta el pretérito de nuestra vida diaria, del hombre común, de nuestra familia y de nuestro terruño. No sirve para hacer, pero sí para restaurar el ser. No construye, instruye. Le falta el instinto adivinatorio. No ayuda a prever; simplemente a ver. Su manifestación más espontánea es la historia pueblerina o microhistoria o historia parroquial o historia matria.

Raíces vitales de la microhistoria

Sin temor a errar se puede decir que los historiadores matrios siempre han sido más numerosos que los monumentales y los críticos. Son más en la vida que no en la literatura. Son más aunque pesen menos. Dispersos en miles y miles de comunas ni se les nota, ni se les cuenta. Incluso, cabe decir, sin demasiada exageración, que todos los seres humanos son microhistoriadores. El rememorar las personas y los hechos del terruño y la estirpe es algo que todo mundo hace todos los días. No es concebible una familia, una tribu, una aldea y mil formas de minisociedad sin deslizamientos hacia el recuerdo. Cada grupo de gente unida por lazos naturales construye normalmente su historia. En otras palabras, la historia local o microhistoria apenas se distingue de la existencia local.

Por lo mismo, este modo de historiar pertenece al reino del folklore; es de la estirpe de Marsyas, el sátiro de la flauta desollado vivo por Apolo, el aristócrata de la cítara. Las historias locales ocupan en la república de la historia un lugar análogo al ocupado por corridos y romances en la república de las letras. A la microhistoria hay que verla como expresión popular. Sólo así se comprende que sus practicantes sean generalmente aficionados y no profesionales. No es obra de escribas anónimos, como pasa con los corridos, pero sí de escritores de la plaza pública que no de la torre de marfil. Por regla general los microhistoriadores son ya admitidos en la casa de la cultura, pero su hogar es aún la casa del pueblo. No importa de qué grupo social sean, pero sí que no sean únicamente intelectuales. Casi nunca laboran en instituciones universitarias, aunque es frecuente su adscripción a un mecenas rico y poderoso. Reciben los motes de amateur, paniagudo y bohemio. No mantienen un contacto regular con sus historiadores, aunque en cafés y cantinas se mezclan con sus

paisanos, con gente de pocas luces, poco leída y escribida. Rara vez comparten la vida de una sociedad cultural o escriben en publicaciones científicas. No es insólito que pertenezcan a una bohemia donde se intercambien productos intelectuales de valía ordinaria y no culta. Por lo demás, es difícil definirlos porque a la mies microhistórica acude gente de muy distinta condición: abogados, sacerdotes, médicos, poetas, políticos y personas que apenas saben leer y escribir. Y sin embargo, es posible rastrear en ellos algunos rasgos comunes; así, la actitud romántica.

Emociones que no razones son las que inducen al quehacer microhistórico. Las microhistorias manan normalmente del amor (a veces feroz, a veces melancólico) a las raíces, como aquel de Manuel Machado:

> Me siento a veces triste…
> Mi pensamiento entonces
> Vaga junto a las tumbas de los muertos,
> Y en torno a los cipreses y los sauces
> Que abatidos se inclinan… y me acuerdo.

En Herodoto se lee que Hipias, de haberse soñado acostado con su madre, deduce que regresará a su tierra natal, la ciudad de Atenas. El amor a la patria chica es del mismo orden que el amor a la madre. Sin mayores obstáculos, el pequeño mundo que nos nutre y nos sostiene se transfigura en la imagen de la madre, de una madre ensanchada. A la llamada patria chica le viene bien el nombre de matria, y a sus vecinos, matriotas. Y a la narrativa que reconstruye su dimensión temporal podría llamársele, en vez de microhistoria, historia, historia matria para recordar su raíz.

La psicología profunda encuentra en la microhistoria una manifestación del deseo de volver al receptáculo original. Cabe ligar el impulso a la quietud con la vocación microhistórica. Nietzsche asegura: “La historia anticuaria sólo tiende a conservar la vida; no a engendrar otra nueva". Casi siempre el cronista de pueblos y ciudades pequeñas es un anticuario asido a su tradición, deseoso de mantener en el recuerdo, que no necesariamente en la vida, lo que no tiene futuro por “pequeño, restringido, envejecido y en trance de caer hecho polvo”. La intención del microhistoriador es sin duda conservadora; salvar del olvido el trabajo, el ocio, la costumbre, la religión y las creencias de nuestros mayores. Puede ser simultáneamente revolucionaria: hacer consciente al lugareño de su pasado propio a fin de vigorizar su espíritu y hacerlo resistente al imperialismo metropolitano o colonialismo interno, como también se le llama.

Sería iluso pensar que la microhistoria únicamente nace del pueblo promovida por sentimientos nostálgicos y edípicos o por fines ya conservadores, ya revolucionarios. No todo aquí es hijo de la pasión o de la necesidad vital. Cada vez son más los no vocados, los ociosos que hallan quehacer en la microhistoria, los pobres que con ella

obtienen lucro, los desconocidos a quien les da nombre, los meros repetidores de un oficio más viejo que el atole blanco, dueño de su propio conjunto de problemas, de un método peculiar y de un círculo de lectores.

El fundo microhistórico

La microhistoria reconoce un espacio, un tiempo, una sociedad y un conjunto de vicisitudes que le pertenecen. En la historia crítica lo básico es el tiempo, la oposición entre unas épocas y otras. En la historia local es muy importante el espacio.

En términos generales, el ámbito microhistórico es el terruño: lo que vemos de una sola mirada o lo que no se extiende más allá de nuestro horizonte sensible. Es casi siempre la pequeña región nativa que nos da el ser en contraposición a la patria donadora de poder y honra. Es el terruño por el cual los hombres están dispuestos a hacer voluntariamente lo que no hacen sin compulsión por la patria: arriesgarse, sufrir y derramar sangre. Es la matria, que las más de las veces posee fronteras naturales, pero nunca deja de tener fronteras sentimentales. Puede ser un pequeño cuerpo político perfectamente delimitado por accidentes naturales, pero también una multitud de islotes familiares muy alejados entre sí, sólo oriundos de la misma comunidad; por ejemplo, las familias emigradas de San José de Gracia a una docena de ciudades de México y Estados Unidos.

La unidad social actuante en la microhistoria es generalmente un puñado de hombres que se conocen entre sí, cuyas relaciones son concretas y únicas. El actor colectivo es el círculo familiar, la gran familia. El solista es el hombre poco importante, no el egregio en el país y en el mundo; el inventor desconocido más allá de su terruño, el héroe de alguna emboscada, el bandido generoso, el bravucón, el mártir olvidado por la curia romana, el deportista que no aparece en los fastos del deporte, el mentiroso del pueblo, el cacique, el cura, el alcalde, el benefactor que regala una de las bancas del templo o del jardín, el curandero, la bruja, la comadrona, el comisario ejidal y otras cabezas de ratón; es decir, los hombres de estatura cotidiana capaces de ser profetas en su tierra.

¿Cuáles son los hechos historiables y cuáles los no historiables para el microhistoriador? Los historiadores locales parecen pecar por exceso. Pueblan sus libros con pequeñeces. Creen a pie juntillas que en las cosas pequeñas está la cifra de las mayores. La especie microhistórica es muchas veces todista, porque el espíritu anticuario rara vez distingue entre lo importante y lo insignificante, entre lo que influye, trasciende o personifica y lo que es mera banalidad. Las miciohistorias muy a menudo son acumulaciones de todos los vestigios del terruño, movidas por el afán de ver a los ancestros en toda su redondez. Son raras las historias locales sin polvo y paja. Lo común es que se descubran las raíces con la costra del suelo donde estaban

inmersas, sin limpiarlas de lo que traen pegado. Esto no se contradice con el hecho de que la microhistoria busque sobre todo lo cotidiano, el menester de la vida diaria, la vida vivida por todos, los quehaceres comunales sin teoría y las creencias comunes sin doctrina.

La microhistoria no puede evitar ser un poco geografía y un poco biología; le da cabida a hechos del mundo histórico natural. Los pueblerinos, al decir del maestro José Miranda, se integran profundamente con la tierra y de dicha integración derivan su personalidad y su función. La microhistoria rara vez prescinde de dar noticia del relieve, clima, suelo, agua, flora, fauna, sismos, inundaciones, sequías, endemias, epidemias y otros temas de la misma índole. También es frecuente en nuestros días que, por contagio de las ciencias antropológicas, se traten aspectos raciales: índices encefálicos, tipos sanguíneos, color de piel y otras cosas por el estilo.

La historia local no es insensible a la moda de los temas. Por muchos años, como a sus hermanas, le obsesionó el poder y la política. En otros momentos tuvo especial cariño por las batallas y los soldados. Como las sociedades modernas son esencialmente económicas, hoy la preferencia la tiene el tema económico. Los "micros" de hoy en día admiten la primacía de los negocios. También les obsesionan las vicisitudes demográficas y la organización social. Todo sin menoscabo de los asuntos de siempre, del religioso por ejemplo. En la microhistoria siguen ocupando un sitio prominente creencias, ideas, devociones, sentimientos y conductas religiosas. Lo mismo cabe decir de ocios, fiestas, y otras costumbres sistematizadas.

Viaje de ida y vuelta

Como las demás ciencias históricas, la micro no puede prescindir del rigor, de la prueba, de la aproximación a lo real. Con todo, las crónicas locales gozan la triste fama de estar colmadas de amor al terruño y ayunas de auténtica investigación científica. Los teóricos encuentran la raíz del fenómeno en la falta de profesionalismo de los cronistas locales, lo cual no es del todo exacto. Casi todo microhistoriador sabe que la vida que busca sólo la encontrará en restos y testimonios tras de someterlos a un riguroso análisis, a una serie de complejas operaciones heurísticas, críticas y hermenéuticas. Si la microhistoria no ha alcanzado el nivel científico de sus hermanas, no es únicamente por el candor de algunos historiadores pueblerinos.

En reuniones, en charlas, en voz baja y a gritos los sabios de provincia se quejan de los escasos medios de que disponen para ponerse en contacto con sus difuntos. La gente y los hechos de fuste, materia de las otras historias, dejan muchas huellas a su paso. No así la gente humilde y su vida cotidiana. Cicatrices terrestres, lógicos papeles de familia, registros parroquiales, libros de notarios, crónicas de viaje, censos, informes de autoridades locales, estatutos, leyes, periódicos y tradición oral,

los testimonios más frecuentados por el microhistoriador son mínimos. Y, para colmo de males, de difícil acceso en la mayoría de los casos. En muchos lugares no hay biblioteca ni archivo, y la recopilación de pruebas es muy ardua. La tradición oral ayuda, pero no suple la ausencia del documento y del monumento.

Con excepción de algunas tribus preliterarias donde existe un encargado de aprender la relación de los hechos transmitida por memoriosos anteriores, de añadirle nuevas noticias y pasarla aumentada al memorizador que le sucederá, la tradición oral se reduce a rumores cortos y versátiles sobre hechos y personas recientes, con una antigüedad máxima de dos siglos. Por otra parte, las rememoraciones son cada vez más escasas, quizá porque la escuela ha dado en desdeñar el cultivo de la memoria o quizá por el atiborramiento de noticias de la radio y la tele. La tradición transmitida oralmente está perdiéndose. Es necesario apresurarse para recoger sus últimas voces.

Con pocos testimonios, sin equipo suficiente y sin auxilio humano para obtener el máximo provecho de las pruebas, el historiador parroquial las pasa duras y está en gran desventaja con respecto a los profesionales de la historia crítica y de la historia de bronce. El macrohistoriador se sirve de un numeroso ejército de archiveros, bibliógrafos, numismáticos, arqueólogos, sigilógrafos, lingüistas, filólogos, cronólogos y otros muchos profesionales de las disciplinas auxiliares de la historia. Aquél se tiene que rascar con sus propias uñas, necesita hacer muchos papeles, se ve obligado a convertirse en un detective general con escasas y borrosas huellas y sin laboratorio ni laboratoristas.

Muchos aspirantes a microhistoriadores naufragan en la etapa recolectora de pruebas. Otros se pierden en las operaciones críticas por carecer de recursos instintivos o aprendidos, por falta de olfato o de oficio. No hay manuales para microhistoriadores. Las reglas generales para establecer la autoría, la integridad, la sinceridad y la competencia de documentos y monumentos no siempre son útiles en la práctica microhistórica. “Los historiadores de provincia”, según dice don Rafael Montejano, “somos ermitaños reclusos en las cavernas de una problemática muy compleja… En nosotros se ha hecho verdad lo que cantó Machado:

> caminante: no hay camino,
> se hace camino al andar…

En ninguna especie historiográfica se dan tantos abortos como en ésta. Aquí abundan las obras a medio hacer: simples compilaciones documentales sin aparato crítico, o sumas críticas de documentos ayunas de interpretaciones, o retahilas de hechos en desorden. Aunque según Nietzsche el espíritu anticuario “no puede percibir las generalidades”, y según Trevelyan en la anticuaria interesan más “los hechos particulares” que sus relaciones de causa, el historiador pueblerino no puede dispensarse de la tarea interpretativa, de la interpretación teleológica por lo menos, la

recomendada por Collingwood.

La piedad por lo que ha sido exige un gran esfuerzo hermenéutico. El historiador monumental cumple si explica los hechos por causalidad eficiente, y el historiador crítico por la vía de la causalidad formal. Pero el que quiere revivir intelectualmente la tradición olvidada necesita comprender, ligar los acontecimientos a sus autores, acudir al expediente etiológico de móviles y motivos. Tengo para mí que el entendimiento de las personas es la estación más importante del quehacer microhistórico, y también la más difícil y menos fecunda. La resurrección de los difuntos requiere recubrir sus huesos de carne y espíritu, tarea en la que, aparte de la psicología, las ciencias ayudan muy poco.

Al tratar de comprender entra uno en el camino misterioso de la inspiración, y por él camina durante todo el viaje de vuelta. Para los últimos tramos del camino no sirven las reglas. La anticuaria es ciencia en las etapas recolectora, depuradora y hermenéutica, e intuición en las siguientes. Strachey solía decir: “Los hechos, si son reunidos sin arte, son meras compilaciones, y las compilaciones sin duda pueden ser útiles, pero no son historia, así como la simple adición de mantequilla, huevos, patatas y perejil no es una *omelette*”.

En palabras de Eric Dardel, la micro “pertenece a la narración como el cuento y la epopeya. Exponer la historia concreta es siempre de algún modo contar historias”, narrar sucedidos dispuestos en su orden cronológico. Por lo mismo son injustificables algunas arquitecturas deformes, como la de diccionario, donde cae a menudo la narrativa local. Tampoco es justo dejarse seducir, al ponerse a escribir, por el estilo oratorio que le viene bien a la historia monumental, o el estilo insípido que aguanta sin sobresaltos la especie crítica. Lo bueno en microhistoria es la expresión inspirada en el lenguaje común. Ni la pompa del pico de oro ni la desnuda monserga del científico. Sí el habla de los buenos conversadores, el encanto de los cuenteros. Sin encanto, no hay microhistoria que valga.

Uso público de la microhistoria

No obstante que la literatura microhistórica circula normalmente en ediciones de corto tiraje, mal diseñadas y bien surtidas de erratas, como a la Cenicienta del cuento, le ha acontecido el reconocimiento de sus virtudes. Lo que fue burla de cultos, es hoy fuente de regocijo. A todo santo se le llega su fiesta. Aquí en México, la llamada de atención se debe a don Alfonso Reyes en carta escrita a don Daniel Cosío Villegas, donde se lee: “Es tiempo de volver los ojos hacia nuestros cronistas e historiadores locales…[en ellos] están las aguas vivas, los gérmenes palpitantes. Muchos casos nacionales se entenderían mejor procediendo a la síntesis de los conflictos y sucesos registrados en cada región”.

Don Alfonso Reyes le concede un valor sólo ancilar a la historia matria, la ve únicamente como auxiliar de la historia patria. Lo mismo piensan Lucien Febvre y la mayoría de los colegas monumentales y críticos. También le reconocen virtudes de criada (no siempre dulce y sumisa), sociólogos, economistas y antropólogos. Algunos profesionales de las ciencias del hombre creen que si llegamos a conocer la vida cotidiana de algunos átomos o células de la sociedad podremos conseguir una imagen redonda de la grey humana en su conjunto. Creen que lo pequeño es cifra de lo grande.

Previamente los pedagogos le habían atribuido la virtud de ser un buen aperitivo para las criaturas con inapetencia histórica monumental. Como el amor a la patria chica está hincado en el corazón, la historia de su terruño les entra a los niños sin sangre, incluso les gusta y quizá los domestique para el estudio de la vida patria. La escuela activa le concede un atributo más: la microhistoria permite enseñar historia haciéndola. También se recomienda para la enseñanza universitaria. El profesor Finberg dice que es un estupendo gimnasio donde se robustecen los músculos intelectuales de los aprendices de historia porque en la práctica microhistórica se echa mano de todos los pormenores del método.

También en el círculo popular gana cada vez mayor clientela. En primer término el turista ha dado en consumir microhistorias con el mismo entusiasmo que lo induce a zambullirse en una alberca de aguas tibias o en un paisaje bucólico. Es comprensible que los burgueses sientan las narraciones históricas intercaladas en las guías turísticas como jardines terapéuticos. La microhistoria es indicada para los hombres ajetreados. Con ella, los enloquecidos por el hacer y los débiles de ser se desenajenan y robustecen. La lectura de microhistorias puede ser un pasatiempo divertido y saludable.

Los moralistas se dejan seducir por las microhistorias, pues en su lectura suelen encontrar valores y virtudes humanas arrojadas por las ciudades al basurero del olvido. En todas las congregaciones pequeñas, en todos los Jerez del mundo, y no sólo en el de López Velarde, se puede espigar una luminosa pureza de costumbres, el sentido del humor respetuoso de las grandes tradiciones, el gozo de vivir en salto de trancas, la cordialidad, el regocijo sin cruda y el espíritu de independencia sin estruendos de rebeldía.

Si no me importara aburrirlos le concedería diez páginas más al catálogo de los usos y virtudes de la historia pueblerina. Como quiera, el temor de cansarlos no me va a impedir una última parrafada donde diga que la historia recobrada de una localidad presta grandes servicios a esa localidad. Al hacerla consciente de su tradición la sustrae de ella, la libera, le permite continuar la marcha. Ya lo dijo Goethe: “Escribir historia es un modo de deshacerse del pasado". Sobre todo si es un poco crítica, la historia realiza una auténtica catarsis. La microhistoria puede

convertirse en el saber disruptivo que libere a los lugareños del peso de su pasado.

Itinerario del microhistoriador

El propósito del II Encuentro de Historiadores de Provincia es retomar con mayor fuerza el asunto del I: "El análisis del presente de la microhistoria y la planeación de su porvenir".

En otros términos, se trata de hacerse consciente y resolver los problemas relativos al oficio de microhistoriador. Y dentro de tal cosa me ha tocado el hueso duro. Como le expliqué telefónicamente —me escribió don Rafael Montejano— a usted le toca decir lo que quiera sobre el punto uno de la sesión membretada: "Problemática de los investigadores de la historia regional"; usted hará el catálogo de deficiencias y vicios de la microhistoria de fabricación nacional. Ojalá se tire a fondo y hable claro de tal manera que entendamos lo que nos falta, nos sobra y nos impide afinar la hechura de la historia de nuestras respectivas patrias chicas.

Entiendo que los microhistoriadores, acaparados por la diaria labor del investigador y del maestro, no tienen tiempo para estarse situando constantemente; entiendo que hayan convenido reunirse bianualmente para hacer examen de conciencia y arrepentirse de las faltas cometidas. No entiendo por qué la tarea de bisturí le haya tocado a una persona con muy poco sentido crítico, que jamás ha usado la pluma para criticar duramente a un colega, que está lejos de ser un juez implacable y riguroso, que por temperamento —no por virtud— únicamente mira el aspecto color de rosa de gente y libros, y que aprueba a todo mundo en los exámenes de fin de año. Además, se ha encomendado la tarea de censor a alguien muy visto y oído. En el prólogo a la primera salida de *Pueblo en Vilo* ya dijo *in inuce* lo que tenía que decir acerca de la microhistoria. Al otro año, en 1968 y en Oaxtepec, ante una distinguida concurrencia de historiadores de Estados Unidos y México, volvió sobre el asunto. En 1971 recayó en la tentación de predicar; esta vez en Monterrey y en el Congreso de Historia del Noroeste.

En 1972, como algunos de ustedes recordarán, disertó aquí sobre lo mismo, y en 1973, cuando en un descuido la Academia Mexicana de la Historia lo acogió en su casa, acatarró a sus nuevos colegas con un sexto discurso sobre la microhistoria. De tal modo que éste es el séptimo y ojalá sea el último, pues el autor no conoce suficientemente el tema de que trata, pues es poco menos que capitalino; sólo ha frecuentado a una docena de microhistoriadores, y no tiene ningún estudio anterior en qué apoyarse. De veras, es un amateur que repite y glosa lo dicho en 1968.

Si se mira esta ponencia como mero arranque de una discusión que se tire al fondo del problema, pasa. En síntesis, quiere alcanzar el mérito de ser corta; no quiere ser injusta al juzgar al oficio; quiere referirse a sólo siete achaques mayores de la microhistoria y no quiere herir a nadie. Para no caer en el escollo de la injusticia procurará juzgar con el código de la microhistoria en la mano. No se mofará esta

ponencia de los historiadores provincianos desde la emperifollada plataforma de la historia monumental o de bronce, empeñada en aprontarnos como modelos de buen vivir a héroes de los borrascosos tiempos de la conquista, la independencia, la reforma y la revolución. No medirá los esfuerzos de la historiografía provinciana con la cinta de los historiadores que se autonombran científicos por la simple razón de que establecen hechos, los ponen en fila y los etiquetan conforme a supuestas leyes del devenir histórico universal. A los microhistoriadores hay que juzgarlos conforme al código de una historia anticuaria que los engloba, al código de la historia que quizá pueda definirse como la que fluye del corazón movida por un fin piadoso: salvar del olvido aquella parte de la tradición cotidiana que ya está fuera de ejercicio o moribunda. Busca mantener el árbol ligado a sus raíces. Es la que nos cuenta el pasado propio de cada grupúsculo, de una familia, de un pueblo o de una ciudad aún no masificada. No sirve para hacer, pero sí para restaurar el ser. No construye; sólo instruye. Le falta el instinto adivinatorio. No ayuda a prever; simplemente a ver. Su manifestación más común es la historia pueblerina o microhistoria o historia parroquial o historia matria que no es ni más ni menos que "la conciencia que una colectividad toma de ella misma para asegurarse frente a la colectividad vecina" y para mantenerse en pie, alimentada por sus raíces.

Mi análisis no podrá ser universalmente válido, entre otras cosas porque el tema es muy heterogéneo. La diversidad de casos es infinita. No se puede decir nada que lo abarque a todos. No todos los microhistoriadores mexicanos de hoy cojeamos del mismo pie ni de modo parecido. Incluso los hay irreprochables que están como quieren. Por otra parte, para el despotrique que pienso acometer, de muy poco me servirán mis propias observaciones. Me será muy útil, en cambio, la autocrítica hecha aquí en 1972 y las quejas que los microhistoriadores de provincia acostumbran deslizar en artículos y libros. En fin, no pretendo agotar el asunto. Prescindiré de las faltas que considero veniales, de los tumorcillos que no ponen en riesgo la vida del cuerpo ni lo afean en demasía. Asimismo voy a dejar fuera faltas graves no generalizadas. En suma, me quedaré con seis vicios mayores y frecuentados; diré del conservadurismo, diletantismo, pobreza de información, desmesura enciclopédica, inacción y soledad de que adolece la microhistoria mexicana en el día de hoy.

Conservadurismo, el pecado original

La gran mayoría de nosotros comenzó en la provincia, en mala hora y en el seno de una familia decente. Es innegable que la capital no prohibe que nazcan en ella buenos microhistoriadores y para muestra con el botón de Salvador Novo basta y sobra. Como quiera, el gran vientre metropolitano arroja generalmente historiadores monumentales y científicos. Los pueblos, las villas y las ciudades pequeñas suelen

producir anticuarios. El mundo de la urbe predispone a las historias nacional y mundial. Del disperso mundo de las rancherías no surgen recordadores del pasado. El mundo pueblerino es en el que anida generalmente la gente amante de la historia particular. Esto es: nosotros somos hijos de un mundo ni ancho ni ajeno, de relaciones concretas, en vías de desaparecer por obra de la rebelión de las masas, sobreviviente de la edad preindustrial, aún no standard, donde la memoria del pasado propio —familiar y local— persiste, y donde perduran también, adheridas a esa memoria, costumbres inmemoriales. Somos oriundos de un *milieu* social conservador, y por añadidura, perseguido.

Desde hace 150 años las culturas regionales, en México y en todo el hemisferio occidental, desempeñan el papel de patitos feos. En nombre del nacionalismo, medio centenar de metrópolis chupasangre ha estado moliendo, tratando de demoler, a miles de formas de vida diferentes. De nada le han valido a la multitud de México no metropolitanos el que en las constituciones de la República se hayan declarado los principios de la federación y el municipio libre. La colonización interna prosigue su marcha. Los momentos de no agresión a las particularidades regionales son contadísimos en nuestra vida independiente. Rara vez han sido convocados los otros Méxicos para hacerlos participar en la hechura de la patria común. Se ha querido hacer de cada Cuauhtiúán un satélite a imagen y semejanza de la metrópolis y para beneficio y mayor gloria de ella que sólo es una falsa diosa. La provincia mexicana tiene siglo y medio de ser el puerco gordo de la capital. Los actuales microhistoriadores somos hijos de una época de acoso nacionalista a la existencia provinciana. Ésta ha tratado, naturalmente, de persistir enconchándose en sus pasados, de manera conservadora, mediante la vuelta al seno de la madre.

Somos producto de un medio sano y normalmente conservador, que por hostigado, se ha vuelto enfermizamente conservador. Somos, además, retoños de viejas familias o familias decentes. Si no me equivoco, algunos de ustedes provienen de familias señoriales, latifundistas, poderosas, que entonces gozaron de los placeres de la explotación. Algunos provenimos de familia independiente, de clase media pueblerina, que también conoció mejores épocas. No sé de microhistoriadores hijos de la gleba. Unos son vástagos de grupos otrora dominantes; otros de gente ni sierva ni señora; todos, o la gran mayoría, de desterrados del paraíso, de nostálgicos de una edad de oro o por lo menos de plata y de aborrecedores de un presente hostil. Somos albérchigos de círculos familiares poblados de figuras y leyendas de la estirpe, que viven en intimidad con sus pasados propios, que recuerdan constantemente las épocas en que los perros se amarraban con longaniza, que les gustaría volver a vivir algunas horas de la tradición, de la vida cálida en salones de decoración exquisita o sobre un buen caballo. Quien más quien menos, descendemos de personas anhelantes de ahuyentar el hoy, la turbulencia que nos circunda, el relajo, la agitación de la

muchedumbre, el ruido mecánico, el smog industrial, el anuncio luminoso y todas las inquietudes presentes. Nuestro origen es en mayor o menor grado conservador. Nuestro pecado original es el conservadurismo. Por herencia, somos optimistas frente al pasado y pesimistas ante el presente y el futuro.

Gracias al nacimiento en lugar y familia de índole conservadora se despertó en nosotros el interés por lo ido, la curiosidad apasionada por el pasado. Supongo que esa pasión se circunscribió al principio al pretérito puramente familiar, a la genealogía, en la que aún incurren tantos historiadores. Quizá los descendientes de familias con escudos y momentos de oro y muy replegadas sobre su propia tradición, satisfacen plenamente su inclín histórico con la red de recuerdos familiares. Otros pasamos de la historia hogareña a la lugareña; sentimos en la vida local el prolongamiento espontáneo del círculo de la familia; nos convertimos en cronistas potenciales de nuestra patria chica o matria; nos sentimos llamados a ser los resucitadores y propagandistas de anécdotas y leyendas espigadas en las tradiciones orales del hogar y la comunidad, pocas veces con el propósito de acordamos de lo que fue para evitar que vuelva a ser; casi siempre con el fin, seguramente morboso, de volver al tiempo ido, a las raíces, al iluso edén, al claustro del vientre materno; rara vez, sin pasiones conservadoras, en buenas relaciones con el presente, con la finalidad de hacer libre a nuestro pequeño mundo de las ataduras de su tradición. Lo más frecuente es seguir atrapados en el vicio del conservadurismo que nos dio vida. Lo más seguro es nuestra renuencia al bautizo, a la mezcolanza con la gente de ahora y los problemas actuales. El que sólo escribe historia y no la hace, que con su pan se lo coma en el limbo que la sociedad reserva para los que tienen miedo de echarse al agua.

Diletantismo

El microhistoriador suele nacer con un defecto original que la mayoría de las veces no borra ni disimula y al que luego agrega otro, el del diletantismo, mal del que pocas veces es culpable. La crianza en el seno de una familia conservadora despierta el apetito histórico pero no da adecuadamente la manera de satisfacerlo. El conseguir oficio es obra de maestros y escuelas. El niño picado de la curiosidad histórica debe recorrer en nuestros días muchos años y bancas para obtener un papel que lo acredite como historiador a secas. El viacrucis se inicia en la escuela primaria, a la que tienen acceso de unos años a esta parte la mayoría de los niños de cualquier región, y por lo menos los de clase media y chic. Allí se le imparte en casos muy contados y nunca en más de un curso la historia de la Entidad federativa a la que pertenece, y a través de algún otro curso, nociones de la vida hispanoamericana y mundial, y con mucha insistencia, historia de bronce, historia patriotera encauzada a conservar famas, a

proveer a los niños de vidas ejemplares, de una moral por ejemplos que varía según se estudie en escuela pública o privada. La criatura de la primaria oficial aprenderá a portarse bien a fuerza de conocer las virtudes ciudadanas de Hidalgo, Juárez, Madero y demás héroes de la serie liberal. La criatura de la escuela privada se hará buen ciudadano mediante el conocimiento de Iturbide, Miramón y los otros varones ejemplares de la serie conservadora. Y así, durante un sexenio, el niño con inclín de anticuario recibe una andadana de vidas dignas de imitación y de hechos que hay que venerar y repetir cuantas veces la patria o el gobierno que la administra esté en peligro. Y naturalmente la criatura no aprende a hacer esa historia de bronce porque entre otras cosas ya es cosa hecha y sabida, y también porque se correría el riesgo de despostillar las glorias nacionales si se le deja a la niñez la posibilidad de que las descubra y manosee.

Quizá los niños educados en la reforma actualmente en marcha abandonen su primaria con alguna idea de cómo se construye el conocimiento histórico. Nosotros salimos *in albis* y algunos de los colegas no fueron en sus estudios más allá de esa primaria. Pero aún los que persistieron en la secundaria y en la preparatoria no encontraron alicientes en su vocación. En la enseñanza inedia tampoco se enseñaba la historia haciéndola, y sólo se impartían nociones hechas de historia patriótica e historia científica. El avocado a la historia particular que sólo obtuvo el título de bachiller no tiene por qué considerarse más ducho en las investigaciones históricas que el egresado de la primaria. Pero tampoco en el pináculo de la educación el afecto a la microhistoria encuentra el oficio que busca. Los más acuden a universidades que no ofrecen la carrera de historia, ni siquiera profesiones de cultura, únicamente oficios técnicos dizque para ganarse la vida. Muchos han seguido la carrera de leyes con la esperanza de encontrar allí instrumentos útiles para el ejercicio de su vocación, pero sólo se han topado con algún curso de historia del derecho en México que no les sirve de gran cosa.

Muy pocos hemos asistido a escuelas donde se fabrican historiadores. En México las Facultades de historia todavía se cuentan con los dedos de las manos y sobran dedos. Hasta hace poco, en la provincia no había ninguna. Ahora dizque hay tres o cuarto. Ni éstas ni las capitalinas han sido pensadas, salvo alguna excepción, para hacer historiadores particulares. La enseñanza histórica universitaria produce maestros de historia monumental e investigadores de historia científica. La experiencia acumulada por anticuarios y microhistoriadores no se transmite en ningún centro universitario. No hay tampoco un manual para investigadores de historia anticuaria.

El presidente de la Asociación que nos convoca decía aquí mismo en 1972: “El historiador de provincia rara vez es por la formación y el oficio un profesional; casi siempre es un aficionado que, sin más que el sentido y el apasionamiento de la

historia se dedica a investigarla". No cabe duda que los devotos de la microhistoria mexicana jamás hemos caído en el vicio del profesionalismo porque nunca hemos practicado la virtud profesional. Somos amateurs, *dilettanti,* aficionados cuyo punto de partida es el cero. Repetimos errores por no tener un poquito de sabiduría del oficio. Por defectos de teoría y método nos enredamos más de la cuenta y para bien poco.

El historiador local aún no posee la teoría de su práctica. Padece desde el momento en que deslinda el campo de sus investigaciones. No sabe satisfacer el precepto que manda: "Nada de arquitectura sin proyecto de arquitecto. Nada de historia sin hipótesis de trabajo". A veces ni siquiera es consciente de que "el conocimiento de un tema histórico puede ser peligrosamente deformado o empobrecido por la mala orientación con que se le aborde desde el principio". Lo común es dejarse guiar por los papeles y recuerdos de que se dispone, y como dice Leuvilliot, "por las circunstancias de la investigación y por las preocupaciones profesionales". No es raro que nos arrastren la normas de la historia científica, y más aún, las leyes de la historia de bronce. Se hace historia de bronce, que no local, cuando sólo se buscan los sucesos de la gran historia acaecidos en una región. La sabiduría provinciana comete muy a menudo, por culpa del diletantismo, catálogos poco metódicos de sucesos de toda índole.

La falta de rigor intelectual se traduce aún en el ejercicio de las operaciones analíticas comunes a las tres historias. Con mucha frecuencia ni siquiera sabemos dar con las fuentes de conocimiento histórico y menos aún recogerlas debidamente. Según le oí decir al padre Montejano en Monterrey, en septiembre del 71, es la torpeza heurística el mayor obstáculo en el interior de la República para el desarrollo de la historia regional. La credulidad y otras formas de la falta de aptitud crítica es otro mal mayor. Se siguen ignorando normas antiquísimas para establecer la autoría, la sinceridad y la competencia de documentos, monumentos, tradiciones orales y demás huellas del pasado. La afición o el gusto es sin duda la base de todo buen conocimiento de historia particular, pero el rigor metodológico son los muros. Como las demás ciencias históricas, la micro no puede prescindir del rigor, de la prueba, de la aproximación metódica a lo real; no debe seguir padeciendo la triste fama de estar harta de amor al terruño y ayuna de auténtica investigación científica. Sobre todo es necesario afinar la operación hermenéutica. El que quiere revivir la tradición de su patria chica no puede prescindir de la comprensión, del descubrimiento de los móviles y motivos de sus difuntos. Y para hacer buena hermenéutica, así como buena crítica y buena investigación ya hay, como es bien sabido, buenos recetarios que es pecaminoso ignorar.

Pobreza

Tener poco y malgastarlo es una constante de nuestra vida. La mayoría de los microhistoriadores se quejan con justa razón de tres pobrezas: de información, de tiempo y de pan. El licenciado José Francisco Pedraza nos decía: “Muchas veces nuestro esfuerzo es dolorosamente sobrehumano y hondamente penoso” por la “desarticulación o inexistencia de archivos y bibliotecas, carencia de bibliografías, pobreza o carencia de medios económicos y humanos”. De por sí la microhistoria no puede contar con tantas pruebas como la macrohistoria. La gente y los hechos de fuste, materia de las demás historias, dejan muchas huellas de su paso terrenal; no así la gente humilde y su vida cotidiana. Cicatrices terrestres, supervivencias, vestigios arqueológicos, papeles de familia, registros parroquiales, libros de notarios, libros de viaje, censos, informes de curas y alcaldes, estatutos, leyes, periódicos y tradición oral, los testimonios más frecuentados por los microhistoriadores son tenues rayos de luz de difícil uso en la mayoría de los casos. Con pocos testimonios, y por añadidura inaccesibles, el historiador parroquial pasa las de Caín.

“Los historiadores que radican en la provincia", según denuncia hecha por don Wigberto Jiménez Moreno el 72, en San Luis, no pueden consultar archivos ricos y bien catalogados”, y a veces, ni pobres y en desorden. Es vieja costumbre mexicana la de destruir archivos. Recuérdese lo contado por don Ciro de la Garza: “En mi pueblo, en Burgos, Tamaulipas, los archivos municipales los quemó un bandolero”. Eso lo han hecho en distintas fechas y lugares revoltosos de toda laya. La piromanía que se nutre de fondos documentales la gozan también en épocas de paz nuestros coheteros. Con fines utilitarios de otra índole, contribuyen a la paulatina destrucción de los papeles viejos el fabricante de cartón y el abarrotero pueblerino necesitado de entregar a su clientela la mercancía con envoltura resistente. Por último, ratas y polillas hambrientas también aportan su granito de arena a la gran obra de suprimir documentos. Otros se contentan con trasladarlos de lugar. Los coleccionistas los esconden en su casa; los traficantes los sustraen generalmente con el propósito de vendérselos a los güeros para que los depositen y cataloguen bien en sus archivos públicos. Hay, por supuesto, importantes fondos que según Jiménez Moreno “han escapado al saqueo” y la destrucción porque ignoran su existencia los piromaniacos, los abarroteros, los coleccionistas y los traficantes. También quedan, aunque a buena distancia de quienes los necesitan, muchos testimonios en la capital de la República, en numerosas ciudades de Estados Unidos, en la centralizadora España y en casi todo el mundo. Aún más, subsisten y pueden consultarse, aunque estén en el retrete de los presos como el municipal de Sahuayo o en un cuarto húmedo y poblado de sabandijas como el de notarías que usé en Jiquilpan, Michoacán, en todas las capitales de los Estados, en casi todas las cabeceras de municipios y parroquias y aún en sitios de menor bulto y renombre. Huelga decir que la gran mayoría son puros hacinamientos de papeles custodiados, según denuncia de don Ignacio Gallegos “por personas, que

con harta frecuencia, impiden por egoísmo el acceso a ellos", aparte de su mala situación y peor equipo, casi siempre sin luz ni espacio donde el historiador pueda acomodarse. Son garbanzos de a libra los repositorios documentales de fácil consulta, que poseen lujos como los de la microfotografía y el xérox y que les han dado justa fama a sus organizadores y custodios, a Israel Cavazos Garza, a Eduardo Salcedo López, a Sarmiento.

Pero es inexacto que la violencia destructora únicamente se constriña a los antiguos manuscritos. También nos la traemos contra los libros impresos. Leo en Mariano de Jesús Torres para Michoacán algo aplicable a casi toda la República: "En las bibliotecas de los conventos había datos preciosísimos para la historia… pero el gobierno liberal que ocupó los bienes eclesiásticos, y por tanto las bibliotecas de aquellos, no cuidó, como era su obligación, de recoger éstas, reunirlas y conservarlas con escrupuloso esmero, sino, antes bien, las entregó al pillaje y a la devastación, las dejó en el abandono más lamentable… Recuerdo todavía con tristeza que en el edificio que servía de prefectura estaban hacinados en el suelo… pilas de libros que… los soldados llevaban a vender por papel viejo a las coheterías y a las tiendas de comistrajo". Si las estadísticas no mienten hoy contamos con 2 133 bibliotecas públicas, con una por cada 28 000 habitantes: 397 se localizan en la capital y poseen más de la mitad de los libros en el haber, las 1 936 bibliotecas provincianas reúnen 3 millones de volúmenes: 1 718 en promedio por biblioteca. En las de Nayarit la cifra media es de 880; en Zacatecas de 692; en Oaxaca, de 460 y en Tabasco de 450. Si las obras estuvieran bien distribuidas habría una a la disposición de 17 personas. La mayor parte de los acervos bibliotecarios son de escasa utilidad. Hay poquísimas obras de referencia; casi no hay libros modernos que permitan estar de moda en asuntos intelectuales. Excepcionalmente, como en las bibliotecas de la Universidad de San Luis Potosí, del Instituto Tecnológico de Monterrey y de la Universidad de Nuevo León, no se carece —dice Wigberto Jiménez Moreno que las conoce muy bien — del personal preparado para organizarías y enriquecerlas. Lo normal es que sean saqueadas, y para no desmerecer frente a los archivos, que se les tenga en desorden y sin catalogación alguna en locales inservibles, sin muebles ni personal *ad hoc*.

Los eruditos se ven obligados a trabajar con poco material investigable en horas perdidas y con alicientes económicos minúsculos. Don Ciro de la Garza nos dijo hace un par de años: "Casi todo lo hacemos como un *hobby*, como un cosa adicional a nuestro trabajo de rutina. Yo, por ejemplo, me gano la existencia como miembro del tribunal de Tamaulipas y mis horas de descanso las dedico a la investigación". El historiador tapatío Arturo Chávez Hayhoe había dicho: "La mayoría tenemos que trabajar para comer, y mientras este aspecto no se resuelva quedará muy poco tiempo para dedicarse a la historia". "Tenemos necesidad de ganarnos la vida en otras actividades", exclamó en ocasión del Primer Encuentro de Historiadores de Provincia

el licenciado Pedraza. En dondequiera, a *sotto voce* y a gritos, la sabiduría provinciana repite el lamento de don Manuel Orozco y Berra: “Si tengo tiempo me falta pan; si dispongo de pan no tengo tiempo”.

Hibris

Hay pocos recursos y se malgastan. Tener apenas para comer y gastarlo en borracheras de ordago no es precisamente cordura; es ni más ni menos lo que la sabiduría helénica denominó *hybris,* violación a la norma de la medida, salirse del cuadro, regarla. Según Platón hay *hybris* siempre que la medida del gusto es rebasada, lo cual se puede hacer con alguna facilidad, en un mero descuido, en distintos órdenes de la vida: vital, económico, ético, estético e intelectual. Olvidémonos de los excesos biológicos, económicos, éticos y estéticos. Sí debe preocupamos la hybris intelectual en la que caemos con extremada frecuencia los cronistas locales. A esto le llama Toynbee el pecado fatuo de la omniciencia; la gente culta del común, enciclopedismo, y. el común de la gente, todismo.

En mi pueblo tuvimos hasta fecha reciente un desmesurado todista. Ramiro Chávez tenía a su cargo los discursos del 16 de septiembre, la dirección y al hechura de las piezas teatrales representadas en el colegio de niñas, las exploraciones arqueológicas, los debates filosóficos con los descreídos que caían al pueblo, el archivo municipal, los poemas para recitar los días de santo de las matronas distinguidas, la confección de pinturas, esculturas y diversas formas de arte menor, la batuta de un coro de mujeres enlutadas, las clases de cualquier cosa en cualquiera de las dos escuelas, el aprendizaje del diccionario, y la crónica exacta y minuciosa del pueblo y su región. Y en todos los pueblos hay los que sirven tanto para un barrido como para un regado y que generalmente entre los muchos oficios más o menos mal hechos, está el de cronista de la población y sus contornos.

Como quiera, no es este todismo total el más reprobable en el gremio de la microhistoria tanto nacional como extranjera. En un artículo reciente aparecido en *Annales,* Leuilliot escribe: “Si la historia local no desdeña la historia religiosa o la historia literaria es porque la vida no distingue las disciplinas como las cátedras de las universidades… El microhistoriador siempre tiende a desbordarse, en lugar de restringirse a un tema. No dudará en meter una digresión, a menudo muy erudita, en una monografía aldeana; no eliminará, sistemáticamente, todo lo que pueda aparecer sin relación con su tema… lo multidisciplinario se realiza vigorosamente en los sabios locales”. Ellos escriben tratados que podrían llamarse: “Libros de todas las cosas y algunas más”.

En el círculo universitario hay temas que caen en desuso. En el ambiente microhistórico, todo asunto es eterno. El papel del individuo en la historia ya no

interesa mayormente a historiadores, sociólogos y economistas. Al microhistoriador le sigue fascinando la biografía. El sacerdocio de la historia científica desdeña hoy los acontecimientos políticos y militares. Los que ejercen la historia local siguen resucitando hechos de armas y alcaldadas. Por lo demás, los cronistas locales no son insensibles a la moda de los temas, les atraen los que están en turno; por ejemplo, hoy, las vicisitudes económicas y demográficas. Para ellos todo cabe en un jarrito sabiéndolo acomodar. Tanto empeño ponen en la búsqueda de temas a la moda como en los olvidados por la cultura capitalina. Pueblan sus libros con triques de todo orden. Rara vez distinguen entre lo importante y lo insignificante, entre lo que influye, trasciende o tipifica y lo que es mera cháchara. Acumulan sin ton ni son cualquier vestigio del terruño, movidos por el afán de recuperar a nuestros ancestros en toda su redondez. Es muy rara la microhistoria sin polvo y paja. Es más rara aún la que liga ese cúmulo de noticias fragmentarias y de la más diversa índole.

Hay por lo menos dos modos de hacer historia irritante. Uno, utilizando el método de tijera y engrudo. Otro, no utilizándolo. Del primero suelen abusar los historiadores científicos. Recortan trozos de fuentes primarias y secundarias y a continuación los unen según el orden que se hayan impuesto. Del segundo modo pueden servir de ejemplo algunos microhistoriadores. Reproducen *in integrum* documentos y reflexiones y no se toman el cuidado de unirlos. Abundan en sus obras las ideas y los hechos sueltos. En ellas se advierte una gran capacidad para referirse a todo y una soberana incapacidad de síntesis. En otros términos, la técnica del mazacote es muy a menudo utilizada por el genio y el microhistoriador.

La especialización y la coherencia son dos obsesiones archicultas de nuestros días que no siempre han producido buenos frutos. A la hora de impartir justicia, no se sabe quién merece mayor castigo: el especialista o el enciclopedista, el que dice mucho de un sólo sector del conocimiento o el que dice poco de todos los saberes. Como quiera, parece no haber duda en este caso sobre la situación intermedia de la virtud. Aquí los extremos son los vicios, y uno de ellos lo tenemos muy arraigado y desgraciadamente no es el que está de moda.

Esa desmesura que es la manía enciclopédica, ese vicio de que adolecen tantas de nuestras historias locales es posible atribuirlo al espíritu anticuario, al diletantismo, al desorden, de archivos y bibliotecas, a la curiosidad universal, a la soberbia y también a otro pecado mayor: al demonio del menor esfuerzo.

Pereza

La voz del pueblo le achaca a los mexicanos el ser inactivos por naturaleza. Según sociólogos y psicólogos cimarrones eso nos viene del clima, del indio y del español. Dizque la temperatura es tan cálida en algunas partes que produce sopor y en otros

tan fría que genera entumecimiento. También dice la voz de la calle que la culpa la tiene la eterna primavera del altiplano y los muchos dones de nuestra natura. Los antiindigenistas hacen responsable de tan feo vicio a la raza de bronce, al indio acurrucado junto a un nopal. Los antihispanistas opinan que la pereza nos la trajeron los españoles que se mueven mucho y no van a ninguna parte y hablan hasta por los codos y no dicen nada. Personas ilustres, como Manuel Gutiérrez Nájera, aseguran que Dios hizo al hombre para ser ocioso, y por consiguiente, el mexicano no debe preocuparse por su condición adánica, por su holgazanería, antes bien, debe bendecir al Creador por no haberlo expulsado aún del Paraíso donde son desconocidas la trombosis coronaria, la úlcera y la alta tensión.

Es fama que los mexicanos somos flojos y que en la redondez del mundo los que viven fuera de las ciudades enormes no lo son menos. También es de tomarse en cuenta otro hecho: los sabios suelen ser menos compulsivos que los ignorantes, y los sabios de provincia, aquí y dondequiera, mucho menos. Leuilliot nota: “El historiador profesional está generalmente presionado y ansioso de acabar, el historiador local prefiere el trabajo a fondo”. Si usted es habitante de la gran ciudad tiene que correr y producir muchas páginas, aunque sean prescindibles. Si vive en una pequeña ciudad de provincia o en un pueblo nadie lo corretea ni se dejaría corretear. Fuera de la metrópoli casi todo se puede dejar para mañana. Quizá los capitalinos trabajan más de la cuenta; quizá los provincianos menos de la dosis salutífera.

En nuestro encuentro anterior, Israel Cavazos Garza se dolía de la poca asistencia de los historiadores locales al magnífico y bien organizado archivo que él preside en Monterrey. Si mal no recuerdo, Eduardo Salceda se quejaba de lo mismo con respecto al archivo municipal de León, también rico y organizado. Alguien puede creer que el culpar al desorden archivístico de la escasa producción de la microhistoriografía local es una coartada de la pereza. El perezoso, según Toynbee, “posterga o elude la ordalía de realizar una obra creadora con cualquier excusa plausible… Un estudioso demuestra que es culpable de una hipocresía subconsciente cuando alega ignorancia y asegura que su conciencia no le permitirá escribir, publicar ni decir nada sobre el tema que está estudiando hasta que no haya dominado la última coma de información”. En suma, son muchos los disfraces del demonio del menor esfuerzo.

Cuando pensamos en el microhistoriador mexicano nos viene a la cabeza la lista de los muy productivos como Rafael Montejano y Aguiñaga, Israel Cavazos, José Fuentes Mares, José Corona Núñez, Jorge Fernando Iturribarría, Jesús Ramírez Flores, Francisco R. Almada, Joaquín Meade, Mario Colín, Leonardo Pasquel, J. M. Muriá y cien más, y nos olvidamos de miles de microhistoriadores dispersos en todos los rincones de la patria que aún no se atreven a escribir una línea o que son autores de un sólo artículo. Aun suponiendo que todas las excusas alegadas por los ágrafos tengan validez, la escasísima producción de historias locales, dado el abundante

número de microhistoriadores, inclina a pensar que la inacción culpable tiene mucha vela en ese entierro. Creo que es justo repetir a muchos de nuestros amigos provincianos el consejo del Duque Job: “Lo que tienes, chico, es pereza. Sacúdete y trabaja; si no, vas a quedar como las mulas del doctor Vicuña que, cuando ya iban aprendiendo a no comer, murieron de hambre”.

Una gran parte de los sabios se van a la tumba sin haber transmitido la espléndida sabiduría acumulada durante su existencia. Son legión los que no le han hecho caso al aforismo de Leonardo da Vinci: “Huye del estudio en el cual la obra resultante muere conjuntamente con el que la realiza”. También abundan los que se contentan con escribir para sí o sólo para sus muy allegados. Si es cierto que hay deberes para con la sociedad, ni los ágrafos ni los que únicamente escriben para ellos mismos, los cumplen. Éstos son también en buena medida responsables de otra de las dolencias de la situación microhistoriográfica: la soledad.

Soledad

Según Bertrand Russell, “un cierto grado de soledad en espacio y tiempo es indispensable para producir la independencia necesaria que requiere un trabajo importante”. Según Ariès no es soledad lo que suele faltarles a los historiadores provincianos. Él atribuye las deficiencias en la historiografía lugareña a “ausencia de comunicación con los otros historiadores”. En fin, “la proporción de soledad y compañía, que tanto convienen a la producción de las obras del espíritu”, según Paul Valéry, no se da habitualmente en nuestros cronistas provincianos. “Somos ermitaños”, nos dijo aquí en el Primer Encuentro el presidente de nuestra asociación. El licenciado Pedraza añadió: “Producimos casi siempre en la soledad… A veces sentimos la indiferencia, sufrimos el menosprecio oficial y particular y puede ser que en dolorosas ocasiones hasta el familiar”. La sensación de aislamiento es muy común en los intelectuales de provincia, y no sólo en las ratas de biblioteca, también en los bohemios. Unos y otros creen que no cuentan con el ojo, el oído y la mano de nadie; tienen la corazonada de no ser noticia.

En las ciudades mayores del interior hay una o más academias, juntas, sociedades donde suelen reunirse de vez en vez los cronistas de la ciudad. En algunas villas existen clubes que agrupan a los interesados en ciencias, letras y artes. En la mayoría de los centros urbanos brilla por su ausencia la necesaria sociedad de sabios. Desde hace poco se puso en camino una Asociación de Historiadores Regionales. Los congresos de Historia que sesionaban anualmente en distintos puntos de la República han prescindido de esa buena costumbre. No funciona hoy ningún organismo que permita e impulse el contacto entre historiadores particulares y generales. Se echan de menos también lazos que unan al microhistoriador mexicano con el extranjero.

Escasean los mecanismos especializados en poner al habla, a nivel local, nacional e internacional, al erudito provinciano con sus cofrades.

La publicidad endeble es otro factor de aislamiento. Con justa razón dice el licenciado Pedraza: “No logramos publicar nuestro libro; inéditas también quedan nuestras notas y apuntes, nuestros artículos, nuestras investigaciones”. Algunos diarios de provincia hospedan en su página editorial un corto número de notas históricas. En pocos sitios hay importantes revistas de cultura que le hagan lugar a la historia y publicaciones periódicas como *Roel, Revista de Estudios Históricos, Teotlalpan, Boletín del Archivo Histórico de León* y diversos boletines. Como quiera, todavía se siente la escasez en este género de publicaciones. Y por lo que mira a libros, sólo se me ocurre repetir. “Lo común en el medio microhistórico es que el autor publique sus libros en ediciones de corto tiraje, mal diseñadas y bien surtidas de errores tipográficos”.

La circulación no aventaja a las ediciones. Recuérdese lo que dijo el padre Montejano para la gente reunida en Monterrey, en aquel Congreso de Historia del Noreste: “cuanto se escribe y publica en el interior es obra inédita o semi inédita que muchas veces no llega siquiera a los especialistas”. Es rara la obra que va a las librerías distantes del contorno donde se produjo; son muy pocos los libros de nuestra provincia que reciben hospedaje en las bibliotecas públicas; más raros aún son los que despiertan la atención de la crítica especializada o de la común y corriente. Lo que no se difunde en calidad de regalo nomás no circula.

Hay otros estorbos para el intercambio entre los espíritus aún más difíciles de remover. Entre el microhistoriador de un terruño y el de otro se interpone la falta de comunidad temática. Lo común es que cada uno se apasione por la trayectoria de su patria chica y le sean indiferentes los sucesos de la ajena. Un vigoroso etnocentrismo impide la unión de los sabios provincianos entre sí. Para la comunicación de éstos con los historiadores monumentales y científicos de la capital, la máxima traba la ponen los capitalinos por desconfiados y desdeñosos. En Francia, en Inglaterra, en Estados Unidos es frecuente oír expresiones de reconocimiento para las monografías históricas locales. En nuestra capital, si se quita a don Wigberto y media docena más de simpatizadores de la sabiduría provinciana, no se oyen piropos para la intelectualidad extracapitalina. Al contrario, se le desconfía dizque por pasional y desprovista de método, y se le desprecia, y aun se le combate y estigmatiza por no estar a la última moda en asuntos y técnicas. El intelectual académico tiene una idea monstruosa de su importancia y no le gusta mezclarse con gente amateur. A ésta, por su lado, le da por exhibir las omisiones en que incurre el profesional.

La comunión con los legos tampoco es nada fácil. Los microhistoriadores quisieran un intercambio regular con un numeroso público, pero éste no parece corresponder a sus guiños. Sin salirse del contorno local la cosa es diferente. Aquí es

más o menos común que estimuladas por el café o el licor, las relaciones entre el erudito y sus coterráneos lleguen a ser hasta calurosas, aunque no tanto ni de manera muy general si se vive en un sitio con fiebre de transformación. Son de recordarse las expresiones de dos ilustres intelectuales oriundos de zonas en pleno desarrollo. El aquicalidense Alejandro Topete señaló que sus coterráneos “se olvidan de lo que no sea apandar pesos y centavos”. El leonés Eduardo Salceda afirmó: “vivimos en una sociedad que es evidentemente pragmática”. Como quiera, cada microhistoriador recluta un público en su propia tierra. En cambio, apenas lo consigue más allá de su contorno; entre otras causas, por una culpable. Hay que convenir en que no tenemos consideraciones para el lector. Las formas de efemérides, diccionario, monografía, geoestadística en que muy a menudo se vierten los descubrimientos de la investigación local, no son nada fascinantes para el común de los lectores. Tampoco los estilos más frecuentados por la crónica lugareña son de mucho pegue. El estilo solemne, camp, de la escuela de la facundia no es el más ducho para comunicar la vida y la obra de gente de estatura cotidiana, no egregia. El acostumbrado por el microhistoriador con humos de hombre de ciencia, con pretensiones de conseguir la fría objetividad, tampoco es el ropaje que le queda a una materia histórica necesariamente emotiva. Ni el lenguaje perfumado y altisonante ni el ramplón e insípido son capaces de conquistar lectores.

La sabiduría provinciana también se queja del poco aprecio que recibe de la sociedad oficial, lo que es parcialmente cierto y no sólo achacable al poder público. Muchos colegas han obtenido el reconocimiento de los poderosos incluso más allá de lo deseable; han sido presidentes, diputados, senadores, jueces, burócratas de alcurnia. Quizás algunos no han conocido las delicias del poder por su espíritu estrechamente conservador. Quizás otros no han llegado a funciones directivas porque no las apetecen. Quizás en la mayoría haya una cierta actitud de desprecio hacia el político que recibe como correspondencia un “váyase al diablo”. Debemos convenir en que el intelectual es muy a menudo irritante por criticón, por curioso y porque piensa de modo distinto al común de los humanos. Por supuesto que así debe ser, pero el ser así tiene su costo. Si no somos agraciados, no hay que esperar que las víctimas de nuestro mal humor nos colmen de atenciones así como así. El intelectual que conquista el apoyo del poder público para sus esfuerzos consigue ese apoyo porque logra despertar en el poder público miedo o espíritu revolucionario.

Por desgracia he tenido que hablar de cosas desagradables que apenas vislumbro. Mis comentaristas, infinitamente más conocedores que yo de los problemas de la historia regional, dirán la palabra justa sobre lo que es aquí y ahora la tarea microhistoriográfica. A los demás ponentes les tocará decir lo que debe ser.

Muchas gracias por su paciencia.

Municipio en vilo

En 1966 anduve metido en dos tareas simultáneamente: la de reunir los informes de los presidentes de la República, por encargo del legislador Alfonso Martínez Domínguez, y la de gestionar la legalización del municipio de San José de Gracia, por encargo de mis coterráneos. Trabaje en la suma de los documentos, que fuera de las constituciones, gozan de la máxima consideración nacional, y en hacer de derecho un municipio de hecho, formado por un territorio que podía abarcarse de una sola mirada desde arriba de las torres de la parroquia; una población unida entre sí por lazos de parentesco: un cura, y negocios y dedicaciones que distinguían la de San José de otras comunidades.

En 1966 ya había un buen número de personas de San José informadas de los graves problemas mundiales y de la peliaguda peregrinación política de México, pero aún a ellos sólo les preocupaba verdaderamente la modesta vida de su parroquia. Se preguntaban por qué San José de Gracia y sus rancherías no eran jurídicamente municipio aparte; por qué los josefinos ni siquiera tomaban parte en la votación para elegir los munícipes residentes en Jiquilpan, y por qué se destinaban contribuciones ordinarias y extraordinarias impuestas por el poder municipal a San José a obras que no contribuían al bienestar de los contribuyentes. Mis paisanos aspiraban a una vida municipal libre y democrática y me pidieron que diera a conocer por escrito sus aspiraciones al gobernador Agustín Arriaga. De aquel memorándum no guardo copia, pero sí recuerdo que me refería en él a lo esterilizador del colonialismo interno, y sobre todo a las diferencias profundas que había entre la cabecera municipal y una de sus tenencias, la tenencia mal llamada Ornelas en honor de un general que al frente de tres mil valientes mexicanos fue derrotado por trescientos cobardes franceses.

Decía, si mal no recuerdo, que la Tenencia de Ornelas o San José la constituían diez mil hombres diferentes a los veinte mil de Jiquilpan y pueblitos aledaños. Los de San José eran poseedores de un territorio alteño, ondulado, frío, con pocas tierras de labor y con buenos pastizales. Los de Jiquilpan disfrutaban de piso abajeño, raso, caliente y feraz. Los de San José, entonces todavía a caballo, se ocupaban de criar y ordeñar vacas, hacer quesos grandes y redondos y enviarlos a la capital para su venta. Los de Jiquilpan se entretenían en la labor de sus fértiles tierras, la hechura de rebozos y de política. Los de San José era parientes de González y Pulido de Cotija, Sánchez de Sahuayo y Cárdenas de la Manzanilla, pero no se consideraban emparentados con las familias jiquilpenses, salvo en un par de excepciones. Ante las preguntas de los forasteros los josefinos no se identificaban como de Jiquilpan; se consideraban distintos a sus dominadores; se sentían josefinos, que no jiquilpenses, y querían un mundo aparte y autogestión.

Como en México cuenta mucho el decir presidencial, acudí en busca de apoyo

para mi modesta empresa municipalizadora a la máxima expresión del *dictum* del presidente de la República. Me puse a espigar lo dicho en los informes acerca de las virtudes de la vida y el autogobierno municipales. Me dije: en los informes rendidos por los jefes de Estado de la República Mexicana desde Agustín de Iturbide, que gobierna con el nombre de emperador, hasta los actuales mandatarios que ostentan el título de presidentes, se exponen los grandes problemas del país. En el informe, antes semestral y en los catorce lustros de revolución triunfante, cadañero, se han encapsulado de modo lúcido, breve y manejable las ideas, las aspiraciones, los reveses y las hazañas de la autoridad y del pueblo de la República. En un discurso como ese no podían faltar los términos necesarios para defender una institución tan connatural al paisaje de México, con tan profundas raíces históricas, tan merecedora del título de célula del Estado Mexicano como el municipio libre.

No es necesario traer a colación el establecimiento del poder municipal en la recién fundada Veracruz en 1519. No hace falta referirse a lo muy fragmentado de la geografía de México para entender el porqué de dos mil cuatrocientas naciones municipales diferentes en una sola. También es muy sabido que en pocos países del mundo han venido a concurrir tantas etnias de habla diferente como en los dos millones de kilómetros cuadrados de la República Mexicana. Pese a las artimañas uniformadas de un gobierno central, de una legislación que se empeña en no reconocer diferencias, no obstante el tenaz y cotidiano discurso uniformador de la radio y de la televisión, México se mantiene plural, se siente identificado con sus terruños o matrias, es matriotero antes que patriota y cree tener derecho a las pequeñas diferencias municipales. Por lo mismo, era de esperar una amplia información y un sutil análisis del municipalismo mexicano en los textos cumbres de nuestra literatura política. La palpitante presencia de lo municipal en la vida de México, no podía estar ausente del informe. Seguro de encontrar en éste los argumentos decisivos para convertir en municipio la parroquia de San José, procedí a rescatar

La visión del municipio a través de los informes

que los jefes de Estado en México habían rendido durante siglo y medio, en cosa de 330 compareceres. En la biblia política de la nación grande, que en esos meses compilaba, deberían encontrarse noticias e ideas orientadoras para las naciones pequeñas, las patrias chicas, las matrias, los municipios de México. Se trataba de un quehacer de muy escasa amenidad pero multiiluminador. Con todo, resultó con amplias lagunas y hoyos negros.

Quizá porque todos los gobernantes mexicanos del siglo XIX estaban hondamente deseosos de hacer la nacionalidad mexicana y de dar una imagen de

México singular y no plural, restringieron chita callando los separatismos y las facultades del poder municipal, y no dijeron palabra de la existencia del ser y poder de los municipios. Al general Anastasio Bustamante se le escapó en uno de sus informes la palabra municipalidad; el general Joaquín Herrera dijo: “En todas nuestras elecciones populares el ayuntamiento nombra los primeros comisionados”; los licenciados Benito Juárez y Sebastián Lerdo de Tejada, le hicieron segunda a la Constitución de 1857, que pese a las arengas de Castillo Velasco, ninguneó al municipio o casi. Quizá los liberales veían en el municipio cruces de parroquia, sotanas, fiestas de santos patronos y otros símbolos conservadores. Porfirio Díaz, en su primer informe del 1o. de abril de 1877, da a entender lo conflictivo del poder municipal metropolitano cuando dice: “Expedida la convocatoria para la elección de ayuntamiento de esa capital, y al tiempo ya de verificarse, surgieron algunas complicaciones que aún no han sido resueltas”.

Los presidentes de México ante una nación acosada por anglos, franceses y gringos, y en perpetua discordia civil, informaban principalmente de hechos belicosos y de penurias del erario público. El presidente Díaz, autor de sesenta y dos informes, abandona paulatinamente la referencia a hechos de armas, a revueltas e invasiones, e incurre en las noticias sobre construcción de ferrocarriles, caminos, puertos, palacios, cárceles, deslindes, colonias agrícolas y otras mejoras. Es raro encontrar en sus informes frases como la siguiente: “Los escasos fondos de que actualmente puede disponer el municipio (metropolitano) no alcanzan para atender urgentísimas necesidades”. O bien: “Entre las medidas consiguientes a la erección de Tepic en territorio era una de las principales proveer a sus municipios de fondos adecuados”. A partir de 1892, Díaz repite dos veces al año: "Los ayuntamientos del Distrito y territorios desarrollan sus elementos en bien de los diversos ramos que le están confiados”. “El ayuntamiento de la capital ha cumplido con toda exactitud los compromisos que contrajo para el pago del empréstito de la ciudad de México, contratado en Londres”.

Los tres primeros presidentes de la era revolucionaria (el interino León de la Barra, el electo Madero y el usurpador Huerta) pronunciaron ante los legisladores cosa de setenta mil palabras, pero no los términos de municipio, ayuntamiento u otros similares. El reiterado olvido municipal lo rompe el presidente de Cuatro Ciénegas. En el discurso ante los autores de la Constitución de 1917, dice: “El municipio independiente, que es sin disputa una de las grandes conquistas de la Revolución, como que es la base del gobierno libre, conquista que no sólo dará libertad política a la vida municipal, sino que también le dará independencia económica, supuesto que tendrá fondos y recursos propios para la atención de todas sus necesidades, substrayéndose así a la voracidad insaciable que de ordinario han demostrado los gobernadores, y una buena ley electoral que tenga a éstos completamente alejados del

voto público y que castigue con toda severidad toda tentativa para violarlo, establecerá el poder electoral sobre bases racionales que le permitirán cumplir su cometido de una manera bastante aceptable".

El 15 de abril de 1917, don Venustiano Carranza hizo memoria ante el Congreso de la Unión del establecimiento de "la libertad del municipio como condición primordial insustituible del gobierno libre" y de la orden que dispuso "la inmediata restitución de los terrenos a los pueblos que habían sido desposeídos de ellos por la rapacidad de los favorecidos de las dictaduras… y la dotación de tierras a los pueblos que carecían hasta de los elementos más precisos para la vida". En el mismo informe añade: "El 12 de junio de 1916 se expidió la convocatoria para las elecciones municipales, toda vez que la instalación de los ayuntamientos debería preceder a cualquier otra función de sufragio… Las elecciones se efectuaron en toda la República con absoluta libertad y sin tropiezos". Por otra parte, "fueron suprimidas las jefaturas políticas" que se encargaban, por cuenta del centro, del control municipal.

Don Venustiano Carranza informa también que para vigorizar el debilucho poder de los municipios "giró circular a los gobernadores de los estados, dándoles instrucciones en el sentido de que se separaran rentas especiales". En otro momento de su discurso expresó la esperanza de que el municipio libre traería provechosos frutos a la nación, excepción hecha del municipio metropolitano donde residían los poderes de la Unión. Carranza quiso sustituir el ayuntamiento de la capital con un Consejo de Administración Pública. El apóstol del municipio libre sostuvo ante las cámaras: "La ciudad de México debe constituir una excepción dentro de la regla del municipio libre". Por tal convencimiento, el 2 de octubre de 1919 manda al Senado una iniciativa de ley que suprime al cabildo electo por la ciudadanía de la capital.

Los derrumbadores de Carranza habían sido funcionarios municipales como él, pero no fueron municipalistas al convertirse en presidentes de la República. En uno de sus informes, el general Obregón consigna los conflictos entre el gobierno Federal y el ayuntamiento metropolitano por cuestiones de "jurisdicción y competencia". Obregón se refiere de pasada a las elecciones municipales de 1922 en todo el país. El general Plutarco Elías Calles informa el primero de septiembre de 1925: "Las elecciones de poderes municipales se han efectuado en casi todo el país con la natural excitación en el ánimo de los electores, y los incidentes han sido resueltos por las legislaturas de los estados de conformidad con la ley". Portes Gil, el sucesor de Calles, logra suprimir la organización municipal en el D.F. Las municipalidades defeñas pasan a ser delegaciones con delegados elegidos por el jefe del Departamento del Distrito Federal. Así, según informa Portes Gil, se consigue un "mejoramiento de los servicios públicos del DF".

El general Manuel Ávila Camacho dio en la costumbre, que ha persistido, de

comunicar aprisa y en voz poco audible los estados en que hubo elecciones municipales, y en 1946 se refirió a la matanza de León originada por unas elecciones municipales tramposas. En 1948, el presidente civil Miguel Alemán le dijo al Congreso que les mandaba la iniciativa de una ley orgánica para el funcionamiento de Juntas de Mejoras Materiales. Fuera de eso, mantuvo las

Sombras sobre el municipio,

se olvidó de él en sus lecturas ante los legisladores. En cambio, don Adolfo Ruiz Cortines sí se declara, una y otra vez, municipalista. Al asumir la presidencia de la República promete “el establecimiento de juntas de mejoramiento moral, cívico y material” como coadyuvantes a la resolución de los problemas pueblerinos. En su primer informe asegura: “En todos los ámbitos del país se observa un incontenible afán de superación. Para encauzarlo… se sugirió a las entidades federativas la organización de Juntas de Mejoramiento Moral, Cívico y Material, en las que participen todos los habitantes, incluso los extranjeros, para que coadyuven con las autoridades municipales al progreso de la colectividad”. Al año siguiente se informa de la formación de esas juntas en 2 340 municipios y de sus primeras realizaciones. En sus últimos cuatro informes, dijo: “El gobierno de la República ha multiplicado sus esfuerzos para lograr la perfección de nuestras instituciones democráticas, muy especialmente la del municipio, base de nuestra estructura política”. Don Adolfo primero creía en la fuerza creadora de los patriotismos locales y no se avergonzaba de tratar en el informe asuntos de la familia y el municipio.

Don Adolfo segundo, tan preocupado en los problemas del universo, no dijo ni pío en lo referente a los problemas municipales. Tampoco di con nada que me sirviera de apoyo para mi petición de elevar a la categoría de municipio a la Tenencia de Ornelas en los dos primeros informes del presidente Gustavo Díaz Ordaz. Como quiera, sin mayor avalamiento en palabras presidenciales, con sólo algunas expresiones de don Venustiano, puse punto final a la exposición de los motivos que movían a San José a procurarse una vida municipal libre. El gobernador Arriaga transmitió el pliego de los josefinos a la legislatura local y ésta produjo el decreto que dice: “Se erige en municipio la Tenencia de Ornelas la cual… se identificará en lo sucesivo y para todos los casos con el nombre de Marcos Castellanos, en memoria de tan ilustre insurgente”. Al mismo tiempo el autor del pliego petitorio del municipio, que había reunido mucha información local para hacer libre a su terruño, publica *Pueblo en vilo,* un alegato extenso en favor de una comuna municipal, de un pueblo y sus rancherías.

Gracias a la elevación de San José al rango de municipio libre comienza a dejar de ser un pueblo en vilo. Las primeras autoridades, elegidas libremente, se dieron con

entusiasmo a la mejoría de la nueva congregación municipal. Entre 1968 y 1975 el municipio de San José obtuvo un desarrollo nunca visto. Fueron electrificados pueblo y rancherías. A todas éstas se les unió con caminos transitables en todos los meses del año. Se abrieron escuelitas en las comunas pequeñas, y en San José de Gracia se procedió a construir sucesivamente cuatro escuelas mayores: dos primarias, una secundaria de nombre ETA 37 y una preparatoria Técnica Agropecuaria. Un poder municipal limpio consiguió en pocos años introducir los instrumentos de la modernización: fuerza eléctrica, escuelas, teléfono, caminos, radio y tele.

La electrificación y la mejoría de caminos y transportes promueven el rápido desarrollo de la industria quesera. El desarrollo técnico produce en un santiamén patronos opulentos y asalariados pobres. En los nuevos patrones, junto con el afán de riqueza, crece el afán de poder, el gusto por convertirse en mandamases del municipio y la inclinación a considerar el quehacer público como buen negocio privado. Como quiera, la escolarización con que se acompaña la electrificación, aduce el contraveneno. Las escuelas forman desde el principio jóvenes conscientes de los desarrollos que se pueden conseguir con un poder municipal sano y libremente escogido. Los prepos han querido contrarrestar las actitudes monopolizadoras, egoístas y humillantes de los pesudos, quienes tomaron el poder inicialmente por voluntad mayoritaria y han querido retenerlo contra la voluntad de la mayoría. A fines de 1980, la juventud estudiosa, los prepos, propusieron para la alcaldía municipal a una maestra que fue aclamada por la mayor parte de la ciudadanía del municipio. Entonces el presidente en turno, miembro del cenáculo de los ricachones, enemigo declarado de las escuelas, produjo una de sus frases célebres: “Vamos a ver quién puede más: si el dinero o la cencia”. Entonces pudo más el dinero, y volvió a poder más que el noventa por ciento de la ciudadanía a fines de 1983. El lado oscuro de la modernización josefina le ha ganado los primeros combates a la parte luminosa del mismo proceso modernizador. Seguramente ha contribuido a eso lo corrupto de algunas personas del aparato gubernamental supramunicipal. Pero también está visto que los corruptos pudieron hacer de las suyas por el desconocimiento, por la falta de publicidad a los problemas municipales. A la luz del día se roba y se delinque menos. La noche en que permanece el municipio da lugar a multitud de puñaladas traperas, violaciones, mentadas, robos y abusos.

Conviene lanzar faros sobre el municipio. Es de la mayor importancia conducir las luces del conocimiento a los rincones del país. Es urgente la concientización municipal. La ignorancia en asuntos municipales permite el renacimiento de un cacicazgo peor que el porfírico. La vida periférica no sólo ocupa un sitio modestísimo en los informes presidenciales. También es la Cenicienta de los medios masivos de comunicación y de las ciencias del hombre. Todavía falta mucho por hacer en la historia y las historias del municipio mexicano. Hay estudios pioneros del desarrollo

histórico total de la institución jurídica del municipio en México como los de Moisés Ochoa Campos, Regina Jiménez-Ottaengo y Feliciano Calzada Padrón. Del cabildo en la época española han hecho aportaciones José María Ots Capdequí, Luis Chávez Orozco, José Miranda, François Chevalier e Isabel Gutiérrez del Arroyo. Sobre el municipio ideal en el siglo XIX produjo una obra clásica el coronel Miguel Lira. Una historia a fondo del municipio mexicano está por verse y quizá no pueda llevarse a feliz término mientras no se haga un suficiente número de historias municipales, de microhistorias y de otros tipos de estudios monográficos.

Ciertamente se han escrito historias de un tercio o una cuarta parte de los municipios mexicanos. Existe un catálogo de mil historias de pueblos hechas de 1910 para acá. Muchas son meros elogios a los caciques locales que las patrocinaron. La gran mayoría son fruto del amor matrio pero no del profesionalismo. Muy pocas son fidedignas, elaboradas a ciencia y conciencia. Entre éstas figuran varias de las monografías municipales de Michoacán patrocinadas por el gobernador Carlos Torres Manzo.

Los antropólogos sociales también han dado frutos maduros de índole municipal pero no siempre con generosidad y casi siempre restringidos a las áreas que se les cuelga el adjetivo de indígenas. El gran número de antropólogos que acuden a descubrir cómo viven los indios en sus pequeños mundos ha dado lugar a la afirmación en broma de que un hogar de la raza de bronce lo constituyen un papá, una mamá, una docena de hijos y un antropólogo. Como quiera, no todas las indagaciones de los indigenistas llegan a convertirse en publicación. Por otra parte, muchas de las publicaciones sobre los conglomerados indios pecan de incomprensión y superficialidad. Los que han dejado visiones muy lúcidas de los municipios indígenas y mestizos se cuentan por docenas.

Probablemente la nutrida legión de estudiosos de las comunidades indígenas ya han aportado el diagnóstico lúcido de una quinta parte de la población municipal de México. Falta por ver con espíritu de veracidad y tesitura científica otra quinta parte de la población rústica que recibe el nombre de criolla. También los municipios urbanos tienen aún caras ocultas. Es necesario pues descubrir estrategias

Para esclarecer la vida municipal

de México a corto plazo, pese a sus variadísimas y cambiantes manifestaciones. Con todo, las palabras de Juan José Arreola, “El municipio ha sido la negligencia suprema de México”, siguen siendo tan exactas como hace un par de años. El gobierno de la República empieza a tomar cartas en el asunto. La problemática municipal ha conseguido espacios dignos en el informe. La buena disposición del presidente para enfrentarse a la incógnita del municipio parece fuera de toda duda. Hay indicios de

haberle llegado su función al santo del municipio. Sopla viento de cola.

En su segundo informe de gobierno, el presidente Miguel de la Madrid asegura: “ Para avanzar en la descentralización de la vida nacional estamos… alentando la profunda reforma municipal contenida en el nuevo texto del artículo 115 de la Constitución. Me es grato constatar que los estados han reformado sus constituciones y expedido nuevas leyes orgánicas para implantar la nueva regulación constitucional sobre el municipio libre. Se han fortalecido sustancialmente las haciendas municipales, y de esta manera, sus ayuntamientos cuentan ahora con más recursos para hacer frente a sus responsabilidades”. En otra parte del mismo informe comenta: “Una forma destacada para propiciar la democratización integral es el fortalecimiento y la expansión de la vida municipal. La reforma constitucional que promovimos al artículo 115 de la Carta Federal y las modificaciones constitucionales y legales consecuentes que han producido los estados de la República nos dan un nuevo marco jurídico para promover este movimiento. Ahora hay que darle vida. Lo importante hoy es promover una amplia y decidida participación popular”.

El gobierno de la República ha emprendido la vigorización de la vida municipal aplicando una medicina rigurosa, por medio de un mayor flujo económico hacia los ayuntamientos. Indudablemente si la generosidad de arriba transcurre a través de autoridades verdaderamente electas por el pueblo como las de los tres primeros ayuntamientos del municipio de Marcos Castellanos, cada dádiva se convertirá en ciento y en cobija común, pero si los acrecidos recursos van a caer en ayuntamientos pavimentadores de calles, elegidos por los capitalistas lugareños ansiosos de poder y lana, el grueso de la población municipal sólo conseguirá el recrudecer la servidumbre y una que otra probada de atole con el dedo. ¿Pero cómo distinguir el poder municipal sano del achacoso? Sólo mediante la observación científica, el conocimiento previo tanto de tipo general como de caso por caso. ¿Cómo se puede lograr oportunamente el deseado conocimiento?

En el segundo informe del presidente de la Madrid se dice: “Se creó el Centro Nacional de Estudios Municipales para contribuir a la dinámica de la reforma del municipio que ha de influir profundamente en nuestra vida política y social”. La hechura de lo que probablemente llamaremos el CENEM parece una medida más acertada que el del enriquecimiento de las tesorerías municipales. Supongo que el CENEM va a ser el observatorio de lo pueblerino capaz de impedir a tiempo fraudes electorales y robos. Es de suponer que el recién creado instituto tendrá muchos ojos y oídos bien abiertos para ver la auténtica vida de comuna y oír las voces del pueblo municipal. Es también probable que el CENEM encuentre alguna pista útil en las propuestas enlistadas a continuación.

El ponente cree que no habría habido fraude electoral en su terruño y mal manejo de los recursos del municipio si en la prensa periódica seria hubiera aparecido un

reportaje verídico de la realidad política y económica de San José en los últimos años. El ponente está seguro que la información periodística, ahora limitada al tema de las grandes urbes, debe extenderse a las pequeñas comunidades, a los municipios rasos. Se nota la falta de reporteros de la existencia pueblerina como lo fueron en el siglo XIX Angel de Campo, *Micrós*, Ignacio Manuel Altamirano, Guillermo Prieto, Manuel Payno y Manuel Gutiérrez Nájera. Hoy urge la descentralización del reportaje periodístico; es necesario conducir al fondo de la vida municipal a Jaime Avilés, Fernando Benítez, Ricardo Cortés Tamayo, Ricardo Garibay, Vicente Leñero, Carmen Lira, Carlos Monsiváis, José Emilio Pacheco, Elena Poniatowska, Julio Scherer García y otras estrellas de la crónica periodística. Quizás el Centro Nacional de Estudios Municipales pueda contribuir a que el buen reportaje de la vida provinciana sea permanente y no se ciña a los cortos periodos de la campaña presidencial cada seis años.

Mucho de la vida recóndita de otras épocas y sobre todo del siglo XIX se conoce gracias a los libros de viajeros mexicanos y de fuera que recorrían los caminos de la República pluma en ristre. En fechas no muy alejadas del presente escribieron libros de viaje de tema provinciano Salvador Novo y Fernando Benítez. En España, escritores de fuste aprovechan sus viajes por la Alcarria o Tierra de Campos u otras provincias para dar a conocer la existencia cotidiana, la existencia que se le escapa al lugareño del mundo extrametropolitano. La promoción de libros de viajes puede contribuir a resolver la incógnita municipal de México.

Probablemente, un retardador del deterioro del poder municipal en mi tierra es la obra *Pueblo en vilo.* Quizás ha servido, junto con la preparatoria, a mantener en armas el espíritu cívico. Para la formación de una vigorosa conciencia municipal creo que son muy útiles las microhistorias y las microgeografías. Se trata de obras que es muy fácil promover, que con la mano en la cintura puede conducir hasta la publicación el CENEM. Seguramente los humanistas profesionales estarían dispuestos a poner manos a la obra, a ver a México con microscopio y escribir acerca de él, para lo cual ayuda grandemente la tarea puesta en marcha por Alejandra Moreno Toscano, y continuada por su sucesora en el AGN, al hacer accesibles los archivos de parroquias y ayuntamientos.

Caben otras proposiciones contribuyentes a arrojar luz sobre la parte más oscura del ser mexicano que es el municipio. Sin los apremios de la hora, se podría decir mucho de las posibles contribuciones de las casas de la cultura. Si no fuera ya demasiado engorroso, me ocuparía de cómo pueden hacer luz los profesores de las escuelas de ranchos y pueblos sobre tantas y tantas incógnitas municipales de aquí y ahora. La faceta de México hasta hace poco casi ignorada por el informe presidencial, exige para develarla paso redoblado en los profesionales del conocimiento y la información. El Colegio de Michoacán, al convocar a este coloquio sobre el

municipio, ha querido contribuir al rescate de la Cenicienta; ha procurado hacer pública la vida municipal que tratan de mantener privada, para su propio beneficio, los caciques de las sociedades rústicas y semiurbanas de México.

El linaje de la cultura mexicana

En la realidad histórica suelen distinguirse tres sectores: civilización, población y cultura. Del primero se ocupan economistas y técnicos; del segundo científicos sociales y políticos; del último, filósofos y artistas, y de los tres, historiadores. Los hechos de la civilización son fácilmente asequibles pero no se acostumbraba historiarlos. La moda de historiar las fuerzas productivas y los modos de producción es nueva, que no difícil. El estudio histórico del poder y la sociedad y sus mutuas relaciones es viejo y no muy problemático. La historia política y social ha sido expuesta al menudeo y al por mayor por la mayoría de los clionautas. Es mucho más ardua la historización de las posturas culturales, pues se trata de un tema resbaloso, huidizo, indefinible, no muy frecuentado y de extraordinaria frondosidad.

Los muchos definidores del término cultura no han podido ponerse de acuerdo. La definición escogida aquí, la de Marcuse agrandada, no puede presumir de ser inequívoca y menos de ser la más común: “Valores morales, intelectuales y estéticos que dan sentido y cohesión a una sociedad”. Como quiera, no vamos a emprender la búsqueda de una cápsula definitoria mejor. No hay tiempo para debatir las definiciones de “cultura” y “cultura nacional”. Para el primer caso, sirva lo dicho por Marcuse y la muy vaga intuición que seguramente los más de nosotros tenemos de la cultura. Para el segundo caso, convengamos en que cultura nacional es la manera cómo se asumen por una nación, en el sentido político, los valores. Según esto la cultura mexicana es el conjunto de modos de sensibilidad, arte, moral, ciencia, filosofía y religión que se dieron y se dan en lo que oficialmente se llama ahora Estados Unidos Mexicanos.

Quizá toda cultura nacional, aunque la mencionemos como si fuese una, es varías en el tiempo, en el espacio y en la escala social. No se les puede negar el adjetivo mexicano a cada uno de los estilos culturales de cada una de las regiones de la República Mexicana. Pese a las diferencias entre las culturas regionales jarocha y tapatía, las dos son mexicanas. No obstante el divorcio manifiesto aquí y ahora entre cultura de la élite y cultura popular, ambas admiten el mismo rubro: hecho en México por mexicanos. Se pueden hacer listas —ninguna rigurosa— de culturas regionales de México, de culturas clasistas de México y de culturas mexicanas de época; o mejor dicho, enfocar ese plural que es nuestra cultura desde perspectivas geográficas, sociales e históricas. Para este intento de aproximación a la cultura mexicana se toma el enfoque histórico.

No es posible ni deseable describir la historia de la cultura en México desde que el hombre apareció en estas latitudes hasta ahora. Nadie querría compendiar doscientos diez siglos de cultura en doce mil palabras. Nadie puede reconstruir la

cultura de los pobladores de México en el enorme tramo de los doscientos siglos de prehistoria. Es posible emprender, y no sin mucha temeridad, el balance de nuestra cultura sólo a partir del último sol de Mesoamérica, de los días de Quetzalcóatl, y sólo comprender los pueblos prehispánicos influidos por Tula y su héroe, no las tribus pretúlicas ni las deambulantes al norte del eje fluvial Pánuco-Lerma-Santiago. México reconoce una herencia propia bajo el rubro de

Toltecáyotl,

el estilo de cultura atribuido a la inventiva de los toltecas y desde muy pronto hecho suyo por mayas, totonacos, huaxtecos, mixtécos, zapotecas, purépechas e infinidad de señoríos del área mesoamericana. Pero del amplio espectro cultural de origen tolteca, la porción mejor conocida, y quizá la más influyente, es la mexica. Sobre ella hay abundantes escritos del siglo XVI y muchos estudios hechos en nuestro siglo. De fray Bernardino de Sahagún al doctor Miguel León Portilla corre un caudaloso río de nahuatlatos. La descendencia de fray Diego de Landa y demás reporteros de las otras sociedades de filiación tolteca no es tan numerosa y robusta como la de Sahagún. Quizá por eso suele ilustrarse la cultura antigua de Mesoamérica o México con los valores manejados por la sociedad gobernada desde Tenochtitlan; por una sociedad dividida en nobles, comerciantes y plebeyos; obediente a las órdenes de un *tlatoani* cruel y represivo; acostumbrada a que otras sociedades mesoamericanas les dieran de comer y de vestir. Por no tener recursos propios, los habitantes del islote del antiguo México se volvieron mantenidos y algo licenciosos.

Según Ángel María Garibay, “en el viejo Tenochtitlan abundaban las mujeres de placer… Eran para dar solaz y alegría a los guerreros en sus largas temporadas de ocio”. Con todo, los mexicas, y especialmente los del pueblo raso, no se ajustan a la categoría de lúbricos. La lascivia era un pecado punido por tres dioses con “almorranas, podredumbre, diviesos e incordios”, con “sarna, y bubas incurables”, “con úlceras y escurrimiento en los ojos”. Únicamente los huaxtecos no “tenían a la lujuria por pecado”. La cultura gastronómica variaba de acuerdo con la región y con el nivel social. Aparentemente el pueblo de los valles centrales no era experto en gastronomías o antojitos. Con sólo maíz, frijol y calabaza no era posible alcanzar muchas exquisiteces. La dieta de los señores, que incluía carnes y pulques, sí podía ser sibarítica y lo fue a menudo. Tampoco debe descartarse la dimensión placentera del temascal o baño de vapor. De cualquier modo es injusto decir que los mexicas estaban atosigados por los goces. No le daban mayor valimiento ni a los deleites corporales ni a la vida terrenal. Esto último porque creían en la supervivencia después de la muerte y porque su diversión favorita fue la guerra.

Quizás otros pueblos mesoamericanos no eran tan tolerantes con la muerte como

los mexica. Si es cierto que los padres de México-Tenochtitlan les decían a sus hijos: "Un viento que es como una obsidiana sopla y aúlla sobre nosotros… La tierra no es un sitio de bienestar", quiere decir que los antiguos mexicanos preferían sacarle el bulto a la vida y no a la muerte. Después de todo, si daban con una buena muerte, les iba requetebién en su segunda vida. Si una mujer se retiraba de este mundo por un mal parto y un hombre por haber caído en combate, les salían alas y se convertían en compañeros del sol. Los muertos de rayo o de ahogo paraban en la mansión Tlalocan, sitio de los más impensados deleites y de la máxima felicidad. Los que hoy llamamos "angelitos" seguían de ronda en los jardines.

Durante la permanencia en la tierra había que hacer algo: dormir, soñar, entretenerse con las manos. "Los aztecas —según la muy acatada opinión de Salvador Toscano— produjeron sus joyas de metal, sus deslumbrantes mosaicos y las delicadas labores de plumas; quedaba atrás un arte vigoroso y enérgico para ceder su puesto a un arte del crepúsculo ciertamente espléndido". Como la gran arquitectura del horizonte clásico, el arte menos monumental y menor de la decadencia, la plástica de numerosos artesanos, fue la máxima expresión artística de los tenochcas. La flor superaba al canto. Según Carlos Chávez, "la principal misión de la música consistía en tomar parte en el rito religioso y en la guerra", aunque también sonó en el esparcimiento profano, en danzas y recitales poéticos.

La moral de los tenochcas era impartida conforme a la clase social, por las exhortaciones de los padres en la choza o en el palacio, y por las enseñanzas de los maestros en el Calmécac o el Tepochcalli. Padres y profesores le decían a la juventud "cómo entregarse a lo conveniente, lo recto y cómo evitar lo inconveniente y lo no recto", según su esfera social. Entre las cosas rectas se mencionaban el corazón firme, la cortesía, el autoconocimiento y la guerra florida. El arquetipo humano de los nobles era el caballero águila siempre en actitud de derramar sangre, siempre metido en empresas temerarias.

Los guerreros, los sacerdotes y los intelectuales constituían la espuma de aquella sociedad místico-guerrera. Los tlamatinime, "los que saben algo", eran los custodios y artífices de los valores del espíritu. Según la voz autorizada de Miguel León Portilla, "los tlamatinime no elaboraron grandes sistemas lógicos o racionalistas a la manera de algunos filósofos de Occidente", pero sí constituyeron, a partir de Quetzalcóatl, imágenes muy firmes del mundo y del hombre. "En verdad con Quetzalcóatl se inició, en verdad de él proviene la toltecáyotl, la sabiduría". A él se atribuye la concepción de un mundo dividió en cuatro regiones, aparte de la central, de una historia de muertes y renacimientos, de una vida humana cinco veces vuelta a hacer, de un transcurrir del hombre necesariamente condenado al desbarajuste cada cierto tiempo.

La cosmovisión náhuatl admite los adjetivos de bélica y fatalista. Todo era una

perpetua lucha en la cual la acción de la gente no contaba mucho. Casi todo sucedía al margen o por encima de la voluntad de los hombres. Ellos no eran los responsables del curso de las cosas: la responsabilidad tocaba al Sol y los cometas, a fenómenos como el fuego y la lluvia, a plantas y animales divinizados. Ni la filosofía, ni la magia, ni la religión empujaban en el sentido de la ciencia, pese a las alturas del saber alcanzadas aquí y allá. A los mayas se les atribuyen conocimientos astronómicos precisos y avanzados métodos matemáticos. Del calendario mesoamericano se dice que “fue uno de los mayores logros intelectuales de todos los tiempos”. Acerca de los saberes científico-naturales cabe decir que “la botánica mesoamericana, sobre todo la botánica aplicada a la medicina, era superior en muchos aspectos a la botánica europea”. Como quiera, no se busquen galileos donde no los hubo.

Los nahuas y los mayas no lucían tanto por su ciencia como por su fe y conductas religiosas. El pueblo náhuatl respiraba religión; concebía un mundo densamente poblado de dioses y fuerzas invisibles. Es del dominio común Huitzilopochtli, hechura de Coatlicue, mantenido redondo y cachetón con la sangre de prisioneros que una abundante clerecía le ofrendaba con cruel frecuencia. Se puede añadir poco a la emotiva literatura sobre unos sacrificios humanos que no lograban indigestar al dios sol, al insaciable Huitzilopochtli. Imposible proponer algo nuevo acerca de los muchos dioses y diosas y de la multitud de actos religiosos encaminados a retardar un desenlace que comenzó a desenvolverse con incendios, cometas, arribo de barbones, hervor del agua y la célebre declaración: “¡Nuestros dioses han muerto y nosotros morimos con ellos!”. Según nuestras cuentas, a partir de 1519 se inicia

La conquista española

la cual en el orden axiológico fue altamente revolucionaria. Tanto los gachupines rudos, fornidos y vestidos de hierro como los cultos, débiles y envueltos en lana burda no llegaron a Mesoamérica en plan de toma y daca, con propósitos sólo mercantiles, sino también con ganas de señorear a los señoríos mesoamericanos, de imponerles a las tierras halladas un nuevo trato o economía y de esparcir entre los naturales de acá los valores de los europeos, que los intrusos consideraban poco menos que insuperables. Y todo salió a pedir de boca. Enfrentados unos a otros los señoríos indígenas, se deshicieron entre sí y dejaron los tronos a virreyes, alcaldes, encomenderos y demás señores de Castilla. Muertos muchos de los antiguos amos de la tierra por culpa de la conquista militar y sobre todo a causa de las pestes, colonos españoles se hicieron de latifundios donde pusieron a pastar ganados y donde abrieron sementeras de trigo. Con los españoles de espada, cruz, soga y arado entró una cultura distinta a la de oriundez tolteca, aunque no absolutamente distinta como se puede ver en el modo de enfrentar los valores sensitivos y vitales.

En cuestiones relacionadas con el dolor y la muerte se medio parecían iberos e indios. Ambos eran duros para soportar privaciones. Los indios les temían a los goces sexuales y los españoles se guiaban por el *sustine et abstime,* por la máxima de "resiste firme y abstente fuerte", aunque no la observaron muy al pie de la letra, como se ve en la abundante procreación de mestizos. Muchos soldados y colonos dieron en la costumbre de tener queridas. Tampoco la cantaleteada sobriedad española en materia de alimento fue lo común. Ni siquiera todos los frailes fueron parcos en el comer y el beber. En cuestión de vicios del gusto hubo recrudecimiento por ambas partes con el pretexto de la conquista. El aumento de la embriaguez, principalmente entre los indios, fue repetidamente denunciado por los frailes. El tabaquismo cundió en el ámbito español. Fue bien recibida la incorporación a la dieta de los españoles del chocolate, el atole, el chile, los tamales y las tortillas de maíz. Los indios, por su parte, aceptaron con gusto algunos alimentos de los españoles, que no la exagerada afición a la carne. Los indios mantuvieron en gran medida sus costumbres vegetarianas.

Indios y españoles se entendieron en el culto a la muerte y el desprecio a la vida. Para ninguno de los dos fue preocupación prioritaria la salud. Ni los vencedores ni los vencidos concibieron la muerte total. Al morir la carne sucedía el escape del alma. Como creían que no sólo se vive una vez, les preocupaba la muerte menos que a nosotros. No parece haberles importado mucho aumentar el promedio de vida ni evitar los riesgos de muerte. Si la muerte no impedía seguir viviendo, no era demasiado rotundo el morirse. Para los cristianos, el futuro después de la muerte dependía de la conducta moral en esta vida. Para los indios aún no evangelizados, como ya se dijo, no importaban las acciones morales, pero sí el modo de fallecer. En suma, ni los barbudos ni los lampiños tenían la costumbre de desvivirse para seguir viviendo.

La poca importancia concedida a los goces de la carne, a la salud y a la muerte, contrasta en los dos pueblos puestos en contacto en el siglo XVI, con la mucha importancia concedida a los valores estéticos, en especial a la belleza captada por los ojos. Ambos fueron grandes urbanistas, si bien a la postre se impuso la urbanización hispana, la hechura de pueblos en forma de tablero de ajedrez, con plaza bordeada de parroquia, palacio municipal y casas de los principales. Las dos culturas se distinguían por sus creaciones arquitectónicas aunque acabaría imponiéndose, en vez de la pirámide, los moldes de arquitectura del viejo mundo: edificios públicos y casas de patio andaluz, templos y conventos ya románicos, ya góticos, ora mudéjares, ora renacentistas. La fusión se da en la escultura no obstante el tenaz despedazamiento de ídolos. Pese a la sustitución de ídolos con cruces e imágenes de santos se produjo una mezcla que José Moreno Villa bautiza con el nombre de arte tequitqui. Las formas europeas fueron recreadas muy hábilmente por los artistas indios. En menores

proporciones, lo mismo pasó en varias artesanías, en vestidos, muebles y trastos de la casa, que no en música y literatura. La música europea vino en plan de acompañante del culto religioso. De los templos salió transformada en música placera para ser la fiel amiga de toda festividad. Las letras españolas, cuyo vehículo mayor fueron los frailes, no derivó a una literatura del pueblo. Ambos pueblos eran y seguirían siendo por muchos años analfabetas. Nuestra literatura nació elitista, distante de una población de sólo mirones y oyentes, alimentada con fachadas de templos y oratoria de púlpito.

Todavía más que la estética, la ética de los vencedores fue acarreada y administrada por gente de iglesia y difundida a fuerza de imágenes y de sermones. Algunos frailes trataron de extirpar todas las costumbres de la gentilidad mesoamericana. Otros propusieron destruir sólo las leyes y modas indígenas que chocaran frontalmente con las del cristianismo, como la poliginia. No faltó quien pidiera vigorizar la ética de los españoles con la aún más estoica de los indios. Por otra parte, al calor de la conquista se forjaron dos valores éticos que deben ser considerados como grandes creaciones de nuestra cultura. Uno establece la libertad natural de todos los hombres sin distinción de credo y raza. El otro, la igualdad última de todos los seres humanos independientemente de que sean blancos, cobrizos o negros. Aunque esos valores no se hayan observado al pie de la letra, es indudable que la esclavitud y la servidumbre nunca alcanzaron aquí las proporciones de las colonias inglesas. En México la distancia entre oscuros y güeros fue desde entonces transitable.

La cultura hispánica del siglo XVI se nutría en el aforismo de Séneca: “Prefiero aprender a no asustarme con el rayo que investigar sus causas”. La española no se aplicó, como las demás naciones abiertas al espíritu del Renacimiento, a la investigación científica. Los fundadores de la Nueva España trajeron de su patria de origen un equipo tecnológico nada despreciable como se puede ver en Foster, pero también acarrearon el desdén a la ciencia, o quizás un espíritu científico ya superado. La ciencia, como aparece en la *Physica Speculatio* del célebre escritor Alonso de la Veracruz, la máxima figura intelectual venida a Nueva España en el siglo XVI, es algo muy semejante, en uno de sus extremos, a la magia, y en el otro, a la filosofía.

En pensamiento filosófico, los frailes de la conquista estaban al último grito de la moda. Su concepción del mundo y de la vida difería de la tolteca. Negaba el pensamiento histórico-cíclico del toltecáyotl; defendía una historia de curso lineal que, nacida en el paraíso, culmina en la cruz y corre indefectiblemente al juicio último. La historia pensada por los europeos también dependía de un ente ultramundano, de la providencia de Dios, pero sorteaba el fatalismo de la historia indígena; creía en un hombre libre con fuerzas suficientes para cambiar el curso natural de las cosas.

Por lo que ve a religión, algunos anticatólicos de nuestros días no le perdonan al catolicismo íbero el que haya llegado al Nuevo Mundo con la espada desenvainada, dando mandobles a diestra y siniestra, en plan de “guerra santa”. A ninguno de los frailes reformados venidos acá, a ningún jesuita, a ningún apóstol de la Nueva España le pasó por la mente predicar la religión de Cristo como un perfeccionamiento de las religiones indias, que sí como ruptura. El catolicismo de los misioneros se presentó con aires de exclusividad, pero como las religiones prehispánicas eran inclusivas, la gente india la aceptó sin mayor resistencia, aunque no inmediatamente como religión única. Los naturales asumieron los dogmas y ritos católicos con un fervor que hizo concebir a sus catequistas desmesuradas esperanzas. El ingreso indígena al redil de la cristiandad fue tumultuoso, pero no significó siempre la salida absoluta de los rediles anteriores. Hubo sincretismo. Hubo mezcla de credos, de liturgias y morales. Con todo, desde el principio dominó al componente cristiano, el catolicismo a la española, donde es tan importante el culto a cada uno de los miembros de la Sagrada Familia, de donde nace la devoción a San José y el culto a la Virgen de Guadalupe que llegaron a ser tan característicos de

La cultura barroca

en que remata la acción de los españoles sobre los indios de Mesoamérica. Al siglo XVI, crisol de la Nueva España, sigue, como todo mundo sabe, el siglo y medio de consolidación de la época colonial, de una época de gente rala y pacífica, de tono crepuscular, proclive al mestizaje indo-hispano-negro. En lo político, dominó un rey distante y tan acatado que no necesitó de ejército para hacerse obedecer. El siglo XVII y medio siglo XVIII fue la época de las grandes haciendas, de las personas asentadas de por vida en sus lugares de origen, del predominio del autoconsumo, de la ascendencia moral de los frailes, del fanatismo indolente, del descanso de vencedores y vencidos, de la siesta colonial productora de una cultura de sueño.

La sensualidad permaneció adormecida. Los indiscutibles mandamases en el orden cultural, los frailes y los curas, pusieron en marcha el ejercicio de la pureza y el horror al desnudo con resultados muy satisfactorios. Como se sabe, a la célebre China Poblana dio por aparecérsele en sueños Cristo en la cruz, y ella tuvo que rechazarlo en sus apariciones por no aparecer debidamente vestido. El buen éxito de la campaña contra la prostitución se hizo patente en la apertura de buen número de casas de mujeres arrepentidas. En todos los púlpitos se recomendaba la mortificación del cuerpo a golpe de ayunos, cilicios, abstinencias y azotainas. Con todo, pese al rechazo de la secta y cátedra de don Epicuro, hubo pícaros famosos y célebres tragones. Se asegura que en el siglo y medio de la abstinencia barroca se fraguaron algunos de los refinamientos típicos de la cocina mexicana: los moles, las aguas

frescas, los dulces (alegrías, charamuscas, pirulíes, alfajor, chongos, trompadas, buñuelos…) y la bebida del chocolate como ha llegado hasta nosotros. Pese a la refinada dulcería fue un siglo y medio de frugalidad comparado con otros tiempos.

Sin embargo, el arte de la época es lo más opuesto a lo sobrio. En opinión de un crítico europeo, cuatro de las ocho obras maestras de la arquitectura barroca del mundo son neoespañolas: el sagrario de la catedral metropolitana, el colegio de los jesuitas en Tepotzotlán, Santa Rosa de Querétaro y Santa Prisca de Taxco. La gente de la época aprendía en los libros abiertos qué eran las fachadas y los retablos barrocos, con la diaria contemplación de retorcidas columnas y estípites, esculturas de santos en poses trágicas, símbolos religiosos complejos, pinturas aleccionadoras en claroscuro. Los mensajes les llegaban a la gente por los ojos. Eso no impedía el uso del oído, la difusión de la cultura a través de las músicas sacra y popular, y sobre todo a través de los sermones, de los concurridos festivales oratorios de los templos, donde se impartía una oratoria sagrada verbosa y epiléptica. Con todo, en las artes literarias, escasamente accesibles al pueblo analfabeta, hubo figuras tan prominentes como Sor Juana Inés de la Cruz y Juan Ruiz de Alarcón.

Frailes y curas se encargaron de esparcir, por medio de sermones públicos y consejos de confesionario que hablaban de castigos y de recompensas, el ascetismo estoico, la moral barroca, cuyas características fueron las muchas abstinencias y las pocas virtudes positivas. Las prohibiciones de hacer esto y aquello superaron a las encomiendas de actuar así o asado. Fue una moral indolente, muy individualista y noísta; una moral mojigata, cuidadosa de no cometer pecados, amante de la prudencia y la templanza y negligente en la justicia y en la caridad. Cada quien se cuidaba a sí mismo y se imponía el mayor número posible de frenos. Hubo pocas leyes fuera de las normas morales. Las veces de una ley suprema las hizo “la real gana”; es decir la voluntad del rey y sus achichincles.

Desde entonces aceptamos que las leyes escritas y las ciencias sean patrimonio de los países anglosajones. Nosotros nos quedamos con el capricho de los que mandan y las ocurrencias de los que piensan. A los hombres de nuestro barroco les interesó muy poco el estudio científico de la realidad. La golondrina de Sigüenza no hizo verano. Aquellos frailes y curas se encerraban a aprender de memoria una filosofía escolástica de fuerte sabor metafísico. Fray Francisco Naranjo, oriundo de México, fue el ejemplo para todos por su extraordinaria memoria que le permitió recitar de principio a fin la *Summa* de Santo Tomás de Aquino. Como el sistema ya estaba hecho y bien probado, no había por qué dar vueltas; sólo se justificaba aprender de memoria los textos canónicos. Como se trataba del sistema que servía de armazón a la teología y demás tallos y hojas del pensamiento religioso, no se toleraba que nadie fuera original, sobre todo si era americano. La Inquisición estaba al acecho de cualquier ganoso de introducir novedades en la estructura en que descansaba la fe.

Quizá nunca haya habido en México una religiosidad tan vigorosa y delicada, tan simple en los principios, tan múltiple en la conducta y tan compartida por todos los grupos de la sociedad como la del siglo y medio del barroco. Todos vivían a la sombra de ideas, símbolos, normas, edificios y liturgias de carácter religioso: templos, cruces, reliquias, opúsculos, sermones, jaculatorias, recitales teológicos, autos de fe, misas, jubileos, peregrinaciones, toque de campanas, cohetes y luces de Bengala, triduos, novenarios, nacimientos de Noche Buena, rogativas, imágenes milagrosas, latines, exorcismos, santos óleos, confesiones, penitencias, funerales, bautizos y bodas. El arquetipo social deja de ser el caballero andante para ser el caballero sedente, el santo no apostólico sino el santo de la observancia de las reglas, el hombre contemplativo y rezandero. El ideal de la nueva santidad antecoge a figuras fuertes como Sor Juana Inés de la Cruz. Esta dejó el cultivo de la poesía y del raciocinio para consagrarse a Dios de tiempo completo. A los cuarenta y tres años de edad prefirió el oscuro papel de santa al de poeta de moda, y sobre todo al de prodigio intelectual que la convertiría, gracias a su *Sueño,* según el dictamen del doctor Gaos, en precursora del

Siglo de las luces y las luchas,

del siglo que cierra los capítulos de la conquista y del barroco, y abre los del liberalismo y la Revolución Mexicana. El considerado por Pedro Henríquez Ureña como “el siglo de mayor esplendor intelectual autóctono que ha tenido México”, corre desde 1754 hasta 1859, desde que los jesuitas dan en el abandono de las tradicionales rutas escolásticas hasta la expedición de las Leyes de Reforma. En esa centuria sucedieron enormes mudanzas en todos los órdenes de la vida. La extensión del territorio nacional se dobló a comienzos de la época y se redujo a la mitad a fines de la misma. Crecen las pocas viejas ciudades y surgen otras. El número de gente brinca de los tres a los nueve millones. La sociedad estrena postura política, mediante una lucha muy larga y muy cruel que conduce a la independencia de España, al cambio de nombre de Nueva España a México y al paso de la monarquía absoluta a la república liberal. Las fuerzas económicamente activas, en el medio siglo de las luces, triplicaron la producción minera, duplicaron la agrícola y sostuvieron un activo comercio, y en el medio siglo de las luchas, pues nada, porque la guerra no suele llevarse bien con la economía, porque a un bárbaro se le ocurrió expulsar a los españoles y sus capitales y porque en lugar de trabajar con pesos y pesetas de la familia hubo que hacerlo con libras y dólares de los países de la competencia.

Entonces se produjo la tercera revolución cultural. Gente tan modesta como “los pulqueros, los cocineros, los modistos y otros franceses a éstos semejantes”, introducen a la Nueva España, según el fiscal del crimen de la audiencia de México,

“el lujo, la locura y la corrupción máximas” hasta “apocar el espíritu, afeminar el carácter y difundir la corrupción entre los buenos espíritus”. Desde mediados del siglo XVIII comienza a notarse, en las cumbres de la sociedad novohispana, gusto por el café y el alcohol, la cocina francesa, el vestido lujoso y feminoide en los caballeros, los peinados altos en las mujeres, el agua tibia y la frecuencia del baño, la cama cómoda, las fiestas campestres, el cortejo a las señoras y las diversiones del truco y del billar.

La licencia en las costumbres baja al vulgo. Se popularizan el chinguirito y otras bebidas destiladas y embriagantes, los bailes indecentes como el mambrú, el rubí y el chuchumbe, las jamaicas y los juegos de azar. En aquel siglo comienzan a ser oídas las apetencias corporales, lo que no quiere decir que se haya caído en el relajo total, en las temidas costumbres de don Epicuro. Los campesinos mantuvieron, por lo general, su índole ascética.

Con las luces y en la élite, se abren paso en las cumbres sociales los goces y la salud del cuerpo. La nueva aristocracia se vuelve coyona delante de la muerte, quizá porque empieza a sospechar que esta vida puede ser la única. Sólo la gente del pueblo sigue en modosas relaciones con la huesuda, baila con ella, permite los abrazos mortales, acata con resignación las levas que lo conducen a los mataderos del país. Para la gente chic el morirse es muy desagradable. El aforismo que predica “es mejor ser rico y sano y no pobre y enfermo”, acaba en dogma. Los curas antes sostenedores del poco valor de la vida terrenal, ahora recomiendan remedios para alargarla y mantenerla saludable. Sirvan de ejemplo los *Errores del entendimiento humano,* de Benito Díaz de Gamarra.

La revolución cultural del XVIII afectó a todos los valores, aunque no siempre a todas las capas sociales como la del XVI. En la cúspide de la pirámide social, la plástica, conversa al neoclásico, le cede funciones al discurso. En el neoclásico, las fachadas y los altares de las iglesias dejan de ser libros abiertos y adoctrinadores. Una nueva clase de artistas fríos se ríe de la preocupación didáctico-religiosa de los artistas patéticos del barroco; se emancipa, hasta cierto punto, de las órdenes de los curas; destruye al por mayor retablos de la vieja ola; construye templos y palacios de orden clásico; esculpe lo mismo santos que héroes; pinta, además de vírgenes y justos, caballeros y damas de alcurnia, bodegones y paisajes. Desde entonces la comunicación de las ideas y sentimientos se va a dejar principalmente a oradores y escritores, que no a escultores y pintores. La nueva oratoria ya no será únicamente de ensotanados. A partir de las luchas insurgentes entran en escena los vibrantes oradores cívicos, los discursos incendiarios de los héroes. Con todo, lo mejor de los sentimientos y los pensamientos se reservará para comunicarlo por escrito aunque sólo a la espuma capacitada para leer periódicos y libros. Más intensa que la explosión demográfica del XVIII fue la explosión bibliográfica. A finales de la

colonia nacen tímidamente los primeros periódicos. En la primavera de la República, las publicaciones periódicas aumentan en la metrópoli y en las ciudades de provincia. Es la edad de oro del periodismo. Pero también de las novelas, los versos, los dramas en donde se transita desde el neoclásico hasta el romanticismo y hasta donde trasciende el pleito de antiguos y modernos, de conservadores y liberales.

Junto con las nuevas estéticas se entronizan otros principios éticos en las cimas y laderas de la topografía social. La nueva normativa presume de laica, de tener pocos tratos con la religión. Sólo la moral casera y femenina se queda amarrada al confesionario y al púlpito. En la ética pública se sustituye la teoría y la praxis de la emotiva caridad con la gélida y raciocinadora filantropía del capitalismo. También las lealtades cambian radicalmente. La fidelidad al rey se hace blanducha y se endurece la fidelidad a la patria. Se pone de moda un código de obligaciones para con la nueva amante. Se descubre que México está urgido del patriotismo; es decir, de amor y fidelidad a la nación. El servicio patrio es el nuevo imperativo proclamado por los jesuitas desde su destierro. Por esa cosa abstracta, van a pelear los caudillos de la independencia. Y junto con los deberes patrióticos surgen las obligaciones legales. La élite social, que no el pueblo, encuentra de mal gusto el acatamiento de la “real gana”. Las autoridades emanadas de la cosumación de la independencia se ponen a legislar y a exigir respeto a las leyes. Se elaboran y promulgan constituciones respetables. El principal entretenimiento de los moralistas mexicanos entre 1812 y 1857 fue la confección de constituciones políticas.

Pero la revolución cultural dieciochesca y decimonónica no se queda en la extensión y laicización de las normas morales. También incurre en modificaciones a fondo en el conocimiento de la realidad. Los jesuitas difunden el espíritu científico en los jóvenes de la alta. Sus alumnos, según testimonia Humboldt, acogen con ardor “el estudio de las ciencias”. A comienzos del siglo XIX, “ninguna ciudad del Nuevo Mundo, sin exceptuar las de los Estados Unidos, poseía establecimientos científicos tan grandes y sólidos como los de la capital mexicana”. Acababan de fundarse la cátedra de anatomía, el Seminario de Minería, el Jardín Botánico y otros institutos fertilizados por distinguidos profesores europeos. La cosa iba en serio, pero el fuerte ventarrón de las revoluciones independentistas, santánica y liberal detuvo la apertura a “los arcanos de la naturaleza” mediante la experimentación y el cálculo matemático. El incipiente espíritu científico necesitaba mejores tiempos. Las revoluciones del siglo XIX no requerían de sabios.

La renovación del pensamiento filosófico también fue originalmente jesuítica. El padre Rafael Campoy lanzó la consigna de “buscar en todo la verdad, investigar minuciosamente todas las cosas, descifrar los enigmas, distinguir lo cierto de lo dudoso, despreciar los inveterados prejuicios de los hombres y pasar de un conocimiento a otro nuevo”. Conforme a la consigna de Campoy un puñado de

filósofos novohispanos se puso a leer a filósofos y científicos europeos. De la lectura de los ilustrados de Europa nacieron métodos para la investigación, sobre todo para inquirir por la propia realidad. Las reflexiones que con motivo de su patria se hicieron los pensadores criollos de finales de la colonia los llevaron a una imagen de México que admite los adjetivos de optimista, indigenista e independentista. Dieron en la idea de que México era “el mejor país de los cuantos circunda el sol”. Le negaron el título de padres y hermanos a los gachupines. Se sintieron descendientes de la cultura y el hombre indígenas. También dieron en sentirse ricos y autosuficientes. Razonaron: una sociedad como la mexicana, con “todos los recursos y facultades para el sustento, conservación y felicidad de sus habitantes” debe ser libre; es contra natura que dependa de otra, máxime si ésta es de distinta prosapia y oprime a sus colonias.

En un principio, la ciencia y la filosofía de la Ilustración se colaron en el espíritu novohispano sin perjudicar las emociones y las prácticas religiosas. Desde la segunda mitad del siglo XVIII habían llegado acá las noticias de los ataques de los filósofos europeos a las religiones cristianas y sus ministros. Quizá porque en México fueron ministros de la religión los filósofos introductores de la filosofía moderna, ésta no tuvo conflictos con la tradición religiosa. El clero novohispano no quiso suicidarse. Tampoco en la lucha emancipadora izó banderas anticlericales, a pesar de tratarse de una lucha hija de revolución tan impía como la francesa. Los primeros en dar muestra de habérseles debilitado el sentimiento religioso y de ver de reojo a la religión fueron los abogados diseñadores de la Reforma, los artífices de la Carta Magna de 1857 y de leyes que dispusieron la desamortización de los bienes del clero, el establecimiento del registro civil, la tolerancia de cultos, el divorcio de Iglesia y Estado, la secularización de cementerios, de leyes que cierran la etapa de las luces y las luchas y abren, hacia 1860, el espacio de la

Cultura liberal

por obra de un fragmento de la élite, de la fracción justamente liberal, triunfante en las revoluciones de Ayutla y de Tres Años, apoyada sin tapujos por el gobierno de Estados Unidos e indirectamente por la monarquía francesa mediante una intervención, que diciéndose amiga de los conservadores, lo fue de los liberales. La nueva etapa es la más breve de todas; corre de 1860 a 1910; cubre medio siglo; se la reparten políticamente Benito Juárez y Porfirio Díaz; es agitada en su primer tercio y pacífica en los restantes. En esos cincuenta años casi se dobla la población del país; se unen a la metrópoli, por medio del ferrocarril y del telégrafo, la mayoría de las doscientas regiones del territorio mexicano; se asume una política de centralización; se abren al cultivo nuevas tierras y se pone en marcha una minúscula revolución industrial. Los gobiernos se dicen republicanos, federales y electos por la mayoría. La

organización política se vuelve estable y vigorosa.

En la cúspide social, soplan aires franceses especialmente en lo relativo a valores sensoriales. La rama masculina de la crema gusta de las tandas del teatro frívolo; se complace en el espectáculo de bailarinas jóvenes y descocadas y en la lectura de pornografías; busca normar su vida en las doctrinas disolventes de Baudelaire; acude a burdeles y bares; consume alcoholes y drogas; se distingue por su gusto afrancesado en materia de comidas, mujeres, vestidos y chaletes. La masa del pueblo, y sobre todo de los pueblos y rancherías, sigue ajena, o casi, a goces que no sean los del aguardiente.

Aunque la preocupación por la salud y la vida ya no era novedad en la élite durante la paz porfiriana, sí fue novedosa la laicización de este sector de la cultura. Las ciudades de los difuntos dejan de ser camposantos; se convierten en cementerios y panteones administrados por el gobierno civil. La medicina moderna, que sólo cubre los deseos de salud de ricos y poderosos, se olvida de los auxilios espirituales. Las órdenes religiosas ceden parcialmente a órdenes de enfermeras laicas, hospitales, hospicios y manicomios. Otra novedad es la práctica creciente de los deportes: equitación, beis, fut, basquet. También se generaliza en las casas de la alta y de la clase media el baño de azulejos. Se da por primera vez el espectáculo de una burguesía entregada a la ostentación y los placeres y muy miedosa del fin.

Los que visitaban la metrópoli en tiempos de don Porfirio se iban con la idea de que la modernización de México era un hecho palpable y veloz. Las artes plásticas en el porfiriato sólo esporádicamente estuvieron al servicio de la Iglesia; casi siempre fueron servidoras del Estado que necesitó cada vez más palacios de burócratas, cárceles, edificios públicos y estatuas de presidentes de la república, de gobernadores y de generales. No se desatendió la cultura audiovisual. En todas las plazas de las poblaciones del país aparecieron las cajas de música o quioscos donde retumbaban domingo a domingo los conjuntos de viento. En las ciudades mayores se construyen teatros donde hacían gorgoritos para la gente bien cantantes de ópera directamente traídos de Francia e Italia. México llegó a producir compositores de óperas como don Cenobio Paniagua, pero nunca en tanta cantidad como periodistas, novelistas, poetas, dramaturgos y picos de oro. No obstante que el gobierno porfírico abrió pocas escuelas, en las ciudades se produjo el predominio de la palabra escrita sobre la hablada. Veinticinco de cada cien personas acabaron sabiendo la lectura y el arte de escribir y se dieron a leer autores franceses traducidos al español, autores españoles y hasta autores mexicanos. Los poetas sentimentales (Guillermo Prieto, Manuel Acuña y Juan de Dios Peza), toda laya de costumbristas donde Joaquín Fernández de Lizardi hasta Ángel de Campo y varios dramaturgos quisieron expresar en su literatura las facciones de la nación mexicana. Sólo la última generación de la época liberal, donde militan Manuel Gutiérrez Nájera, Manuel José Othón, Luis G. Urbina, Amado Nervo,

Federico Gamboa y Salvador Díaz Mirón intenta, en palabras de José Luis Martínez, “acordar sus pasos a la marcha de la cultura contemporánea para ser hombres de su tiempo tanto como de su propia tierra”.

También siguió adelante en la cultura mexicana decimonónica el tránsito de una moral íntima que se disponía desde el púlpito y el confesionario a otra ordenada por la conciencia individual, y de una moral pública nacida de la “real gana” de las autoridades a otra proveniente del derecho escrito, obra de congresos formados por representantes de la espuma social laica. En la era liberal se promulgan los primeros códigos civiles y penales de la República y de los Estados y se estatuye el respeto absoluto a la propiedad privada.

La concupiscencia económica, tenida por vicio en el antiguo régimen colonial, se convierte en la virtud promotora del progreso. Como en los países protestantes, la élite mexicana del porfiriato se propone frenar la ética cristiana y meterle acelerador a la burguesa. También se fomenta desde arriba el apego a la patria en vez del apego a la humanidad y el nacionalismo en lugar del catolicismo. El pueblo, sin apartarse de su código moral de perfil católico, se estrena en una patriotería combinada con discursos, desfiles dé charros y fuegos artificiales.

En las alturas se retoma, como no podía ser menos, el cientismo del siglo XVIII. Al desaparecer el vendaval revolucionario se vuelve a pensar en conducir las aventuras del pensamiento de manera crítica y rigurosa. Como la ciencia fue la comidilla del periodo, a los notables del porfiriato se les puso el apodo de científicos. Por el mitote cientista, era de esperarse que México se emparejara en un abrir y cerrar de ojos a los países anglosajones en desarrollos fisicomatemáticos, biomédicos y científicosociales. Con todo, en ciencias de la naturaleza sólo hubo destellos, chisporroteo, lumbre de pajas. En las ciencias del hombre, se inauguraron como disciplinas intelectuales la sociología y la economía, pero rara vez se pasó del relámpago de la inauguración. Los mejores logros científicos se dieron en el campo de la cenicienta de las actividades científicas: la historia. El conjunto de la vida científica permaneció minoritario, carente de equipos *ad hoc,* sin la bibliografía adecuada, en pañales.

El débil espíritu científico mexicano no pudo fortalecerse ni con una filosofía tan furibundamente dentista como fue el positivismo de Comte y de Spencer. El positivismo llegó a gozar del prestigio de ser asustaviejas; de no haber mejor remedio contra la filosofía escolástica que no se iba del todo; de servir como la emulsión de hígado de bacalao. El positivismo, tan alérgico a la metafísica y a la teología, tan amante de la ciencia positiva, declarado pensamiento del poder, tuvo un sacerdocio fiel, frío, duro, que no supo fertilizar suficientemente el espíritu científico ni obtener la venia de las mayorías. Fue fruto de cenáculo, religión que jamás salió de las torres oficiales.

El pueblo se mantuvo adicto a sus curas y sus tradiciones religiosas. Amado Nervo escribió: “Con palpable disgusto de la masa del país tenemos constitución liberal: con manifiesta repugnancia del pueblo… establecimos la independencia de la Iglesia y del Estado y laicizamos la enseñanza oficial”. Los regímenes de Juárez y Lerdo por poco desencadenan una insurrección plebeya por su inclín a la propaganda protestante, por el establecimiento de la libertad de cultos y por la supresión de las órdenes religiosas. El puñado de positivistas porfíricos deseaba clausurar las edades teológica y metafísica imperantes en México, abrir la era del positivismo y no ofrecer más culto religioso que el de Augusto Comte, ya abierto en el Brasil con el nombre de religión de la humanidad, pero la *vox populi* no le permitió a la minoría de devotos de Comte salirse con la suya. La revolución dieciochesca, iniciada en las cumbres sociales, un siglo después aún no conseguía bajar, en muchos aspectos, a los valles del pueblo, quizá porque los aristócratas revolucionarios, los apóstoles de la modernidad licenciosa, cientificotécnica y capitalista no se dignaron, como sí lo hicieron los apóstoles del cristianismo en el siglo XVI, descender a las capas de la población mugrosa e ignorante. La cultura traída por los religiosos españoles prendió rápidamente, sin necesidad de genocidios, en las élites y sobre todo en las masas indígenas. La cultura importada por intelectuales y poderosos desde el siglo de las luces sólo parcialmente logró ser mercancía popular, y esto a partir de la

Revolución mexicana

en este siglo, de 1910 a la fecha, cuando el ninguneo de los soberbios se reduce. Con la insurrección maderista en contra de la dictadura de los científicos se inaugura la etapa que hemos convenido en llamar “Revolución”, aunque debiera llamarse “Reforma II”, pues contra el decir oficial de ahora nunca quiso romper con la época cuyos epónimos fueron Benito Juárez y Porfirio Díaz. Aunque no faltaron movimientos de ruptura como el de Zapata, que pretendía volver a la época preilustrada y preliberal, los victoriosos, los constitucionalistas de don Venustiano sólo aspiraban a suprimir abusos de la dictadura, no los usos de la modernidad.

Fuera de las vencidas “revoluciones” reaccionarias de Emiliano Zapata y de Pancho Villa, las demás “revoluciones” reformistas autoras de la Constitución de 1917 sólo pretenden hacer más apetecibles y populares los valores de la “modernidad” que estaban en los mercados de México desde el siglo XVIII. Hay que adentrarse con esta tesis a los tiempos presentes, a los últimos setenta años en que la población de México se cuadruplica; la población se afianza en instituciones republicanas y en un régimen mixto de clases sociales y etnias; la civilización se fortalece con empresas agrocolectivas, agroindividuales, de industria privada, de industria estatal y de otros muchos olores y sabores, con algunas técnicas propias y

muchas adquiridas en renta, con el apoyo en todo caso de un gobierno constructor de presas, canales de riego, institutos tecnológicos, campos de experimentación agrícola, pozos petrolíferos, oleoductos, plantas de energía eléctrica, carreteras, aeropuertos, estaciones radiodifusoras y canales de televisión.

En lo tocante a valores efímeros y de larga duración, éticos y estéticos, científicos, filosóficos y religiosos, la Revolución no es ruptura con respecto al porfiriato, la Reforma, la Independencia y las luces. En algunos aspectos es consolidación de logros anteriores, en otros, despliegue y estiramiento como en el campo de la salud y mengua de la mortalidad, en un campo donde el médico se impone sobre el cura y el brujo. La familiaridad con la muerte ha ido en descenso en el último medio siglo. El morir con resignación, el reírse de la calaca, el jugar con la pelona, el comer pan de muerto y calaveras de dulce son hábitos en fuga. El gobierno y la sociedad se manifiestan orgullosos por el decremento creciente de "angelitos" y de la mortalidad general. "Los gobiernos emanados de la Revolución" le han impuesto derrotas importantes a la muerte y a la enfermedad gracias a la campaña contra el paludismo, la vacuna contra la viruela, la quimioterapia, las vitaminas, los antibióticos, el desprestigio de los brujos, el mayor número de médicos y su reparto en todos los rincones del país, la higiene pública, los dispensarios de salud, los hospitales… El pueblo, como se ha vuelto miedoso ante la muerte casi como cualquier gringo, ha colaborado en las campañas salutíferas. El pan y el jabón se difunden. El baño adquiere el doble prestigio de placentero y de saludable. La mejoría del cuerpo por el deporte y la lucha contra la obesidad testimonian la tarea de revitalización de los valores vitales en la gente de los centros urbanos, sobre todo en la de zonas chicas y arboladas.

En cuestiones estéticas, el ir del brazo y por la calle la élite y la masa no se consigue todavía con plenitud. Como quiera, a partir del tercer decenio se puso de moda entre algunos artistas exquisitos el tomar como fuente de inspiración las artesanías y la literatura de los de abajo. En 1922, el doctor Atl elitizó las *Artes populares en México.* Poco después, artistas y hombres de letras, agavillados en grupos como LEAR, BOI y agoristas, se dieron a la imitación de la plástica popular, de la música placera, de la poesía de barrio y cantina, de las danzas como la sandunga, y el jarabe, y del teatro de pastorela. El cine se ciñó a los gustos populares desde su nacimiento con películas de charros, de peladitos y de indios. Con todo, muchos valores del arte de la Revolución surgen de corrientes poco o nada nacionalistas y populares. Se distinguen por su pluralidad, universalidad y exquisitez. La élite artística mexicana abrió una ventanita al populacho y un enorme ventanal a las modas de la élite del mundo. El gobierno está en vísperas de extinguir el analfabetismo, pero la abundancia y variedad de frutas literarias está a punto de volver locos a los nuevos lectores. La especie nueva del escritor de oficio no gusta de

los gustos y las entendederas de las multitudes alfabetizadas.

Desde sus inicios la Revolución Mexicana se dice, por boca de sus intelectuales, justiciera. La justicia revolucionaria, "con su voz ronca, pectoral" convoca a los pudientes a darle un manita a los campesinos, obreros y aborígenes. La Constitución de 1917 añade a la ética liberal de la Constitución de 1857 tres nuevos paquetes de obligaciones cuyas etiquetas son "agrarismo", "laborismo" e "indigenismo". El primero justifica y dispone la entrega de parvifundios a quienes los trabajan con sus propias manos; el segundo establece los derechos de los trabajadores de la industria; el último declara de alta justicia la incorporación de los grupos marginados de color cobrizo a la democracia, la civilización y la cultura nacionales como se estilan en México. Casi toda la élite ha concordado en la planificación del agrarismo, del laborismo y del indigenismo. Quizá las mayores disonancias se den en los ajusticiados con los tres "ismos", pues no se han tomado en cuenta sus opiniones a la hora de pretender hacerles justicia. Desde nuestro siglo XVIII la ética no se fabrica en Fuenteovejuna; nace aún de la "real gana" de soberanos que infantilizan al pueblo y de legisladores creyentes en que los del vulgo son como los niños que lloran cuando se les baña. Por lo demás, la justicia social ha sido en muchos casos causa de enriquecimiento injusto por parte de los ajusticiadores. La corrupción ha acelerado su marcha.

La familia revolucionaria, quizá por sus afanes de anteponer la resolución de problemas masivos, tardó mucho en poner manos a la obra de la relegada ciencia. Ya tan tarde como 1965, una investigación sobre la investigación científico-natural en México revela que sólo unas cuantas personas arrean investigaciones en los latifundios fisicomatemáticos y biomédicos. Informes más recientes señalan que ya se dan pasos largos, que se producen muchas monografías y tesis doctorales, pero aún no lo que hace falta para colocamos a la altura de los países a donde van a parar los premios Nobel de física y de química. Encuestas periódicas en el latifundio de la ciencias sociales descubren panoramas menos tristes. Algunos gremios, en particular el de los historiadores, ya hacen investigación teórica de subido valor.

Al revés de la ciencia, y por otros caminos, la filosofía comparece muy temprano en el panorama de la Revolución. Como principio de cuentas, embiste contra el positivismo. En seguida levanta gigantescas construcciones intelectuales. Luego se aplica al esclarecimiento de la realidad nacional. Los muchachos del Ateneo de la Juventud vieron a la filosofía oficial de la dictadura "demasiado sistemática, demasiado definitiva para no equivocarse". Ya adultos, tres pensadores del Ateneo construyen sistemas filosóficos originales, ninguno con tanto vigor y originalidad como José Vasconcelos, responsable de la "filosofía de la coordinación". Los discípulos de los ateneístas y de los filósofos españoles transterrados desde 1939 se pusieron a desentrañar *El perfil del hombre y la cultura en México;* produjeron una

copiosa literatura a la cual llamaban filosofía de lo mexicano, y sus detractores, *El mito del mexicano.* De hecho, ninguno de los grandes filósofos de la Revolución ha sido profeta en su tierra. La élite local alimenta sus necesidades filosóficas en los materialismos, idealismos, vitalismos y existencialismos de procedencia europea. La costumbre sigue siendo la de dejarse embaucar por cualquier simetría con apariencia de orden, siempre y cuando se haga en Europa.

Desde el siglo XVIII les ha preocupado a los de arriba la religiosidad popular. A mediados del siglo XIX se le tuvo como una de las mayores "taras" de la nación. La religiosidad tardía de los filósofos máximos de la era revolucionaria no pudo impedir la acometida antirreligiosa acaudillada por los jefes máximos de la Revolución. Los ahora cincuentañeros alcanzamos a ver con nuestros propios ojos la ojeriza del mandamás contra la religión del pueblo y sus sacerdotes; constatamos el cierre de templos, las campanas mudas, los discursos anticlericales, los retos a Dios, las quemas de imágenes religiosas, los curas escondidos, los maestros desfanatizantes, la clausura de refaccionarias de sacerdotes, los mártires católicos, y la satanización de los creyentes. Nos tocó ver (a muchos únicamente con ojos de niño) la respuesta popular a la prosecución religiosa; nos tocó ver la Cristiada que los campesinos lanzaron contra sus maestros de irreligiosidad. Fue una lucha sangrienta como pocas, quizá el mayor sacrificio humano colectivo en toda la historia de México, comprendida la edad de los sacrificios humanos. Los que aún no llegan a la edad de los cincuenta, sólo han conocido un poder resignado a la "tenaz adherencia del pueblo a la religión católica". Por lo visto, la Revolución no pudo llevar a México al disfrute notorio de la ciencia y del ateísmo, y quizá sea tarde intentarlo, pues ya existen asomos de una

¿Nueva revolución cultural?

que no acoge en su programa la muerte de los credos religiosos y sí la sujeción de la ciencia a proceso judicial. Todo presente da la impresión de ser ruptura del pasado inmediato aun cuando sólo es crisis pasajera, pero el de ahora quizá no sea un presente de esos pues presenta cuarteaduras extraordinarias. Son muchos los síntomas de que comenzamos a vivir en una crisis cultural tan grave y profunda como las de los siglos XVI y XVIII. Como quiera, en esta ocasión estamos menos solos que en las crisis anteriores. La crisis de ahora, si no universal, es compartida por muchos países. Varias naciones del mundo hispánico presentan síntomas similares a los nuestros. Es obvio que nos resta más camino que a los países del primer mundo para entrar en el reino de la automatización y las computadoras. Está claro que las relaciones entre los distintos grupos sociales y la autoridad son cada vez menos armoniosas en todos los países de América Hispánica. La desigualdad entre ricos y pobres, citadinos y

rancheros, poderosos y débiles se ahondan, se recrudecen, no tienen para cuando cumplir con la meta de todos parejos o todos chipotudos.

Con todas las precauciones y reservas necesarias se puede afirmar: “Las aguas del relajo nos están llegando al cuello”. ¿Será por el papel menguante de la familia y la crianza? La marihuana, que hace algunos años sólo consumían las bandas de guerra y unos pocos adolescentes callejeros ahora le sirve, para tronársela, a mucha gente de paz. El paisaje mexicano de montaña, al mismo tiempo que se desnuda de sus árboles, se pone el taparrabo de las sementeras de amapola y otros alucinantes. Las aficiones al alcohol y al tabaco no dan señales de moribundez. Uno de los motivos de la protesta juvenil es la represión de los instintos eróticos. Quizá la simpatía de los jóvenes hacia los pueblos primitivos se deba a la libertad sexual de éstos. En cambio, los dulces placeres de la burguesía ya no les importan mucho a los que van llegando. No persiguen las buenas comidas, ni la comodidad de la depilación, ni los trajes vistosos, ni los buenos colchones. “Mira a mi padre, mira a mi padre, cada noche temprano a la cama, ya todo gris… tenemos que largarnos de aquí antes de que nos atrapen también a nosotros.” Como quiera, las instalaciones recreativas no muestran síntomas de abandono. Las órdenes mendicantes de beats, beatniks, hippies y provos no parecen ser enemigas de la ejercitación de los músculos y el mantenimiento preventivo, no curativo, el cuerpo.

¿Y qué pasará con toda la inversión hecha para alargar la vida, construir y sostener hospitales, mantener limpia, sana y robusta a la gente? Quizá la afición a las flores de la nueva juventud vagabunda signifique gusto por la inmadurez y la vida corta. Probablemente ya no vaya a necesitarse un secretario de salubridad, pero sí uno de ecología. Si la tirada es el regreso a la naturaleza, no urge hacer cárceles para proporcionar sabiduría y salud, que sí regular las relaciones entre los seres vivos y su medio ambiente. Quizá también se revitalice de nuevo la cultura en relación con los valores vitales. Tal vez el moribundo folclor de la muerte vuelva a levantar la cabeza. Ciertamente no es fácil establecer una mira de validez nacional en este campo y en una hora de transición.

Ahora sí que en gustos se rompen géneros. Está más o menos claro lo siguiente: cuando se logra la casi total alfabetización de las masas, éstas le dan la espalda a las letras y al pensamiento abstracto. El cine y la tele atraen multitudes, que no la librerías y las bibliotecas. La música es ahora más digerible que la poesía. Las artes audiovisuales, reinas en la cultura barroca, vuelven a reinar con recursos harto distintos a los barrocos. Ahora las imágenes se mueven y atrapan con mayor facilidad a los mirones. Como siempre, el arte audiovidual ayuda al acercamiento de la estimativas aristócratas, y populacheras. La plástica y la cinética que comienzan a abrirse paso son capaces de satisfacer todos los gustos. No así la literatura. Ésta, aparte de inofensiva, tiende a recluirse en la espuma intelectual, quizá con la única

excepción de las antiliteraturas. Asoma una poesía antisolemne, vulgar y divertida, pero no hay pruebas de su llegada para quedarse. Tal vez las novelas acompañadas de monitos, los comics, destierren a las novelas sofisticadas. En el actual bullicio estético nadie se atreve a decir “esto será bueno y esto malo”; “ésta la cizaña y éste el trigo”. Al parecer la historia será una de la disciplina más irreconocibles en el futuro próximo. Hay la sensación de estar poco unido al pasado.

Quizá como nunca los citadinos estamos ahora ignorantes de lo que debemos hacer. ¿De dónde saldrán las consignas? El pálpito de incertidumbre tiende a generalizarse. El impulso hacia el cambio radical, hacia una nueva ética, se palpa principalmente en estudiantes universitarios, en hippies y anexos, pero no se ve hacia dónde se dirige es impulso. Hasta ahora lo que está a la vista es la duda y violencia juvenil. Las violencias siempre han tenido aversión a las normas morales, pero no quiere decir que quienes las practican consideren justo el homicidio o el secuestro. En la etapa violenta no se puede decir: “el camino es éste”. El estar en descuerdo con algo no significa el saber a dónde se debe ir, sólo el saber por dónde no. En el campo de la ética, más aún que en el de la estética, decide ahora la prudencia del pluralismo. Antes de hacer una nueva cartilla moral del agrado de la juventud ¿qué hacer con vagabundos, prófugos de la ciudad, rebeldes sin causa y demás protestantes? ¿Una mayor aplicación del derecho? Quizá la ética del porvenir próximo tendera a la aligeración de la mujer y no tendrá tantos queveres con la propiedad. Los pleitos por “esto es mío y no tuyo” tienden a la baja.

Ahora la visita de la tan esperada ciencia se podría frustrar por no querer recibirla. Si el dicho de muchos maestros de la universidad mexicana es exacto, está por demás hacerse ilusiones sobre la captación objetiva de nuestra realidad mediante el conocimiento científico. Según los profesores, en el estudiantado de hoy se perciben cansancio y desgana hacia la ciencia. Al parecer, la juventud no tiene mucha fe en los propósitos y los métodos de los científicos. Unos opinan que la curiosidad, raíz de la ciencia, está en cuarto menguante entre la muchachada. Otros que el desamor al conocimiento científico obedece al uso de ese saber como medio de dominación. La ciencia se ha vuelto temible sobre todo por las aplicaciones de los ingenieros. ¿Quién no tiembla ante la perspectiva de que los descubrimientos de las ciencias del hombre se transfiguren en ingeniería social? Pero quizás estas divagaciones no tengan ninguna validez, sean simples desahogos, resulten demasiado infundadas y objetables, merezcan el calificativo de trivia.

Antes tenían los filósofos dos deberes: construir metas y hacer síntesis del conocimiento empírico. Ahora la gran mayoría de los filósofos jóvenes han renunciado al primer deber; no se ocupan de objetos trascendentales. Los sistemas filosóficos a lo Vasconcelos han pasado de moda. Se especula cada vez menos sobre el Tercer Mundo y la realidad iberoamericana; es decir, sobre los asuntos de

Leopoldo Zea. Ya ninguno de nuestros pensadores quiere acordarse de la filosofía de lo mexicano. Casi todos se concentran en la filosofía científica. Unos siguen la línea del empirismo lógico; otros, muy desemejantes entre sí, coinciden en la orientación realista y racionalista. Estos son más audaces, pero no tanto como para atreverse a una especulación desenfrenada y a proponer metas a las sociedades iberoamericanas. Nadie quiere decir para qué trabajaremos de aquí en adelante. Esto no pone en los peligros de navegar al garete o de seguir a cualquier demagogo. También nos puede servir para dar oídos al sentido común de la gente de campo y de pueblo, a la parte de la nación menos desorientada.

Si todas las incertidumbres anteriores se deben a carencia de religión, como piensan muchos, el pueblo de México es uno de los menos críticos del mundo. Quizá resulte salvadora, en el futuro próximo, la "tenaz adherencia del pueblo mexicano a la religión católica". Esto no estorba, si la religiosidad del futuro es diferente a la de las masas populares del México de hoy. Mientras son peras o son manzanas, las ideas, los misterios, los cultos y las fórmulas tradicionales nos pueden servir a todos de tabla de salvación, de sostén en la existencia, de norte. Esto no conlleva la tarea de volver a la tiranía de frailes y curas. Una medida necesaria de cualquier reestructuración de los valores parece ser la de impedir el regreso de poderes todopoderosos. Que el temor al anarquismo no nos lleve a nuevas dictaduras, que se nos quiten de la cabeza las idea del tutelaje y el infantilismo del pueblo. Quizá la salida esté en que los del mando no sólo se declaren servidores de la nación en las oraciones cívicas y en que los maestros se conviertan en alumnos de la gente rasa. ¿Se podrá reconciliar la alta cultura racionalizante con los saberes y la religión populares? Quizás algunos de la auténtica tradición del pueblo mexicano, de la tradición hispano-indígena, puedan proporcionar algunas soluciones para los malestares anímicos del siglo XX.

Ojalá que la renovación de valores sensoriales, vitales, estéticos, éticos, filosóficos y religiosos que se anuncia no se haga como la de la cultura que va de salida, la hecha por ilustrados, liberales, científicos, profes y lics de la Revolución, sin consulta al pueblo, sin el concurso de éste, y sobre todo, sin la meta muy firme de que los cambios culturales deben ser para todos y no únicamente para quienes los encabezan, los proponen o los formulan. Que la participación sea total. El refrán de todos lisos o todos chipotudos dice algo sobre el anhelo de supeditación de la vividura individual a la convivencia, como sucedió en buena parte, pese al discurso de la historia oficial desde el siglo XVIII, en los siglos XVI y XVII, en los tiempos de Cortés, Motolinía, Mendoza, Tata Vasco y Sor Juana.

Las tradiciones se despiden

La profecía es un género literario casi siempre desmentido por la realidad y siempre vuelto a ejercer a petición del público. Será una buena obra la que reúna las predicciones escritas sobre México desde el siglo XVI. Con la compilación de los pronósticos de los profetas mexicanos quizá se demostrarían dos cosas. En primer término, lo relativamente erróneo de la tesis: “Los mexicanos saborean el pasado de su patria hasta la intoxicación y casi nunca miran hacia el porvenir”. En segundo lugar, se verían a plena luz los escasos aciertos de los profetas de casa. Con todo, la demostración de la exigua servidumbre de los adivinos de antes dejará en el pedestal al viejo y mentiroso oficio de los profetas. No faltará quien diga: “Los antepasados no pudieron predecir por su ignorancia de las leyes del desarrollo histórico que les han sido reveladas a los brujos de ahora”.

Los científicos de hoy hacen augurios terribles con gran aplomo y apariencia de exactitud. Nuestros ecólogos hablan de la devastación del suelo, el cielo, el agua y los bosques; es decir de la ruina del espacio vital de los mexicanos como cosa segura y próxima. Los demógrafos pronostican que en el año 2000, en el excuerno de la abundancia, vivirán mal comidos más de cien millones de habitantes. Los economistas preven grandes nubarrones de escasez y desigualdad en la adquisición de lo necesario para vivir dignamente. Algunos sociólogos auguran catástrofes en la convivencia humana y mayores discrepancias sociales. Hasta los politólogos vaticinan porvenires; por cierto muy disímbolos entre sí. La mayoría de los miembros de la república de las ciencias del hombre, sección México, tiende a olvidarse del pasado y mirar hacia el porvenir con ojos de susto y con la certidumbre de permanecer despiertos, no soñando una pesadilla, seguros de la vecindad de un tiempo mexicano borrascoso, aunque no fatalmente dantesco.

Los humanistas —historiadores, filósofos de la sociedad, poetas, novelistas, dramaturgos y gente del arte— dan la impresión de que escuchan, con un dejo de escepticismo, las predicciones de los estudiosos de la ecología, la población, el mundo económico, el orden social y las vistosas danzas políticas. Quizá por ocuparse más que los científicos del camino andado y por sentir, más que ver, los problemas del hombre, el humanista tiende a recibir los vaticinios de la gente de ciencia sólo como hipótesis dignas de consideración, no como verdades firmes. La gente inmersa en el laberíntico mundo de los valores de la cultura parece poco dada a tomar en serio el papel del profeta y pocas veces se aventura en el oculto reino de lo culto por venir. El humanista se mantiene en la creencia de que nadie puede predecir el futuro cultural, pues la cultura es un terreno sembrado de liebres que saltan donde menos se les espera. El azar, que no ninguna ley, parece regir el universo de los valores culturales.

Como quiera, cabe especular sobre lo que será la cultura mexicana dentro de dos o tres lustros a partir de lo que es ahora. ¿Pero se conoce la situación del presente del bosque cultural de México? Hay mucho escrito acerca de las etnias indígenas y muy poco sobre el estilo cultural vigente en el grueso de la población. Aquí nos atenemos al análisis del estado de nuestra cultura que ofrecen cuatro libros: tres de muchos y uno individual. De aquéllos, dos se publicaron con el nombre de *La cultura nacional* y otro se llama *La cultura regional.* La *Autognosis*, de Abelardo Villegas es más reciente que las tres obras colectivas. De la lectura de las cuatro y de lo visible a simple vista por ser uno originario y vecino de este país, se deduce que hay moros en la costa, que la quiebra de los valores establecidos es un hecho, que la juventud mexicana de ahora rompe con el pasado. Todo presente da la impresión de ser ruptura del pasado, pero el actual quizá no sea un presente típico, pues presenta cuarteaduras extraordinarias. Son muchos los

Síntomas de crisis cultural

observables fácilmente. Por lo que se vislumbra, la revolución de ahora no es menos vasta ni devastadora que las mudanzas de los siglos XVI y XVIII. En la centuria de la conquista entraron en crisis los valores de nuestros abuelos indios y españoles para dar paso a la cultura de nuestros padres mestizos. En el siglo de las luces, se da la agonía de la cultura barroca y la gestación de la modernidad. Desde mediados del presente siglo se percibe la decrepitud galopante de las creencias y las costumbres de la modernidad y el asomo de algo todavía sin nombre. Vivimos entre las ruinas de una cultura y la obra en construcción de otra.

Algunos culturólogos no se resignan a la muerte de los valores de la venerable cultura mexicana por la cual fueron expulsados los jesuitas en el siglo de las luces; causa de que murieran los héroes de la Independencia; origen de que se liaran a balazos los próceres de la Reforma; responsable, en la Revolución, de altos volúmenes de sangre, sudor y lágrimas. Se culpa al cine y a la televisión estadunidense del eclipse de nuestras luces. Unos hablan de imitación extralógica, de mudanzas culturales que se producen naturalmente en otros países, no en éste, hambriento aún de modernidad y con una cultura moderna humanística, sin las rugosidades de la de Europa y Estados Unidos. Enrique González Pedrero escribe: “Nuestra época tiende a configurar gigantescas estructuras que exceden las fronteras nacionales. Esas estructuras difieren en lo ideológico que no es, por cierto, lo esencial, pero se parecen mucho por su disposición a ejercer (la absorción) de otras culturas menos importantes, pero con derecho a subsistir”. Arturo Cantú dice: “La penetración que se ejerce desde fuera tiende a limitar el sentido de la cultura tradicional hasta reducirla a lo meramente exótico, y a sustituir lo que llamamos

nuestros usos y costumbres por los usos y costumbres del exterior. Su fuerza de persuasión es tanta que con frecuencia nosotros mismos tendemos a juzgamos con la mirada de lo extranjero y a aplicar inconscientemente su tabla de valores. En este proceso el papel de la televisión ha sido determinante". Manuel Enríquez lamenta que hoy todo "se incline hacia un modelo extranjero". Fernando Benítez denuncia: "Para manipularnos mejor nos están imponiendo lo ajeno y quitándonos lo nuestro".

Es un lugar común el atribuir la pérdida de nuestro patrimonio cultural a maniobras de los países imperialistas que se manejan con la moral del prófito y ven con gusto el empobrecimiento del idioma, las artesanías, las costumbres, la conciencia histórica y la religión de los actuales mexicanos. Con todo, parece exagerado atribuir la crisis cultural únicamente a zancadillas de los países poderosos. Quizá muchos de los venerados usos y costumbres de México, aunque se llamen modernos, ya no se avienen a un país en perpetuo comercio entre sí y con el exterior, dotado de transportes velocísimos, "medios", universidades, microcomputadoras, urbes multimillonarias de gente bien surtida de smog y ruidos, con plantaciones y fábricas que han tirado a la basura cosas y martillos y se manejan con asombrosa tecnología; un país exportador de petróleo y materias primas e importador de maquinaria y modas; un país con un gobierno archicomplicado y otras cosillas. Para la nueva dimensión de México se requiere el abandono de los vestidos que ya no le vienen, aunque se trate de vestiduras muy vistosas.

La cultura popular está enferma de muerte en algunos de sus sectores y no sólo por ser balaceada desde fuera. Por ejemplo la danza, la música, la vestimenta y la artesanía, con siglos de uso y abuso, comienzan a pasar de moda y a ser desplazadas por otros bailes, sones, trajes y baratijas de plástico. Pese a la protección oficial, los vestidos regionales se convierten en curiosidad de feria y de museo. Los bailes folclóricos han tenido que recluirse en fiestas de fin de cursos. Los guardianes de la tradición musical se quejan de continuo de las adulteraciones sufridas por el son jarocho, la canción vernácula, las pirecuas, la música de mariachi y otras manifestaciones de la sonaja popular. También es indudable el desvanecimiento de las artesanías, que no todavía su muerte próxima. Disminuyen el número y la calidad de las viejas creaciones culturales del pueblo, por falta de recursos económicos, por no recibir ingresos seguros y adecuados, por la competencia de las fábricas. Nuestras artesanías han perdido competitividad y artesanos. Se abandonan las tareas artesanales por parte de muchos jóvenes que ya no quieren seguir el oficio de sus tatas.

Seguramente, como dice don Pedro Palou, "la pérdida de la riqueza cultural de los grupos indígenas significa una pérdida para la nación mexicana y para la cultura universal". Se puede convenir con Salomón Nahmad el hecho de ser nosotros los culpables de la contaminación que sufren los portadores de culturas indígenas, los

indios de México. Sin embargo, es innegable que los componentes de las etnias están en la mejor disposición de colaborar con los etnocidias, quieren deshacerse de usos y costumbres milenarias, tal vez por culpa de los radios de transistores, la enseñanza de los maestros y los esfuerzos de los fabricantes de cocacola para cocalizar a los indios. El proceso de deterioro de las lenguas y los rasgos culturales de las 56 etnias indígenas parece irreversible. ¿Quién va a poner coto al derecho indígena de visitar ciudades, oír pensamientos, opiniones y propaganda del resto de sus compatriotas y querer algo de lo visto en sus escapadas a los Estados Unidos? No se puede ni se debe prohibir la atrofia de un estilo cultural y la adopción de otro nomás porque sí.

Muchos de los rasgos constitutivos de nuestra cultura nacional aducen síntomas de envejecimiento. Han dejado de atraer a la juventud, y aun entre los adultos de hoy, son objeto de burlas. Con puntales se podrá detener por algún tiempo el derrumbe de la casa, pero no mantenerla alegremente habitable. La nuestra es una cultura en derrumbe y quizá lo más inteligente sea ayudarla a bien caer, diseñar otra casa de la cultura, previa consulta con los que van a habitarla y hacer uso de los materiales, bien probados, del antiguo estilo cultural en la construcción del nuevo. Lo razonable es oír sin aspavientos los

Indicios del futuro inmediato,

pues ya suenan los pasos de una nueva estimativa del cuerpo, de la intolerancia al dolor físico, del menosprecio al fariseísmo burgués, de la vuelta a la naturaleza, del olvido de la historia y las peculiaridades de México, de la comunicación audiovisual, del rechazo a las escrituras sin imágenes, de la grima a una ciencia sin arte ni humanismo, de un nuevo humanismo, y de nuevas actitudes religiosas. Irrumpe en esta nación, igual que en muchas otras, un nuevo modo de sentir y un nuevo modo de pensar. Se asiste a la creación de un Hombre Nuevo.

Con todas las precauciones y reservas necesarias, se puede afirmar: “Las aguas del relajo nos están llegando al cuello”. ¿Será por el papel menguante de la familia y de la crianza? La mariguana, que hace algunos años sólo consumían las bandas de guerra y muy contados adolescentes callejeros, ahora le sirve, para tronársela, a mucha gente de paz. El paisaje de montaña, al mismo tiempo que se desnuda de sus árboles, se pone el taparrabo de las sementeras de amapola y otros alucinantes. La afición al alcohol y al tabaco, tan emotivamente promovidos por los anuncios de la televisión, no dan señales de moribundez.

Uno de los motores de la protesta juvenil es la ojeriza de los viejos hacia los instintos eróticos. Quizá la simpatía de los jóvenes hacia los pueblos salvajes se deba a la libertad sexual de esa gente. Los dulces placeres de la burguesía han perdido atractivos para la nueva ola. No persiguen las comidas de lenta preparación, ni los

trajes complejos y oprimentes, ni las efímeras molestias de la depilación, ni el dolor de las rutinas. “Mira a mi padre, mira a mi padre, cada noche temprano a la cama, ya todo gris… tenemos que largarnos de aquí antes de que nos atrape también a nosotros”. Como quiera, los clubes deportivos no muestran síntomas de abandono. Las órdenes mendicantes de beats, beatniks, hippies, provos y de simples corredores matutinos, no parecen ser enemigas de la ejercitación de los músculos y el mantenimiento de un cuerpo vigoroso.

En el porvenir inmediato se asoma ya una

Política cultural sin aires de dominación,

una intervención de la fuerza de la costumbre sumamente discreta y graduada. Como dice Enrique González Pedrero: «La cultura requiere de la libertad y la función del Estado debe cumplirse (sin agresiones) a la libertad del creador. Su presencia no debe significar “dirigismo” cultural sino garantía de un espacio propicio a las facultades creadoras». Se fortalece la guardia contra la burocratización, pero cuidando de no caer en el extremo opuesto de la masificación alienadora, no convertirse en víctima de los mercaderes de valores culturales que destruyen el desarrollo de la propia creatividad, que producen hombres en masa; es decir, eunucos, consumidores de los desperdicios y la bisutería de las culturas imperiales. Se vigorizan las tesis de que el Estado, legítimamente, puede poner un dique a la invasión de productos de mala cultura y defender espacios para la creación. El Estado mantendrá el derecho a restringir el alcoholismo y la drogadicción. Al Estado competerá, a través de la escuela elemental igualitaria, el esparcir el tesoro cultural de México, los grandes valores del pasado propio, la cultura de los abuelos, de los padres y de los hermanos mayores. Quizá se acreciente la costumbre de que el Estado sostenga en lo económico a los institutos creadores de cultura, sin obstruir los propios planes de ellos y sin imponerles la férula de un nacionalismo peculiarista, por una parte, y elitista, por otra.

Ojalá que la renovación de valores sensoriales, vitales, estéticos, éticos, filosóficos y religiosos que se anuncia no se realice como la de la cultura que va de salida, la hecha por los ilustrados, liberales, científicos, profes y lics, sin consultar los sentimientos de la nación, sin el concurso del pueblo y sobre todo, sin la meta muy firme de que los cambios culturales deben ser para todos y no únicamente para quienes los encabezan, los proponen o los formulan. El refrán de todos lisos o todos chipotudos dice algo sobre el anhelo de supeditación de la vividura individual a la convivencia, como sucedió en buena parte en los siglos de la conquista y de la consolidación de lo conquistado, en los tiempos de Cortés, Motolinía, Mendoza, Tata Vasco, Catalina de San Juan y Sor Juana. La cultura superior de México en aquellas

centurias alborales comió a dos carrillos valores de la población indígena y de minúsculos soldados y colonos venidos de España. A su vez, éstos y los aborígenes, comieron con naturalidad, sin ascos, las sopas de letras, o más bien, de sermones, preparadas por los cultos del otro lado del Atlántico. Esto no es una invitación a retroceder cuatro siglos, que sí a caminar sin tantas cojeras, como las de los doscientos últimos años, para desprenderse de los actuales hábitos del espíritu y marchar hacia un futuro que tiene cara de cibernético, archiformado, ocioso, de aire libre y limpio, de espontaneidad y de manifestación del ingenio y poco tradicionalista, sin mucho peso del pasado, casi sin lastre, pero en muy buenas relaciones con la naturaleza.

Otro objetivo deseable y posible de la política cultural es el de contribuir al disfrute y al desarrollo pleno de la cultura típica de cada una de las regiones del país. Pero ¿cómo ayudar a las energías regionales? Quizá convenga erigir muchas casas de la cultura con el encargo de suministrar, a nivel de municipio o de región, los valores de la república y del mundo y de promover la imaginación e inventiva lugareñas; casas de la cultura bien dotadas de maestros y de aparatos para preservar y exhibir las creaciones del terruño: utensilios, juguetes y máscaras. Aunque los impresos no tienen tanto pegue como las películas, es preciso poner en esos sitios biblioteca además de museo. Se espera como dice José Luis Martínez, “la creación de un sistema bibliotecario nacional, que vaya desde las bibliotecas mínimas o centros de lectura, a las especializadas y a las regionales” como ha comenzado a hacerse.

Los aires que se acercan tienen cara de muy universales y a la vez localistas. En cambio, el nacionalismo atraviesa una época de descrédito. Va para largo el desdén hacia las creaciones culturales de México como nación. Con todo, “la preocupación por lo nacional —según lo dicho por Abelardo Villegas— no podrá ser dejada de lado” por quienes manejen el timón con patriotismo y con el justo temor de ser víctimas inconscientes de imperialismos esclavizantes. Quizá sobrevenga una política de contragolpe con los interesados en imponer su dominio sobre nosotros, no para compartir su pan con los súbditos, según lo hizo España en cierta medida en el siglo XVI, sino simplemente para obtener mercados, hacer consumistas pasivos, y sumimos en una modernísima forma de servidumbre. ¿Pero qué armas se esgrimirán contra las intromisiones de ideas y motivos extraños sin menoscabo de la libertad y sin reacción contraproducente? ¿Cómo hacer para que el mexicano del mañana elija los valores que ofrece el tianguis internacional de la cultura sin caer en imitaciones inauténticas, sin adquirir trajes que no le vienen? ¿Cómo proceder para que los compatriotas aprecien y consuman sus propias producciones cuando una actitud de reflexión así lo indique y no hagan fayuca cultural más allá de lo razonable?

Bibliografía amplificable

1948

“El optimismo nacionalista, inspirador de la independencia de México”, *Estudios de Historiografía Americana.* México, El Colegio de México, 1948, pp. 153-215.

1949

“Fray Jerónimo de Mendieta” *Revista de Historia de América,* diciembre, núm. 28, pp. 331-376.

1952

“El siglo mágico”, *Historia mexicana,* julio-septiembre, vol. II, núm. 1, pp. 66-86.

1953

“Integración de la nacionalidad mexicana”, *Estudios históricos americanos.* México, El Colegio de México, pp. 407-424.

“La hacienda queda a salvo”, *Historia mexicana,* julio-septiembre, vol. VI, núm. 1, pp. 24-38.

Daniel Cosío Villegas (coord.) *Historia moderna de México: La República Restaurada, Vida social.* México, Editorial Hermes, pp 2-450.

1957

“La unión hace la huelga (1867-1876)”, *El Trimestre económico,* enero-marzo, vol. XXIV, núm. 1, pp. 22-32.

1958

“El agrarismo liberal”, *Historia mexicana,* abril-junio, vol. VII, núm. 4, pp. 469-496.

1959

“La sociedad jaliscience en vísperas de la Reforma”, *La Reforma en Jalisco.* El Bajío, Guadalajara, Font, pp. 34-42.

1960

“Nueve aventuras de la bibliografía mexicana”, *Historia mexicana,* julio-septiembre, vol. X, núm. 1, pp. 14-53.

1961

“Los editores de Bernal”, *Historia mexicana,* octubre-diciembre, vol. XI, núm. 2.

1962

Estudio preliminar, ordenamiento y compilación de *Fuentes de la historia contemporánea de México,* El Colegio de México, vols. I, II, III, p. VII-LXVIII.

"Humboldt y la Revolución de independencia”. *Ensayos sobre Humboldt.* UNAM, pp. 201-215.

1963

El Congreso de Anáhuac. Cámara de Senadores, 440 pp.

1964

“Expansión de Nueva España en el lejano oriente”, *Historia mexicana,* octubre-diciembre, vol. XIV, núm. 2, pp. 206-226.

“La Conquista”. *Historia documental de México.* Imprenta Universitaria, vol. I, pp. 87-160.

1965

“Historia de la historia”, *Historia mexicana,* octubre-marzo, vol. XV, núms. 2-3, pp. 46-78.

“El indigenismo de Maximiliano”. *La intervención francesa y el imperio de Maximiliano.* Instituto Francés de América Latina, pp. 101-110.

1966

Compilación de *Los presidentes ante la nación. Informes, manifiestos y documentos de 1821 a 1966,* XLIV Legislatura de la Cámara de Diputados, 5 vols.

1967

“Notas sobre el nacionalismo mexicano”. *América indígena,* vol. XXIX, pp. 421-430.

1968

Pueblo en vilo. Microhistoria de San José de Gracia. El Colegio de México, Centro de Estudios Históricos, Nueva serie 1, 365 pp.

1969

“Los balances periódicos de la Revolución mexicana”. *Historia y sociedad en el mundo de habla española.* El Colegio de México, 329-354.

1970

“La historiografía local. Aportaciones mexicanas”. *Humanitas.* Universidad de Nuevo León, núm. 11, pp. 603-619.

1971

“Microhistoria para multiméxico”, *Historia mexicana*, octubre-diciembre, vol. XXI, núm. 2, pp. 225-241.

“Tierra caliente”. *Extremos de México.* El Colegio de México, pp. 83-120.

“La historiografía local”. *Investigaciones contemporáneas sobre historia de México.* UNAM, El Colegio de México y The University of Texas at Austin, pp. 245-263.

La tierra donde estamos. Banco de Zamora, 236 pp.

1972

“La era de Juárez”, en *La economía mexicana en la época de Juárez*, Secretaria de Industria y Comercio, p. 15-56.

“La historia regional ante la historia nacional”, *Archivos de historia potosina*, septiembre, núm. 13, pp. 37-79.

Pueblo en vilo. Microhistoria de San José de Gracia, 2a. edición corregida. El Colegio de México, Centro de Estudios Históricos, Nueva serie 1, 326 pp.

“Linaje, miseria y porvenir de la historia local”. *Estudios de historia del Noreste.* Sociedad Nuevoleonesa de Historia…, pp. 13-17.

1973

“Sobre la invención en la historia”, *Diálogos*, julio-agosto, núm. 52.

Invitación a la microhistoria, Sepsetentas núm. 72, 186 pp.

“El periodo formativo”, en Daniel Cosío Villegas, *et al.*, *Historia mínima de México.* El Colegio de México, p. 73-114.

1974

“Respuesta al discurso: historiografía potosina”, *Archivos de historia potosina*, diciembre, núm. 22.

“Sobre la invención en la historia”, en Álvaro Matute, *La teoría de la historia en México (1940-1973)*, Sepsetentas núm. 126, pp. 189-206.

1975

“Vejamen del microhistoriador”. *Diálogos.* El Colegio de México, vol. II, núm. 3, pp. 19-24.

“Respuesta”, en José Fuentes Mares, *Mi versión de la historia*, Jus, pp. 21-33.

“Itinerario del microhistoriador”, *Archivos de historia potosina,* junio, núm. 24, pp. 19-40.

1976

“El liberalismo triunfante”, en Daniel Cosío Villegas, coord., *Historia general de México*, T. III, El Colegio de México, p. 163-281.

“La pasión del nido”, *Historia mexicana,* abril-junio, vol. XXV, núm. 4, pp. 530-598.

“Recordación interesada de don Daniel”. *Boletín de El Colegio de México,* octubre de 1976.

1977

“La saga del petróleo nacionalizado”, *Vuelta,* marzo, núm 4.

1978

“El hombre de Jiquilpan”, *Boletín del Centro de Estudios de la Revolución Mexicana "Lázaro Cárdenas"*, abril, núm. 1, Jiquilpan de Juárez, Mich.

Zamora. Monografías municipales del estado de Michoacán, Gobierno del Estado de Michoacán, 234 pp.

“Etapa contemporánea”, *Jornadas de historia de occidente.* Centro de Estudios de la Revolución Mexicana “Lázaro Cárdenas, A.C., Jiquilpan de Juárez, Mich.

“La cultura humanística”, *Historia de México.* Salvat, vol. 12, pp. 2741- 2762.

1979

“Los epígonos de la Revolución Mexicana”, *Vuelta*, mayo, núm. 30, pp. 17-21.

“Formulación de historias regionales”. *Revista coahuilense de historia,* sep-oct., núm. 9, pp. 125-146.

Los artífices del cardenismo. Historia de la Revolución Mexicana, periodo 1934-1940, núm. 14, El Colegio de México, 271 p.

“La historia académica y el rezongo del público”, *Memoria de El Colegio Nacional,* tomo IX, núm. 1, pp. 195-208.

Sahuayo. Monografías municipales del Estado de Michoacán, Gobierno del Estado de

Michoacán, 315 pp.

1980

“El match Cárdenas-Calles o la afirmación del presidencialismo mexicano”. *Relaciones*, El Colegio de Michoacán, invierno, vol. 1, núm. 1, pp. 5-33.

"Ciudades y villas del Bajío colonial”, *Relaciones,* El Colegio de Michoacán, otoño, núm. 4, pp. 100-111.

“Nuevo balance del cardenismo”, *Vuelta*, julio, núm. 44.

Michoacán. FONAPAS-Michoacán, 320 pp.

Introducción al *Plan de San Luis.* Secretaría de Gobernación.

“De la múltiple utilización de la historia”, en Carlos Pereyra *et al.*, *Historia ¿para qué?*, Siglo XXI, México, pp. 55-74.

“Palabras de bienvenida en San José de Gracia Michoacán” (al “Sr. Ingeniero Cuauhtémoc Cárdenas Solórzano, candidato a la gobernatura de Michoacán y viejo amigo de San José de Gracia, Mich.”) *Boletín del Centro de Estudios de la Revolución Mexicana "Lázaro Cárdenas",* agosto, vol. 3, núm. 2, Jiquilpan de Juárez Mich., pp. 63-68.

1981

“Sobre la invención en la historia”, en Álvaro Matute, *La teoría de la historia en México, 1940-1973*, Sepsetentas-Diana, núm. 126, p. 199-205.

"La cultura nacional. Análisis histórico”. *Cultura Nacional.* PRI-IEPES, pp. 36-42.

Los días del presidente Cárdenas, Historia de la Revolución Mexicana, periodo 1934-1940, núm. 15, El Colegio de México, 381 pp.

“Cosío en aventuras de caballero águila”, en *Vuelta,* marzo, vol. 5, núm. 52, pp. 32-38.

“El Colegio de Michoacán”. *Boletín de El Colegio de Michoacán,* núm. 5, pp. 348.

"Viaje a las crónicas monásticas de Michoacán: *La cultura Purhé".* El Colegio de Michoacán, pp. 50-70.

1982

El estilo Colmex de estudios superiores. UNAM-CESU, 16 pp.

“El linaje de la cultura mexicana”, *Vuelta,* noviembre, núm. 72.

“Presentación” en Carleton Beals, *Porfirio Díaz,* Editorial Domexi, pp. I-X.

“Hacia una nueva cultura mexicana”, en *V Jornadas de Historia de occidente: Mesoamérica ayer y hoy,* Centro de Estudios de la Revolución Mexicana “Lázaro Cárdenas”, A.C.

“Informe de labores académicas de El Colegio de Michoacán, correspondientes a 1981”, en *Boletín del Colegio de Michoacán,* núm. 9, pp. 3-55.

“Xavier Clavijero, abogado de América”, en *De historia e historiadores. Homenaje a José Luis Romero.* Siglo XXI, p. 95-112.

La querencia. SEP-Michoacán, 152 pp.

Nueva invitación a la microhistoria. SEP/80-FCE, 155 pp.

Michoacán, lagos azules y fuertes montañas. Secretaría de Educación Pública, 1982, 273 pp.

1983

“El rigor documental en la historia de México”, *Relaciones,* El Colegio de Michoacán, primavera, vol. IV, núm. 14, pp. 31-45.

“El padre Agustín”, en A. Magaña, *La diócesis de Zamora.* Fimax, Morelia, pp. 91-121.

“Suave patria, revela ya tu verdadera historia”, *Revista de la Universidad de México,* Nueva Epoca, núm. 24, abril, pp. 17-22.

“La virtud capital de la provincia”, en *Diálogos*, septiembre-octubre, núm. 112.

“El Colegio de Michoacán", *Historia mexicana,* abril-junio, vol. XXXII, núm. 4.

“Uso y abuso de la historiografía mexicana actual” en *Panorama actual de la historiografía mexicana.* Instituto Mora, pp. 5-16.

“La historia contada, cantada y para verse”. *Sabiduría popular.* El Colegio de Michoacán, 1983, pp. 359-374.

“El oficio de historiar”, *Nexos,* septiembre, núm. 69, pp. 30-36.

“Peculiaridades históricas del oeste americano”, *Encuentro,* El Colegio de Jalisco, octubre-diciembre, vol. I, núm. 1.

“Le trois cultures de Mexique” en *Etudes Mexicaines.* Perpignan, núm. 6, pp. 107-121.

1984

“Cárdenas”, *Nexos,* febrero, núm. 74, pp. 17-24.

“Antesala”, en Norberto Aguirre, *El campo y nuestra conducta…*, pp. 7-25.

“La historia en la sociedad mexicana de hoy”, *Diógenes,* primavera, núm. 125, pp. 78-92.

“De la historia nacional en México”. *La cultura Nacional*, UNAM, pp. 55-64.

“Municipio en vilo: Hacer pública la vida privada”, *La Jornada Semanal,* núm. 7, noviembre 4.

La ronda de las generaciones. Los protagonistas de la Reforma y la Revolución Mexicana. Foro 2000, Secretaría de Educación Pública, 131 pp.

Prólogo, selección y notas a *El entuerto de la conquista. Setenta testimonios,* Cien de México, Secretaría de Educación Pública, 269 pp.

Pueblo en vilo, 3a. ed., Lecturas Mexicanas, núm. 59, SEP-FCE, 349 pp.

“Fundación y discurso del Colegio de Michoacán”, *Boletín,* El Colegio de Michoacán, enero-junio, núm. 11, pp. 3-25.

“Informe de labores del Colegio de Michoacán, correspondiente a 1984”, *Boletín,* El Colegio de Michoacán, núm. 12, pp. 1-78.

Zamora, 2a. ed., El Colegio de Michoacán-CONACYT, 254 pp.

1985

“El choque de culturas en Mesoamérica”. *El País.* Madrid, 12 de octubre.

“La Revolución Mexicana desde el punto de vista de los revolucionados”, *Historias,* Dirección de Estudios Históricos, INAH, enero-julio, núms. 8-9.

Once ensayos de tema insurgente. El Colegio de Michoacán. Gobierno del Estado de Michoacán, 140 pp.

Prólogo y selección a Daniel Cosío Villegas, Colección Grandes Maestros Mexicanos, CREA-Editorial Terra Nova, 118 pp.

“La sociedad mexicana en 1910”. *Así fue la Revolución Mexicana. Crisis del porfirismo,* Senado de la República, pp. 48-56.

“Las tradiciones se despiden”, *Nexos,* mayo, núm. 101.

“La Revolución Mexicana y los revolucionarios”, *Nexos,* agosto, núm. 104.

“Patriotismo y matriotismo. Suave matria”, *Nexos*, diciembre, núm. 108.

Prólogo, selección y notas a *Galería de la Reforma. Una remembranza y 45 testimonios de Juárez y su México.* Cien de México, Secretaría de Educación Pública,

240 pp.

Invitación a la microhistoria, 2a. ed., aumentada. Colec. Biblioteca Joven núm. 47, CREA-FCE, 145 pp.

1987

“La cultura mexicana en tres tiempos” en *Doce ensayos de historia. Libro homenaje a Eduardo Arcila Farías.* Caracas, ANCE, 1987, pp. 19-44.

“El agrarismo liberal en México”, *Siglo XIX. Revista de historia,* enero-junio, año 2, núm. 3. (Versión corregida del ensayo que con este mismo título apareció en *Historia mexicana,* abril-junio de 1958).

“La diáspora de los intelectuales”, *Estudios,* primavera, núm. 8, pp. 7-20.

“Microhistoria y ciencias sociales”, en *Historia Regional.* Caracas, Fondo Editorial Tropikos, 1987, pp. 10-24.

“Jornadas agraristas”, en Lorenzo Meyer, intr. y selec., *Revolución y sistema. México, 1910-1940.* Cien de México, Secretaría de Educación Pública, pp. 301-363.

1988

“Nueva historia del petróleo en México”. *El Semanario Cultural de Novedades,* marzo 27, núm. 310.

“Hacia una tipología de los profesionistas mexicanos”, *El Semanario Cultural de Novedades,* junio 26, núm. 323.

“Viaje redondo de la provincia a la capital”, *El Semanario Cultural de Novedades,* julio 3, núm. 323.

“El presidente esperado”, *Nexos,* septiembre, núm. 129.

“Aquí y ahora en tres niveles”, *Nexos,* diciembre, núm. 132.

El oficio de historiar, El Colegio de Michoacán, 268 pp.

1989

“Atajo de historiadores", *Nexos,* marzo, núm. 135.

“Un modelo para armar investigadores”, *El Semanario Cultural de Novedades,* abril 9, 1989, núm. 364.

“Un arte de comer”, *El Semanario Cultural de Novedades,* abril 16 de 1989, núm. 365.

“Recuerdo de Antonio Arriaga”, *El Semanario Cultural de Novedades,* abril 30 de

1989, núm. 367.